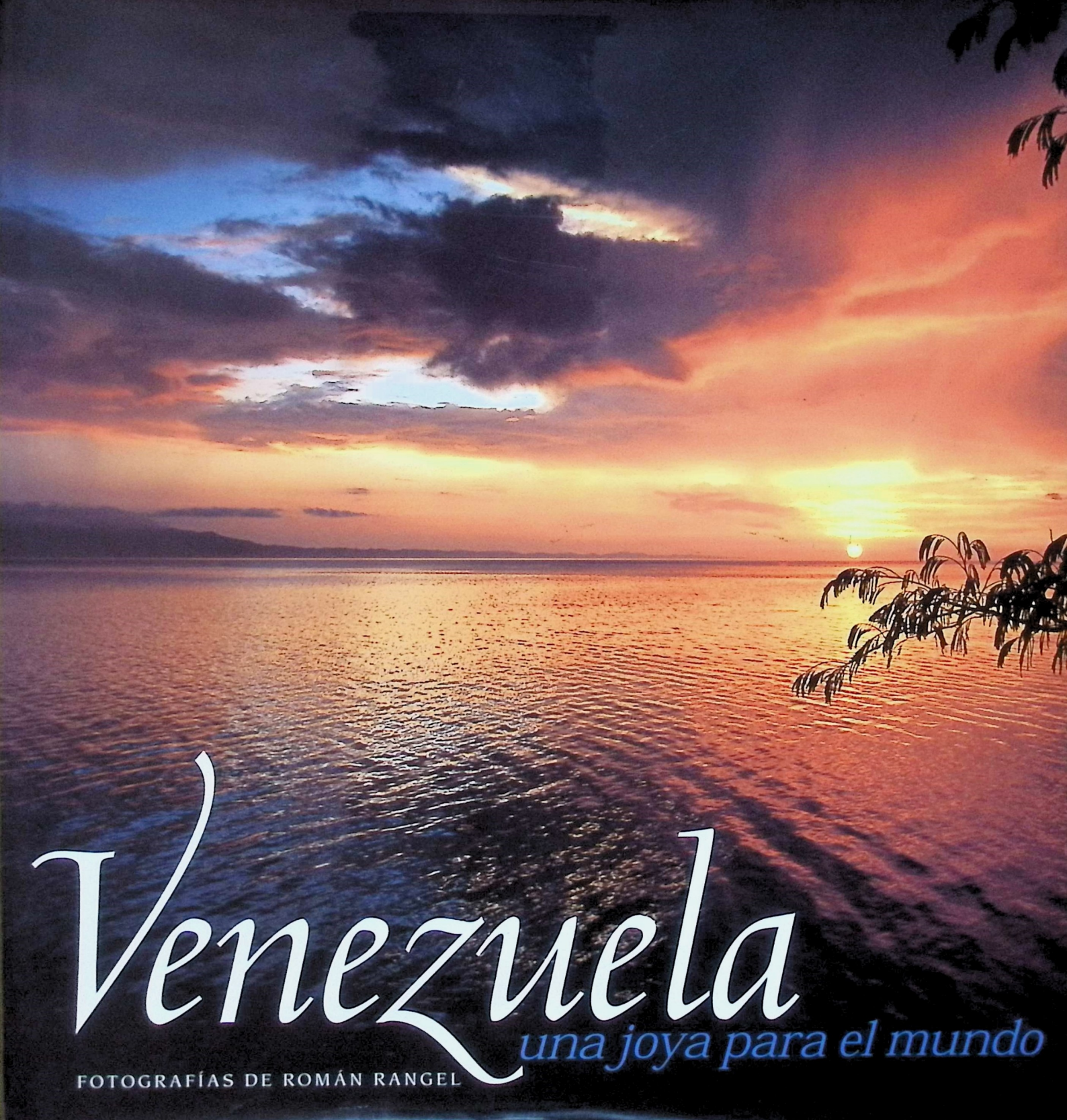

Venezuela
una joya para el mundo
FOTOGRAFÍAS DE ROMÁN RANGEL

Venezuela

una joya para el mundo

Ecograph

Venezuela
una joya para el mundo

FOTOGRAFÍAS DE ROMÁN RANGEL

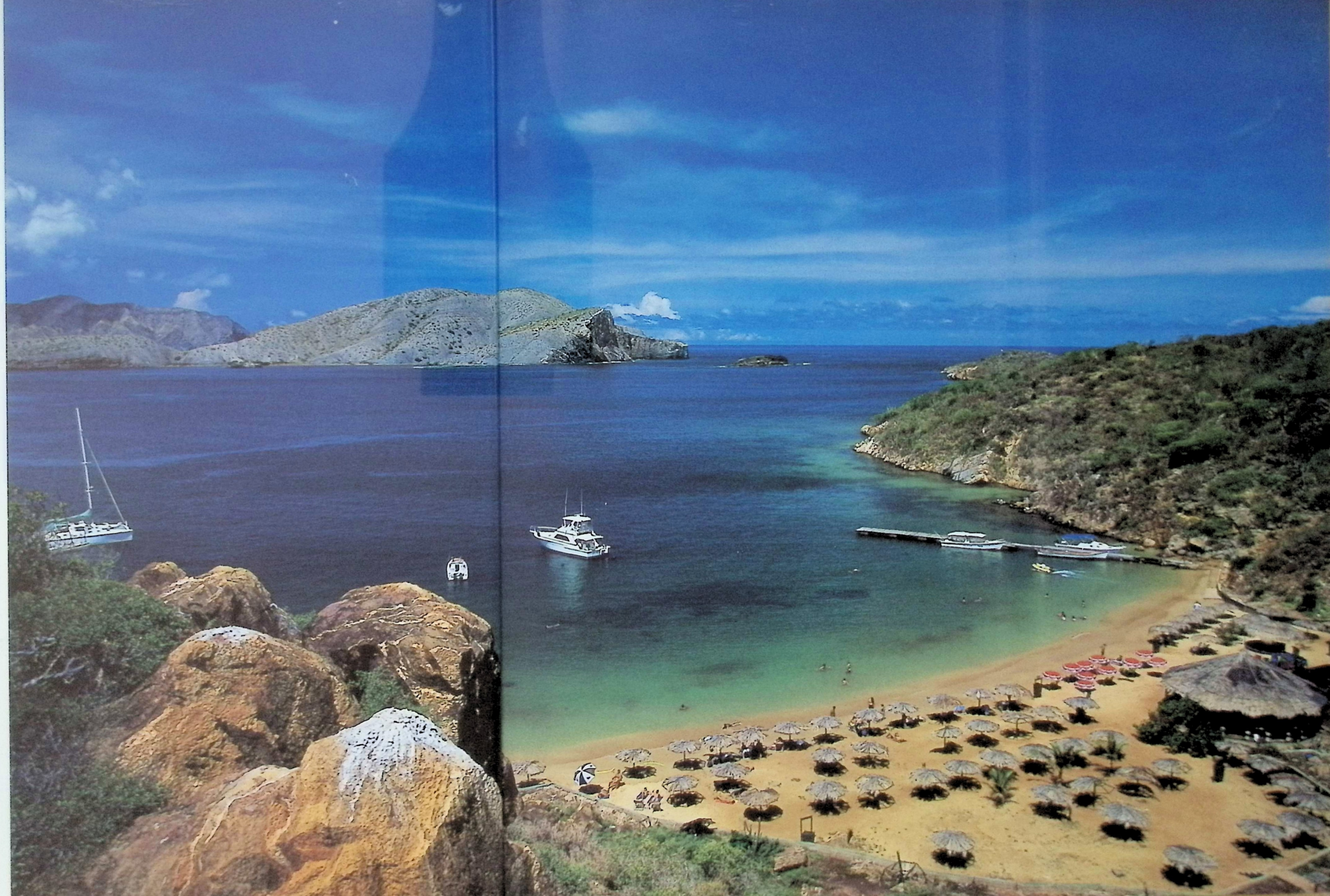
A la arquitecto que le ha dado forma a mis ideas,
a la editora que ha permitido que fluya
como el curso de un río.
Y si esto no fuese suficiente,
a mi esposa –madre de dos hermosas hijas–
con la más profunda admiración.



Golfo de Cariaco,
estado Sucre

Curiara o embarcación indígena de la etnia pemón. Al fondo y a la izquierda el salto Golondrina. Sector occidental del parque nacional Canaima, estado Bolívar





Playa El Saco, isla Chimana. Parque nacional Mochima, estado Anzoátegui

Amanecer
en el parque nacional
Laguna de Tacarigua,
estado Miranda





Río Carrao y tepuyes Curún, Venado y Curavaina. Sector occidental del parque nacional Canaima, estado Bolívar

Laguna de Mucubají, parque nacional Sierra Nevada. Al fondo el páramo de Piedras Blancas, parque nacional Sierra La Culata, estado Mérida





Ondulante tranquilidad en los médanos. Parque nacional Médanos de Coro, estado Falcón



PRESENTACIÓN

Como antaño hicieran los cronistas, el alma nómada de los fotógrafos-viajeros contemporáneos recorre la geografía en busca de la imagen. Al principio quizás no haya nada concreto, apenas la obsesión con un pedazo de tierra, el deseo de decir algo que poco a poco toma forma como narración visual.

Desde 1985 Román Rangel ha recorrido los cuatro puntos cardinales de Venezuela. Para él esta travesía ha sido mucho más que una simple aventura: la fotografía ha sido un medio para dar a conocer las bellezas naturales y promover su conservación. Desde su óptica, Venezuela se presenta como resultado de una experiencia cromática: un país de contrastes sorprendentes y cultura diversa, donde el protagonista de la imagen es el color y la luz intensa del trópico.

Con auténtica modestia, se llama a sí mismo un "discípulo de la luz". Discípulo, porque siempre se está empezando a comprender la luz. En esa comprensión se convierte en un pateador de lugares y de tiempos, de escenas, que por supuesto cada vez son diferentes: el mismo lugar cambia con la luz, y aún más, en el tiempo y en el espacio esa luz inventa diversos juegos cromáticos.

En algún momento la imagen se encuentra con el texto; de esta íntima comunión nace un libro. Entonces comienza el verdadero viaje: *Venezuela, una joya para el mundo* es un tributo al país a través de sus más hermosos paisajes naturales, su encanto local y su patrimonio cultural.

Para Ecograph Ediciones es un placer presentar la propuesta editorial *Venezuela, una joya para el mundo*. Se trata de un libro fotográfico que mostrará nuestros privilegiados espacios, en una secuencia que ligue de manera ininterrumpida el mar caribeño con el llano inundado, la nieve perpetua con el médano, el entramado cosmopolita de las ciudades con la soledad melancólica de los pueblos andinos... Es por tanto una invitación al conocimiento -a través de los textos- y el disfrute estético -a través de las fotos- de las joyas creadas por la naturaleza y el hombre que son, en definitiva, patrimonio de todos los venezolanos.

ECOGRAPH PROYECTOS Y EDICIONES

_Venezuela

una joya para el mundo

Editor:
Raisa Gondelles B.

Coordinación editorial:
Román Rangel

Fotografías:
Román Rangel

Redacción:
Ricardo Gondelles B.
Fanny Díaz
con la colaboración
de Ivonne Rivas

Revisión:
Fanny Díaz

Diseño gráfico:
Pedro Quintero

Cartografía:
Marivi Frías
Patricia Caressi

Preprensa y digitalización:
José Manuel Macrillante

Desarrollo:
Arisabel Yaya

Salida de películas:
ColorNet 2000

Impresión:
Editorial Arte

Supervisión de impresión:
José Manuel Macrillante

© 2002 Ecograph Proyectos y Ediciones
Avenida Las Acacias, Torre Lincoln, oficina 13A
Sabana Grande, Caracas
Teléfono (58 212) 793.6610
Ecographvcantv.net

Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización escrita de los titulares del Copyright,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento.

Hecho el depósito de ley
ISBN: 980-07-8642-2
Depósito legal: lf41820025743128

Impreso en Venezuela

Contenido

Venezuela, Una joya para el mundo Pág. 23
Un poco de historia Pág. 30
La naturaleza y los parques nacionales Pág. 43
La capital y sus vecinos. La égida del Ávila Pág. 47
Caracas, entre el valle y la gran montaña Pág. 47
Miranda, un paraíso por descubrir Pág. 75
Vargas, la casa de la luz Pág. 87
El centro, historia y naturaleza Pág. 97
Aragua: valles, montañas, ríos y mar Pág. 97
Carabobo, donde comenzó el futuro Pág. 111
Oriente. La ruta del sol Pág. 121
Anzoátegui, tierra de aguas Pág. 121
Sucre, donde nace el sol Pág. 129
Monagas, la tierra promisoria Pág. 139
Las islas. Territorio del Caribe Pág. 147
Margarita, la perla del Caribe mar Pág. 148
Archipiélago de Los Roques, universo marino Pág. 158
Occidente. Donde la tierra se concilia con el sol Pág. 167
Zulia, entre la tradición y la modernidad Pág. 167
Falcón, tierra de vientos Pág. 176
Lara, donde el sol cambia de atuendos Pág. 185
Yaracuy, entre lo místico y lo fértil Pág. 195
Los llanos. Reino de la lluvia y el sol Pág. 201
Apure, mundo anfibio Pág. 208
Guárico, tierra de esteros Pág. 211
Cojedes, tierras de ganado y madera Pág. 214
Barinas. Piedemonte andino Pág. 218
Portuguesa. El granero de Venezuela Pág. 220
Guayana, un verbo llamado Orinoco Pág. 227
Amazonas, la selva Pág. 229
Bolívar: tierra de leyendas y tepuyes Pág. 239
Delta Amacuro, donde se funden las aguas Pág. 257
Los Andes, las nieves del trópico Pág. 265
Trujillo, la puerta de los Andes Pág. 267
Mérida, capital de altura Pág. 270
Táchira: tierras, ríos y frontera Pág. 281

Despliegue tricolor, bandera de la República Bolivariana de Venezuela

Típica ventana colonial en el centro histórico de la ciudad de Coro, estado Falcón

VENEZUELA, UNA JOYA PARA EL MUNDO

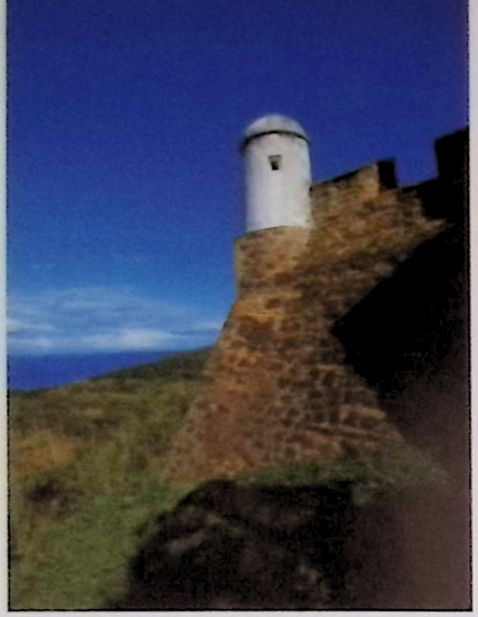
País más hermoso jamás vieron mis ojos, ni nunca me había situado entre perspectivas tan impresionantes...
Walter Raleigh, siglo XVI

Venezuela posee uno de los más extraordinarios y diversos recursos paisajísticos del mundo. Al recorrer este país suramericano tenemos la oportunidad de descubrir una tierra de contrastes sorprendentes: playas de arenas blancas y aguas cristalinas; montañas de altos picos cubiertos por nieves perpetuas; selvas exuberantes apenas habitadas; médanos de arenas ocres; vastas llanuras anegadizas y formaciones orogénicas como los tepuyes, consideradas entre las más antiguas de la Tierra. Balcón septentrional de América del Sur con vista al mar Caribe, Venezuela es la encrucijada perfecta para los viajeros que desean conocer la América hispana.

Cristóbal Colón, marino genovés nombrado almirante por la corona española, arriba en 1498 a las costas del norte de la tierra que luego fue nombrada Venezuela: es el primer europeo que se maravilla con las bellezas naturales de esta región, y no se ahorró metáforas cuando escribió a sus Majestades Católicas que creía haber llegado al "paraíso sobre la tierra". El "paraíso" que estaba descubriendo era específicamente lo que hoy se conoce como la costa del golfo de Paria, situada entre la península homónima y la isla de Trinidad. Esa zona de fusión del río Orinoco y el océano Atlántico es un gigantesco arco de aguas salobres, sedimentarias y de gran caudal, determinadas por el vaivén de las mareas. La experiencia de aquellas frágiles embarcaciones de madera zarandeadas en pleno mar por la fuerte corriente fluvial debe haber sido inolvidable y algo aterrador para aquellos marineros que se enfrentaban a un mundo desconocido para los europeos.

La era precolombina dejó en Venezuela una herencia cultural propia de los pueblos nómadas, sustentada en la tradición oral, cosmovisión, costumbres, lenguas y diversas expresiones características de las culturas constituidas por las etnias que ocupaban estas tierras, entre ellos los legendarios caribes. Sabios en los conocimientos de los astros y las artes de la navegación, desde las costas de Venezuela dominaron el mar que lleva el nombre de su gentilicio: Caribe. En la actualidad sobreviven más de 30 etnias amerindias, las cuales nos legan una visión del mundo, conocimiento y respeto al medio ambiente y un cúmulo de aportes culturales que forman parte inestimable de nuestra identidad como nación. Las vecinas culturas mayas, olmecas, aztecas, incas o chibchas desarrollaron dentro de sus estadios sedentarios, culturas con un rico patrimonio monumental que contrasta con las prácticas materiales de nuestros antepasados. La colonización española no edificó los impresionantes monumentos virreinales de México o Perú, debido a que la Capitanía General de Venezuela no tenía posibilidades de enviar a la corona los tesoros en oro, plata y minerales que esas administraciones entregaban.





Castillo de San Francisco frente al río Orinoco, estado Delta Amacuro

El regalo supremo que Venezuela reservó para el visitante, antes y ahora, es el paisaje. Cada zona geográfica guarda su propio paisaje emblemático; algunas de esas vistas tan perfectamente distintivas son reproducidas tantas veces en fotografías que casi resultan arquetípicas. Hay un poco de todo, para todos. Por ejemplo, el verde de los vastos macizos de Guayana se extiende al sur, así que Venezuela es un país amazónico; también es un país desértico, con los arenales ondulantes de Coro o la Guajira. Es un país andino, porque un ramal del gran espinazo orogénico suramericano va a morir en los glaciares montañosos de la Sierra Nevada de Mérida. Es llanero, con sus inabarcables planicies anegadizas. Montañoso y selvático se muestra con las estribaciones de la cordillera central y, definitivamente marino, un país de playas, con los azules indescriptibles de sus archipiélagos o los verdes de sus litorales bordeados de palmeras.

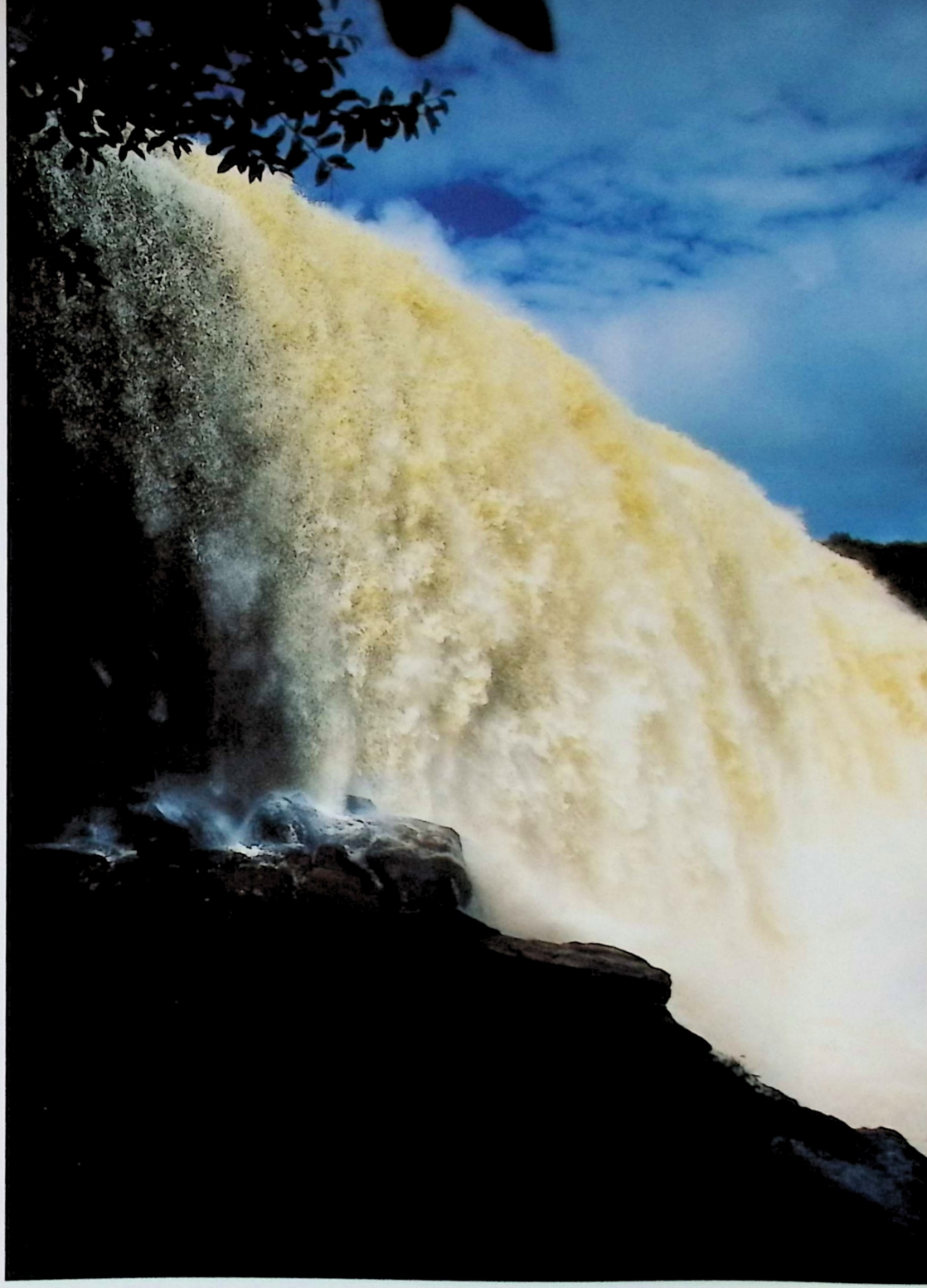
¿Puede un solo país tener tantas caras, tantos escenarios naturales que desafían la imaginación y colman los sentidos?

Sí, la singularidad territorial ofrece todas esas posibilidades espaciales y especiales. La complejidad e importancia de sus ecosistemas, la variedad paisajística y la conciencia de la necesaria protección de esas tierras tan respetadas, han propiciado la creación de vastas zonas protegidas bajo la figura de parques nacionales. Un importante número de especies de fauna y flora autóctonas pueblan sus espacios. Algunas rarísimas especies vegetales medran en rincones muy específicos y son el sueño de los botánicos de todo el mundo. El gran número de especies de aves que viven o hacen escala en Venezuela, permite que el país sea apreciado por los ornitólogos.



Costa de Barlovento, entre Chirere y Chirimena, estado Miranda

Este mosaico geográfico tiene algunos superlativos para ofrecer: la caída de agua más alta del mundo, el salto Ángel o Kerepacupai-merú; el Macizo Guayanés, tierra firme desde hace miles de millones de años; Guanoco, el lago de asfalto natural más extenso del mundo; el Orinoco, tercer río más caudaloso del orbe, cuyo delta encierra extensos manglares; las grandes cimas verticales de Jaua y Sarisariñama, en el estado Bolívar; la costa más extensa del Caribe, con playas paradisíacas dis-



Salto El Sapo, laguna de Canaima. Sector occidental del parque nacional Canaima, estado Bolívar

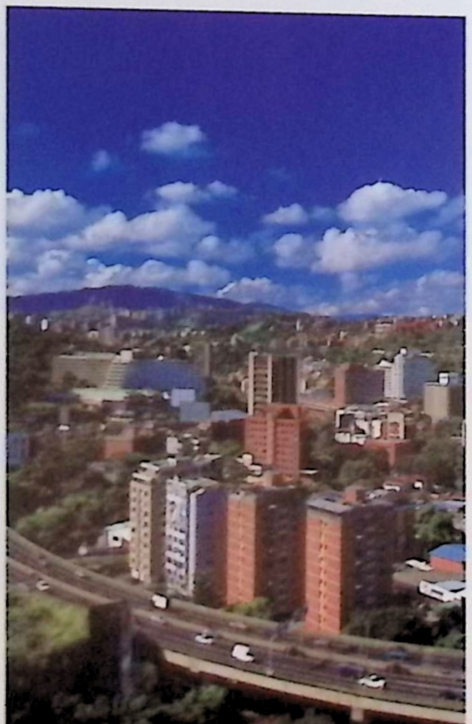


Salto Ángel, parque nacional Canaima, estado Bolívar

ponibles todo el año; el lago más grande de Sudamérica, el de Maracaibo. Venezuela ofrece también rarezas como el único canal natural que conecta dos cuencas hidrográficas, el brazo del río Casiquiare, en el estado Amazonas; sus llanos abrigan el mamífero roedor más voluminoso del mundo: el chigüire o capibara y las selvas con sus ríos son el hábitat de las impresionantes serpientes anacondas. Junto con la naturaleza, la mano del hombre ha hecho lo suyo: el teleférico de Mérida, el más alto (4.765 metros) y largo (12,5 kilómetros) del mundo; Guri, represa hidroeléctrica con uno de los lagos artificiales más vastos del planeta, en Bolívar; la Universidad Central de Caracas, patrimonio cultural de la humanidad, y otras muchas obras que merecen conocerse.

Aquellos que han estado en esta tierra y han conocido la diversidad paisajística venezolana, hablan de otro de sus superlativos: la gente mestiza, abierta, amable, acogedora y espontánea, mezcla de razas y culturas.

Junto a este paraíso natural, el país se ha desarrollado como una nación predominantemente urbana, con una red de ciudades jóvenes y en plena expansión. En las urbes venezolanas se encuentran todo el frenesí, la agitación y el discernimiento de los últimos avances internacionales, comparables con otras metrópolis del mundo. De Caracas, la capital, se dice que tiene uno de los movimientos culturales más intensos de América Latina: seis orquestas sinfónicas, museos de altísimo nivel con im-



Autopista Caracas-Baruta y urbanización Las Mercedes, Caracas

portantes y selectas colecciones y una oferta cultural amplia y diversificada. Resulta de gran atractivo el contraste entre el ajetreo de las ciudades y la vida más calmada e informal de las poblaciones rurales. Y es allí, precisamente, donde sobrevive el variado legado folclórico venezolano. Cada región del país tiene diversas manifestaciones culturales que la particulariza, todas ellas resultantes del sincretismo propio del mestizaje. Igual ocurre con lo culinario: al degustar las especialidades gastronómicas venezolanas se apreciarán los aportes de las diversas culturas que interactuaron para crear su particular cocina. Muy conocida y apreciada también es la artesanía venezolana, donde se expresa creatividad, ingenio y técnicas sofisticadas.

Venezuela es como un universo en pequeño, difícil de abarcar y menos de clasificar. Mientras más se conoce, más invita a descubrir.



Laguna de Mucubají y sierra de Mucuñuque, parque nacional Sierra Nevada, estado Mérida



Atardecer sobre el río Orinoco. Sector Garcitas, a unos 15 kilómetros de Puerto Ayacucho, estado Amazonas



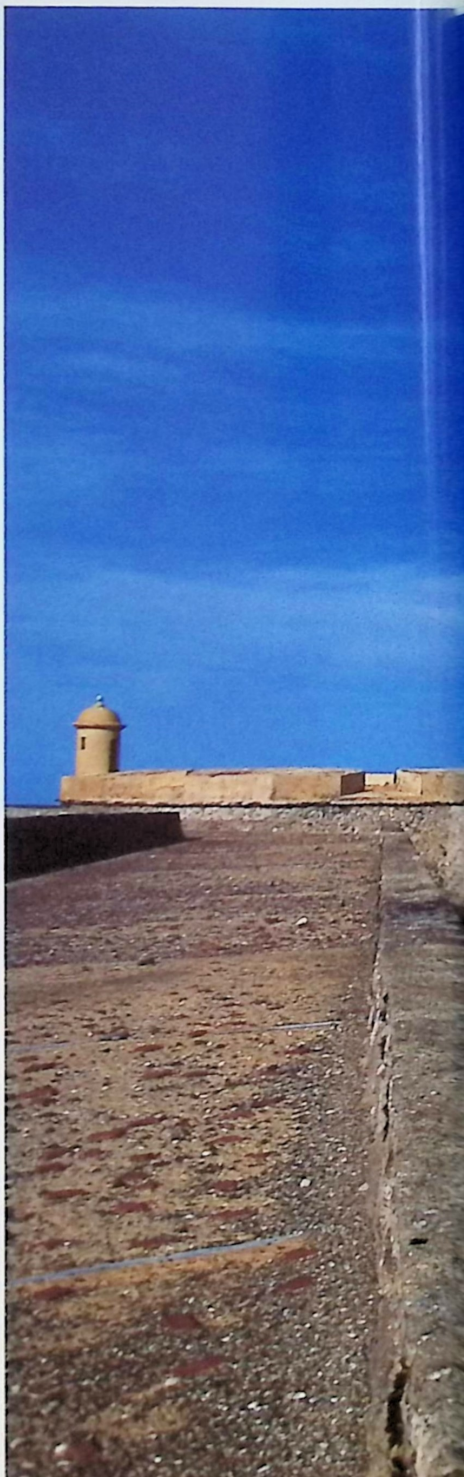
Un poco de historia

El territorio venezolano fue efectivamente el primero en toda la tierra firme americana en conocer la huella de los descubridores europeos. Tal cosa ocurrió el 4 de agosto de 1498, cuando Cristóbal Colón navegó por la costa de Paria. Luego se fundaría Macuro, población ubicada casi en el extremo oriental de la península de Paria (actualmente estado Sucre). Sin embargo, esas tierras ya estaban habitadas desde hacía al menos 10 mil años por las etnias amerindias diseminadas por todo el territorio. Según se cuenta, el nombre de Venezuela tuvo su origen en el descubrimiento de las viviendas palafíticas en el lago de Maracaibo por el navegante Américo Vespucio, las cuales le recordaron Venecia.

La explotación, poblamiento y gobierno de Venezuela en la primera mitad del siglo XVI fueron encomendados a financistas alemanes, los Welser, mediante un convenio celebrado con la corona española en 1528. Con este acto, una España de arcas agotadas por las guerras interminables trataba entonces de quitarse de encima la presión de sus acreedores. Los Welser, quienes pertenecían a una antigua y aristocrática familia alemana, se dedicaron a recorrer el país en busca de riquezas, pero todo el esfuerzo fue en vano: las ciudades cubiertas de oro con calles empedradas de piedras preciosas jamás aparecieron.

Durante ese período fueron creadas las primeras ciudades venezolanas. Cumaná, fundada en 1521, es la "primogénita del continente americano", aunque parece que aquel modesto asentamiento construido de barro y palma no resistió los ataques de los indígenas y hubo de ser reedificado varias veces. Coro, en cambio, fundada en 1527 por Juan de Ampíes, nació como una base de las expediciones de los alemanes, y se constituyó en la primera capital de la naciente provincia. Fue de allí de donde irradiaron los recorridos de los conquistadores en el occidente venezolano, y así fueron fundadas las ciudades de Maracaibo (1529, refundada en 1569), El Tocuyo (1539), Barquisimeto (1552), Valencia (1555), Mérida (1558), San Cristóbal (1561) y finalmente Caracas (1567).





Cuadra de Bolívar, Caracas

Casa natal de Simón Bolívar

Castillo San Carlos de Madureira, lago de Maracaibo, estado Zulia





Detalle del Arco Triunfal, monumento conmemorativo de la batalla de Carabobo, estado Carabobo



Quinta Anauco, actual Museo de Arte Colonial

La sociedad colonial venezolana fue prosperando muy lentamente, con una economía sustentada en el cultivo y exportación del cacao, de donde se sacaba el chocolate, producto que en el siglo XVII comenzó a revolucionar el gusto de la sociedad europea.

La Provincia de Venezuela siempre tuvo un rol secundario como proveedor de materias primas para la metrópoli española, a diferencia de los virreinatos de Perú, México o Nueva Granada, que contaban con inmensas minas de oro, plata, estaño y otros minerales, los cuales pasaron a formar parte de la economía española por espacio de unos 300 años.

Sostenida primero por el trabajo de los indios manumitidos y luego por esclavos africanos –que comenzaron a llegar a Venezuela en las últimas décadas del siglo XVI–, la economía venezolana tuvo que conformarse con representar el papel de proveedor agrícola y pecuario. Por lo tanto, escaseaban el dinero y los materiales, por lo que la Conquista y la Colonia no dejaron los grandes monumentos religiosos de Ciudad de México, Puebla, Lima, Cuzco o Quito.

Sin embargo, el trabajo esforzado y sostenido en la agricultura y la cría de ganado logró cierta acumulación de riqueza y el surgimiento de una clase acomodada, integrada por criollos (blan-



Antigua iglesia de la Santísima Trinidad, convertida en Panteón Nacional, donde reposan los restos del Libertador Simón Bolívar, Caracas

cos nacidos en Venezuela) y peninsulares (españoles de nacimiento). El mestizaje producto de la mezcla de los blancos, los amerindios y los negros dio lugar a la creación de un permeable sistema social.

En 1777 el rey Carlos III de España consideró llegada la hora de darle cierto estatus a la región, de donde nació la Capitanía General de Venezuela, cuyo territorio era aproximadamente igual a como aparece hoy en los mapas.

A medida que los criollos blancos y ricos acumulaban riqueza, adquirieron conciencia de sus diferencias con el gobierno español, sobre todo en lo tocante al comercio. La llegada de los comerciantes vascos y la Compañía Guipuzcoana de Caracas, creada en 1728, que fortaleció el comercio con España, dio lugar a los primeros levantamientos que conoció la América hispana en contra de los españoles: de 1749 a 1752 se protesta por el monopolio de la comercialización del cacao de la mencionada compañía y en 1795 José Leonardo Chirinos lidera el levantamiento de esclavos en Falcón. Luego siguió una conspiración en 1797 en contra del dominio español, liderada en el puerto de La Guaira por José María España y Manuel Gual, quienes redactaron el primer proyecto constitucional de la historia venezolana y quizás de la América hispana. En 1806 fue el malhadado desembarco de Francisco de Miranda en La Vela de Coro para propiciar otro levantamiento, que también conoció el fracaso.

Es finalmente en el año de 1810 cuando empiezan a ocurrir los cambios que darán un vuelco a la historia de Venezuela. España cae en poder de los franceses al mando de Napoleón Bonaparte y las colonias quedan un tanto a la deriva, por lo que los criollos aprovechan el desconcierto para exigir su autonomía de la Colonia española, y tuvo lugar en Caracas la primera Declaración de Independencia, en abril de 1810. En 1812 ya se ha formado el ejército patriota al mando de un joven general, Simón Bolívar, en apoyo a la causa independentista y se inicia la guerra contra las fuerzas españolas, la cual culmina tras una serie de triunfos y reveses para ambos bandos con la



Monumento dedicado por los venezolanos a los símbolos patrios: el escudo y bandera nacional, avenida Los Ilustres, Caracas



derrota realista en la batalla de Carabobo en 1821. Para ese entonces ya había cristalizado el proyecto del Libertador de fundar la Gran Colombia, donde se integraban lo que hoy es Venezuela, Colombia y Ecuador. No obstante, este proyecto duró hasta 1829, año en que intereses localistas propiciaron la separación de las tres naciones.

En 1830 muere Bolívar y Venezuela queda constituida definitivamente como país soberano, iniciándose un larguísimo período de intranquilidad interna provocada por las ambiciones de caudillos regionales que duró todo el siglo XIX, y tuvo su punto culminante con la Guerra Federal. Paradójicamente, desde la guerra contra España el país no volvió a entrar en conflicto con ningún país del mundo hasta el presente, por lo que junto con Suiza integra un selecto club de naciones con dilatada tradición pacifista.

A partir de 1870 se inicia el famoso septenio de Antonio Guzmán Blanco, dictador ilustrado de afinidades francófilas que gobernó el país en tres ocasiones distintas y que por su inquietud modernizadora dejó tras de sí un importante legado. Luego de la llamada Revolución Liberal Restauradora en 1899, asciende al poder Cipriano Castro, dictador llegado de las montañas del Táchira. Durante su período se exacerbó el problema de la deuda contraída por el Estado venezolano con bancos ingleses, alemanes y holandeses, lo que dio lugar al bloqueo naval de los puertos de La Guaira y Puerto Cabello entre 1902 y 1903.

En 1908, cuando Castro viajó a Europa y dejó a Juan Vicente Gómez encargado de la presidencia, se encontró al regreso con que éste había dado un golpe de Estado, para gobernar a Venezuela con mano de hierro hasta su muerte, en diciembre de 1935. Este fue, no obstante, el fin de la era de los caudillos y de las contiendas internas.

El siglo XX lo recibe con el hallazgo del petróleo en 1914. De esa forma Venezuela vive un salto histórico cuando en 1922 una empresa norteamericana comienza a perforar el primer pozo de petróleo en la costa oriental del Lago de Maracaibo. La nación fue nuevamente noticia mundial: todos querían ofrecer tecnología, equipos y financiamiento para explotar los ricos yacimientos petroleros venezolanos, y se inició una loca carrera por explorar las riquezas del subsuelo, no sólo en el fondo del lago de Maracaibo, sino en la llamada Faja Petrolífera del Orinoco, ubicada al sur de los estados Anzoátegui y Monagas.

Así pues, el petróleo llegó para cambiar la faz de Venezuela de una manera radical y definitiva. El país pasó de ser una economía esencialmente agraria y minera a otra petrolera. Inmensos contingentes humanos abandonaron los campos de cultivo y se agolparon en los campos petroleros organizados por las empresas norteamericanas, deslumbrados por el espejismo de la riqueza instantánea. El inicio de la explotación petrolera marcó además el cambio de Venezuela, que de una sociedad rural se convirtió en una sociedad netamente urbana.



Libertador Simón Bolívar y relieve alegórico a la batalla de Boyacá, paseo Los Próceres, Caracas

Casa parroquial y casa de Los Gobernadores, casco histórico de Ciudad Bolívar



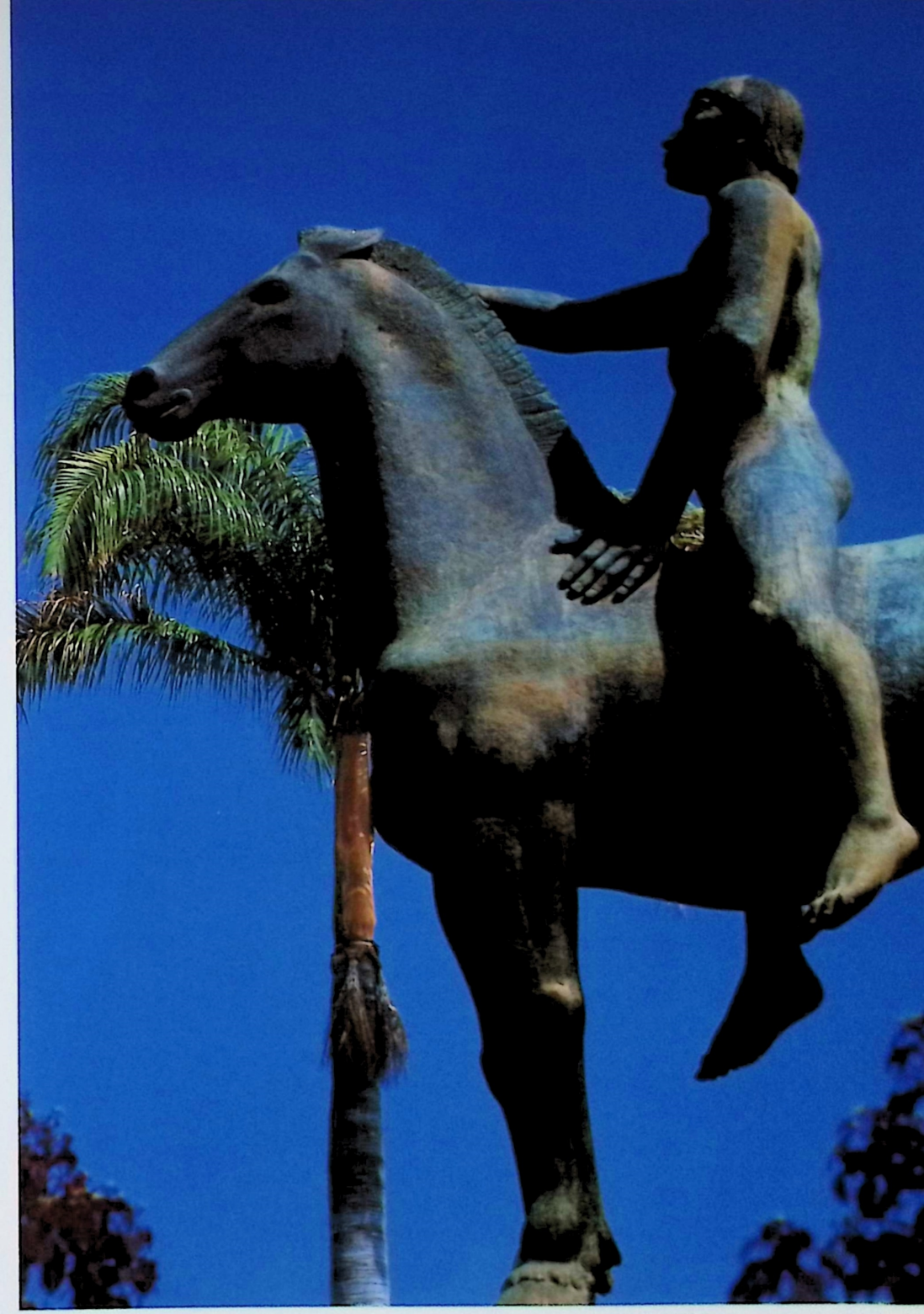


Capitolio, sede de la Asamblea Nacional, Caracas

A la muerte de Gómez en 1935 comenzaron los primeros ensayos democráticos de un país que hasta ese entonces sólo había conocido la paz bajo el yugo de los dictadores. En las décadas de los treinta y cuarenta nacieron los partidos políticos modernos. En 1952 volvió un nuevo paréntesis dictatorial, esta vez bajo el mando del general Marcos Pérez Jiménez, durante el cual se iniciaron los grandes proyectos de infraestructura que ayudaron a modernizar al país. Desde 1958, año en que fue derrocado Pérez Jiménez, Venezuela ha gozado de una de las democracias más sólidas y estables de América Latina.



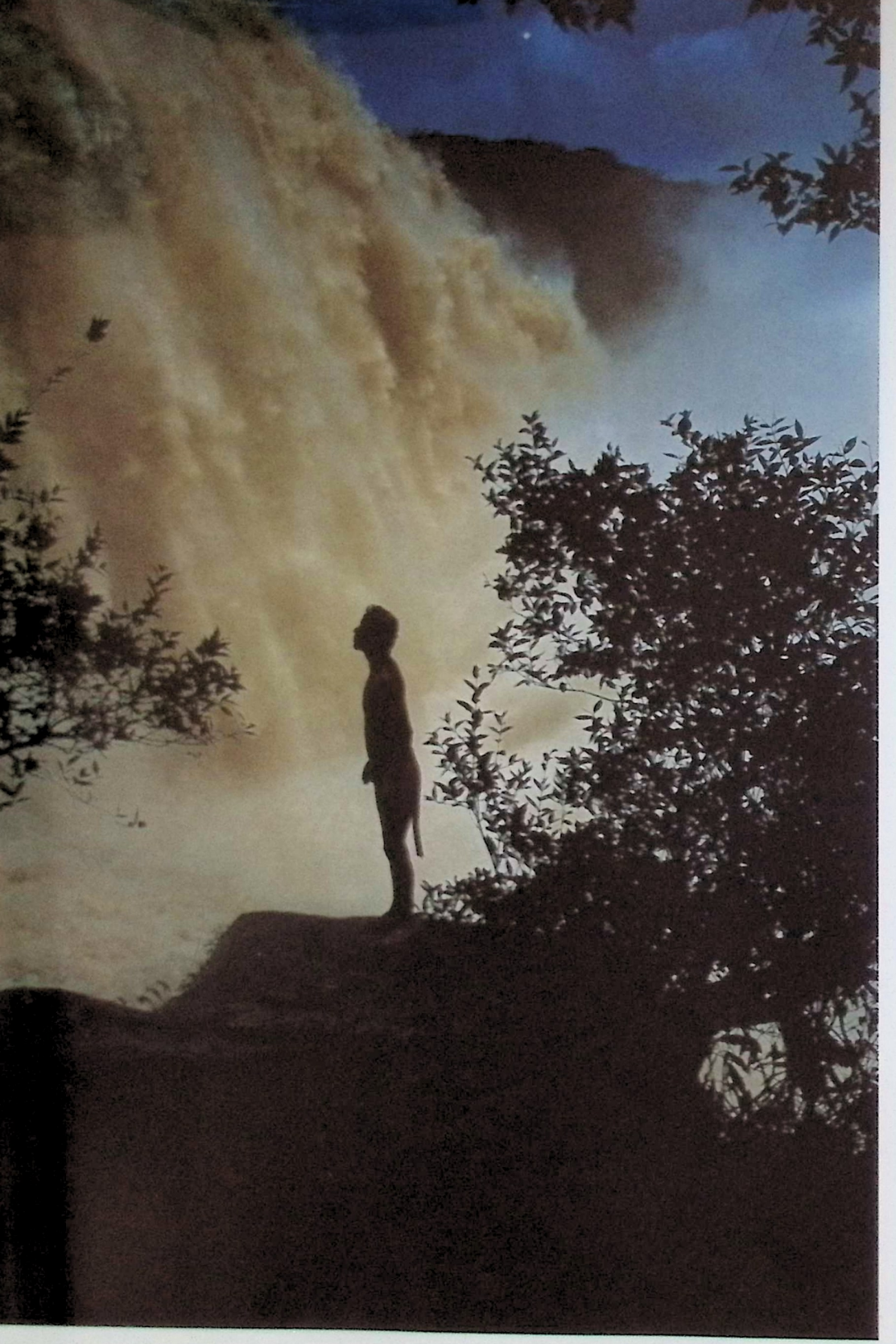
Antigua Academia Militar en la Planicie, hoy Museo Histórico Militar, Caracas



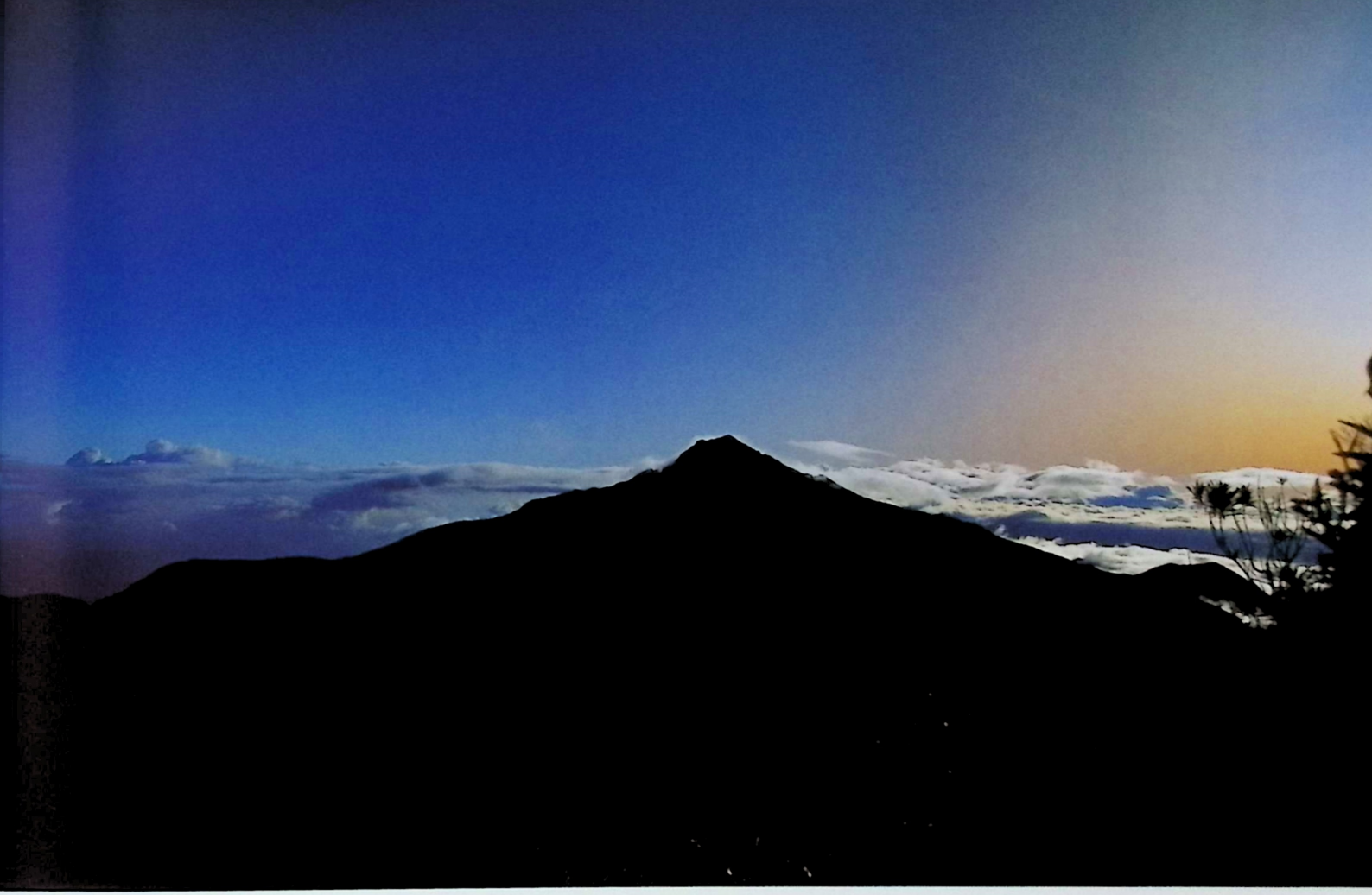
Detalle del conjunto escultórico Los Precursores, paseo Los Próceres, Caracas

Amanecer en el río Carrao. Al fondo, el macizo del Auyantepui, sector occidental del parque nacional Canaima, estado Bolívar





Salto El Sapo,
sector occidental
del parque nacional
Canaima,
estado Bolívar



Amanecer en el pico Naiguatá, parque nacional El Ávila

La naturaleza y los parques nacionales

Venezuela protege hoy en día sus inmensos recursos escénicos y de biodiversidad a través del Instituto Nacional de Parques (instituto autónomo adscrito al Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales), bajo la figura del llamado Sistema Nacional de Parques. Éste reúne 43 parques nacionales y 21 monumentos naturales que abarcan un total de 16 por ciento de territorio venezolano; si comparamos esta cifra con el 10 por ciento que recomienda la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente como mínimo para todo el mundo, encontramos que Venezuela ha sabido llevar la delantera en materia de áreas naturales protegidas.

Los parques nacionales venezolanos ocupan una superficie de unas 13.008.440 hectáreas, mientras que los monumentos naturales guardan 1.142.213. Estas zonas demarcadas sirven para preservar las muestras más sobresalientes de ecosistemas y paisajes que tiene el país, mantener intactos recursos genéticos y procesos ecológicos de gran valor científico, cuidar algunos valores escénicos, geográficos y geológicos de excepción y también –muy importante– conservar algunas de las cuencas hidrográficas más notables del planeta, de las que Venezuela depende en más de

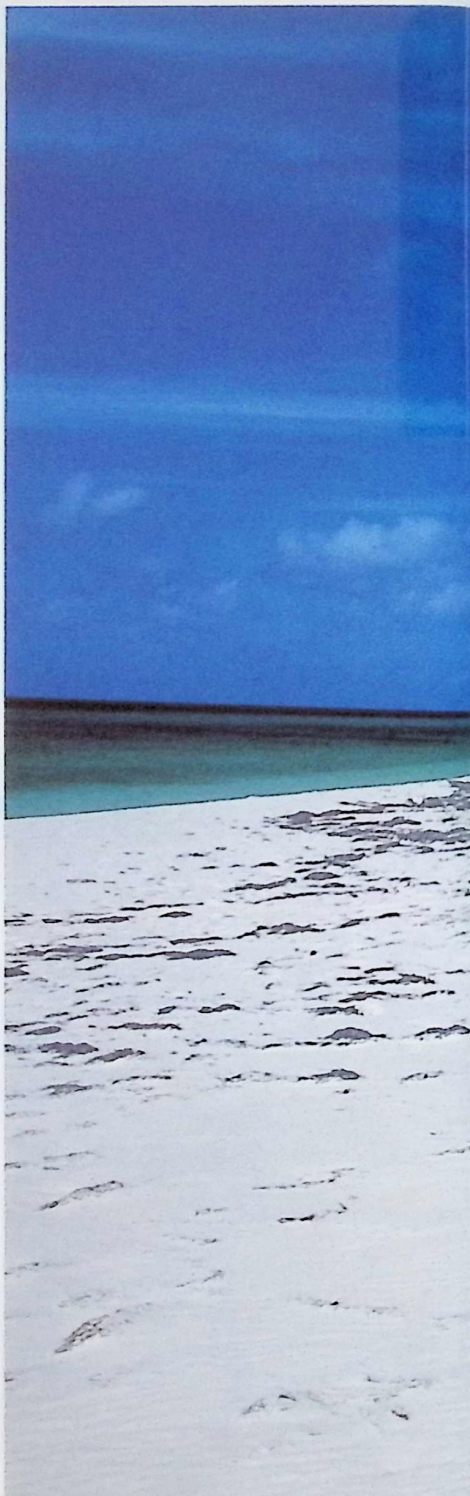


un 70 por ciento para la obtención de energía hidroeléctrica. De igual forma, la figura de los parques y monumentos naturales permite resguardar lugares que por razones históricas y culturales forman parte del patrimonio del país.

El primer parque nacional decretado en Venezuela fue el Henri Pittier –antes llamado Rancho Grande–, en la cordillera costera que comparten los estados Aragua y Carabobo. Se estableció en 1937 durante la presidencia del general Eleazar López Contreras, a raíz de los estudios realizados sobre la zona por el naturalista suizo con cuyo nombre se ha bautizado esta imponente reserva natural.

Los parques nacionales más extensos de Venezuela pertenecen a los estados Bolívar y Amazonas, donde se hallan inmensos territorios deshabitados. Solamente el parque nacional Canaima, por ejemplo, tiene una superficie equiparable a la de Bélgica, unas tres millones de hectáreas. El de Parima-Tapirapecó en Amazonas es aún mayor, con 3.420.000. De todos los estados de Venezuela, Lara –en la región centro-occidental– se lleva la palma por el número de áreas protegidas dentro de su territorio: cuatro, en un área de apenas 19.800 kilómetros cuadrados.

Así, en Venezuela usted puede encontrar los ecosistemas de bosques y arbustales de pantano, bosques siempreverdes, sabanas, tepuyes y la vegetación endémica, morichales, bosques nublados, bosques deciduos y cavernas, ríos y bosques ribereños, glaciares, manglares costeros, arrecifes coralinos, páramos y médanos, cardonales y espinares. Tal diversidad geográfica sin duda está asegurada por el esfuerzo colectivo que hoy lleva a cabo el Sistema Nacional de Parques.





Excursionista observando aves en el parque nacional El Ávila

Manglares del parque nacional Laguna de Tacarigua, estado Miranda

Cayo de Agua, parque nacional Archipiélago Los Roques



Círculo Militar en el paseo Los Próceres. Al fondo se divisa la Silla de Caracas

El valle desde la gran montaña: Caracas desde el parque nacional El Ávila



La capital y sus vecinos. La égida del Ávila

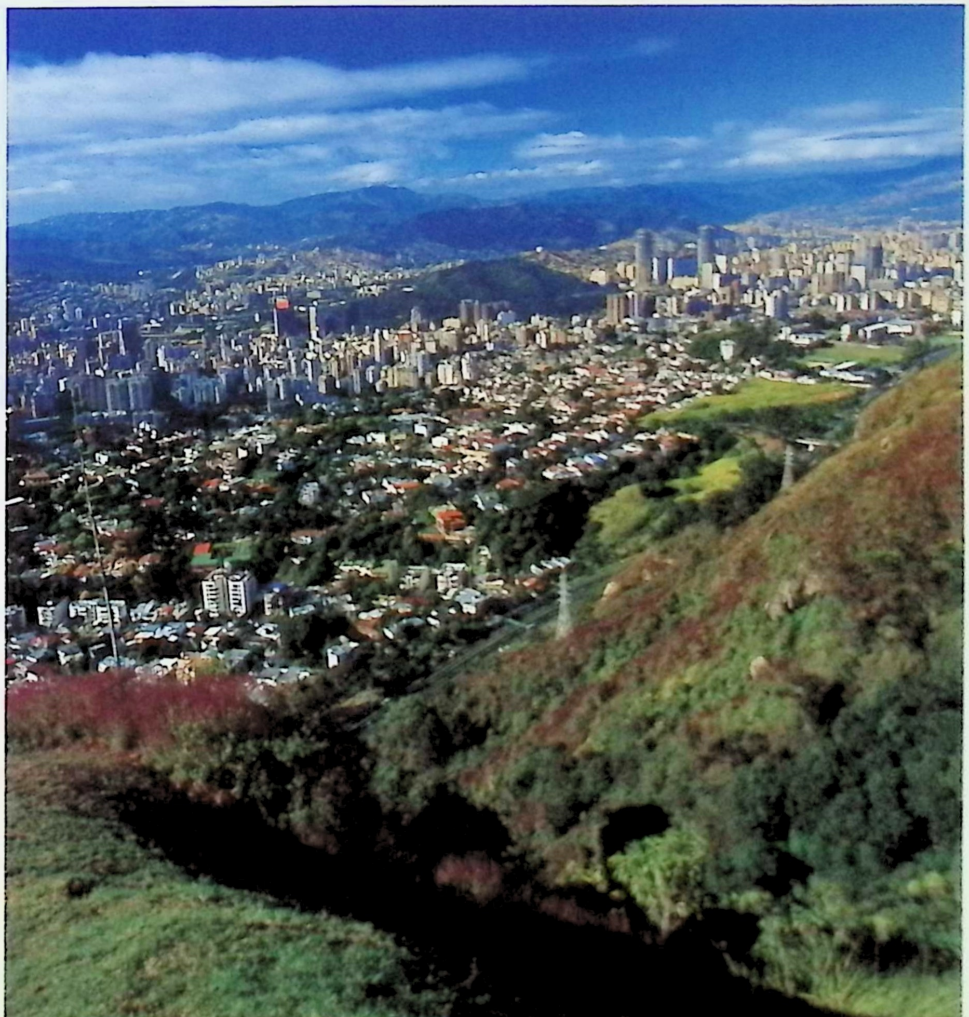


Caracas, en el valle y al pie de la gran montaña

La circunstancia geográfica de Venezuela de cara al mar acusa rasgos que determinan su curso histórico y las características esenciales de la nacionalidad. Fundada desde el Caribe y frente al Caribe, el país ha sido siempre escenario de tráfico de hombres y culturas. Todo ese transitar hizo que desde siempre la nación se iluminara con los pensamientos de avanzada del mundo y diera cabida a los ideales de libertad e igualdad, que irradian desde ella hacia el resto de América.

Caracas, su capital, concilia y sintetiza las singularidades del país en cuanto a lo que ha sido y lo que será: ante todo nos habla de que este país está conformado por hombres de muchos lados del mundo y siempre fue así por ser puerta del Caribe a tierra firme.

Decir Caracas es mencionar también al Ávila, montaña de 2.150 metros que es el norte físico y espiritual de los habitantes de la capital de Venezuela, testigo mudo y paciente de todos sus acontecimientos. Caracas está casada con el hechizo del paisaje del Ávila para formar un conjunto indivisible y característico.





Santiago de León de Caracas, un ordenado asentamiento de edificaciones de bahareque y palma, fue fundado por Diego de Losada en 1567, en tierras de los amerindios caracas, subgrupo caribe. Hoy, la más populosa urbe venezolana se desborda en un valle de unos 25 kilómetros de largo, para constituir una de las metrópolis más vitales, energéticas, electrizantes, desconcertantes, multifacéticas y seductoras del continente.

Es una ciudad cuyos contrastes pueden dejar perplejos a los visitantes: una apretada maraña de edificaciones que se interrumpe bruscamente al margen de las amplias e imponentes zonas verdes, estén o no protegidas por un parque nacional. Confortables barrios residenciales conviven con barriadas pobres. En su centro histórico quedan pocas casas antañonas de teja de arcilla y ventanas sevillanas, lado a lado con rutilantes edificios de oficinas en aluminio, acero, concreto y cristal. Sobreviven una o dos de las antiguas calles coloniales empedradas conviviendo con la complicada red de autopistas que surca el valle.

Caracas ofrece humildes y recónditos comercios de yerbas y objetos de culto para los ritos mágicos religiosos, como la santería, y también descomunales centros comerciales al mejor estilo del

Vista aérea de la ciudad de Caracas



Caballerizas de la Quinta Anauco, patrimonio histórico de la nación

Símbolo de la ciudad: Santiago de León de Caracas

Escalinatas del parque El Calvario

mall norteamericano. En áreas escogidas de la capital venezolana, los dependientes de las suntuosas *boutiques* con ropa de firma no quieren saber nada de los comerciantes callejeros, que venden ropa y baratijas *made in China* en las aceras. Una ciudad como Caracas, que igual invita a ventorrillos de comida rápida en el camino como a costosos restaurantes *gourmet*, es un universo de contrastes en todos los aspectos.

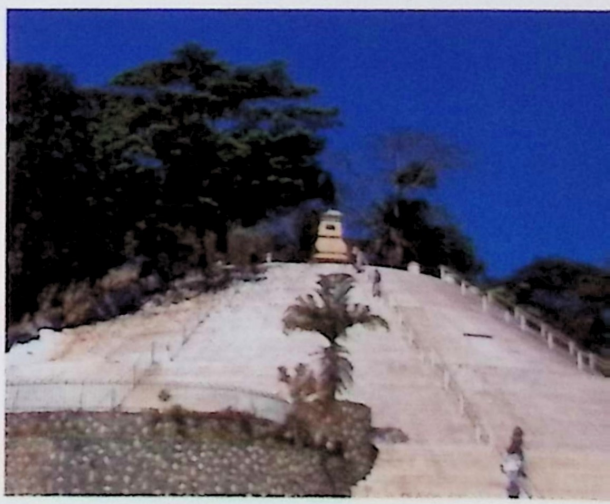
El valle de Caracas es largo y estrecho, así que todo está a la vista, como en una heterogénea vidriera. Ombligo de Venezuela, la ciudad es el centro político, económico y financiero del país, la que cuenta con más habitantes (alrededor de cuatro millones de habitantes), se la ve como rica, culta, sofisticada y tiene la mejor infraestructura de servicios. Es, también, la que más problemas padece por falta de espacio donde crecer.

El protagonismo de Caracas es radical e indiscutible, y el visitante debe estar preparado para no dejarse marear por su atractivo si quiere conocer el encanto de otras ciudades del país.

Si se le pregunta a un venezolano radicado en el extranjero qué es lo que más añora de la capital venezolana, con toda seguridad le responderá: el clima. Los caraqueños son altamente envidiados por los visitantes extranjeros debido a la dulzura y la estabilidad de las temperaturas. Hay pocas variaciones estacionales, y a los caraqueños les gusta referirse a su ciudad como la de la "eterna primavera", tal como la calificó el sabio Alejandro de Humboldt en su estadía allí, aun cuando el aumento de las construcciones y del parque automotor hayan hecho subir la media de las temperaturas. Diciembre-febrero es el período de los descensos térmicos. Durante esos días decembrinos, el frío caraqueño incluso tiene un nombre encantador: "pacheco", apodo que habría recibido en tiempos en que la Caracas neblinosa era más bien un pueblo grande y todos se conocían. Se dice que un vendedor de flores conocido por su apellido (Pacheco) bajaba cada diciembre con su cargamento de flores, y la visita coincidía con la baja de las temperaturas.

La barrera orográfica de la cordillera de la Costa –y específicamente en el punto protegido bajo la jurisdicción del parque nacional El Ávila– ha planteado siempre retos formidables



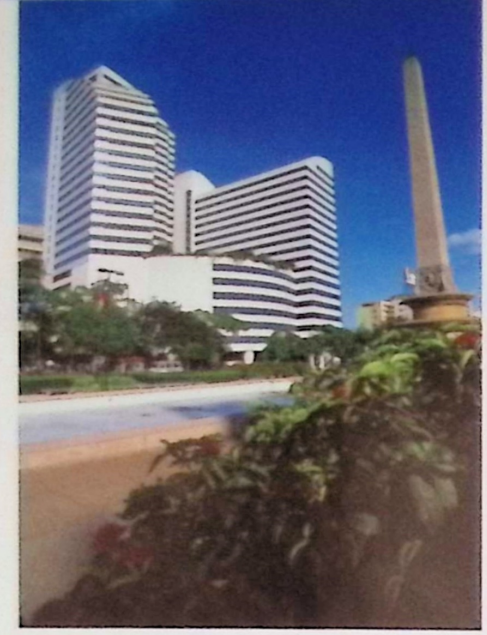


Escribió Santiago Key Ayala: "El secreto del Ávila es el valle de Caracas y el secreto del valle de Caracas es el Ávila". Panorámica tomada desde el Alto Hatillo



Fuente Las Toninas en la plaza O'Leary, ejecutada por Francisco Narváez. Al fondo, urbanización El Silencio, diseñada por el arquitecto Carlos Raúl Villanueva





para acercar la ciudad al mar. La circunstancia geográfica de Caracas, tan cerca del mar y separada de él por una impresionante cadena montañosa y el Ávila, es quizás una característica única en el mundo, que genera beneficios e inconvenientes.

La experiencia de estar sobre la Fila Maestra del Ávila es como pararse sobre la línea que divide dos mundos imaginados: de un lado, el bullicio con sordina de la babel erizada de edificios, como la espuma de un mar revuelto estrellándose contra las rocas. Del otro, el vértigo de la pendiente opuesta que nos sumerge en el verdadero mar, el azul imperturbable del Caribe, y en la quietud minúscula de los pueblos de la costa.

¿Desde dónde, si no es en el picacho de Galipán, puede verse el aeropuerto de Maiquetía como una inofensiva maqueta de cartón-piedra? Galipán es un poblado en esta cima del Ávila que ve hacia el mar Caribe, conformado especialmente por campesinos descendientes de isleños canarios, quienes han creado un mestizaje que tiene por vocación el amor a la tierra y en específico, al cultivo de flores.

Pocas visiones terrestres pueden contrastar la colmena caraqueña con el horizonte azul y curvado del Caribe, vistos desde el pico Oriental en un giro de 180 grados. De noche, cuando la ciudad rodeada de áreas silvestres refulge como una joya guardada en un estuche de terciopelo negro, los barrios pobres brillan con una miríada de luces amarillas que parecen contenidas galaxias circundando el valle.



Una vista clásica del Ávila es la que incluye a su flanco meridional, con Caracas a sus pies –la odalisca del poema devino mujer emancipada. Esta vista del gran centinela caraqueño ha fascinado a algunos de los más notables pintores venezolanos, como Manuel Cabré, Pedro González, Jacobo Borges y Tomás Golding, quienes han reinventado en sus lienzos la geometría quebrada de sus faldas, herida por la luz del sol a distintas horas del día. Aparte de paisajes cautivadores, el Ávila tiene sus secretos, e innumerables senderos que desde tiempos precolombinos lo cruzan en todas direcciones. Como la luna, también posee su cara oculta y tenebrosa, sus rincones secre-



Obelisco de la plaza Francia en la urbanización Altamira

Basílica de Santa Teresa

Picos Occidental, Oriental y Naiguatá en la vertiente sur del Ávila



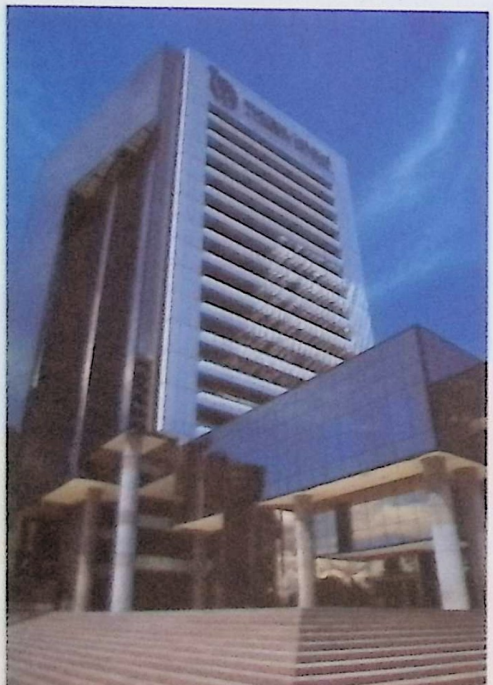


Complejo cultural Teresa Carreño, diseñado por el arquitecto Tomás Lugo

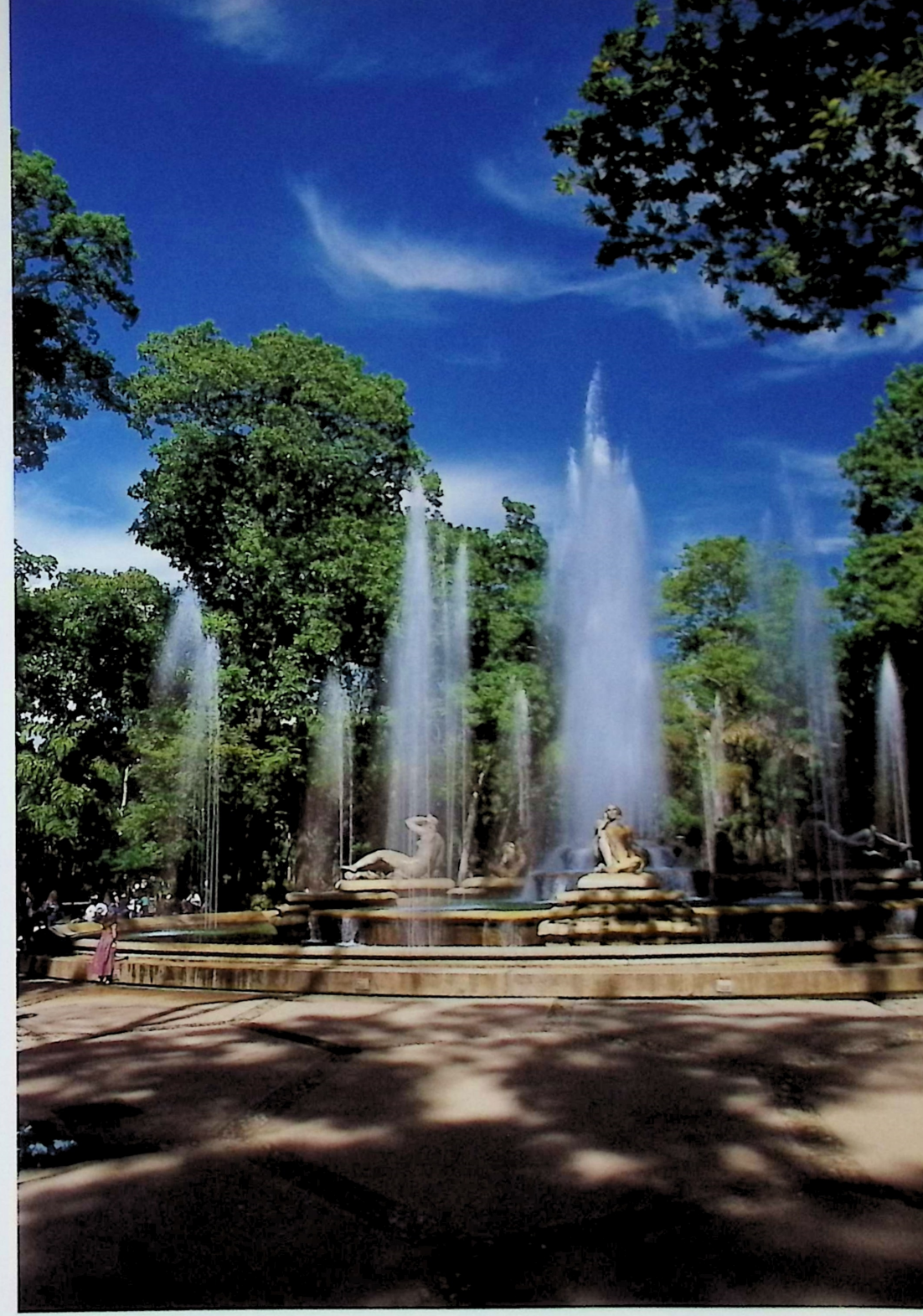
tos, sus recodos sombríos, sus leyendas y sus silencios casi tangibles en la más cerrada tiniebla, que han servido de inspiración a escritores y poetas.

El Ávila atrae como un magneto a miles de caraqueños que buscan el anhelado ritual de reconciliación con la naturaleza. Sobradas son las razones para lograrlo: la montaña está surcada de gran número de riachuelos. Guaraira Repano –así lo llamaban los indígenas Caracas que habitaron el valle desde sus inicios– se arropa de todas las tonalidades de verde, ya sea en la selva pluvial que se esconde al borde de las corrientes, o en sus extensos pajonales que en noviembre se visten de un color rosado-púrpura durante la etapa de floración del capín melao o caracara. Entre su floresta se esconden de las miradas indiscretas numerosas especies de la fauna, como el jaguar, el venado matacán, el zorro guapán, la comadreja, la pereza y el mono araguato, y muchas especies de aves y ofidios. Los observadores de aves se extasían contemplando los pájaros carpinteros, los azulejos, los tucanes pico-de-frascos esmeraldas o las escandalosas guacharacas.

El Ávila aloja en su cima el hotel Humboldt, la obra arquitectónica modernista de José Tomás Sanabria, edificación construida en la década de los cincuenta durante la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, hoy icono de la ciudad. Para llegar hasta allá, los excursionistas pueden escoger entre subir a pie las dos horas de recorrido desde Loma de Viento, a la altura



Modernas edificaciones en la urbanización Los Palos Grandes del municipio Chacao



Fuente Monumental de Venezuela en el parque Los Caobos, alegoría a las cinco regiones del país. Conjunto escultórico ejecutado por Ernesto Maragall

Jardín Botánico.
Al fondo, torre Oeste
de Parque Central





Fuente del paseo Los Próceres

de San Bernardino, o bien abordar el teleférico en la estación de Maripérez, cuyas cabinas con vista panorámica ofrecen una mirada muy particular de la ciudad. Una vez arriba, los visitantes pueden curiosear en algunos de sus espacios y solazarse con la vista de la hermosa piscina cubierta e inundada de luz natural o el lobby, decorado en el más puro estilo años cincuenta. También congelada, pero no en el tiempo, está la pista de patinaje sobre hielo que recibe a los patinadores en sus espacios magníficos.

Caracas es una ciudad crecida demasiado deprisa y atropelladamente. El centro histórico gravita alrededor de la antigua Plaza Mayor, hoy Bolívar. A pesar de la densa maraña de rascacielos, la ciudad aún conserva el trazado original en forma de damero de la época colonial. Hacia el este, más allá de las esquinas de Puente Anauco y Alcabala, en los linderos de la ciudad antigua, la cuadrícula de las calles pierde la regularidad del antiguo ceremonial, y la cartografía caraqueña se hace un tanto caprichosa, guiada por su expansión violenta entre las décadas de los treinta y cincuenta. El casco histórico caraqueño mantiene sin embargo una tradición tan curiosa como pintoresca: el nombre a efectos de identificación cartográfica de sus esquinas corresponde a personajes o acontecimientos. Es posible que algún caraqueño deje boquiabierto al extranjero, cuando al indicar una dirección dé como referencia "de Fe a Esperanza" o informe que vive "de Zamuro a Miseria, o de Viento a Muerto". Los nombres de las esquinas caraqueñas tienen diversos orígenes en el imaginario rico y espontáneo de quienes las habitaron, sabroso anecdotario de nuestro pasado aún vivo.



Niño sobre delfín, paseo Los Próceres

La otrora ciudad de las tejas de arcilla es hoy una escena desenfadada y colorista de diversos estilos arquitectónicos. A sus urbanistas y planificadores, demasiado seducidos por la promesa de la modernidad y presionados por una población en rápido crecimiento, no les costó gran cosa borrar del mapa un sinnúmero de casas de una planta alineadas en cuadrícula y extensas plantaciones de café y caña de azúcar, así que los caraqueños ya están acostumbrados a circular entre conglomerados de edificios de oficinas y residencias que parecen haber surgido repentinamente y cambian el paisaje de manera irrevocable. De su pasado,

Bolívar cívico, plaza Palacio de Justicia, parque Vargas





Caracas, ciudad moderna y cosmopolita. Al fondo, el Ávila

a la ciudad le queda poco por mostrar, pero siempre es fascinante, precisamente por el contraste que ofrece a lo que los ojos están acostumbrados a ver.

Muchas iglesias en ese centro convulso ofrecen situaciones de otro tiempo, ejemplo de ello, el retablo mayor de la iglesia de San Francisco, que resplandece como un joyel en la quietud de los rezos y los cánticos. Otros doce extraordinarios retablos ocupan las naves y capillas de esta iglesia donde Simón Bolívar recibió el título de Libertador, cuya fachada fue restaurada en la segunda mitad del siglo XIX. Aunque a comienzos del siglo XIX la Catedral de Caracas fue modificada en su interior, mantuvo con escasas variaciones su fachada de principios del siglo XVIII y conserva también un buen número de altares tallados y dorados por maestros ebanistas de ese siglo. Otra isla en el tiempo pareciera ser igualmente el Museo Sacro, en el conjunto formado por la Catedral, la capilla de Nuestra Señora del Pilar y el cuadrilátero donde se hallaba el cementerio de los Canónigos –están abiertos para los visitantes la cripta donde yacen enterrados doce obispos que gobernaron la Diócesis de Caracas hasta la Guerra de Independencia y el antiguo osario. La médula del museo es su exhibición permanente de objetos litúrgicos de exquisita factura.

La plaza Bolívar conserva la mayor cantidad de edificios de significación histórica en la capital venezolana. En el ángulo sureste se encuentra el Palacio Arzobispal y en dirección



Torre Este de Parque Central



Caracas desde la torre Oeste de Parque Central

oeste se halla el edificio del Concejo Municipal, diseñado en 1905 por el arquitecto Alejandro Chataing, con su fuente del patio central montada sobre cuatro leones con la insignia de Santiago, símbolo imperecedero de la ciudad. Una de sus salas de exhibiciones, el Museo Raúl Santana, guarda una sorpresa para los visitantes: una preciosa maqueta a escala de Caracas, tal y como era a comienzos del siglo XX, donde los tipos humanos se ven reflejados en su anecdotario callejero con agudeza e ingenio en las diminutas figuritas que pueblan el montaje.

En el ángulo noroeste se encuentra la Casa Amarilla, antigua cárcel y palacio de gobierno, hoy sede de la cancillería venezolana –el nombre tiene que ver con el color de sus muros. Subiendo desde la intersección de la Casa Amarilla, la esquina de Principal, se llega al sitio adyacente a la avenida Urdaneta donde estaba emplazado antes el templo de San Mauricio, demolido por orden del Ilustre Americano (Antonio Guzmán Blanco, presidente que a finales del siglo XIX modernizó y europeizó la ciudad) para construir en su lugar la Santa Capilla, iglesia neogótica inspirada ingenuamente en las formas del famoso templo de la *Île de la Cité* en París. Hoy, sin pretender ni por asomo remedar la pétrea monumentalidad de su modelo medieval, la Santa Capilla caraqueña se



cubre de colores como el ocre, el amarillo, el blanco y el bronce, en la mejor expresión del gótico tropical.

Bajando en dirección sureste desde la plaza Bolívar, entre las esquinas de San Jacinto y Traposos, se encuentra la casa natal de Simón Bolívar, donde transcurrió buena parte de la infancia del Libertador. Sus espacios internos fueron restaurados a comienzos del siglo XX y exhiben cuadros y frescos de gran formato, ejecutados por el eximio pintor venezolano de temas históricos Tito Salas, que hoy son una lección de historia visual para los visitantes; los muebles son de época, aunque no queda prácticamente ninguno perteneciente originalmente a la familia Bolívar. Es, quizás, la única calle empedrada que queda en el centro histórico de Caracas. Al lado de la casa natal está el Museo Bolivariano, cuya sede es otra de las viejas quintas coloniales de abolengo, restaurada para que hoy sirva como lugar de exposición de objetos y piezas artísticas alusivas a la vida y obra de Simón Bolívar. La avenida Universidad es aún el asiento del esplendor escenográfico y afrancesado del Palacio de las Academias y de la sede original de la Universidad Central de Venezuela –de donde le viene el nombre. Una parte de la Biblioteca Nacional aún se encuentra en lo que era antes su sede. En la acera norte, el frontispicio del Palacio Legislativo, diseñado por Luciano Urdaneta. Los actores políticos cambian y pasan, pero el patio interno del Capitolio sigue regalando a los visitantes la frescura de su fuente central y la elegancia tropical de sus chaguaramos. Con todo, es el espectáculo del Salón Elíptico –donde se realizan las ceremonias solemnes de la hoy Asamblea Nacional– el que sigue dejando boquiabiertos a los visitantes, quienes no pierden detalles del lienzo *La Batalla de Carabobo*, de Martín Tovar y Tovar, que ocupa el grandioso óvalo bajo la cúpula del Capitolio.



Caracas tiene otros rincones con atmósfera muy *belle époque*, como el Teatro Municipal, el cual muestra, entre espejos y candelabros, el encanto casi clandestino de sus escaleras, balaustradas y entrepisos de madera, que recuerdan aquella noche memorable de su inauguración, cuando su foyer se llenó de enjoyadas damas caraqueñas y caballeros de chaqué que asistieron a la función de la ópera *La Traviata*. Si algunos rincones del guzmancismo generan una vaga nostalgia por la Caracas que se fue,



Modernas edificaciones de la zona metropolitana

Quinta Santa Inés, antigua residencia del presidente Joaquín Crespo

Plaza Venezuela y urbanización Los Caobos





Silueta de los picos Occidental y Oriental del parque nacional El Ávila

otros son verdaderamente entrañables por lo que encierran. La Basílica de Santa Teresa –en realidad está dedicada también a Santa Ana, por eso el templo tiene dos fachadas opuestas, que miran al este y al oeste– guarda en su interior la talla de Jesús Nazareno, conocida popularmente como el *Nazareno de San Pablo*. No existe acaso ningún objeto del patrimonio artístico y religioso venezolano que conmueva a los caraqueños en sus fibras emocionales más recónditas como el Nazareno, cuya talla vestida con una túnica violeta data del siglo XVII y ha acompañado en las buenas y en las malas a los venezolanos en las tradicionales procesiones de Semana Santa. Cada Miércoles Santo, el Nazareno de San Pablo convoca a verdaderas multitudes que quieren elevar una plegaria delante del Cristo ornado con cientos de orquídeas moradas.

En San Bernardino es posible un paseo tranquilo y demorado por la Quinta Anauco, hoy sede del Museo de Arte Colonial. Con sus salas admirablemente recreadas, sus jardines umbríos, sus fuentes y acequias rumorosas, la Quinta Anauco tiene suficiente magia para evocar el ambiente y la cotidianidad de lo que a finales del siglo XVIII era una casa campestre de recreo. Los visitantes se extasían con el espacio donde se integran exteriores e interiores, arquitectura y naturaleza, la altura de los techos, la amplitud y belleza de las contraventanas de doble hoja, o el estrado alfombrado donde las damas de la casa hacían labores o leían entre almohadones o la tina del baño excavada en el suelo y alimentada permanentemente con agua de la quebrada Catuche que fresca viene del Ávila.

Vista la ciudad que quedó de la Colonia y del siglo XIX, nos aproximaremos a la Caracas del siglo XX. El centro guarda sorpresas urbanísticas para el viajero sensible, como la plaza O'Leary, con sus fuentes gemelas y esculturas de Francisco Narváez –las famosas *Toninas*– en espacios amplios y despejados. Es un guiño en medio de una de las urbanizaciones modelo de Caracas, El Silencio, diseñada enteramente por el genial arquitecto venezolano Carlos Raúl Villanueva, cuyos edificios de apartamentos de poca altura, con sus galerías sombreadas, sus columnas panzudas y



Arco de la Federación paseo El Calvario, erigido en 1895 para conmemorar la Guerra Federal



su blanca y limpia volumetría, sentaron un hito en los años cuarenta por ser una inteligente síntesis entre las tradiciones arquitectónicas de la Colonia y la funcionalidad moderna.

A pesar de ser una ciudad que se reinventa a sí misma aceleradamente, Caracas mantiene espacios visualmente coherentes, como la hermosa plaza Francia en Altamira, cuyo obelisco aún señorea -a pesar de la enormidad de escala de un recién construido hotel cinco estrellas en uno de sus ángulos- entre edificios de apartamentos de poca altura de los años cincuenta y sesenta. La plaza está flanqueada por dos avenidas, la San Juan Bosco y la Luis Roche, esta última bautizada en honor al arquitecto urbanista que las trazó antes de que hubiera construcciones en el verde descampado, allá por los años cuarenta.

Quizás como ninguna otra en América Latina, Caracas es una ciudad sorprendentemente dotada de obras de arte moderno, las cuales pueden verse en los espacios de la Ciudad Universitaria, donde se aloja la Universidad Central de Venezuela. Sus formas arquitectónicas, también producto del genio del arquitecto Carlos Raúl Villanueva en tiempos de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, cobijan una insólita colección de obras de arte al aire libre e intramuros de escultores y

Caracas
y el cerro Ávila



Centro Banavén, urbanización Chuao

Chacaíto y los campos de golf del Country Club

artistas plásticos de fama mundial, como Arp, Laurens, Calder, Lobo, Lipschitz, Vasarely, Léger, Soto, Cruz Diez, Manaure y muchos otros: la lista es sencillamente deslumbrante. Pero el campus de la antigua hacienda Ibarra es algo más que un museo a cielo abierto de murales y esculturas: es un conjunto orgánico donde el arte moderno universal y la arquitectura ondulante de Villanueva forman un todo armonioso y lleno de sugerencias, en el que luz, forma, color y textura "hacen música inefable", por emplear una metáfora sinestésica. La Ciudad Universitaria es el único caso en el planeta que por el valor arquitectónico de su conjunto ha sido declarado patrimonio cultural de la humanidad por la Unesco.

Caracas tiene algunos de los mejores museos de América Latina, entre ellos el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas Sofía Imber (Maccsi), que guarda entre sus colecciones obras de Picasso –la *Suite Vollard* del Maccsi es la envidia de muchos museos europeos–, Braque, Léger, Matisse, Miró, Henry Moore, Botero, Marisol Escobar, Alejandro Otero y Soto, entre otros. Y es una ciudad de teatros, donde descuella el complejo cultural Teresa Carreño, amén de los tradicionales y antiguos teatros Municipal y Nacional.

La capital venezolana está surtida por enormes centros comerciales inspirados en el modelo estadounidense. Del centro Ciudad Comercial Tamanaco (el "Ce-ce", como se le conoce popularmente) se decía en un tiempo que era el mayor de América Latina. Ahora parece estar un tanto opacado por la nueva atracción que es el centro Sambil, descomunal laberinto de tiendas muy *chic* y restaurantes *fashion* en cuatro niveles, que convoca multitudes inverosímiles. A los venezolanos, y a los caraqueños en particular, les encanta recorrer estos santuarios del consumo, aunque sea sólo para mirar vitrinas. Más pequeño y retirado, pero de bellísima arquitectura aérea y vanguardista, el centro San Ignacio también abrió recientemente sus elegantes cafés al aire libre y sus grandes espacios abiertos y sosegados. El centro comercial El Recreo forma parte del impresionante conjunto de hotel y oficinas de la cadena Meliá, situado en la avenida Casanova. Más antiguo y no tan grande, el centro comercial Concresa sigue atrayendo a las familias que desean pa-





Conjunto escultórico Las Tres Gracias, urbanización Los Chaguaramos

sar la tarde en alguno de sus cines, lo mismo que el Paseo Las Mercedes y el centro comercial Chacaíto. El bulevar de Sabana Grande fue antaño una arteria de postín en Caracas, un poco venida a menos tras la apertura de la línea 1 del metro, pero aún se consiguen buenas tiendas y cafés al aire libre.

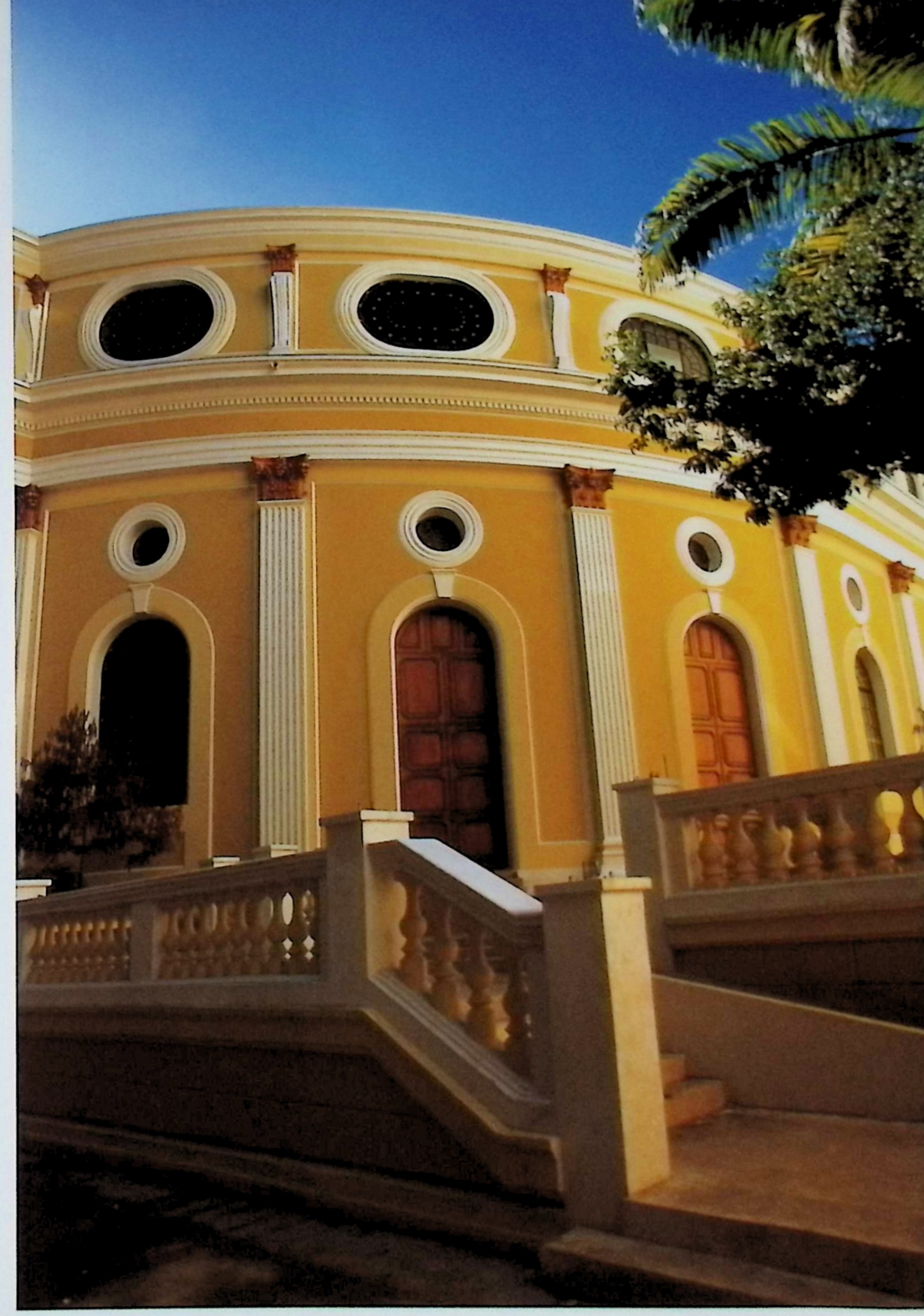
Cuando los caraqueños desean olvidar el tráfago de la semana, cuando ni siquiera les anima la idea de patear centros comerciales, recurren a los jardines de la ciudad. El parque del Este Rómulo Betancourt es uno de esos sitios que en la ciudad frenética, tienen la virtud de poner las cosas en perspectiva de la manera más serena y hermosa posible. Cientos, acaso miles de caraqueños madrugan y acuden a este parque cuando el día está apenas despuntando, sólo para recrearse con la vista del Ávila recibiendo las primeras caricias del sol. Hay rincones en el parque que tienen un poder escenográfico incomparable como miradores de la cordillera de la Costa; uno de ellos es la laguna de los botes, con sus islas artificiales –diseñadas por el arquitecto paisajista brasileño Roberto Burle Marx–, donde prosperan airosos conglomerados de chaguaramos. Todo es calma, orden y fluidez en esos jardines tropicales amansados por el genio del artista paisajista, mientras la vista se demora en el claroscuro avileño como telón de fondo omnipresente.

El parque del Este también tiene sus horas mágicas, como el intervalo entre las 5 y las 6 de la tarde, cuando la resolana ha cambiado de sentido y, al hacerse más dulce, le arranca fulgores de verde y oro a las faldas de la montaña. Ese instante estará seguro de haber hallado el momento justo para fotografiar. Usted se queda arrobado por la visión y se olvida de disparar, para entonces darse cuenta de que Caracas es una ciudad que también está hecha de momentos mágicos e inapresables. Cuando toma la foto, la cámara sólo capta una imagen idílica de un cerro y un jardín bajo la luz dorada; pero íntimamente sabe que ha logrado guardar el hechizo de un instante eterno y paradisíaco en los recovecos de la memoria.



Hotel Hilton y el complejo urbano de Parque Central

Teatro Municipal



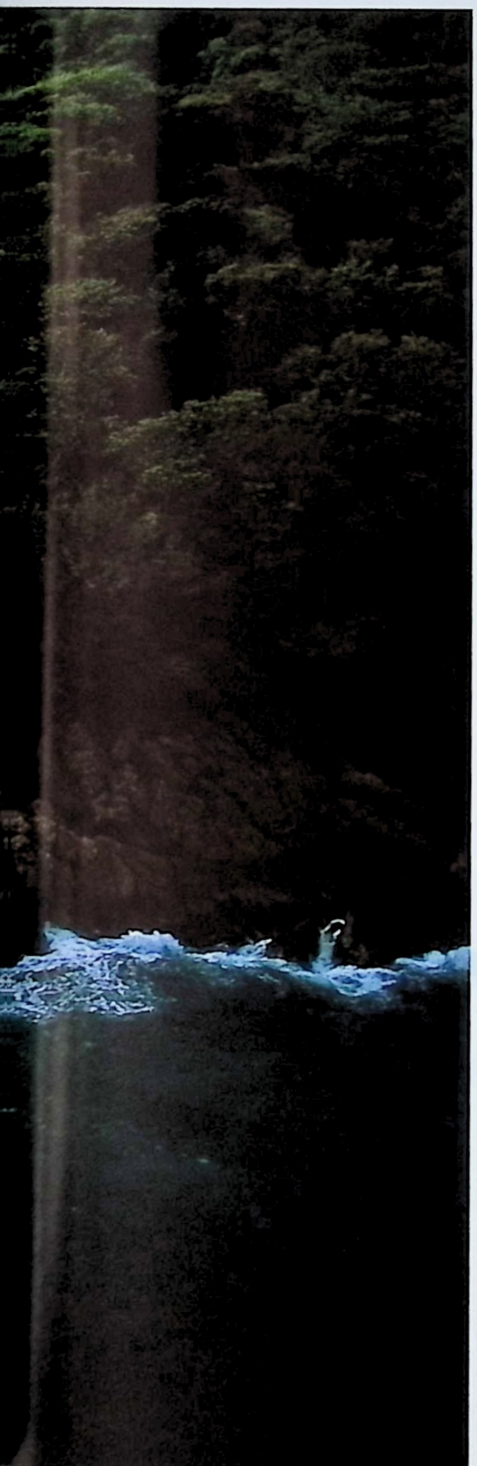
Parque del Este
Rómulo Betancourt



Costa noroccidental de Barlovento

Posada en playa Chirere





Miranda, un paraíso por descubrir

La naturaleza le asignó un papel matriarcal al Ávila: hermanar gran parte de la región central. Mapa de contrastes y diversidad natural, su alargada geografía abarca cuatro regiones: la zona metropolitana que incluye parte del valle de Caracas y de Guarenas, los Altos, los valles del Tuy y Barlovento. El río Tuy se encarga de enlazar tanta disimilitud, al descender desde las cumbres por las vecindades de los Altos, atravesar el valle al que da su nombre y abrirse en las tierras barloventeñas, donde se encuentra con el mar.

La capital, Caracas, y Miranda no sólo están unidos por la gran montaña, también comparten la mitad de la ciudad y el parque nacional Macarao. El norte del estado está dominado por la cordillera de la Costa, en la cual se yerguen alturas superiores a los 2.500 metros.

A los pies del Ávila yace el pedazo del valle de Caracas que, desde la quebrada de Chacaito, pertenece a Miranda –lo que aquí llamamos "el este" de la ciudad. Es su cara más cosmopolita y urbana, lugar donde conviven los contrastes de la contemporaneidad arquitectónica con la valiente pervivencia de zonas como el casco colonial petareño. Domicilio de los palmeros de Chacao y de las más audaces discotecas.

Más allá encontramos El Hatillo, que aún conserva su atmósfera de pueblo, junto con rasgos de nuestra arquitectura tradicional. Un reducto del pasado con muchos restaurantes y tiendas para visitar.

Allí donde termina el valle caraqueño comienza el valle de Guarenas. Son parte de la zona metropolitana, las antiguamente plácidas poblaciones de Guarenas y Guatire, hoy convertidas en pequeñas ciudades que sirven de hogar a los trabajadores caraqueños.

Hacia el sur se extienden los valles por donde discurre el río Tuy, conocidos por su rica historia colonial y la sonoridad y colorido de sus celebraciones populares. Tierra del golpe tuyero y de los diablos danzantes de Yare. Muchas de sus pequeñas ciudades aún conservan trazados urbanos tradicionales, como Santa Lucía, Santa Teresa, San Francisco de Yare y Ocumare del Tuy. Confluencia de caminos que vienen del llano, el oriente y el centro del país, en nuestros días los valles del Tuy son un incesante tráfago humano, al que se une el desarrollo industrial de los últimos treinta años.



Hacia el oeste se levantan las montañas de Los Teques, son los Altos mirandinos, cuna del valiente Guaicaipuro. Allí tienen su asiento el parque nacional Macarao, que resguarda 15 mil hectáreas de bosques húmedos, y el parque recreacional El Encanto, donde se conserva un tramo del Gran Ferrocarril de Venezuela. A mediados del siglo XX, cuando Caracas co-



menzó a expandir sus límites, se construyeron numerosas urbanizaciones en Carrizal, San Antonio de los Altos y sus alrededores. Sin embargo, el urbanismo acelerado no ha alcanzado pueblos como San Diego de los Altos, San Pedro y El Jarillo, donde aún reina la tranquila templanza de los pueblos agrícolas.

El Caribe fue generoso con este estado. Con tan sólo pronunciar sus nombres, los enamorados del mar sienten el llamado de las olas: Higuerote, Machurucuto, Playa Pintada, Chirimena, Carenero. Costas de Barlovento, nombre que sabe a cacao y a tambor, a fiesta pagana, a Curiepe y a Birongo, América y África dándose la mano.

La carretera que lleva a la costa y conduce a oriente es una de las más hermosas del país, por la vegetación que la rodea.

Al entrar en la zona de Barlovento se penetra en un mundo de inmensos plantíos de cacao bajo la sombra de grandes árboles (allí se cultiva la mundialmente célebre variedad Carenero de este fruto, altamente apreciada por los chocolateros de prestigio internacional). Es una zona muy lluviosa, donde abundan las marismas, y cuya costa es baja, una larguísima franja de arena que se

Vista aérea de la costa de Barlovento



Cascada del Norte en el parque nacional El Ávila

Parque nacional
Laguna de Tacarigua

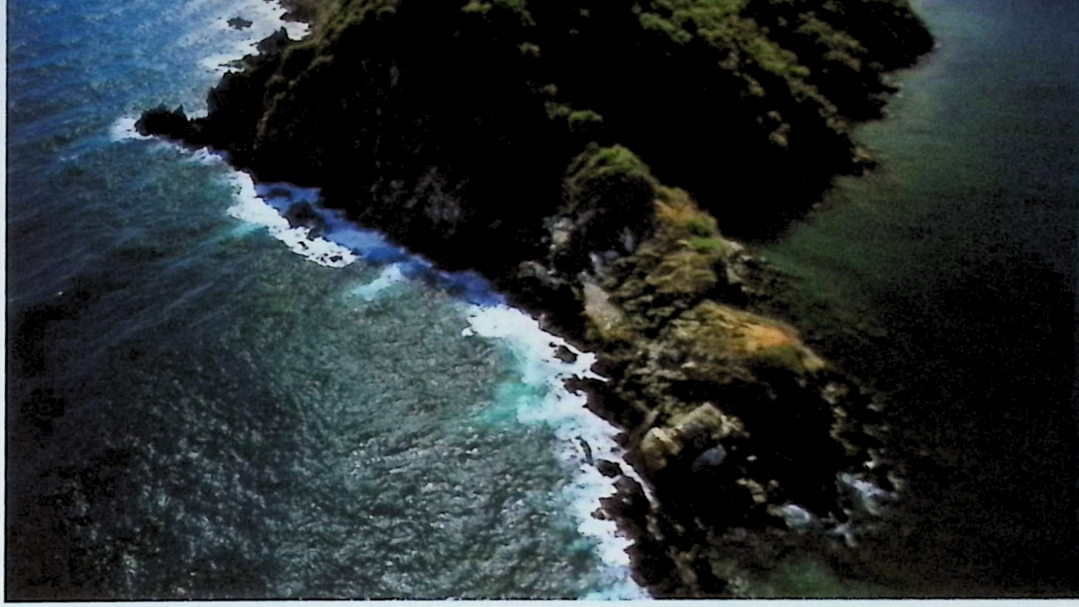


Pico Naiguatá, la mayor elevación de la cordillera de la Costa

Cabo Codera, Barlovento

Parque del Este Rómulo Betancourt





prolonga hacia oriente: las playas de Higuerote y Río Chico. Hacia el noroeste, la costa se tuerce como un codo, conocido como el cabo Codera.

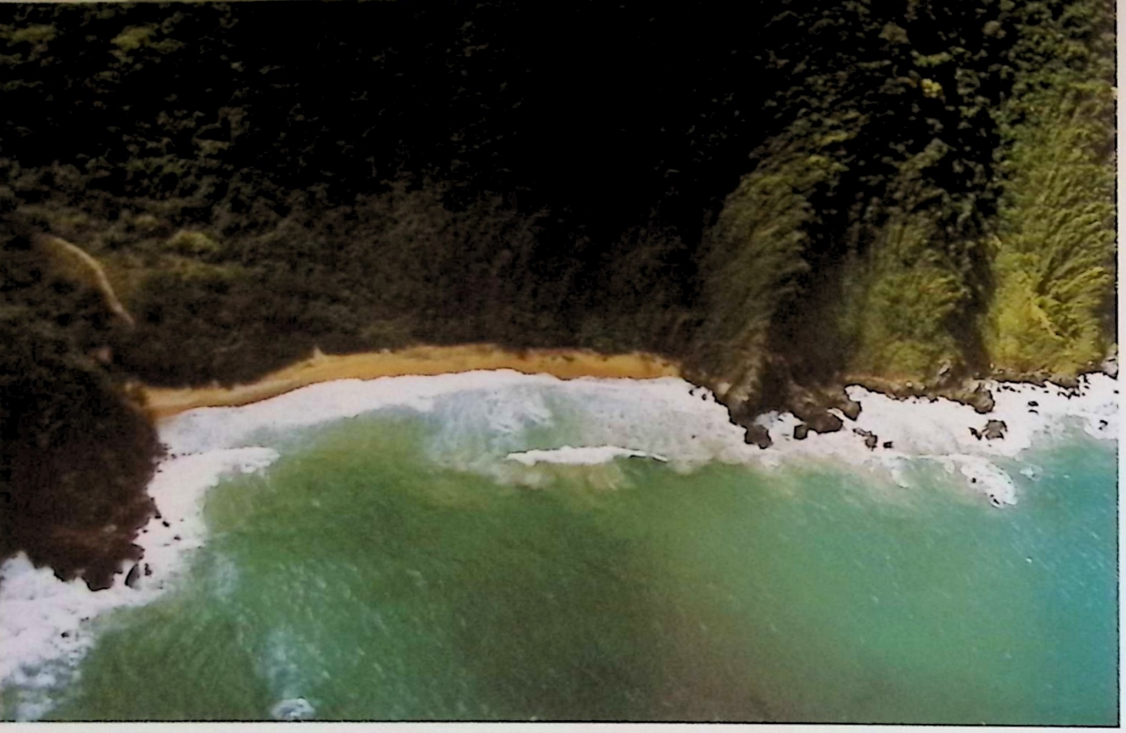
Barlovento es también hogar de una de las manifestaciones folclóricas más características de Venezuela, como son los tambores afroamericanos. La población de ascendencia africana en el país practica los rituales musicales de sus antepasados y muchos pueblos con estas características conservan tan rica expresión cultural, entre ellos Birongo, población fundada por esclavos cimarrones en la época colonial.

Este pueblo, tesoro de la cultura tradicional, esconde además los misterios del monumento natural Cueva Alfredo Jahn. A cuatro kilómetros al oeste de Birongo, un exuberante bosque resguarda las 15 entradas que posee la cueva, un entramado de pasajes y galerías de 4.292 metros.



Aparte del Ávila, Miranda alberga en sus límites otros tres parques nacionales: la frondosa humedad de Guatopo, la biodiversidad de la Laguna de Tacarigua y las neblinosas y claras laderas de Macarao.

Guatopo es una extensa zona selvática y montañosa ubicada al sur del estado que se extiende más allá de la frontera con Guárico, en la llamada serranía del Interior, que no es más que un ramal meridional de la cordillera de la Costa. Protege una gran variedad de ecosistemas, que propician el mantenimiento de la red hidrográfica que suministra agua a Caracas y ciudades circunvecinas. Atraviesa el parque



Las costas de los estados Miranda y Vargas tienen El Avila como denominador común

una sinuosa carretera que va desde Santa Teresa del Tuy hasta Altagracia de Orituco, en el estado Guárico, única manera de apreciar por tierra la tupida maraña del bosque siempreverde, surcado de abundantes ríos y quebradas cristalinas y una de las faunas más diversas de nuestra geografía.

Macarao fue originalmente concebido con la intención de proteger las cabeceras de los ríos San Pedro, Macarao y Lagunetas, que a principios del siglo XX surtían de agua a las ciudades de Caracas y Los Teques, en vista de los daños que ocasionaba el uso indiscriminado de la tierra en sus alrededores. Se convierte así, en 1926, en la primera área natural protegida del país. Como la importancia de esta fuente de agua no mermó con el tiempo, en 1973 se crea el parque nacional Macarao.



Palacio Municipal de Petare, Caracas

Ya en la vía a oriente se encuentra la laguna de Tacarigua, separada del mar por una delgada lengua de arena que forma parte de la casi infinita playa que es la costa mirandina. Observado desde una aeronave, el paisaje de esta laguna es inolvidable: afloramientos insulares y orillas de la laguna cubiertos de espesos manglares verdes parecen flotar sobre un tranquilo espejo de color zafiro de las aguas lacustres, las cuales dan albergue a multitud de especies de aves marinas como pelícanos, los vistosos corocoros rojos –las mitológicas Ibis de los egipcios–, tijeretas de mar y cotúas, así como



tortugas que van a desovar a sus playas, caimanes costeros y crustáceos como el camarón. Al atardecer, cuando las aves regresan a su hogar, será el momento perfecto para presenciar lo que Américo Vespucio describiera como el "maravilloso espectáculo" de la "infinita variedad de pájaros de diferentes especies y colores".

A lo largo de toda la costa oriental de Miranda, desde la bahía de Carenero hasta Boca de Uchire, y conviviendo con el parque nacional Laguna de Tacarigua, existen numerosos hoteles, *resorts* y villas vacacionales, que aprovechan las bondades del sol y una costa baja de suave oleaje.

El árbol y el asfalto, la arena y la bruma, el río y el agua quieta, todo el estado Miranda es una amalgama de contrastes armónicos.

Parque nacional
Laguna de Tacarigua

Vista aérea del mar Caribe y la vertiente norte de la cordillera de la Costa





Río Osma



Vista del litoral central desde el pico Occidental del Ávila, antes del deslave de 1999

Vargas, la casa de la luz

Del otro lado del Ávila está el mar, parece una leyenda y seguramente alguna vez lo fue o en cierta forma sigue siéndolo en nuestra alma urbana.

Caracas y La Guaira han estado enlazadas (o separadas, depende de cómo se mire) desde siempre por la gran montaña. En el pasado, para llegar a la capital desde el puerto había que atravesar el Ávila por una antigua trocha indígena, que luego, durante la Colonia, fue empedrada en parte por las autoridades españolas, y que posteriormente pasaría a llamarse el "Camino de los Españoles" –en nuestros días los amantes del Ávila todavía pueden recorrer esta ruta, que alberga las ruinas de los fortines que custodiaban Caracas. A finales del siglo XIX vino el ferrocarril de la mano de los inversionistas ingleses y alemanes, y mucho después la autopista Caracas-La Guaira.

Allá está también la puerta de entrada al país, por mar desde el siglo XVI, por aire "apenas" desde 1929: el puerto de La Guaira y el aeropuerto internacional Simón Bolívar (o simplemente aeropuerto de Maiquetía). Vargas se extiende a lo largo de la cordillera de la Costa, desde el río Maya, en los linderos del estado Aragua, hasta el río Chuspa, donde limita con el estado Miranda.

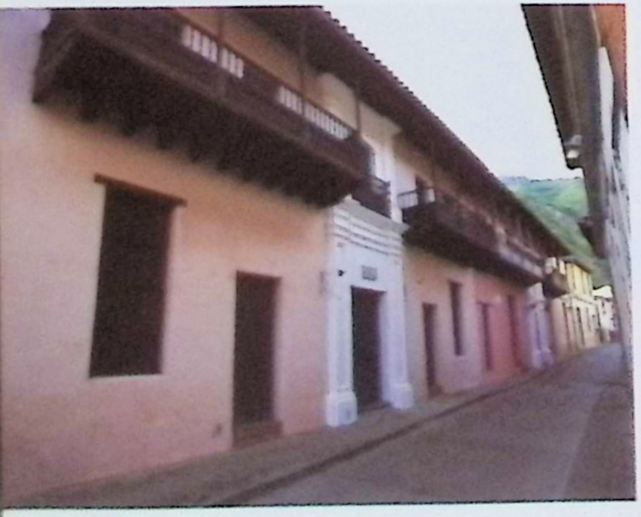


Un hilo entre el Caribe y la cordillera, el estado es una sucesión de poblaciones, una al lado de la otra, a lo largo de la falda norte del Ávila y bordeando el mar. Entre esas poblaciones se encuentran, de oeste a este: Chuspa, Caruao, La Sabana, Urama, Todasana, Oritapo, Osma, Los Caracas, Camurí Grande, Naiguatá, Anare, Uria, Caraballeda, Tanaguarena, Macuto, La Guaira, Maiquetía, Catia la Mar, Mamo, Carayaca y Oricao.

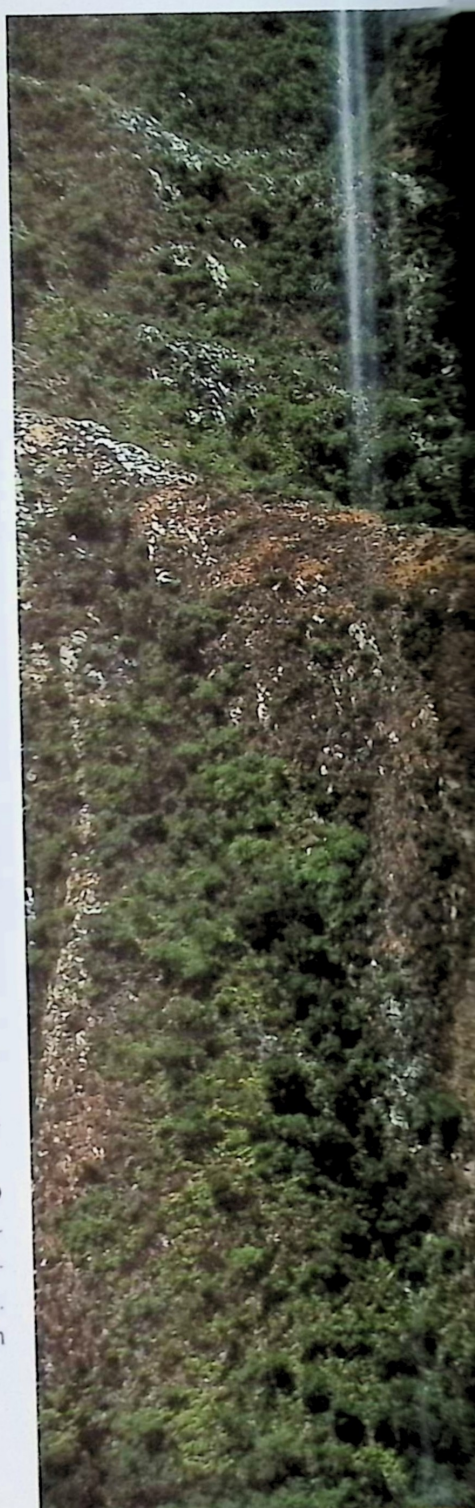
Como puerta de entrada, el viajero tendrá aquí su primer encuentro con Venezuela. Si llega por mar su visión inicial será una cordillera que cabalga sobre el mar Caribe. Esa mole gigante se divisa mucho antes de llegar –de hecho, al haber mayor distancia entre el mar y la cima que en el valle de Caracas, la cordillera luce mucho más alta– y lo va acompañando en su navegada en dirección sur hasta que toca el puerto de La Guaira. Si arriba al amanecer el navegante podrá ver el juego cromático de la cordillera: las luces del mar que rebotan en los picos.

Si llega por aire, como suele suceder con más frecuencia en estos tiempos, generalmente el viajero cruzará de norte a sur: en lontananza divisará los relieves de la costa, más allá una montaña que parece interminable y detrás la ciudad, sin que desaparezca el verde de la montaña que se interna en el mar.

La Guaira ha rivalizado con Puerto Cabello, en la costa carabobeña, como la principal entrada por mar a Venezuela desde la Colonia, y como aduana por donde ingresaba y salía buena parte del comercio de la Capitanía General. Frente al puerto, se instaló en 1734 la Real Compañía Guipuzcoana para ejercer el control comercial a nombre de la corona española. Hoy su edificio es sede de un centro cultural y constituye una de las construcciones emblemáticas de nuestro pasado colonial. En 1769 se construye el castillo San Carlos en las alturas de Las Tunas. Este castillo, junto con los fortines San Joaquín y el castillo Negro construidos en la cumbre, permitían resguardar Caracas de la intromisión de piratas y corsarios.



El viejo poblado de La Guaira se fundó en 1589 –según fecha no totalmente probada. Sus calles que descienden hacia el mar son parte importante del legado arquitectónico colonial. Caraballeda, fundada en 1558 y Maiquetía en

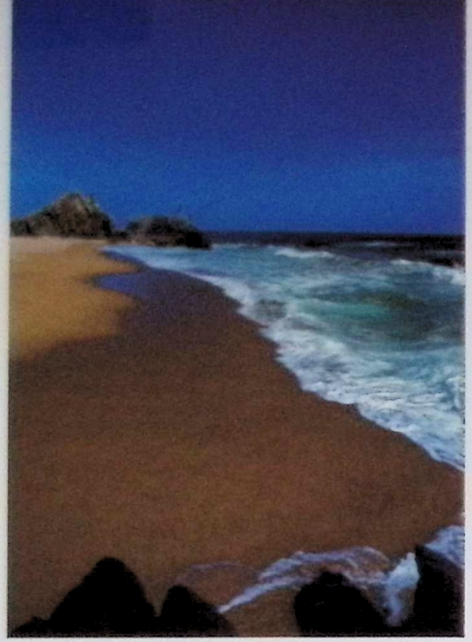


Hotel Tibisay, ciudad vacacional Los Caracas

Casco colonial de La Guaira (foto tomada antes del deslave de 1999)

Costa occidental del estado Vargas











Playa de Todasana

Casa Guipuzcoana

Fortín San Joaquín de la Cumbre

Iglesia San Bartolomé en Macuto



A la izquierda la ciudad de Caracas, en el centro el cerro Ávila y a la derecha, parte del litoral del estado Vargas



1670, abrigan en la actualidad residencias e instalaciones para el disfrute de los placeres del mar. Macuto vive en la memoria colectiva como el lugar donde acudían a "temperar" los caraqueños del siglo XIX y principios del XX. En los años veinte del siglo pasado el pintor Armando Reverón descubre aquí la luz inigualable del Caribe, el deslumbramiento del trópico, y construye El Castillete, su casa-taller, una pequeña fortaleza para vivir frente al mar. En su honor, en 1974 la edificación, junto con instalaciones anexas para salvaguardar la herencia del pintor, se convirtió en Museo Armando Reverón -uno de los tesoros perdidos en los deslaves de 1999.

La costa del litoral central, desde Los Caracas hacia Chuspa, es tierra de azules y verdes intensos, el trópico en conjunción: playas oceánicas, arena blanquísima, ríos que traen un mensaje de alta montaña, el verde fuerte que sólo puede verse en este lado del mundo, y ese azul de mar Caribe encendido, que depende tanto de la luz.

Esta tierra fue y en cierta medida continúa siendo tierra de cacao y café, lugar donde se asentaron las haciendas productoras durante la Colonia. Hoy los descendientes de los esclavos traídos de África para trabajar en las plantaciones, aún conservan parte de la tradición cultural de sus an-

Poblado de Galipán, en la falda norte del parque nacional El Ávila



Pelícano

Laguna de playa Paraíso, La Sabana

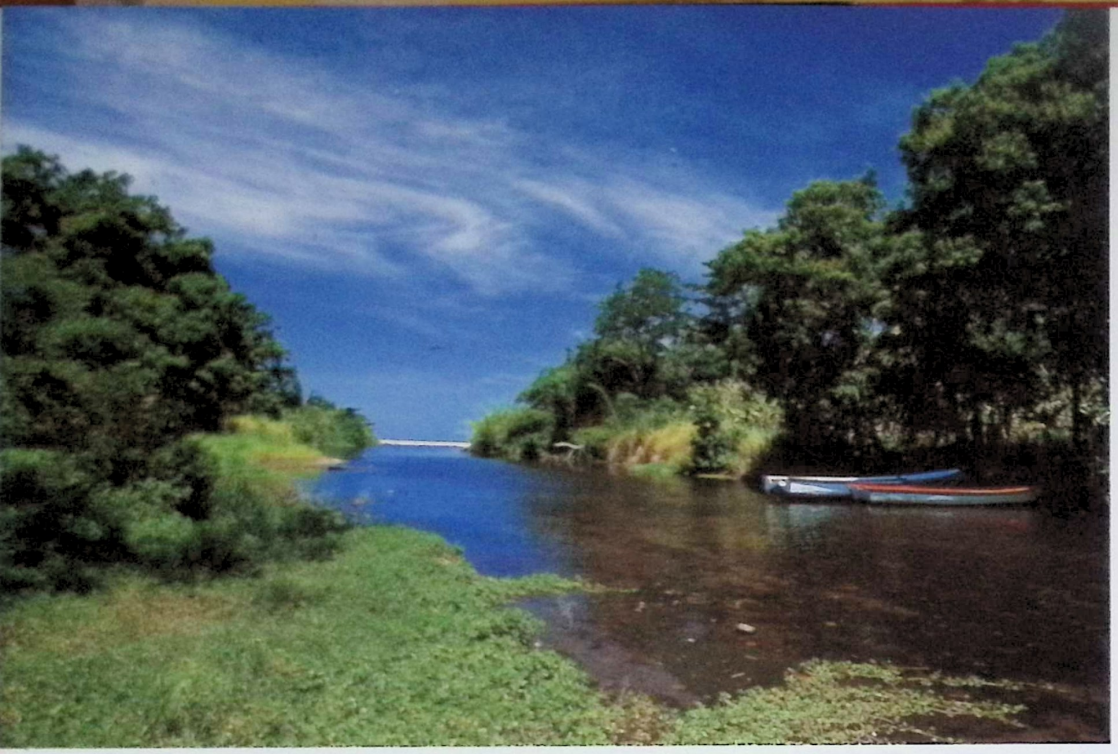
cestros, unida a expresiones europeas e indígenas.

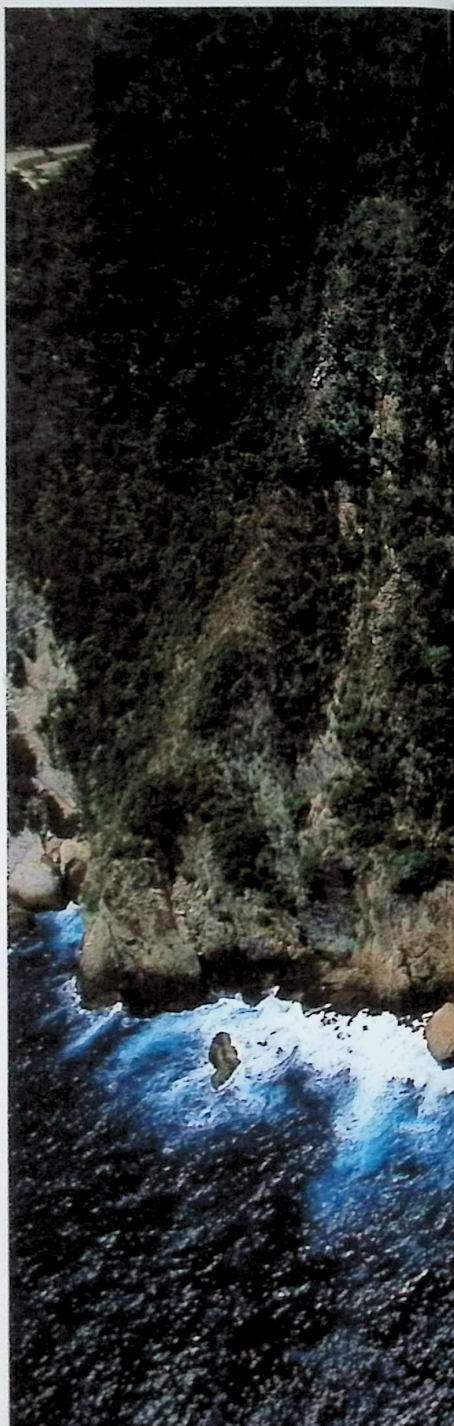
Casi todos los pueblos que distinguimos como "costeros" tienen sus propios tambores, sin embargo, los de Naiguatá, Caraballeda, Chuspa, Osma, Caruao y La Sabana gozan de especial notoriedad. Aunque cualquier tiempo es bueno para el tambor, algunas fechas son más propicias: la más conocida de éstas es la de San Juan Bautista, celebrada el 24 de junio, solsticio de verano, donde el sincretismo cultural amalgama los rituales del cristianismo con los de los panteones yoruba y bantú. El 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, en Osma y Naiguatá se instaura el *gobierno de las mujeres*. Ese día los papeles de autoridad se invierten y se promulgan decretos absurdos, en medio de mujeres vestidas de hombres y esposos dedicados al hogar. En Naiguatá, el *entierro de la sardina* el Miércoles de Ceniza simboliza la sepultura de los "desenfrenos" del Carnaval para comenzar la Cuaresma de Semana Santa, tiempo en que los diablos danzantes tomarán las calles del pueblo para conmemorar el Corpus Christi.

"El Litoral" es casi su nombre propio: es así como la mayoría de los venezolanos conocen esa franja del otro lado del Ávila. Pero Vargas es mucho más que playas. La parroquia El Junko, zona montañosa que antes pertenecía a El Junquito, comenzó a formar parte del antiguo municipio autónomo Vargas en 1986. También Galipán, el pueblo enclavado en pleno corazón del Ávila, pertenece al minúsculo estado –el segundo más pequeño del país–, y es allí donde nace el río San José de Macuto. Galipán es el gran mirador natural del Ávila, desde donde el Guaraira Repano domina su reino.



Pero el Ávila que desparrama su belleza sin mezquindad puede también enfurecerse. Las devastadoras corrientes que bajaron de la montaña en diciembre de 1999 por la urdimbre de ríos y quebradas que cruzan el estado Vargas –a cuya vera nacieron los antiguos pueblos indígenas de la nación Tarma y luego los pueblos de hoy–, arrasaron su calmada vida. Muy pocos rincones se salvaron de la embestida del lodo. Algunos monumentos emblemáticos de Vargas quedaron en pie, como la casa Guipuzcoana y unas cuantas calles de La Guaira colonial. La Guzmania, casa de descanso de los presidentes venezolanos, ha sido



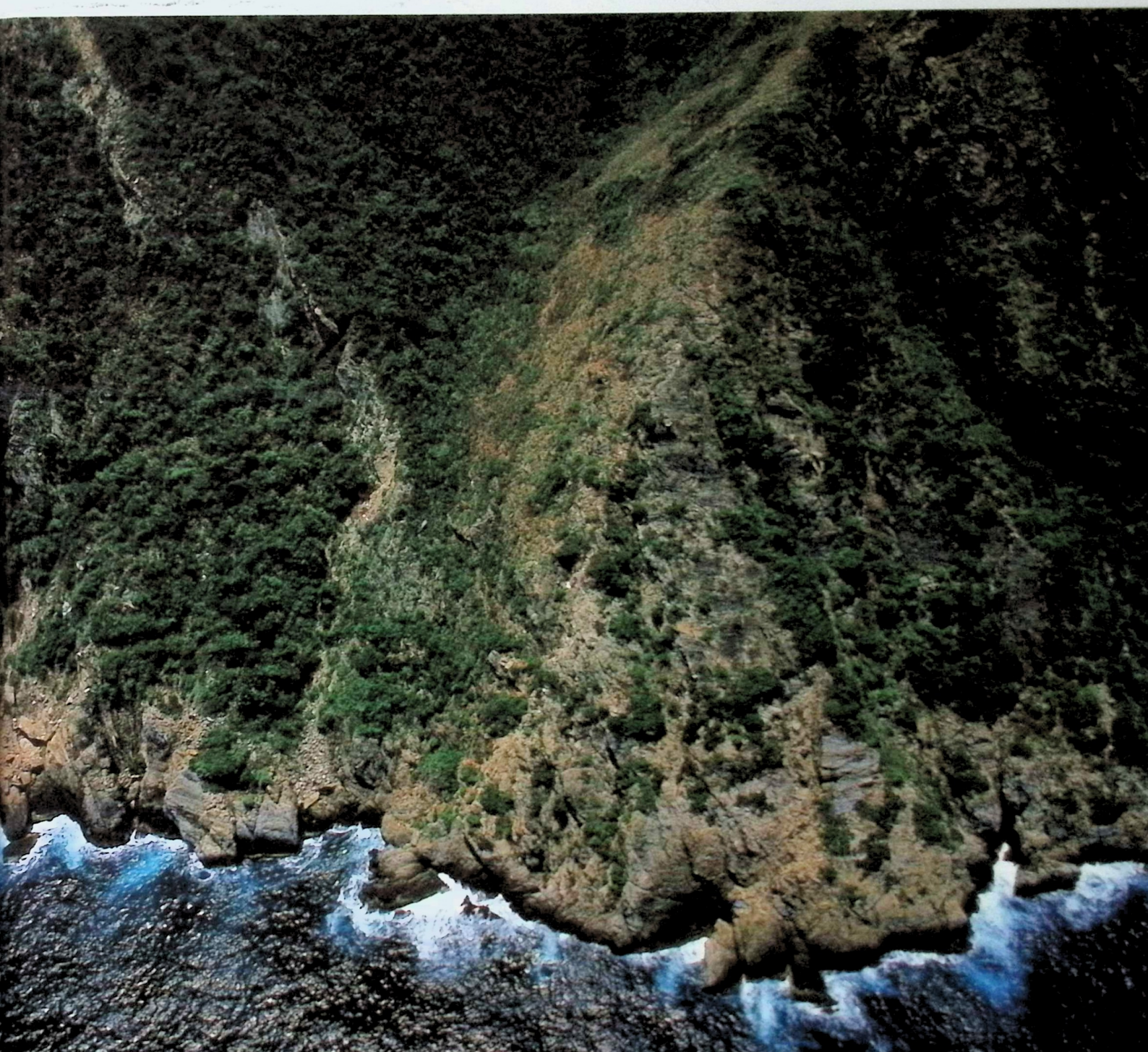


sometida a restauración, así como el paseo Macuto, símbolo de los plácidos atardeceres del litoral central de principios del siglo XX.

Poco a poco ha regresado la vida al litoral central. La autopista Caracas-La Guaira se volvió a poblar los fines de semana y los bañistas a ocupar sus playas. También, las embarcaciones volvieron a sus prestigiosas marinas y algunos hoteles reabrieron sus puertas. Con el tiempo, lo que el agua arrastró a su paso ha renacido en nuevos paisajes: pequeñas caídas de agua aquí y allá y una vegetación adaptada a las recientes condiciones. Osma, Oritapo, Todasana, La Sabana, Caruao y Chuspa resultaron indemnes. Al estar protegidas por montañas, estas playas más alejadas –a las que comúnmente llamamos "la Costa"– no sufrieron mayores daños, y al contrario, sus orillas se ensancharon y el agua dulce de las montañas fluye con mayor frescor. La luz que sedujo a Reverón y lo llevó a construir su hogar aquí, sigue ilesa.



Río Todasana *La Sabana* *Costa al este de Puerto Maya*



Selva nublada, parque nacional Henri Pittier, estado Aragua

Playa Grande, bahía de Choroní





Aragua: valles, montañas, ríos y mar

A quienes tienen mala memoria cartográfica les cuesta concebir que un viaje imaginario en línea recta hacia el sur franco de la capital, más allá de Miranda, les hará toparse con territorio aragüeño, y no con Guárico –suele olvidarse esa porción del estado Aragua que, haciendo un recodo, abraza el "talón de pie" mirandino y sirve de avanzadilla hacia los llanos.

La cordillera de la Costa en su sector aragüeño, muy cerca de la capital por la vía de El Junquito, abriga un lugar de particular interés: la Colonia Tovar, pueblo fundado por inmigrantes venidos de la Selva Negra a mediados del siglo XIX, que atrae visitantes de Caracas y otras localidades por el encanto de sus casas de entramado –real o simulado–, sus flores, frutas y hortalizas frescas, su clima frío y vigorizante y sus restaurantes de comida alemana.

Desde el punto de vista arquitectónico, cuando la Colonia Tovar era un territorio cerrado y aislado del resto del país, sus fundadores hicieron lo posible para convertirlo en una réplica exacta de los pueblos de Baden-Würtemberg. Muchos de sus residentes aún conservan la tipología de cabello rubio, piel clara y ojos azules, pero cada vez más empiezan a acusar rasgos mezclados, sumando otra forma al ser venezolano.

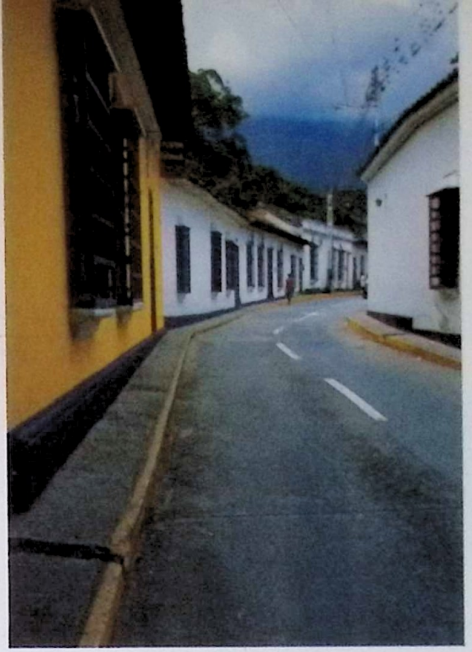




La ruta del centro hacia occidente se abre en un canto a la abundancia: abarca valles risueños rodeados de montañas de poca elevación, inmensos cultivos de caña de azúcar sombreados por largas hileras de chaguaramos y una serie de pueblos y ciudades de gran significación histórica, como El Consejo, La Victoria, San Mateo, Turmero, Cagua y finalmente, Maracay y Valencia, capitales respectivamente de Aragua y Carabobo. Este corredor histórico fue uno de los que vivió con mayor intensidad la lucha de Venezuela por su independencia: aquí ocurrieron incontables acciones militares que significaron bien el triunfo o la derrota de los ejércitos patriota y realista.

A lo largo de la autopista el paisaje va desplegando sus prodigios: el verde tupido de los cultivos de caña rodeados de frutales de El Consejo, en cuya hacienda Santa Teresa se fabrica uno de los mejores rones del Caribe; el embalse de Zuata; y una cadena interminable de instalaciones industriales que se integran bastante armoniosamente al paisaje, alternando con sitios históricos como el ingenio Bolívar en San Mateo, hacienda que fue propiedad de la familia Bolívar, donde se cultivaba la caña de azúcar. Tal es el preámbulo al abrazo del lago de Valencia y a las vastas plantaciones de cítricos de Carabobo.

Playa de Uricao



Pueblo de Choroní

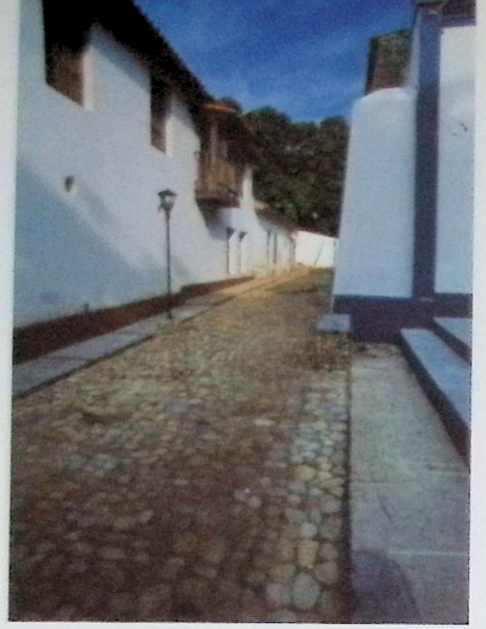
Casa del Alto, ingenio Bolívar, San Mateo

El espinazo de la cordillera de la Costa escolta a estas ciudades por el flanco norte y alberga una de las maravillas naturales de Venezuela: el parque nacional Henri Pittier. Los accesos principales al parque parten desde Maracay. Uno de ellos es la vía de El Limón, la cual sube desde la parte occidental de Maracay y llega después de una serie de curvas a las poblaciones que se encuentran al otro lado de la cordillera: Cumboto, pueblo de montaña con extraordinarias pozas; Turiamo, bella ensenada que en la actualidad es apostadero naval; Ocumare de la Costa, donde Miranda y Bolívar desembarcaron en sus esfuerzos libertarios; Cata, bahía de aguas turquesas y arenas blancas; y la espléndida bahía de Cuyagua, predilecta de los surfistas. La otra vía es una carretera, construida durante el gobierno de Juan Vicente Gómez, que remonta la montaña desde la agradable avenida Las Delicias en Maracay y en algunos puntos se estrecha a un solo canal –la misma por donde se llega a las poblaciones de Choroní y Puerto Colombia en la costa. Ambas vías satisfacen los espíritus aventureros, pues ascienden la montaña y se internan en una de las selvas nubladas más hermosas y llenas de misterio que existen en el mundo.

Ecosistemas superpuestos en diferentes pisos térmicos abrigan una naturaleza prodigiosa donde llueve mucho debido a que las montañas actúan como esponjas y absorben la humedad. La niebla es un habitante constante de estas soledades. Altísimos árboles de cucharón (el nombre local es niño) dan sombra a numerosas especies de helechos, tanto arbustivos como arborescentes, malangas y gran cantidad de epífitas y bromelias que crecen en los troncos y las plantas de estos gigantes vegetales. No es raro ver delicados e inaccesibles arreglos florales de orquídeas dejados en troncos por la mano de la naturaleza.



El Henri Pittier es también hogar de especies de fauna, como la danta o tapir, el perrito de agua, el puma, el cunaguaro, la lapa, el cuchicuchi, el zorro guache, el venado matacán, el oso melero y numerosos ofidios. Pero mucho más fáciles de ver y más gratificantes para los amantes de la naturaleza son las aves: el parque Henri Pittier se distingue por ser uno de los santuarios de avifauna más singulares del mundo, pues allí



pernoctan 578 especies –un 43 por ciento de las aves venezolanas y casi un 7 por ciento del total de especies conocidas del mundo. En la Estación Biológica Rancho Grande los científicos pueden estudiar con comodidad las especies animales y vegetales que habitan el parque y los excursionistas pueden tener un contacto más cercano y seguro con ellas gracias al sendero de interpretación natural construido con ese fin.

La primera población importante con la que el turista se topa al bajar de la cordillera es Choroní, oasis de pequeñas calles estrechas y casas coloniales, enmarcado en una vegetación exuberante. En el pasado, la prosperidad económica del pueblo se fundamentó en el comercio del cacao. A sólo cinco minutos de la costa, Choroní parece todavía ajena al bullicio de su vecina Puerto Colombia, aunque el pueblo aprovecha las ventajas de su ambiente tranquilo e incontaminado para ofrecer alojamiento en pequeñas posadas con patio interior. Aquí nació la madre María de San José, primera monja venezolana que ha sido beatificada por el Vaticano.

Si Choroní es tranquila, discreta y retirada entre el follaje de la selva montañera, Puerto Colombia es su vecina desenvuelta y jaranera. El mar ha modelado pequeñas bahías y ensenadas de pasmosa hermosura en la costa generalmente abrupta de Aragua. Playa Grande es la imagen bandera de Puerto Colombia, y la ha convertido con los años en una meca del turismo playero. Este lugar de la costa aragüeña ofrece además múltiples posibilidades en cuanto a excursiones, que pueden llevar a las paradisíacas playas a uno y otro lado de este pequeño puerto de pescadores, o le hacen internarse montaña arriba, siguiendo el curso del río Choroní, para descubrir el tesoro escondido de sus pozas de agua helada y cristalina en medio de la selva tropical.



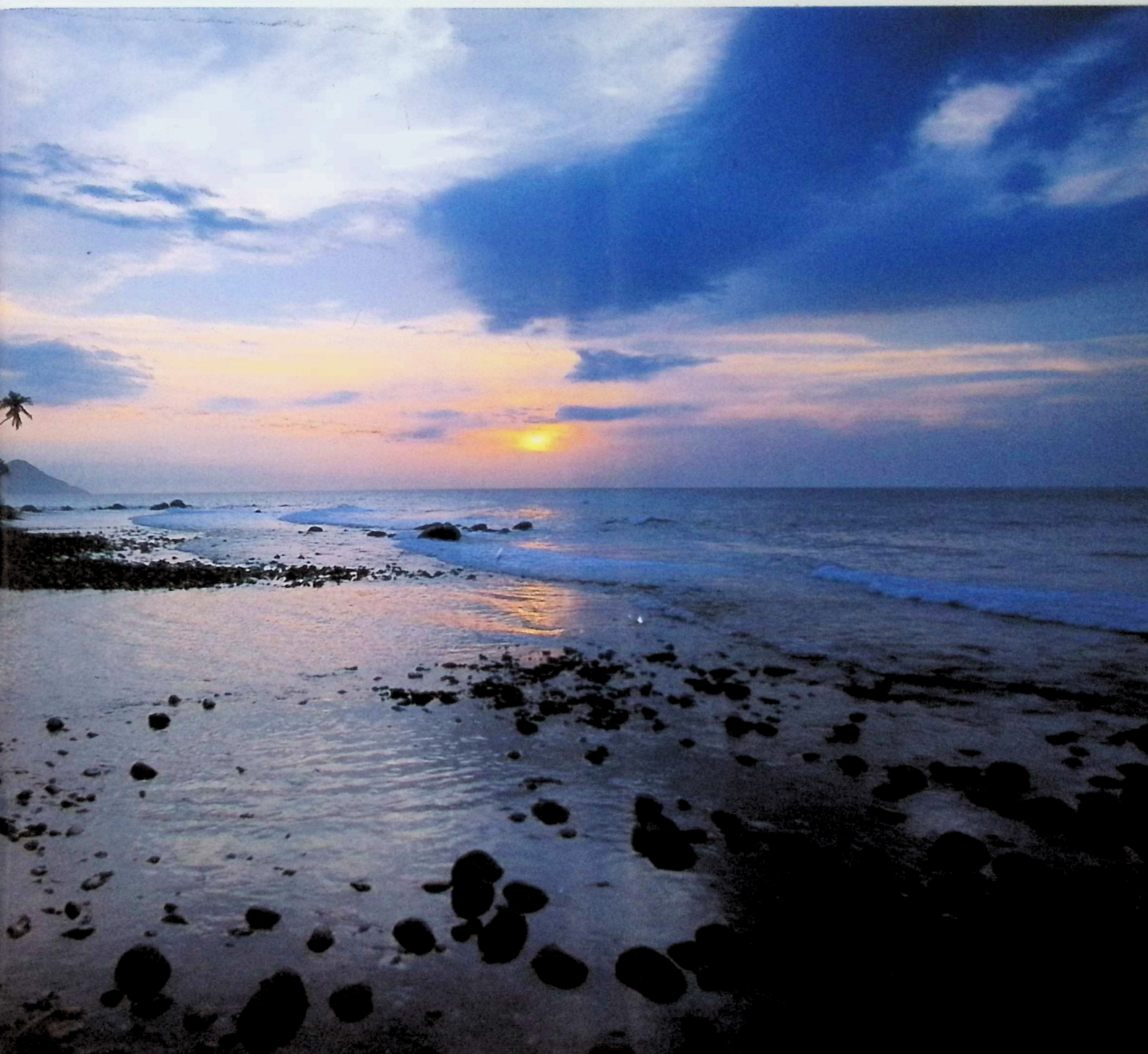
Cerca de Puerto Colombia, y accesibles sólo por vía marítima, se encuentran las poblaciones de Chuao y Cepe, donde se cultiva una variedad de cacao altamente apreciada por los fabricantes de chocolate de Suiza, Bélgica y Francia –*Chuao*–, con sus plantaciones de sotobosque sombreadas por gigantescos cucharones que se encuentran tierra adentro.



Puerto Colombia

Iglesia de San José, catedral de Maracay

Atardecer desde el malecón de Puerto Colombia



Playa de Catica,
bahía de Cata



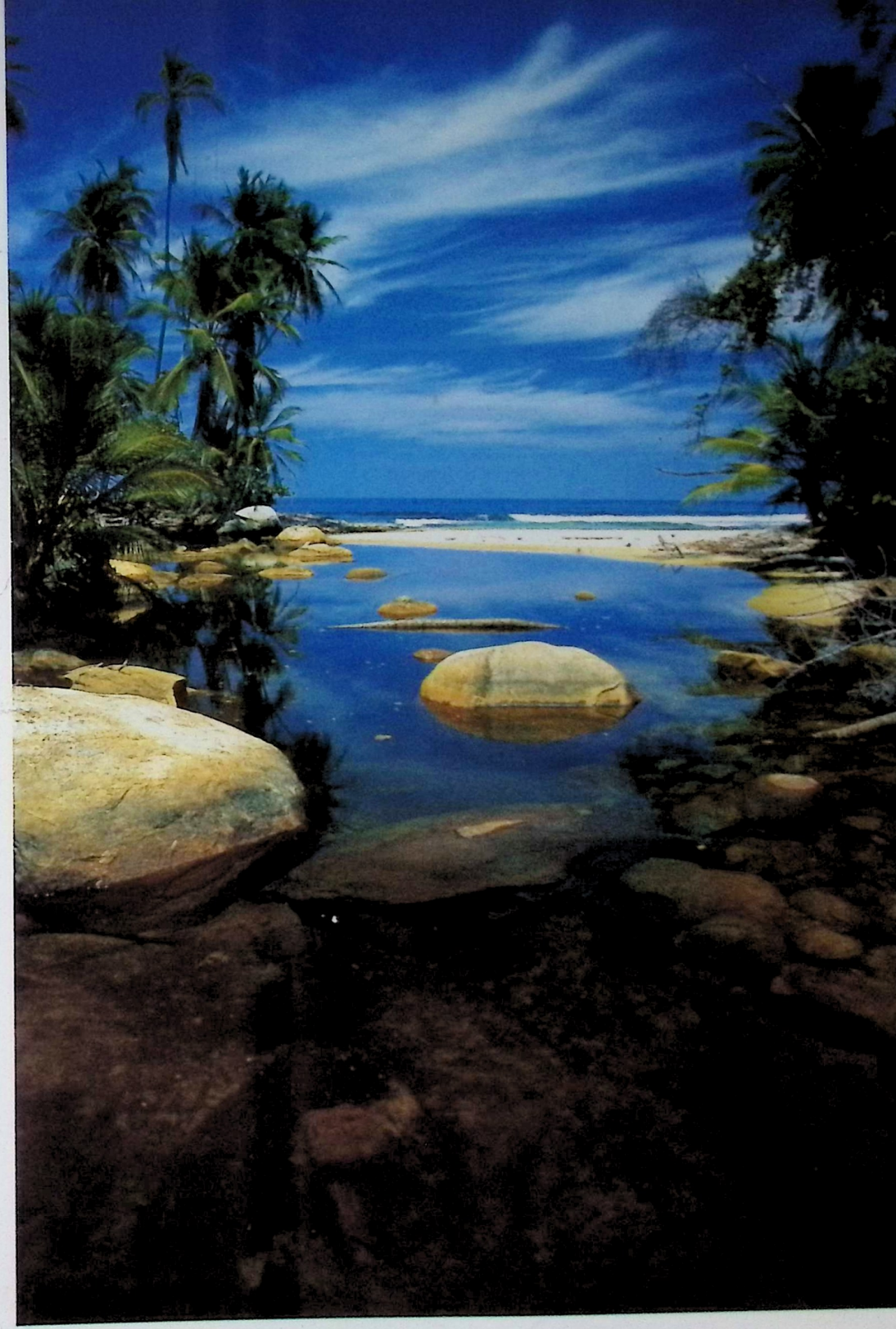


La Ciénega

Más próxima al lago de Valencia que su vecina del mismo nombre, Maracay ha sido llamada la "ciudad jardín", por sus amplias y bien trazadas avenidas que discurren en medio de parques sombreados y extensos prados. Con una población que se acerca a los 800 mil habitantes, es la ciudad militar de Venezuela, por el gran número de cuarteles e instituciones castrenses ubicadas dentro y fuera de su perímetro. También está considerada como la cuna de grandes toreros y de la aviación en Venezuela. A comienzos del siglo XX era apenas una tranquila población adormecida entre fértiles vegas y potreros. Todo cambió cuando el dictador Juan Vicente Gómez decidió trasladar aquí la capital de Venezuela, y se inició la utopía urbanística que le daría a Maracay hermosas y amplias perspectivas: la plaza Bolívar más grande del país, el señorial hotel Jardín convertido en sede de la Gobernación, y muchos otros edificios de baja altura y sólidas proporciones, inspirados en la arquitectura colonial y morisca, un gran matadero industrial y una gigantesca pista de aterrizaje (Palo Negro). La ciudad tiene un teatro de ópera de estilo *art déco*, mandado a construir por Juan Vicente Gómez y diseñado por los arquitectos Carlos Raúl Villanueva y Luis Malaussena, que sólo se inauguró definitivamente en 1973. La bellísima maestranza César Girón, elegante plaza de toros de inspiración mozárabe diseñada también por Villanueva, organiza corridas de tronío y con su nombre rinde homenaje a uno de los más ilustres hijos de Maracay.



Plaza de toros de Maracay, maestranza César Girón



Río proveniente del parque nacional Henri Pittier que desemboca en playa Diario



Bahía de Cata



Cuartel Montilla,
La Victoria

El antiguo lago de los Tacariguas, como se conocía en la temprana Colonia al lago de Valencia, resguarda algunas vistas inolvidables y poco conocidas para el viajero curioso. La orilla sur, donde se halla el pueblo de artesanos de Magdaleno, reserva una vista inusual hacia el norte y hacia Maracay, por la dulzura con que los verdes intensos de época de lluvias contrastan con el azul de las aguas del lago. Ya en Carabobo se encuentra Güigüe, con su sorprendente monasterio benedictino, diseñado por el arquitecto Jesús Tenreiro. Hacia el sureste, la región guarda poblaciones de distintos tamaños y de gran significación histórica, como Cagua, con su bella iglesia colonial dedicada a San José y su casa Guipuzcoana; Villa de Cura, sede del coro infantil que ya tiene prestigio internacional, los Niños Cantores de Villa de Cura; San Sebastián de los Reyes, con su cautivadora iglesita dieciochesca con fachada construida toda en ladrillos, una rareza arquitectónica en Venezuela; o Camatagua, más al sureste, donde se encuentra la estación de antenas repetidoras de la Compañía Anónima Nacional Teléfonos de Venezuela (CANTV), un espectáculo insólito en medio del paisaje rural –de hecho, la palabra "camatagua" se ha convertido en sinónimo de "antena" en la jerga coloquial venezolana. Camatagua es también conocida por su embalse homónimo, un enorme lago artificial ideal para la pesca deportiva de pavón, que guarda un secreto en sus profundidades: los restos del antiguo pueblo de San Francisco de Cara, el cual fue abandonado por sus habitantes para que se construyera el embalse, reubicándose más hacia el sur. Durante la temporada de sequía, cuando baja el nivel de las aguas, el campanario de la antigua iglesia emerge en una visión del más puro realismo mágico.

Isla Larga,
estado Carabobo





Arco Triunfal, monumento conmemorativo a la batalla de Carabobo



Centro histórico de Puerto Cabello

Carabobo, donde comenzó el futuro

Ya en territorio carabobeño, un poco más alejada del lago homónimo, Valencia es una metrópoli burbujeante y en plena expansión, el gran emporio industrial de Venezuela y la tercera ciudad en población, después de Caracas y Maracaibo: casi millón y medio de personas. Es además un gran hito histórico, pues en el Campo de Carabobo, hacia el suroeste de la capital carabobeña, se libró la batalla que selló la independencia de Venezuela. Hoy día en el sitio de la batalla se puede visitar el monumento levantado en 1921 para conmemorar el histórico suceso, que es además escenario de vistosos desfiles militares cada 24 de junio; la guardia de honor aún lleva los uniformes de época, de encendido color rojo.



Teatro Municipal, Valencia

La ciudad tiene algunos notables edificios, muchos de los cuales han sido construidos durante el auge económico, que ha legado atrevidas muestras de arquitectura contemporánea. Pero el casco histórico ha preservado algunos monumentos notables, como la Catedral, que a pesar de haber perdido su aspecto original del siglo XVIII, conserva la majestuosidad del pasado; la iglesia de San Francisco, reconstruida en 1857; la casa Páez, residencia del general José Antonio Páez; el Teatro Municipal, inspirado en la Ópera de París de Charles Garnier, con sus techos pintados por el artista Antonio Herrera Toro, cuya construcción se inició en 1887; la casa de los Celis, sede del Museo de Antropología, Arte e Historia; el Museo de

Esculturas Andrés Pérez Mujica; la casa de la Estrella, antiguo hospital de caridad, donde en 1812 se reunió el Congreso para oficializar la constitución de la Primera República, que por primera vez nombró a Valencia como capital de Venezuela (hoy es sede del Centro de Historia de Carabobo). En esta casa se firmó también la separación definitiva de Venezuela de la Gran Colombia, en 1830. Unos kilómetros al sur de la plaza Bolívar está el Museo de Antropología del Parque Sur y la plaza de toros Monumental, considerada la segunda más grande en América Latina, después de la de Ciudad de México (25 mil localidades).

La urbe es sede del prestigioso Salón Michelena de Artes Plásticas, que desde hace casi 60 años convoca anualmente a jóvenes artistas plásticos de todo el país, lo que brinda una oportunidad de conocer el acontecer artístico.

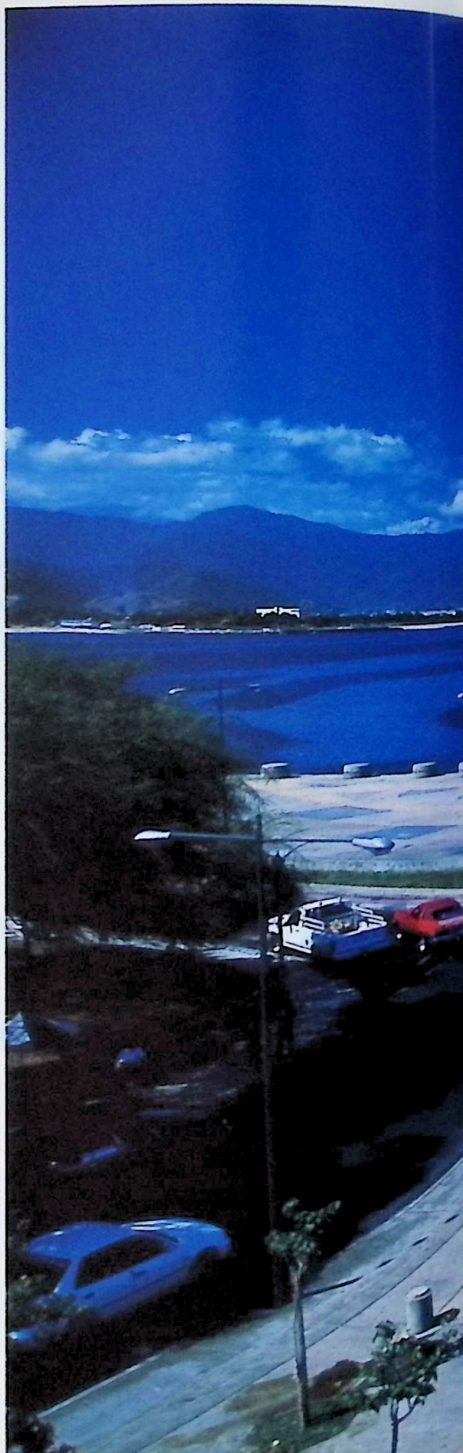
Fundada en 1555 por Alonso Díaz Moreno, Nuestra Señora de la Anunciación de la Nueva Valencia del Rey ha resistido múltiples desastres, tanto naturales como provocados por el hombre. En el siglo XVI fue atacada por las huestes sangrientas de Lope de Aguirre, capitán renegado español apodado "el tirano Aguirre" por su legendaria crueldad; en el siglo XVII fue blanco de incursiones de piratas franceses e ingleses; el terremoto de 1812 destruyó la ciudad, al igual que tantas otras ciudades venezolanas de la época; durante la Guerra de Independencia, su población fue masacrada por el ejército realista comandado por José Tomás Boves; las epidemias también se ensañaron contra la ciudad del río Cabriales. Pero Valencia sobrevivió para ser nombrada en tres ocasiones capital provisional de Venezuela y ponerse a la cabeza del desarrollo agroindustrial de Venezuela.

En ruta hacia el norte, en la vía a Puerto Cabello, bajo uno de sus viaductos y encubierto por la selva, se encuentra el balneario de aguas termales Las Trincheras. Las aguas del manantial están entre las más calientes del planeta, y son las segundas en calidad por sus componentes minerales y radiactivos.



Al igual que Caracas, Valencia tiene su camino de los españoles, un sendero con trechos aún pavimentados con el canto rodado original, que cruza a través del parque nacional San Esteban. El Camino Real parte de Bárbula y llega hasta un paso a 1.380 metros de altura, para descender hasta la población de San Esteban; de allí enlaza con Goaigoaza, antes de morir en la villa de Puerto Cabello. La reserva natural lleva el nombre del río que suministra agua a Puerto Cabello, cuyas nacientes protege.

Del nombre Puerto Cabello se cuentan varias historias. Una dice que las aguas eran tan tranquilas que las naves podían ser amarradas al muelle con un cabello. Otra versión relata que



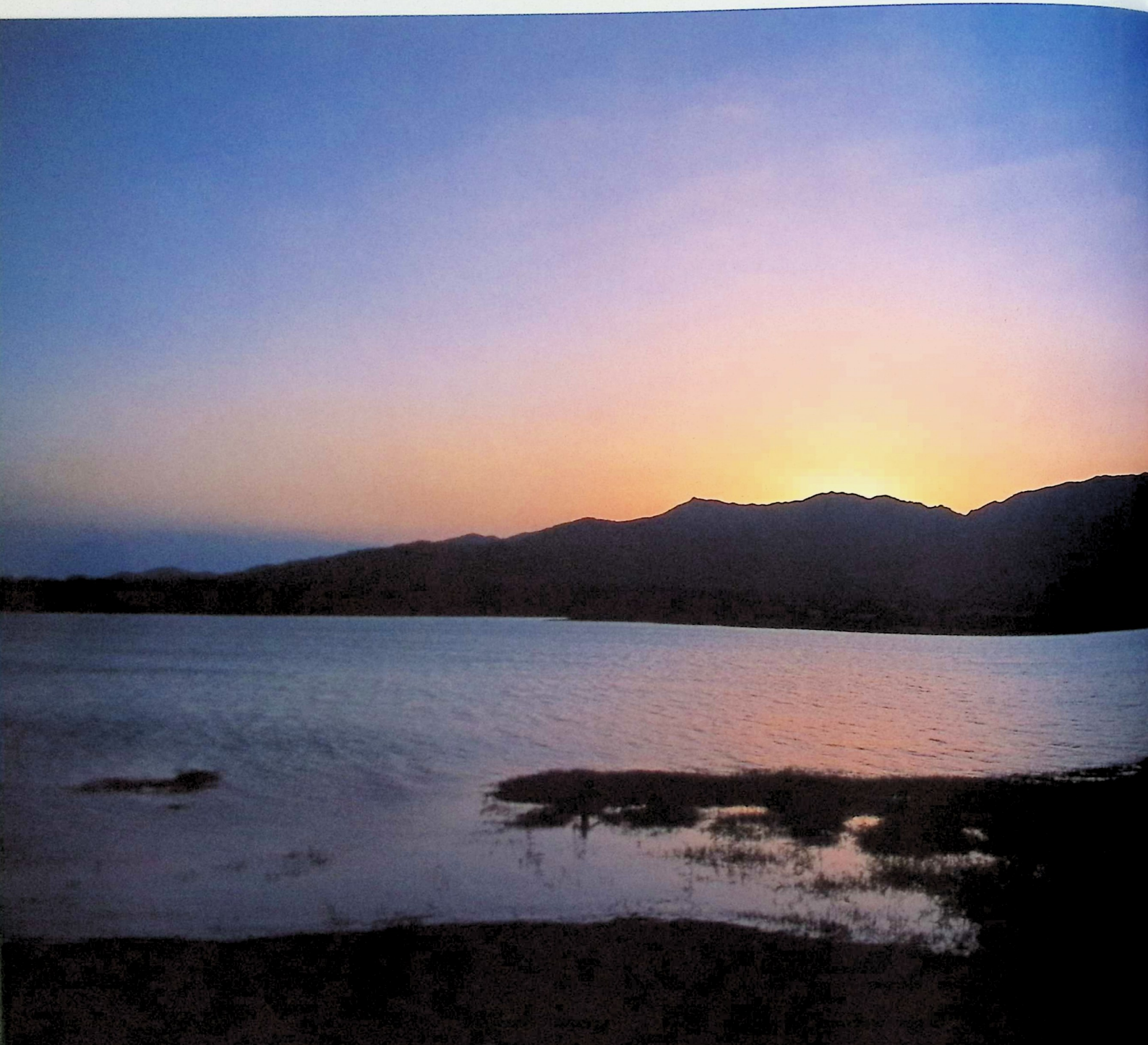
Casa de los Iturriza, Valencia

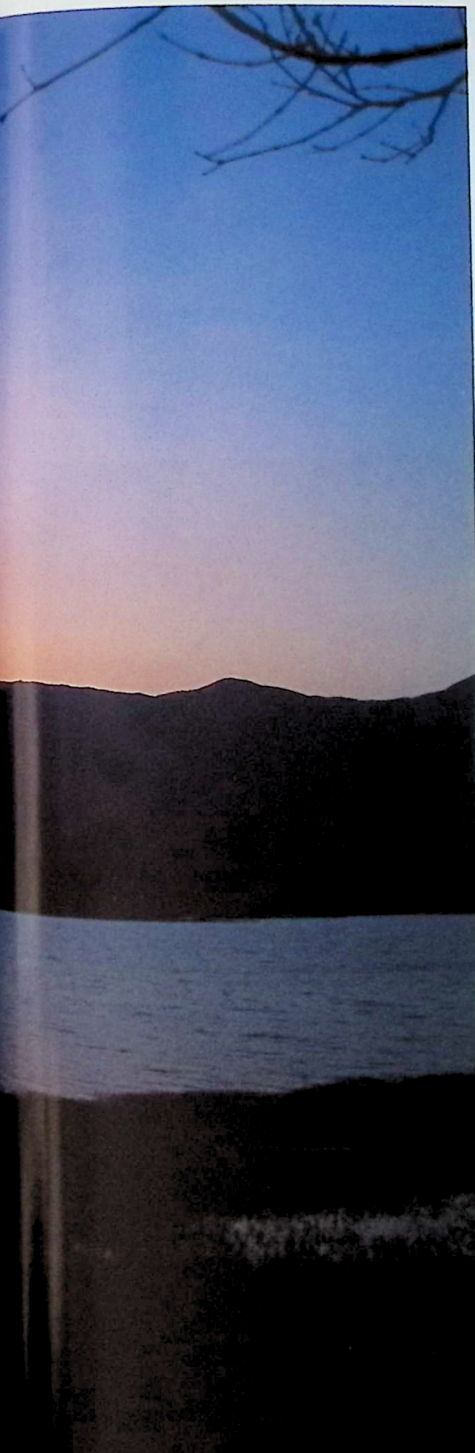
Malecón de Puerto Cabello



Selva nublada,
parque nacional,
San Esteban

Atardecer en el dique
de Guataparo



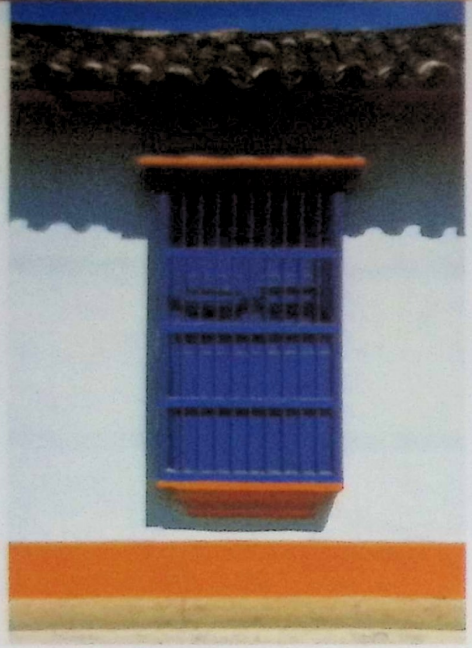




cuando la ciudad no era más que un caserío costero, tomó el nombre de un pescador que en el siglo XVI negociaba con contrabandistas de Curazao, de nombre Antonio Cabello. Efectivamente, Puerto Cabello inició sus días como lugar de contrabando, antes de encontrar su verdadero destino como puerto que hoy a veces sobrepasa a La Guaira en tonelaje, gracias a las características privilegiadas de sus instalaciones, de cara al Golfo Triste. El puerto carabobeño es la ruta de salida de los parques industriales de Maracay, Valencia y Barquisimeto (ciudad ésta con la que está conectada por el único ferrocarril que ha permanecido en funcionamiento en el país).

Estrechamente ligada a los avatares de la Guerra de Independencia, Puerto Cabello ha recuperado su casco colonial para las nuevas generaciones de venezolanos, con sus casas de alero, sus ventanas andaluzas, balcones de madera volados y sus puertas de antiguos herrajes. La calle de Los Lanceros, la más cercana a la bahía –y la más fotografiada–, lleva ese nombre en honor al contingente de llaneros armados con lanzas que bajo las órdenes de José Antonio Páez tomaron en 1823 el hoy castillo Libertador (antes fortín San Felipe), al otro extremo de la boca del puerto. De hecho, Puerto Cabello fue uno de los últimos reductos del poder realista en ser tomado por los patriotas. Hoy exhibe, en su mayoría restauradas, pequeñas joyas históricas, como el templo del Rosario, con su domo de cobre y campanario de madera único en Venezuela; los balcones del Museo de Historia, en la calle Bolívar, enlazan desde el segundo piso con la construcción al otro lado. La calle Bolívar desemboca en la plaza del Águila. Allí, una columna rematada por la estatua de un águila –los cronistas no se ponen de acuerdo sobre si es un cóndor– fue erigida en 1896 durante el gobierno del general Joaquín Crespo para conmemorar los 200 voluntarios estadounidenses que acompañaron a Francisco de Miranda desde Nueva York en su malhadado desembarco de 1806 en la costa de Ocumare, y fueron capturados por las autoridades españolas.

También se ha restaurado la antigua casa Guipuzcoana, enfrentada a la plaza del Águila. El edificio fue construido en 1730 para manejar el comercio de cacao que se producía en las célebres



Ventana de las típicas casas coloniales en el pueblo de Canoabo



Forum de Valencia

plantaciones de Borburata; hoy funciona como sede de la biblioteca municipal. El fortín San Felipe, al otro lado de la entrada a la bahía, custodió celosamente los intereses de la compañía vasca a partir de 1741 –fue el último reducto español en suelo venezolano en sucumbir ante el avance patriota. En la época de Gómez fue convertido en prisión para los opositores, quienes fueron encadenados a sus muros (aún pueden verse los *graffiti* de los presos garrapateados en las paredes). No se trata del único fuerte que custodia a Puerto Cabello: hacia el sur, montado en lo alto de una colina de unos 150 metros de elevación, monta guardia el fortín Solano, con la soledad pétrea de sus bastiones y gruesos muros. La vista sobre la ciudad desde aquí no tiene rival. Más hacia fuera del casco histórico de Puerto Cabello, a un costado de la plaza Bolívar, permanece el hermoso Teatro Municipal, en cuyo elegante escenario *fin de siècle* bailó la legendaria Ana Pavlova.

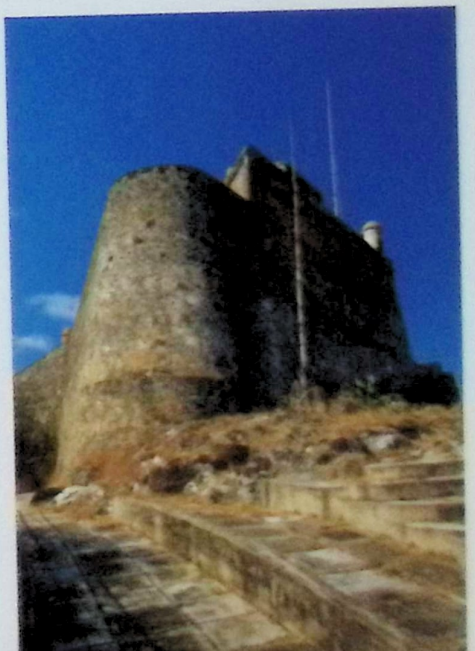
Cada Domingo de Pascua el malecón de Puerto Cabello es escenario de la llamada Bendición del Mar, una procesión marítima en la que la imagen de la Virgen del Valle, patrona de los pescadores, es llevada a bordo de peñeros y botes pesqueros. Mar adentro tiene lugar una ceremonia antigua y devota, en la cual el arzobispo bendice a los asistentes desde una de las embarcaciones.

En la ribera de Quizandal –lugar de esparcimiento por derecho propio de los locales– se suelen tomar los peñeros que conducen a las arenas blancas y cegadoras de Isla Larga, donde dos barcos cargueros semihundidos durante la II Guerra Mundial –uno alemán y otro italiano– son hoy el objetivo codiciado de los submarinistas, quienes se aventuran a bucear entre sus mamparas corroídas y pobladas de criaturas marinas.

Tierra adentro está la célebre población de Borburata, la más antigua de toda la región central –su fundación por los españoles data de 1549, la cuarta población más vieja de todo el territorio venezolano. Antiguamente fue uno de los grandes emporios de cultivo y recolección del cacao de Venezuela, y fue de hecho el primer puerto de la antigua Capitanía. Es tal el cúmulo de leyendas, anécdotas e historias asociadas a la vida de los antiguos esclavos negros y al cacao, que el pueblo y sus alrededores sirvieron de inspiración al escritor vene-

Petroglifos precolombinos de Vigirima

zolano Ramón Díaz Sánchez para su inmortal novela *Borburata*. Sus pobladores aún conservan en parte la herencia étnica de los primeros esclavos traídos de la lejana África en los barcos negreros españoles, y celebran con furor las fiestas de San Juan (23 y 24 de junio) y San Pedro (28 de junio), animadas por el sonido de los tambores.



Fortín Solano, Puerto Cabello

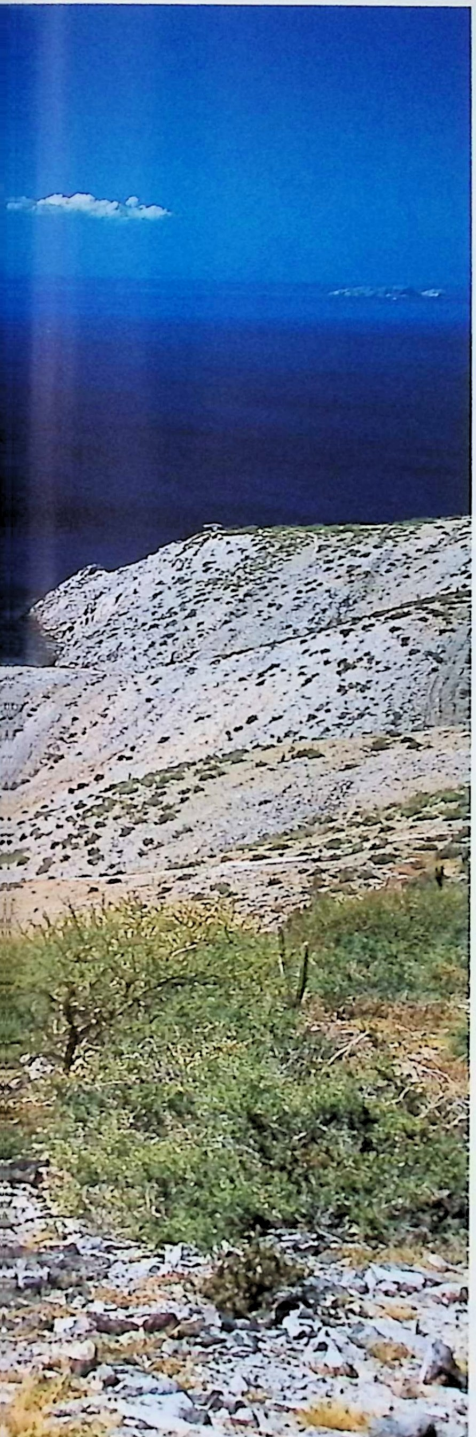
Ensenada del Silencio,
estado Anzoátegui



Playa Puinare

Parque nacional Mochima





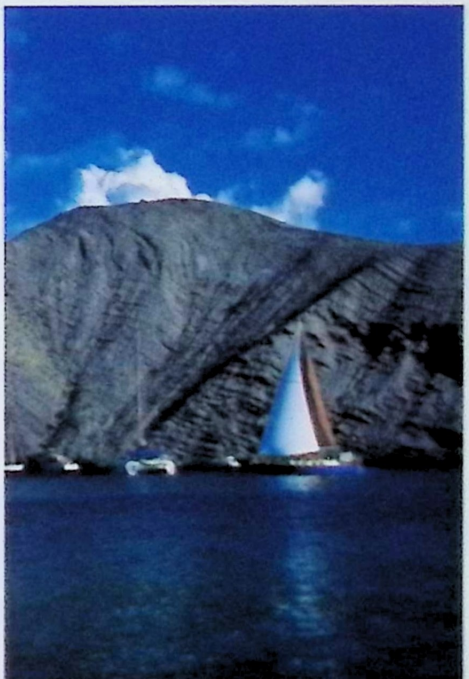
Anzoátegui, tierra de aguas

Al salir de la prodigiosa vegetación selvática que nos corteja en las inmediaciones de El Guapo en Barlovento, bordeamos un paisaje marino de infinitas costas hasta llegar a las tierras de Anzoátegui. Aquí nos recibe un litoral adornado por otras dos lagunas similares a la de Tacarigua: Unare y Píritu, dos guiños del mar en la tierra plácida, cuyas tranquilas aguas se avivan al paso de las garzas y las aves que anidan en sus cercanías. Para quien gusta contemplar paisajes en grande, entre Boca de Uchire y Clarines la carretera comienza a ascender por un cerro de poca altura, desde donde podrá solazarse en una vista espléndida de las dos lagunas, lado a lado y separadas del mar por una delgadísima lengua de arena.

La región norte de Anzoátegui es rica en iglesias históricas y tuvo un protagonismo indiscutible en la Guerra de Independencia. Clarines, la de las viejas calles empedradas que relucen bajo el sol de mediodía, aún guarda sus casas coloniales de alero y blasón que esconden la frescura de sus patios internos. Calle arriba, la iglesia de San Antonio de Padua acapara las miradas del visitante, con sus sólidas torres rematadas en pirámide y la pureza decantada de sus volúmenes; data de 1760 y su inusual estructura de planta cruciforme guarda unas curiosas arquerías laterales en buen estado de conservación.

Más al oeste, la localidad de Píritu ve alzarse entre una soledad de cardones uno de los templos coloniales más emblemáticos de Venezuela: el santuario de Nuestra Señora de la Concepción. Mucho más antigua que la iglesia de Clarines, esta misión franciscana fue levantada en la primera mitad del siglo XVII, aunque su sencillo campanario recortado contra el cielo parece que hubiera estado ahí por milenios, incólume, intemporal. Vale la pena entrar y apreciar el contraste dramático de los muros encalados con el esplendor flamígero de su retablo central, de un rojo centelleante orlado con hojilla de oro; otros altares barrocos de noble factura adornan las paredes de esta iglesia.

Puerto Píritu reúne a un extremo la laguna homónima, playas arenosas y las isletas de Píritu, dos pequeñas islas ideales para quienes buscan la tranquilidad de un espacio virgen.



Barcelona, la capital fundada en 1636 por Juan de Orpín, está unida por un cordón umbilical a su vecina Puerto La Cruz, de rápido crecimiento y que concentra el grueso de la oferta turística del estado, así como las operaciones de embarque del petróleo proveniente de los yacimientos de la Faja Petrolífera del Orinoco. Ambas forman ya un conjunto metropolitano.

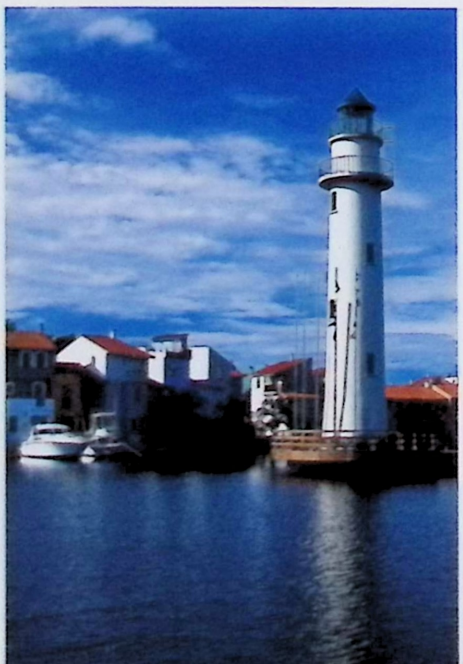
Barcelona es la calma provinciana, con sus casas antiguas de ventanas enrejadas, su cate-



El Morro, Lecherías,
Puerto La Cruz

dral de San Cristóbal, su Teatro Cajigal, su ermita El Carmen –reconocible por el trío de cúpulas que sobresalen de los tejados de arcilla–, su Museo de la Tradición (ubicado en la que se dice la casa más antigua de la ciudad) y su Casa Fuerte en ruinas en medio de una bella plaza sombreada. Puerto La Cruz es el jolgorio, el placer hedonista, las playas, el sol, los centros comerciales, las avenidas bordeadas de restaurantes, bares y discotecas, los hoteles de lujo, los *resorts*, los yates de recreo, los deportes náuticos, los negocios, el petróleo, los depósitos de Guanta... la puerta de oriente para mostrar las majestades de Sucre, Monagas y Nueva Esparta.

Pocos paisajes sorprenden tanto como la costa entre Anzoátegui y Sucre. Incontables islas e islotes alternan paisajes áridos y rocosos con laderas desbordantes de vegetación. Los primeros conjuntos visibles son los islotes rocosos de las Borrachas y las Chimanas, que destacan en el paisaje marino por la aridez casi calcárea de sus farallones retostados por el sol; en tiempo de lluvias, los matorrales del archipiélago reverdecen milagrosamente y ofrecen una vista completamente diferente. El mar es de una tibieza sorprendente y frecuentemente cerca de la costa el agua se torna de un tono verde esmeralda que contrasta con el dorado de las arenas y palmerales exuberantes e intocados. La playa de Conoma es el sueño hecho realidad de quienes buscan paz, belleza y tranquilidad. Sin embargo, no se agota aquí el pai-



Pueblo Viejo,
complejo turístico
El Morro,
Puerto La Cruz



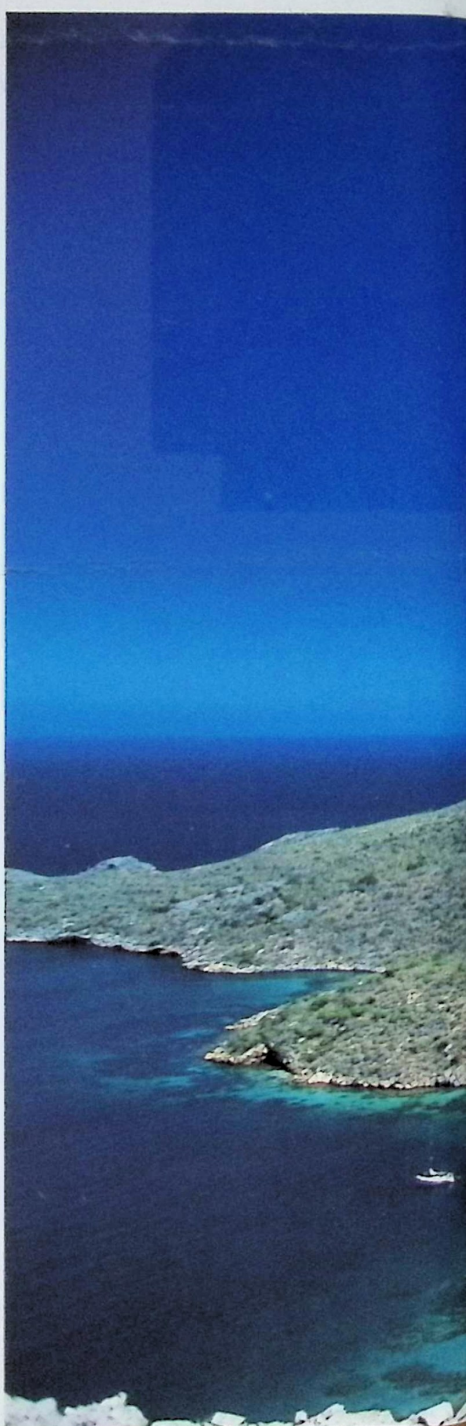
Salto El Rincón, cuenca del río Neveri

saje casi virgen: aparte de las islas Chimanas y Borrachas, están las de Monos, Cachicamo, Picuda, Quirica y Arapo, y ensenadas como Playa Blanca, Las Maritas y Manare. Otras muy famosas y concurridas son Arapo, Arapito y Playa Colorada (cuya arena color rojizo contrasta fuertemente con el color verde del agua), pero siendo parte del sistema de Mochima, pertenecen a territorio sucrense, una muestra de cómo el parque une indisolublemente ambos estados.

De Mochima se dice que tiene algunas de las mejores y más hermosas playas con que cuenta el país, y la variedad de sus paisajes y ecosistemas es prodigiosa: allí se encuentran costas arenosas y perfectamente limpias, soberbios acantilados rocosos de extrañas formas surgidas de la erosión, manglares costeros, lujuriantes cocotales y tierra adentro, selvas neblinosas y siempreverdes del macizo de Turimiquire. Parece difícil de creer que un área de apenas 95 mil hectáreas pueda ofrecer tantos escenarios diferentes.

Hacia el sur, la carretera que sale de Barcelona pasa por las poblaciones petroleras de Anaco, Cantaura y El Tigre, en medio de las grandes extensiones de la mesa de Guanipa, fértil planicie donde se cultiva merey, maní, maíz, caña de azúcar y algodón, entre otros. Al final, desemboca





en la población de Soledad, que está frente a Ciudad Bolívar, separada de ella por el majestuoso Orinoco, pero comunicada con ese mundo aparte que es la tierra de Guayana por el imponente puente colgante de Angostura.
El camino hacia Cumaná nos ofrece la oportunidad de adquirir artesanía de la región, como las llamativas muñecas de trapo y la variada cestería.



Playa El Faro, parque nacional Mochima

Complejo turístico El Morro

Isla Chimana Grande





Punta Gorda y golfo de Santa Fe, estado Sucre



Golfo de Cariaco



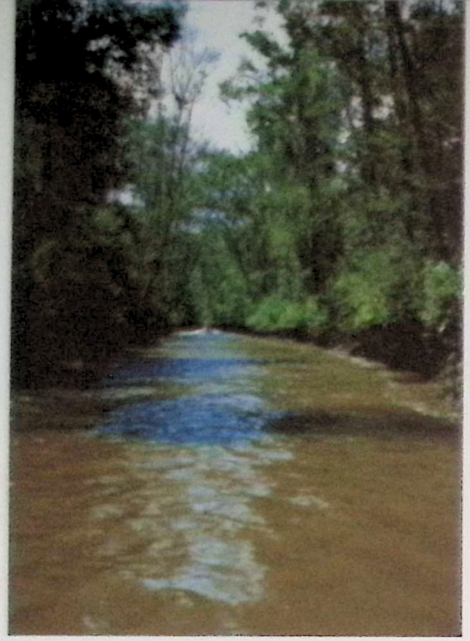
Playa Medina, península de Paria

Sucre, donde nace el sol

El estado Sucre vive entre la luz encendida de donde nace el sol y la luz esmeralda de los bosques nublados. Su particular geografía encierra uno de los más diversos paisajes del país, rasgo también característico de su gente y de sus cadenciosos cantos y bailes.

Más hacia el este desde Puerto La Cruz, y luego de Mochima, la Ruta del Sol conduce a Cumaná, capital del estado Sucre, llamada la "primogénita del continente" por ser el primer asentamiento humano fundado por los españoles en tierra firme en Suramérica. Ciudad apacible poblada de árboles que al florecer tiñen de multicolor la ciudad acariciada por el río Manzanares.

Cumaná es tierra de músicos y poetas. Huellas del pasado son el convento de San Francisco y la iglesia de Santa Inés, que poseen retablos de gran interés. Sus calles estrechas albergan casonas de gran belleza, muchas de ellas convertidas en centros culturales, como el de Estudios Literarios José Antonio Ramos Sucre, o la casa natal del poeta Andrés Eloy Blanco. El antiguo trazado urbanístico con mucha vegetación ofrece un espacio de gran armonía y encanto. La ciudad está vigilada por el castillo de San Antonio de la Eminencia, una antigua fortaleza construida por los españoles para la defensa de la ciudad sobre el cerro del mismo nombre. En la costa, el castillo de



Santa María de la Cabeza, del siglo XVIII, completa la guardia.

La playa de la ciudad es San Luis, mar tranquilo y relajante, desde donde se ve la península de Araya. Quien desee conocer la idiosincracia de los habitantes de esta región y sus maravillas culinarias (manjares del mar) debe visitar el mercado libre.

Sucre es un estado con un territorio muy particular. Para empezar, la forma de su costa no puede ser más caprichosa: dos alargadas peninsulas dispuestas horizontalmente con extraña simetría en dirección este y oeste, cada una con su personalidad y paisaje propios. Mientras la península de Araya, que cubre Cumaná y el Golfo de Cariaco, es árida, reseca, con vegetación xerófita, la de Paria, que se proyecta hacia oriente, es un vergel cuyas selvas llegan al borde mismo de la costa. Una vez más, el visitante se pregunta: ¿cómo puede haber semejante dicotomía en un territorio tan breve? La respuesta tiene que ver con el viento y las precipitaciones. Las montañas de Paria son más altas y retienen la humedad, mientras que Araya es constantemente barrida por los vientos; a su vez, los suelos de Paria son fertilizados por las aguas del Orinoco, cuyo delta está a escasos kilómetros.

Araya posee una salina de gran importancia, explotada desde tiempos precolombinos. La custodia el castillo de Santiago, erigido en el siglo XVI. Los pueblos de la península de cara a Cumaná son de gran belleza, conocerlos desde el mar ofrece un espectáculo particular, con sus fachadas de múltiples colores y en primer plano sobre el mar del golfo de Cariaco. Uno de estos pueblos, Manicuare, es cuna del importante poeta Cruz María Salmerón Acosta, cuya casa ha sido convertida en museo.



Paria, la "Tierra de Gracia" como la llamó Colón, está conformada en su cara al mar Caribe por un collar de playas paradisíacas que se extienden en toda la costa norte, y son la imagen perfecta y más acabada del trópico que todos tenemos en la imaginación: bahías con medialunas de arena dorada excavadas limpiamente por un mar de aguas azules y perezosas, y guirnaldas de cocoteros encerradas entre dulces colinas de verde vegetación. Vale la pena recordar una serie de nombres de esa costa seductora: Playa Medina, Medinita, Mapurite,



Caño Ajíes, parque nacional Turuépano

Carúpano

Los acantilados de Mochima muestran nítidamente la sucesión de estratos geológicos



Castillo San Antonio
de la Eminencia,
Cumaná





Extendiendo las semillas de cacao para su secado

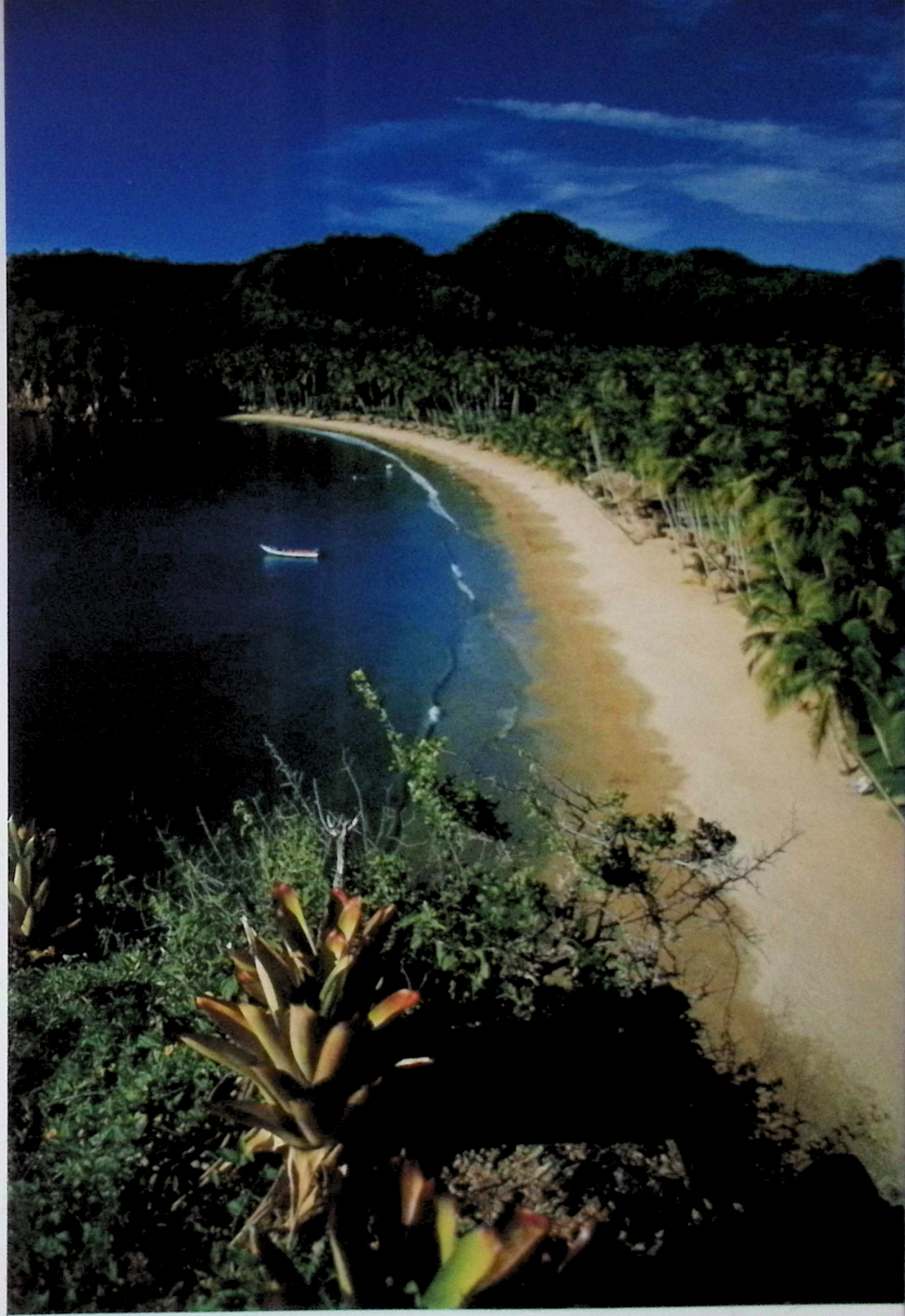
Hato Río de Agua

San Juan de las Galdonas, Río Caribe, Pui-pui. El trazado de la península termina en el Promontorio de Paria y regresa bruscamente en la costa sur, donde se hallan las poblaciones de Macuro –probablemente el único punto del continente americano donde pisaron Cristóbal Colón y su tripulación–, Güiria, Irapa y Yaguaraparo. Otras poblaciones de interés y de significativa carga histórica de la península son Carúpano, Río Caribe y el Morro de Puerto Santo. Durante el siglo XIX esta zona exportaba sus productos agrícolas directamente al resto del mundo sin pasar por la capital del país, su contacto con las culturas de ultramar permitió un desenvolvimiento sociocultural particular con relación al resto de Venezuela, de allí la opulencia que se observa en la arquitectura de las casas que aún se conservan.

La península de Paria guarda el parque nacional del mismo nombre, cuyos ecosistemas protegidos son los bosques nublados costeros, hogar de una variada fauna con especies como el quetzal dorado, el mono mandragón, el mono araguato, el puma y el venado. Mientras que al sur, en la zona que preludia el grandioso espectáculo de la desembocadura del Orinoco en aguas del Atlántico, está el parque nacional Turuépano, en la isla del mismo nombre que se halla entre los caños Ajíes y Guariquén, una zona virgen de manglares, bosques y palmares. Aquí sobreviven especies en vías de extinción como el manatí, el caimán del Orinoco y el perro de agua. También hay reptiles como la anaconda, el caimán de la costa y diversas aves.

Al deslizarnos hacia Maturín, la carretera desde Sucre nos ofrece maravillas naturales como las aguas termales de Poza Azul, enclavada en una vegetación sorprendente, y restos de monumentos culturales de otros tiempos, como las ruinas de templos y casonas de Aricagua, San Fernando y San Lorenzo.





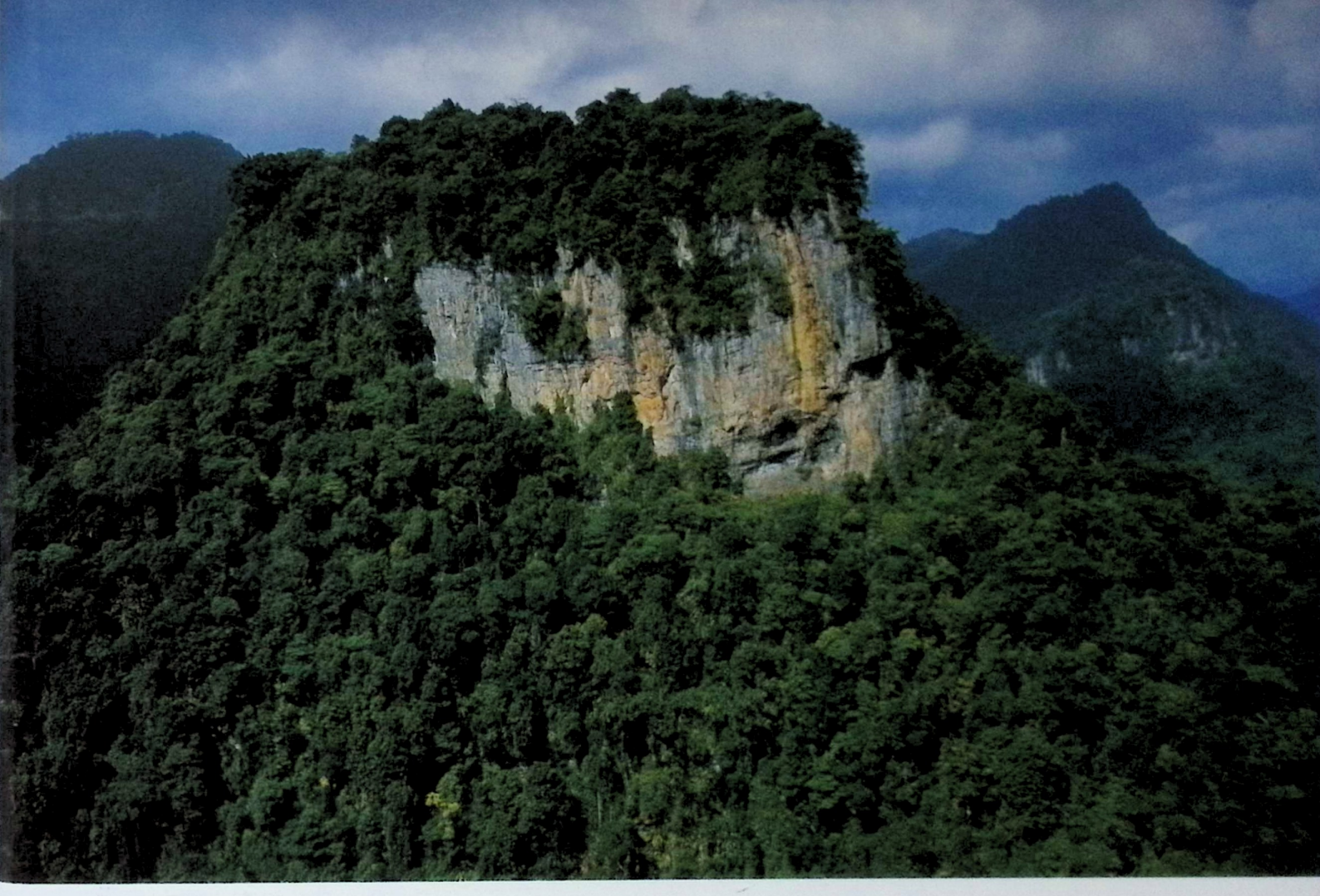
Playa Medina,
peninsula de Paria

Río que desciende del macizo del Turimiquire





Puertas del
Guarapiche,
estado Monagas



Formación rocosa en el macizo del Turimiquire

Monagas, la tierra promisoria

El paisaje venezolano y su pródiga naturaleza reservan otras sorpresas en el estado Monagas, un paisaje que se despliega en tres grandes rostros: verdes montañas, fértiles mesas y extensas planicies bajas que se aproximan al delta.

Hacia el norte, el macizo de Turimiquire ocupa una extensa porción del estado hasta los límites con Sucre. Allí, entre neblina y verdor aguarda una de esas sorpresas que nos depara Monagas: Caripe, famoso por ser una tranquila e idílica población rodeada de montañas y llena de huertos de naranjos, cuyos hermosos jardines harían la locura de los orquidiólogos -estas plantas se dan aquí con pasmosa profusión. En época de floración pueden verse por doquier vistosas flores rosadas, fucsias y blancas asomando por diversos rincones. Sin embargo, Caripe es más conocido como la población anfitriona de los visitantes de otra de las maravillas geológicas de Venezuela y del mundo: la cueva del Guácharo.

Decretada monumento natural en 1949 y parque nacional en 1975, la cueva del Guácharo es un fantástico dédalo de pasadizos, galerías, espacios abovedados y ríos subterráneos. En este reino



cavernoso explorado por el sabio Alejandro de Humboldt, la piedra caliza horadada por la acción del agua da lugar a fantásticas formaciones de brillantes estalactitas, estalagmitas, masivas columnas, repliegues ondulantes y helicotitas caprichosas, donde las cristalizaciones de las paredes brillan como diamantes al ser iluminadas y han estimulado la creatividad de sus exploradores para dar nombre a sus espacios internos: el Gran Salón del Derrumbe, el Salón de Alén, el Salón Precioso, el Salón Río de Hielo, el Salón del Silencio, la Galería de los Italianos, el Salón de los Gigantes y el Salón Virgen de Coromoto, al final de la cueva.

El nombre de la cueva viene del ave de hábitos nocturnos que anida en los recovecos y cornisas del Salón de Humboldt, el gran vestíbulo de entrada de este monumento natural de 10 kilómetros de extensión (sólo 1,5 kilómetros son accesibles para los turistas). El guácharo (*Steatornis caripensis*), a semejanza de los murciélagos y vampiros, puede volar en total oscuridad, y el espectáculo de las bandadas de miles de pájaros volando fuera de la cueva para buscar comida en el crepúsculo es indescriptible, pues el batir de alas de cientos de estas aves genera corrientes de aire apreciables.

Las vastas sabanas elevadas de las mesas son la antesala al corazón del estado. En medio de esa llanura resplandece Maturín, la pujante capital de Monagas. Fundada el 7 de diciembre de 1760 por el capuchino fray Lucas de Zaragoza, Maturín es una ciudad en constante crecimiento debido a su cercanía con las zonas de explotación petrolera del oriente del país. Estas características no impiden, sin embargo, que su desarrollo sea racional y bien planificado: parques, mucha vegetación, excelentes vías, centros culturales, y su universidad, lo demuestran.



El auge arquitectónico de la apertura petrolera de los noventa le ha legado interesantes edificios y centros comerciales, junto a los cuales perviven algunas construcciones que cuentan de sus orígenes: la pintoresca iglesia de San Simón, construida en 1887, así como uno de los últimos legados de la arquitectura colonial en Monagas, la hacienda Sarrapial.

No cabe duda que el petróleo ha signado la historia contemporánea de Monagas: Quiriquire, al noreste, aún conserva el pozo que inició la explotación petrolera en la región.



Hotel cinco estrellas en Maturín

Cueva del Guácharo, monumento natural Alejandro de Humboldt.

Embalse El Guamo, al fondo macizo del Turumiquire





Viviendas warao en el río Morichal Largo

El este del estado es un extenso verde, la reserva forestal Guarapiche, surcado por el río Guanipa. En estas tierras el río San Juan desemboca en el Atlántico, lejano contacto de Monagas con la costa marítima. Pero el más emblemático de los ríos monaguenses es Morichal Largo, que se extiende desde Anzoátegui hasta confluir con el caño Mánamo. En sus orillas pobladas de plácidos morichales han construido su hogar intemporal los indios warao.

Imposible despreciar la mano del hombre que ha sembrado Uverito, la plantación de pinos más extensa del mundo, 300 mil hectáreas para la extracción de madera, pulpa y resinas.

Puerta de entrada al mítico sur, Monagas posee cerca de 60 kilómetros de costa sobre el río Orinoco, justo antes de abrirse al magnificente delta.

En Los Barrancos de Fajardo se da la mano con el río, una chalana cruza el enigma como lo han hecho innumerables generaciones.



Salto de agua en la vía a Caripito



Catedral de Nuestra Señora del Carmen, Maturín

Costa entre Manzanillo y Puerto Cruz, isla de Margarita



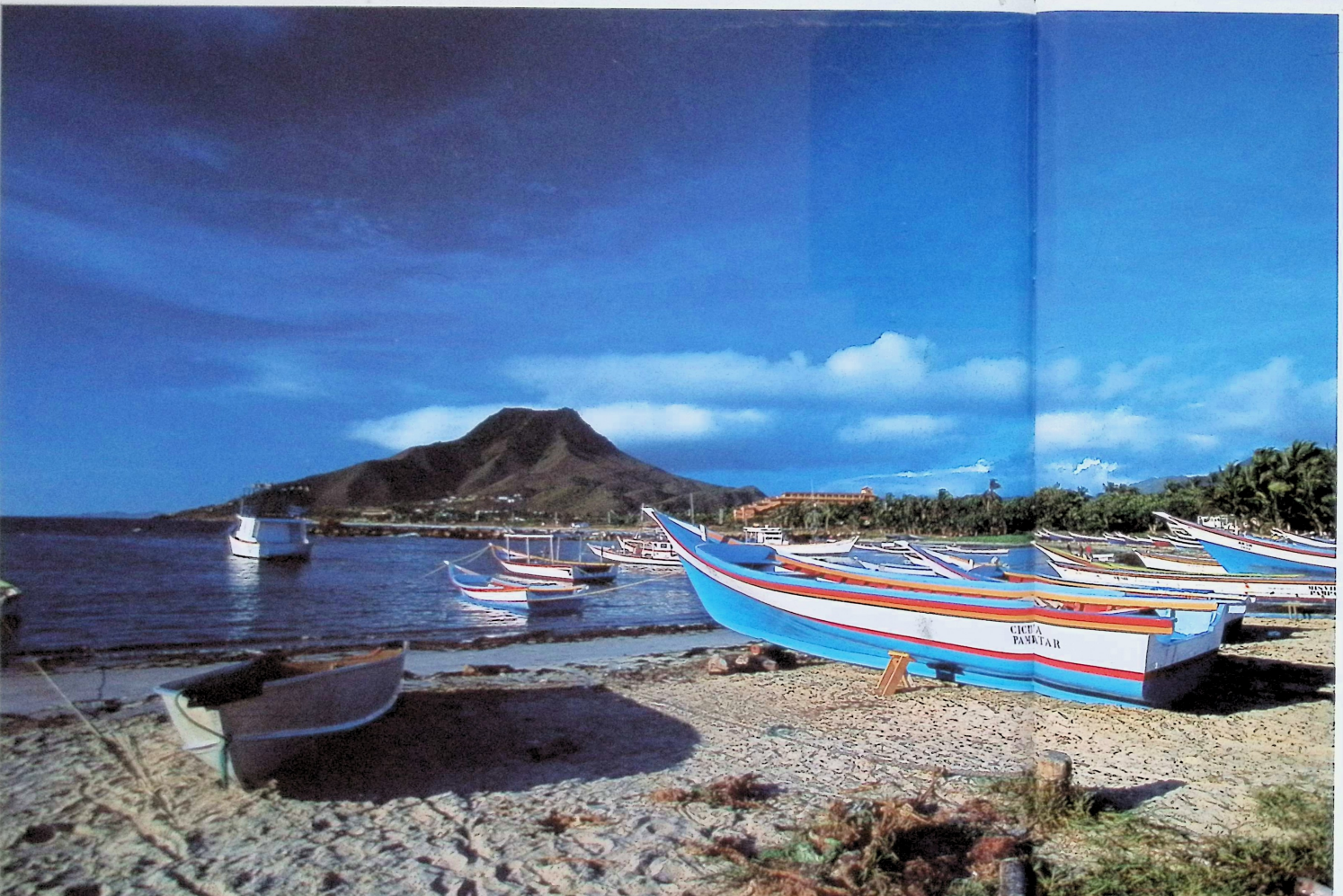
Las islas. Territorio del Caribe

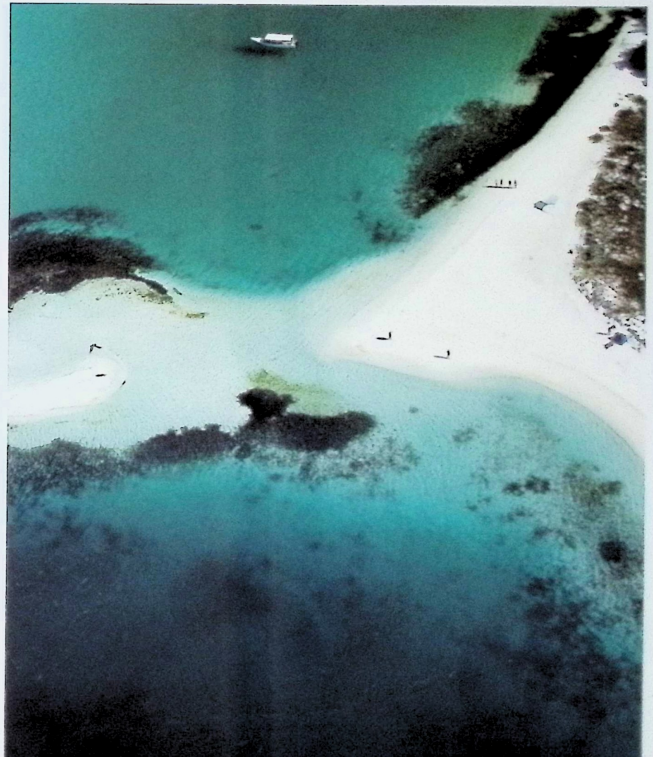
Venezuela posee una constelación de 72 islas e islotes, unas continentales cercanas a tierra firme y otras de mar adentro, todas de belleza sin igual; ciertas albergan activos centros poblados, la mayoría son apenas desolados afloramientos de arena o roca. La geografía ha convertido a algunas en guardianas solitarias en medio del vasto azul caribeño, mientras que otras se agrupan en archipiélagos de arenas blancas o rocas erosionadas por las olas y el viento, y cristalinas aguas rebosantes de biodiversidad.

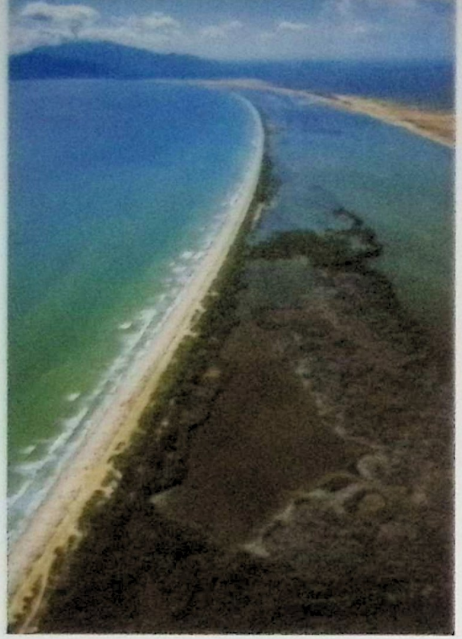
Los ambientes son muy variados y pueden ir desde las selvas siempreverdes del cerro Copey en la isla de Margarita a los afloramientos coralinos de arenas blancas y manglares del archipiélago de Los Roques.

Embarcaciones para pesca artesanal, playa El Tirano, isla de Margarita

Francisquí del Medio, parque nacional Archipiélago de Los Roques





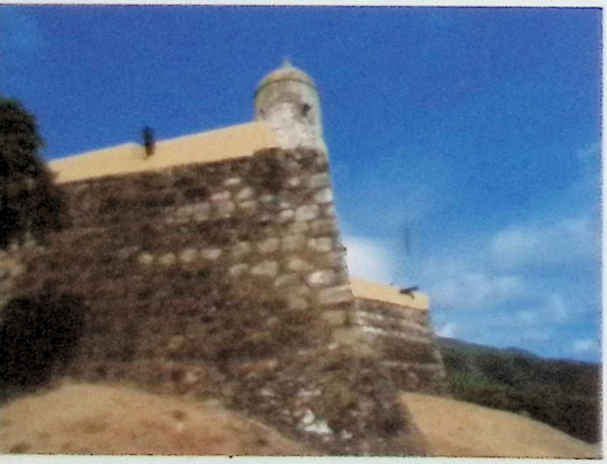


Margarita, la perla del Caribe mar

Se ha dicho que una vez que se pisa suelo de Nueva Esparta difícilmente puede olvidarse su influjo, lugar donde el placer y la serenidad se dan la mano. Uno de los estados de la llamada Ruta del Sol, esta entidad incluye tres islas: la más grande de ellas, Margarita (933 kilómetros cuadrados), es uno de los destinos predilectos de los viajeros en Venezuela, y uno de los atractivos del país más conocidos y apreciados en el exterior; luego están Coche (50 kilómetros cuadrados) y Cubagua (25 kilómetros cuadrados).

Coche es la imagen más depurada de un pueblo pesquero, habitado por familias dedicadas a la pesca desde tiempos inmemoriales. Frente al mar se alinean hermosas posadas vacacionales que han respetado el apacible ambiente de la isla.

Cubagua, hoy deshabitada, es una árida extensión de tierra donde quedan las ruinas de lo que fue Nueva Cádiz, la primera ciudad insular de Venezuela en el siglo XVI, hoy estudiadas por los arqueólogos. La abundancia y belleza de sus perlas hicieron de esta isla un emporio apetecido, que creció velozmente y llegó a tener incluso una iglesia y un convento franciscano. Aún es visible desde el aire una buena parte de la cuadrícula original de una ciudad construida en piedra por los españoles en condiciones más bien precarias. Pero Nueva Cádiz no había nacido con buena estrella: al agotarse la riqueza de los ostrales, a partir de 1537 la ciudad fue perdiendo sus pobladores rápidamente, que probaron suerte en tierra firme. En 1541 fue asolada por un huracán; dos años después, piratas franceses quemaron y arrasaron con lo poco que quedaba de Nueva Cádiz. El espejismo había durado menos de dos décadas.



La isla de Margarita fue el territorio de los amerindios guaiqueríes, subgrupo caribe, en la época precolombina. En los siglos XVI y XVII fue muy codiciada por piratas y filibusteros, debido a la abundancia de sus perlas, que junto a las de Cubagua adornaron a las infantas españolas y a la nobleza europea. Margarita, que entró bastante temprano a la historia de Venezuela, fue escenario de importantes sucesos. Es tierra de héroes de la Independencia, plácidas ciudades coloniales y playas de diferentes bellezas.

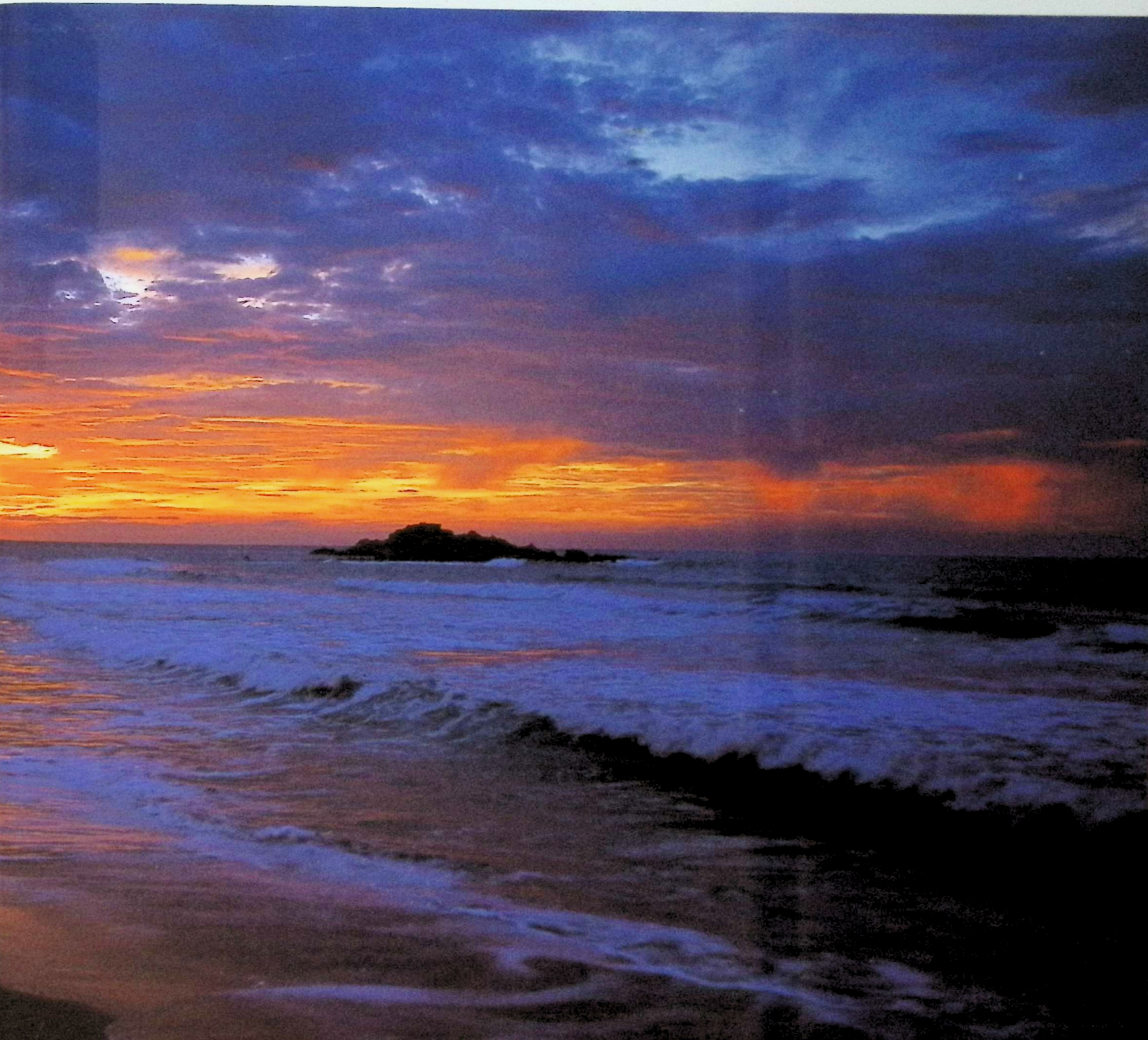
La llamada "perla de oriente" muestra dos caras. Una de iglesias reverenciadas, de pesca-

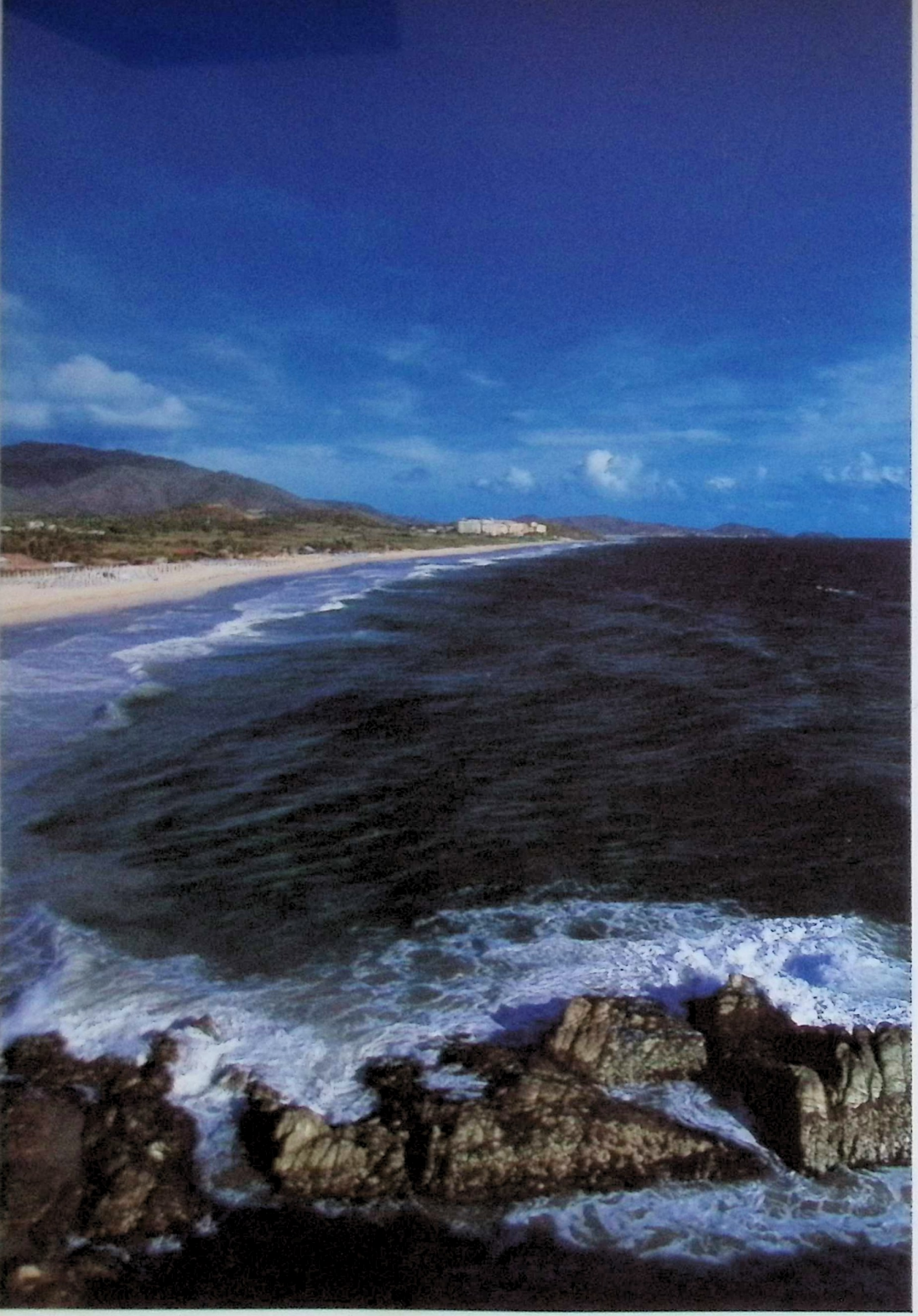


Parque nacional La Restinga

Castillo de Santa Rosa, La Asunción

Atardecer en playa Caribe





Playa Parguito



Castillo San Carlos Borromeo, Pampatar

dores que aún remiendan sus redes a la orilla del mar y alfareros que fabrican sus piezas con métodos ancestrales. Y otra de puerto libre con tiendas, casinos, hoteles de lujo, bares y discotecas de moda. Dos visiones de la vida en Margarita que conviven aún sin mezclarse.

La isla es en verdad un ramillete de opciones. Tiene historia, bellos paisajes, placeres gastronómicos, deportes, compras y entretenimiento. Ascender al parque nacional Cerro Copey (parque nacional Jóvito Villalba) y solazarse con la fresca brisa y los ramalazos de neblina en el tope de esta húmeda montaña, desde donde se puede ver un panorama espléndido de la conurbación de Porlamar, Pampatar y las villas vecinas, es cada vez más una opción real para los visitantes. También puede plantearse una ronda de tiendas y comprar artículos de firma, así como ganar (o perder) sumas de dinero en los casinos. El visitante siempre puede mezclarse con la fiesta eterna y babélica en las orillas paradisíacas de playa El Agua, al nordeste de la isla, para dorarse al sol y probar deliciosos platillos de frutos del mar recién sacados del agua. Pero salir del circuito acostumbrado de tiendas, hermosas playas y restaurantes tiene sus recompensas para el turista: la cautivadora iglesita neogótica del Valle del Espíritu Santo, en el centro de la isla –con bellos vitra-



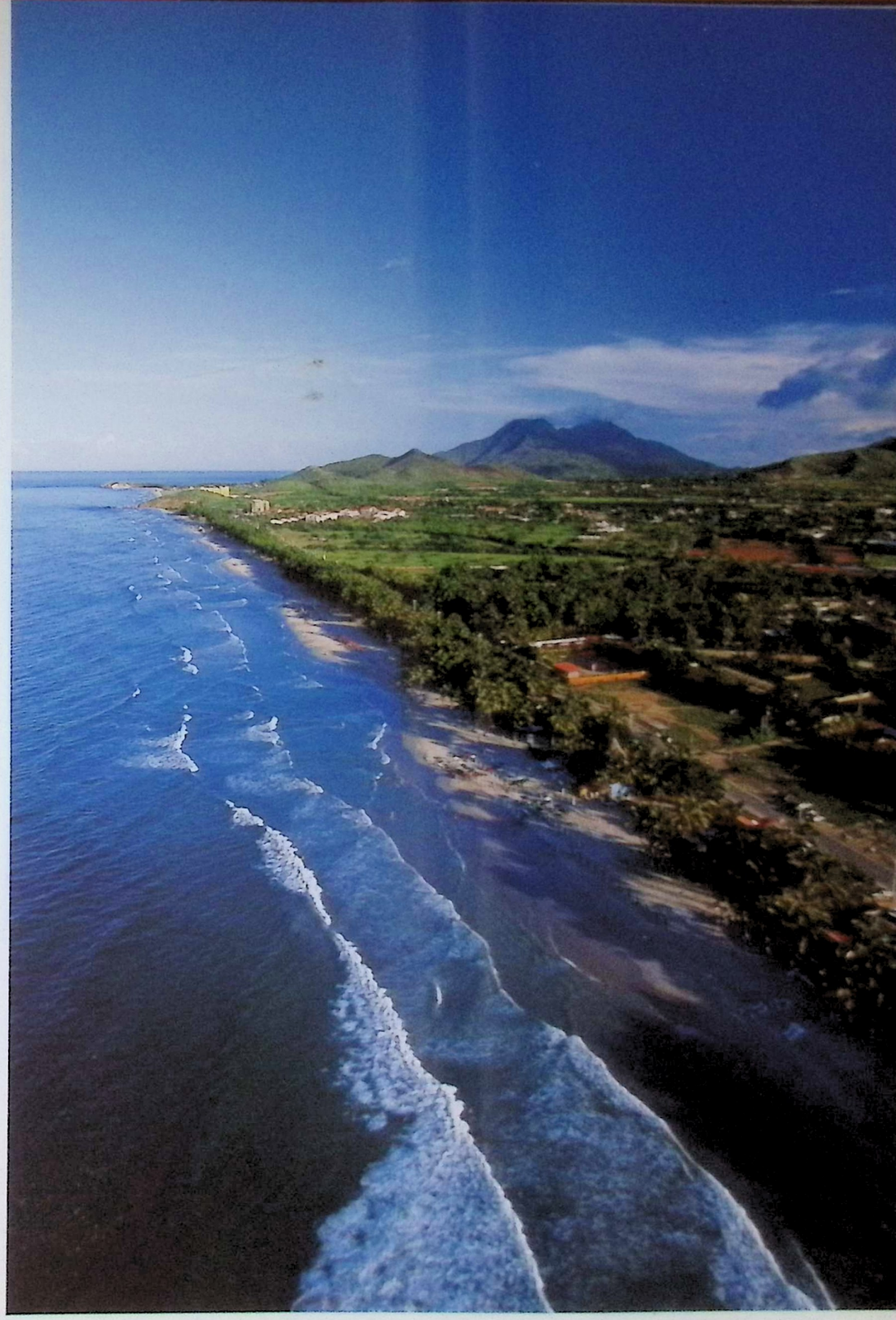
Basílica Menor de Nuestra Señora del Valle, Valle del Espíritu Santo

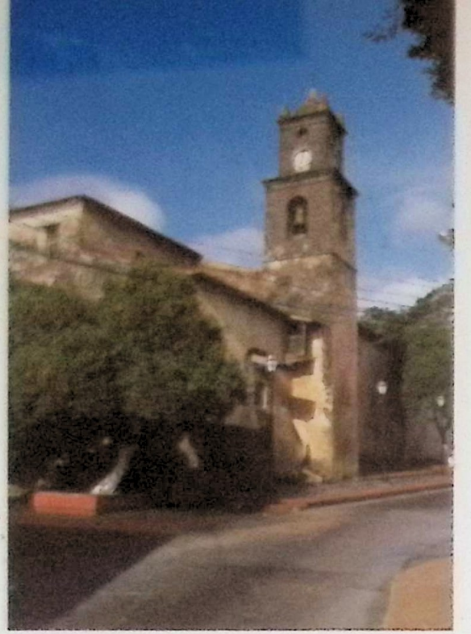
les que narran la historia de la isla–, es el epicentro del culto a la Virgen del Valle, que cada septiembre atrae multitud de fieles. En Porlamar, el Museo de Arte Francisco Narváez acoge una exposición permanente de obras de uno de los escultores más emblemáticos de la modernidad venezolana. Fotografiarse en lo alto del curioso campanario-espadaña de la iglesia de Santa Ana retrotrae a la historia de la vetusta iglesia. Ascender al castillo-fortaleza de Santa Rosa en La Asunción (la capital) e inspeccionar la lóbrega celda donde estuvo recluida Luisa Cáceres de Arismendi, heroína de la Independencia, es asomarse un poco a una de las anécdotas más conmovedoras del conflicto independentista. La catedral de La Asunción, la segunda más antigua de Venezuela después de la de Coro (siglo XVI), es un remanso de quietud dentro de sus muros llenos de historia. El castillo San Carlos de Borromeo en Pampatar es otro de los prodigios de ingeniería defensiva que los españoles dejaron en la costa venezolana, como respuesta a los repetidos ataques de los siglos XVI y XVII de hombres tan ilustres como indeseables: John Hawkins, Jacques Sores, Lope de Aguirre, Jean de Ambur. Hoy los turistas se pasean entre sus fosos, parapetos, almenas y garitas, que protegieron la ciudad de las incursiones de piratas durante la Colonia. Y pueblos como Juangriego, Santa Ana, San Juan y el mismo Pampatar ofrecen modernos complejos turísticos, conviviendo con calles, casonas y edificaciones de otros tiempos, enmarcados en paisajes inolvidables.

Practicar el *windsurf* en la playa de El Yaque e intentar llegar a la isla de Coche, es posible gracias a la brisa constante que hace de esta zona una de las mejores en todo el mundo para este deporte.

Margarita está conectada a la árida península de Macanao por una delgada y frágil lengua de arena que guarda un laberinto de caños y pasajes acuáticos entre manglares, uno de los ecosistemas más complejos y delicados que se pueden hallar en el país: el parque nacional Laguna de La Restinga. En sus lagunas y manglares, la convivencia de criaturas vivientes es de tal riqueza que desafía la imaginación, por no hablar de sus bellezas escénicas: los canales discurren plácida-

Playa El Agua

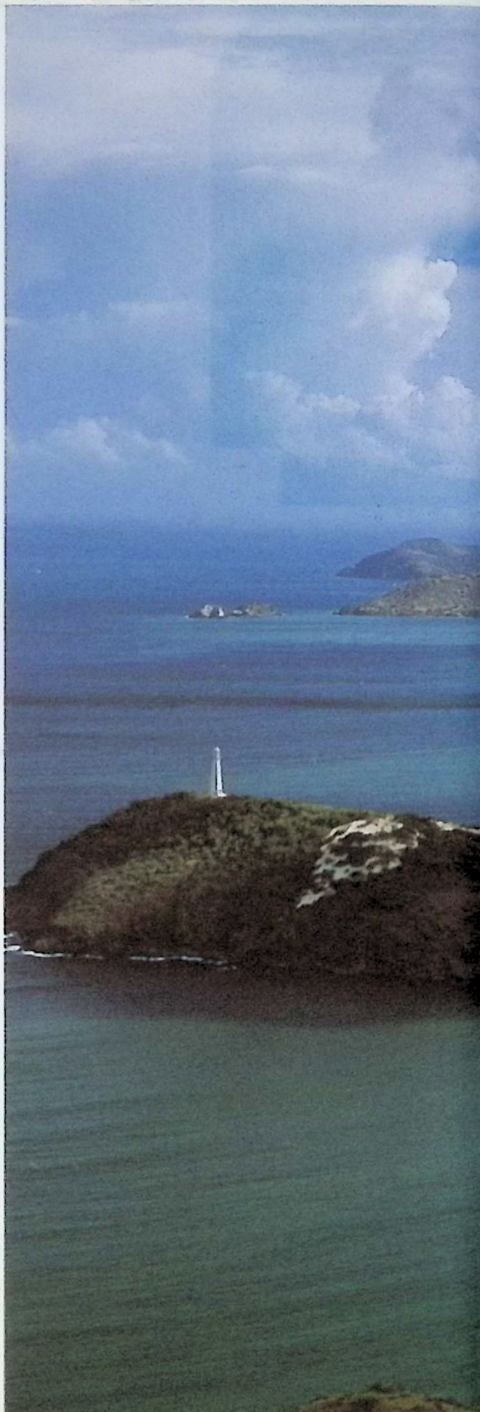




mente entre islas de cuatro especies de mangle que semejan elaborados arreglos de jardinería paisajística. Allí pueden verse una multitud de estos curiosos ejemplares arbóreos que "caminan" sobre el mar, cuyas hojas lloran sal, y sostienen a sus hijuelos mientras crecen antes de sembrarlos en las aguas someras. En las cercanías, Boca de Río tiene un interesante Museo del Mar, con esqueletos de ejemplares marinos, conchas y corales, mientras la Universidad de Oriente posee viveros para la cría de gambas, tortugas y diversos tipos de peces.

Al otro lado, Macanao hace gala de un paisaje bravío, desolado y semidesértico, con escasa infraestructura turística y extensas playas vírgenes que ofrecen privacidad a los amantes de la naturaleza.





Catedral de Nuestra Señora de la Asunción .

Ensenada La Guardia

Puerto Cruz y valle de Pedro Gonzalez



Cayo Rasquí



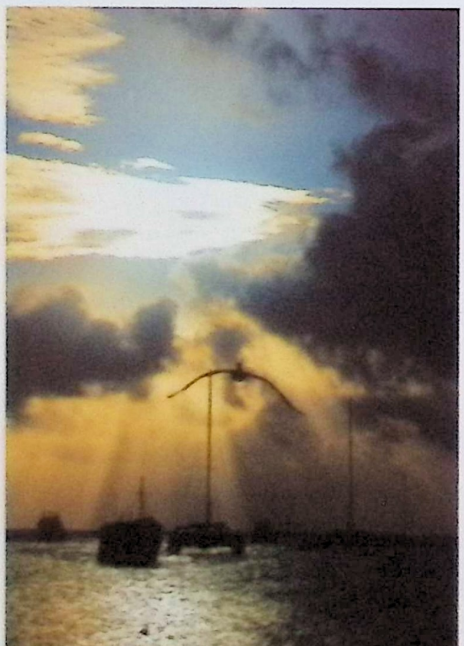


Posada en el Gran Roque

Archipiélago de Los Roques, universo marino

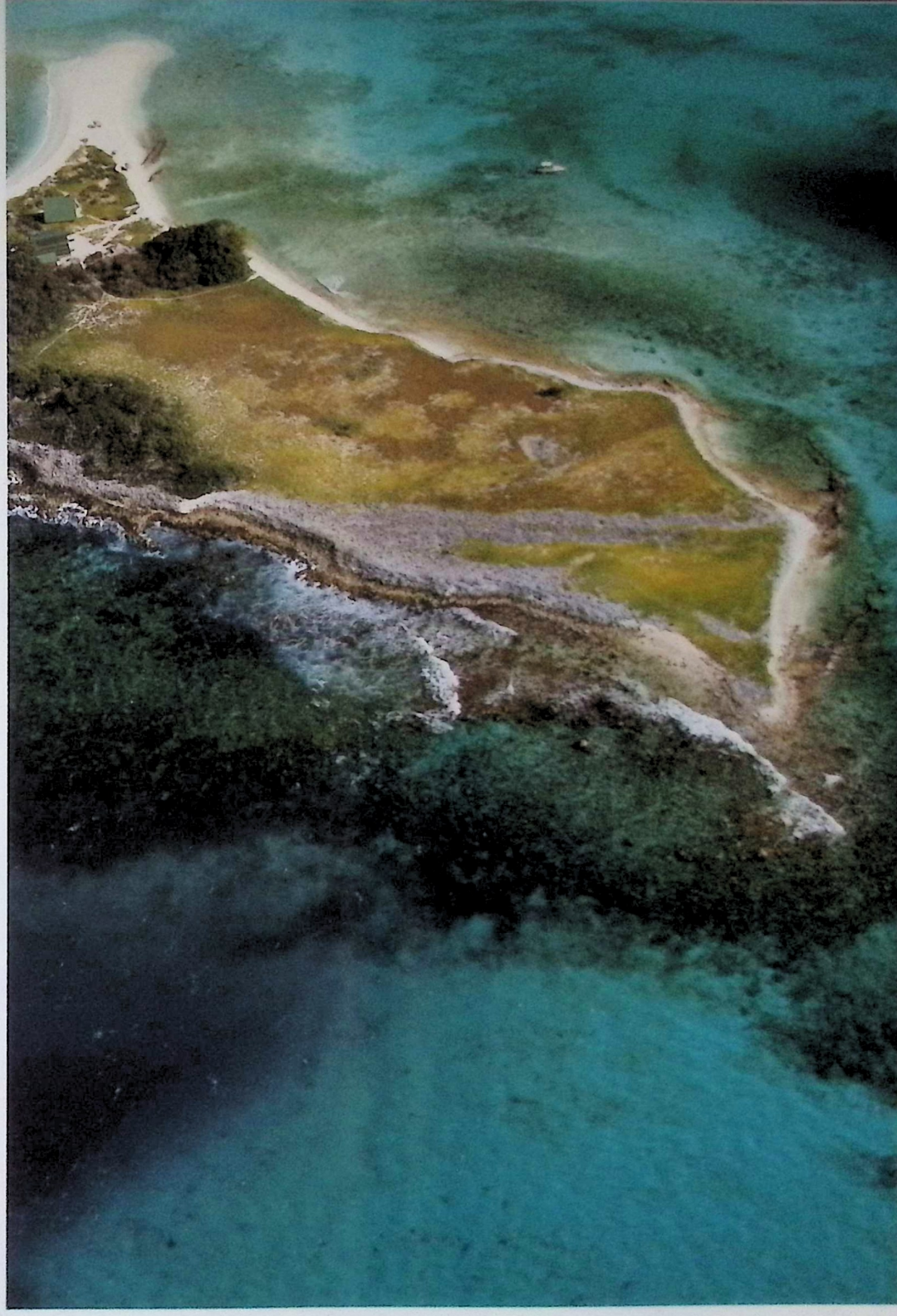
La mente del visitante que cree haberlo visto todo en materia de colores, casi nunca está preparada para aceptar como real la paleta de colores inverosímiles que se despliegan al sobrevolar el rosario de cayos coralinos de Los Roques. Mar adentro, el sinnúmero de manchones de arena y manglares parece flotar serenamente sobre aguas con destellos opalescentes. Alrededor de las islas soleadas, parece que los azules se deslíen en tonos de cobalto, turquesa y celeste. Es el reino de las formaciones de corales multiformes, arenas cegadoras, brisa sin pausa, peces de formas y colores estridentes y de la sempiterna luz solar que hace juegos refractarios en el agua para deleite de los buzos.

El archipiélago de Los Roques, en el norte franco del puerto La Guaira, abarca 225.241 hectáreas, incluyendo unas 46 islas y formaciones rocosas, coralinas y cayos de arena. Declarado parque nacional en 1972, resguarda una miríada de formaciones de coral que crecieron desde el fondo marino hasta emerger como islas arenosas y coronarse de vegetación terrestre. Y lo maravilloso es que este proceso continúa: siguen formándose islotes por la acción de los organismos coralinos que construyen sus ciudades submarinas con la aquiescencia de las tibias aguas de este sector del Caribe. La creatividad local ha bautizado estas formaciones con divertidos nombres: Pi-



Atardecer en el Gran Roque

Cayo Rasquí





Faro antiguo
del Gran Roque



Navegando en las aguas del archipiélago de Los Roques

rata, Cayo Vapor, Bequevé, Cayo de Agua, Nube Verde, Isla de Muerto, Buchiyaco, Boca de Sebastopol, Francisquí, Nordisquí, Madrizquí, Rasquí, Botoquí, Gresquí, Selesquí, Lanquí, Yonquí, Brujusquí, Crasquí, nombres cuya extraña terminación reiterada es una adaptación del inglés *key*, que significa "cayo" (a su vez una voz indígena).

El Gran Roque, una de las principales islas del archipiélago y única con elevaciones rocosas, alberga un pueblo donde se funden la forma tradicional de vivir del pescador con las posadas que ofrecen estadía a visitantes de todas partes del mundo.

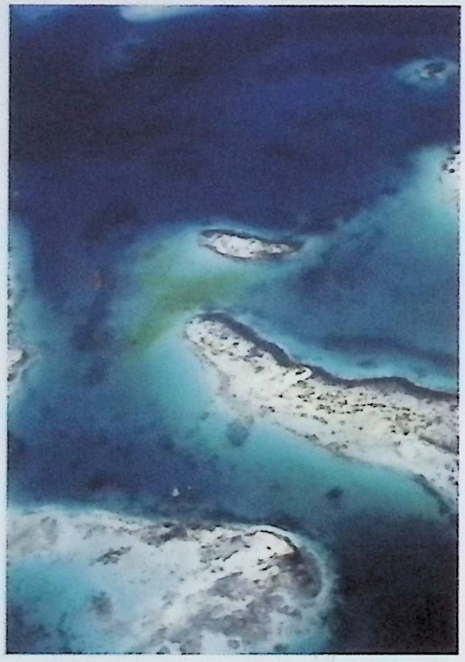
La zona turística de las islas es un área restringida, pues la mayor parte del parque ha sido declarada zona de protección especial. En los cayos gemelos de Dos Mosquises funciona una estación biológica marina, uno de cuyos programas de investigación se dedica a la cría y repoblación de las tortugas marinas. Sin embargo, en diversos puntos existen áreas designadas para practicar el buceo y otros deportes náuticos, así como para acampar.

La Blanquilla, La Tortuga, La Orchila, Las Aves, Los Frailes y otras islas, todas son maravillas de luz, ensenadas de aguas turquesas, arenas blancas y praderas grises o arcillosas, bañadas por el sol. Allí están para brindarnos sus fluorescencias, sortilegios y tesoros.









Cayo Francisquí del Medio

Vista aérea de los cayos Francisquí

Manglares en el Gran Roque

Fondos arenosos y coralinos en la Barrera Este



Atardecer en el
Gran Roque

Médanos en la isla de Zapara, estado Zulia



Río Escalante

Teatro Baralt, Maracaibo





Zulia, entre la tradición y la modernidad

Cuando voy a Maracaibo/ y empiezo a pasar el puente,/ siento una emoción tan grande/ que se me nubla la mente.... La conocida gaita zuliana expresa muy bien el sentimiento de los maracaiberos cuando regresan al terruño. Lo que los visitantes experimentan al franquear el larguísimo puente y divisar la extendida metrópoli lacustre de altos edificios es el goce de la anticipación. El mismo puente, levantado en la década de los sesenta, cuya estructura de concreto pretensado es la más larga en su tipo en el mundo, es considerado una hazaña de ingeniería.

El estado Zulia es posiblemente el que más ha contribuido al bienestar económico de Venezuela. Es el estado petrolero por antonomasia, a pesar de que la Faja Petrolífera del Orinoco tiene inmensas reservas de crudo. El territorio de esta entidad federal rodea casi por completo al lago de Maracaibo, el más grande de Sudamérica y posiblemente el más rico del mundo, pues sus yacimientos de petróleo han estado explotándose por más de 70 años y siguen produciendo. De alguna manera, todo en esta entidad gira alrededor de este lago portentoso.



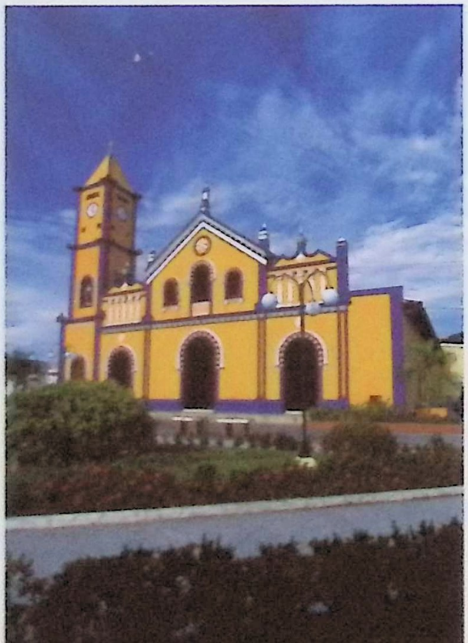


Puerto de Maracaibo

Maracaibo, asentada en la orilla occidental, parece explayarse interminablemente con su millón y medio de habitantes por una llanura escasamente ondulada. La temperatura media de esta ciudad ronda los 35 grados centígrados, así que por algo la llaman "la tierra del sol amada", pero los maracaiberos ni se inmutan, acostumbrados como están a climatizar sus espacios interiores. Amantes de la paradoja, para ellos Maracaibo es en realidad "la ciudad más fría de Venezuela", lo que da una idea de cuán en serio se toman la ofensiva contra las altas temperaturas.

Al igual que Caracas, e impulsada por la explotación del petróleo, Maracaibo creció aceleradamente y encontró espacio para hacerlo. Numerosas y amplias avenidas hacen de ella la ciudad de grandes perspectivas, aunque muy desperdigada para poder ser abarcada con la imaginación.

Fundada tres veces, Maracaibo fue una de las presas favoritas de los piratas y bucaneros que merodearon incesantemente las aguas del Caribe en los siglos XVI y XVII. Sin embargo, vivió para ser testigo de la última batalla librada en suelo venezolano contra el poder español, que tuvo lugar en el lago en 1823. Hoy la ciudad es, además de un puerto muy activo, una urbe donde se mezclan la tradición española con la negra y fundamentalmente la india, pues aparte de los wayúu (provenientes de la península de la Guajira), en el Zulia viven los paraujanos, los yukpas y los barí.



Concatedral de
San Carlos de Borromeo,
San Carlos del Zulia



Basílica Nuestra Señora de la Chiquinquirá, Maracaibo



Poco ha quedado del Maracaibo colonial. El barrio Santa Lucía, más conocido como El Empedrao, es testimonio de un ordenamiento urbano que sigue siendo un modelo a seguir. No obstante, el original trazado en cuadrícula ha dado paso a la construcción de amplios paseos arbolados, como el de las Ciencias. De los monumentos tradicionales se pueden contar el Palacio de las Águilas (sede del gobierno regional), la casa Morales o de la Capitulación, el Teatro Baralt, la iglesia de Santa Bárbara, el convento y la basílica Nuestra Señora de la Chiquinquirá.

La basílica constituye hoy el epicentro del fervor religioso de los zulianos. La talla de la Virgen, afectuosamente apodada "La Chinita", está soberbiamente adornada de una corona de piedras preciosas, medallas, brazaletes y pendientes de oro puro. Pero la capital zuliana tiene otros monumentos: el templo de Santa Ana (data de 1602), la catedral (los archivos disponibles hacen retroceder el tiempo hasta 1610), el Centro de Bellas Artes y, cerca del paseo del Lago, el Centro de Arte de Maracaibo Lía Bermúdez, que funciona en una bella estructura prefabricada de hierro traída de Inglaterra, antaño el mercado central. Maracaibo está justamente orgulloso también de su Museo de Arte Contemporáneo del Zulia, inmensa estructura moderna que acoge colecciones permanentes y exhibiciones temporales de artistas zulianos y del país.

Extrovertidos y algo excéntricos, los maracaiberos aman destacarse, y se muestran fieramente orgullosos de su ciudad y sus costumbres. Fueron los primeros en contar con luz eléctrica (antes incluso que Caracas). El primer banco venezolano nació en Maracaibo, y fue aquí donde se filmó la primera película venezolana. También es cuna de la gaita zuliana (no tiene nada que ver con el instrumento musical europeo), emblema de la música navideña contemporánea del país.



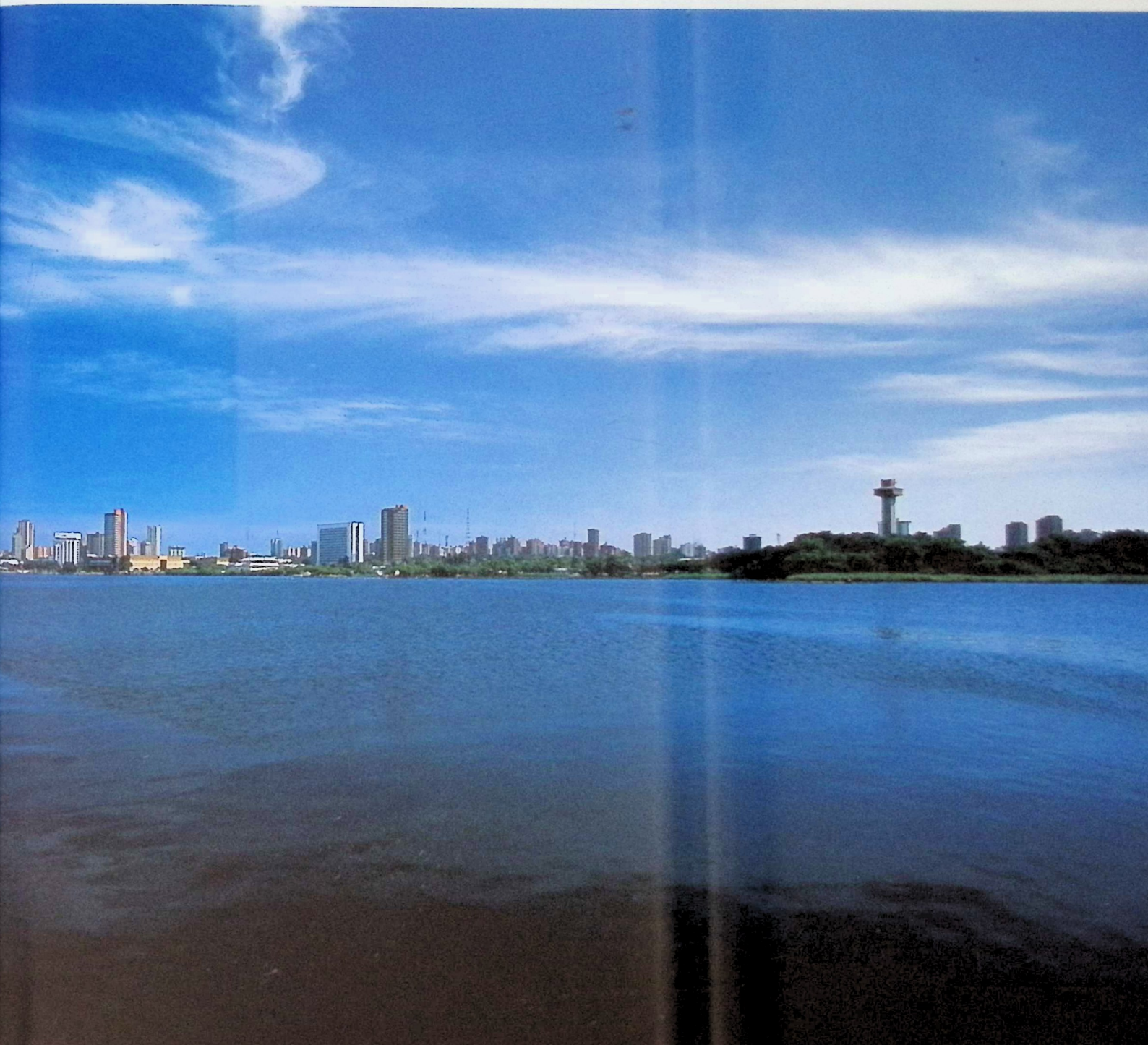
Maracaibo ama sorprender: prepárese para encontrar cosas insólitas, como una pista de patinaje sobre hielo dentro de un centro comercial, bajo el tórrido sol tropical, una casa particular construida en forma de barco, taxis de carrocería cubierta totalmente de monedas, quintas particulares envueltas de luces multicolores en Navidad, tapetes de estambre de vivos colores. La visita al mercado de las Pulgas es algo único por su pintoresquismo y el parloteo de los guajiros.

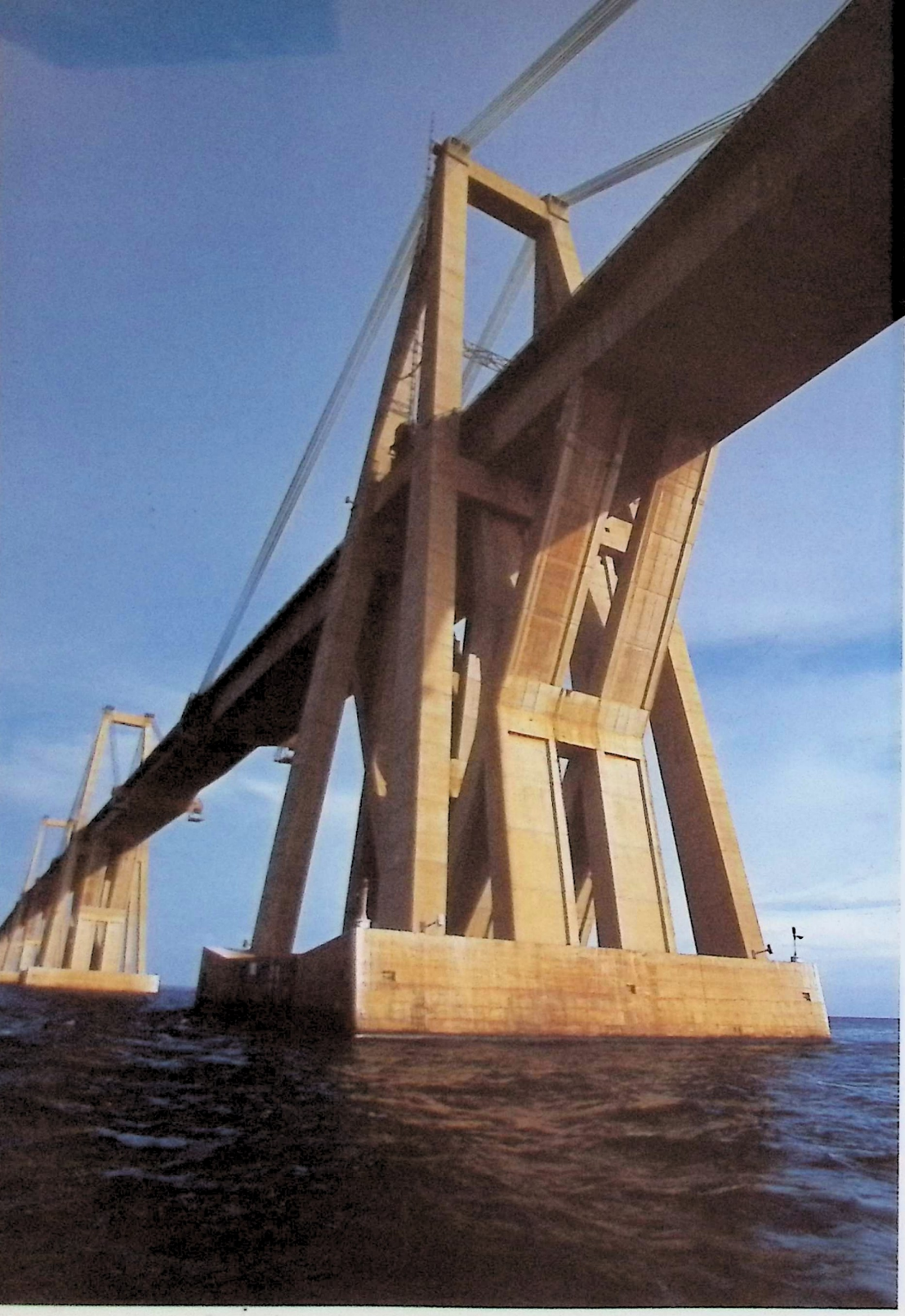


Paseo Colón,
San Carlos del Zulia

Laguna de Sinamaica

Lago y ciudad de
Maracaibo





Puente General
Rafael Urdaneta
sobre el lago
de Maracaibo



Puerto Concha, sur del lago de Maracaibo

Puente General Rafael Urdaneta sobre el lago de Maracaibo

Al norte de Maracaibo se encuentra la laguna de Sinamaica, junto al río Limón, donde un pueblo de casas montadas sobre pilotes (palafitos) vive y se desplaza sobre el agua.

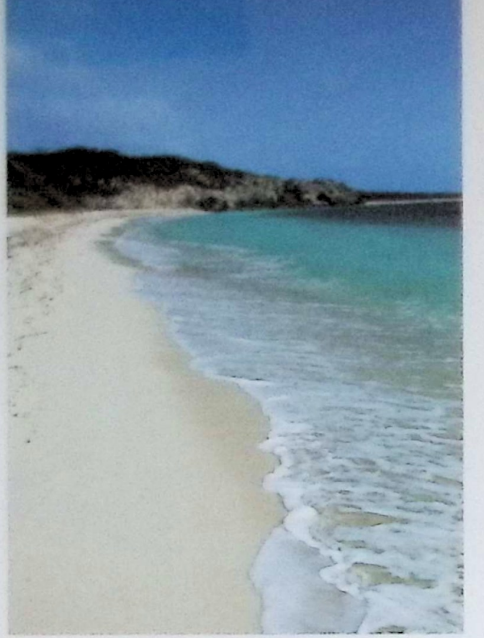
En lo que a economía respecta, Zulia es multifacético. Es estado petrolero, y tiene el más grande complejo petroquímico de Venezuela (El Tablazo, al norte de la orilla oriental del lago). En la ribera oriental del lago se alinean ciudades surgidas de campos de extracción que no han dejado de producir petróleo: Cabimas, Lagunillas, Ciudad Ojeda, Mene Grande, Bachaquero, Tía Juana. Es estado carbonífero, por los inmensos yacimientos de carbón del Guasare, al norte del estado. Es uno de los huertos más fértiles, pues la orilla sudoeste del lago desborda una cornucopia de productos agrícolas por el altísimo rendimiento de las tierras lacustres. Es estado ganadero, al sur del lago, por ejemplo, poblaciones como Santa Bárbara del Zulia se han convertido en grandes productoras de carne y leche.



El Zulia tiene dos parques nacionales, Sierra de Perijá, en la frontera con Colombia, y Ciénagas de Juan Manuel, en la desembocadura del Catatumbo. El primero protege ecosistemas de bosques siempreverdes y páramos arbustivos, con numerosas especies de flora endémica. En el segundo sobreviven el manatí y el caimán de la costa. Aquí, por cierto, se produce un curioso fenómeno atmosférico, nunca bien explicado, en el cual relámpagos rasgan regularmente el cielo, aun con buen tiempo, y son visibles incluso desde Maracaibo.



Cayo Peraza.
Parque nacional
Morrocoy,
estado Falcón



Falcón, tierra de vientos

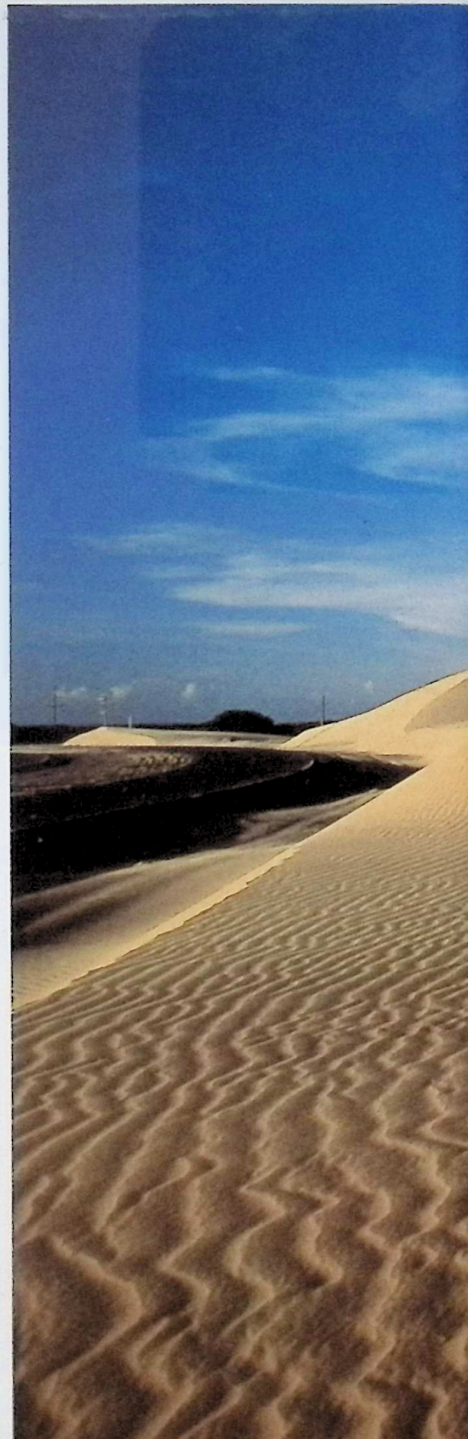
En el estado Falcón se hallan los más famosos paisajes desérticos de Venezuela, cuyas vistas más conocidas y admiradas se concentran en una larga y estrecha franja de tierra que comunica la península de Paraguaná con tierra firme: inmensas dunas de arenas modeladas por el viento, los famosos médanos de Coro, hoy convertidos en parque nacional por la singularidad de su ecosistema. En la misma península de Paraguaná el paisaje es uno de los más distintivos de Venezuela: áridas extensiones de tierra pobladas por vegetación xerófita y árboles llamados cujíes, cuyas copas adquieren extrañas formas "peinadas" por la acción de los vientos alisios. Hasta las casas tienen una arquitectura particular, de forma achaparrada y muros encalados para preservar sus interiores del calor y la resolana. La luz, el viento, las casas y la seca aspereza del cardonal inspiran aquí una sensación de distancia y recogimiento, quizás como en ninguna otra parte de Venezuela.

Las arideces de Paraguaná y de toda la costa norte de Falcón han pasado a ser el paisaje-emblema del estado en los afiches turísticos, pero la geografía falconiana reserva algunas paradojas: en medio de los cardones de la semidesértica Paraguaná aparece una elevada isla de selva húmeda, el monumento natural Cerro de Santa Ana, de 830 metros sobre el nivel del mar. Y a pocos kilómetros de esas llanuras resecas sembradas de arbustos enanos de madera dura y escasas hojas llamados *coscojas*, se levanta la sierra de San Luis, cubierta de espeso bosque nublado, con plantaciones de café y cacao y encantadores pueblos cuasiandinos.



La península de Paraguaná es asiento de dos de las más importantes refinerías petroleras de Venezuela, Amuay y Punta Cardón, las cuales gravitan alrededor de las ciudades de Punto Fijo, Carirubana y Judibana. Pero el mayor encanto de Paraguaná es el enjambre de pequeños pueblos coloniales, de nombres evocadores: Santa Ana, Moruy, Pueblo Nuevo, Buena Vista, Jadacaquiva.

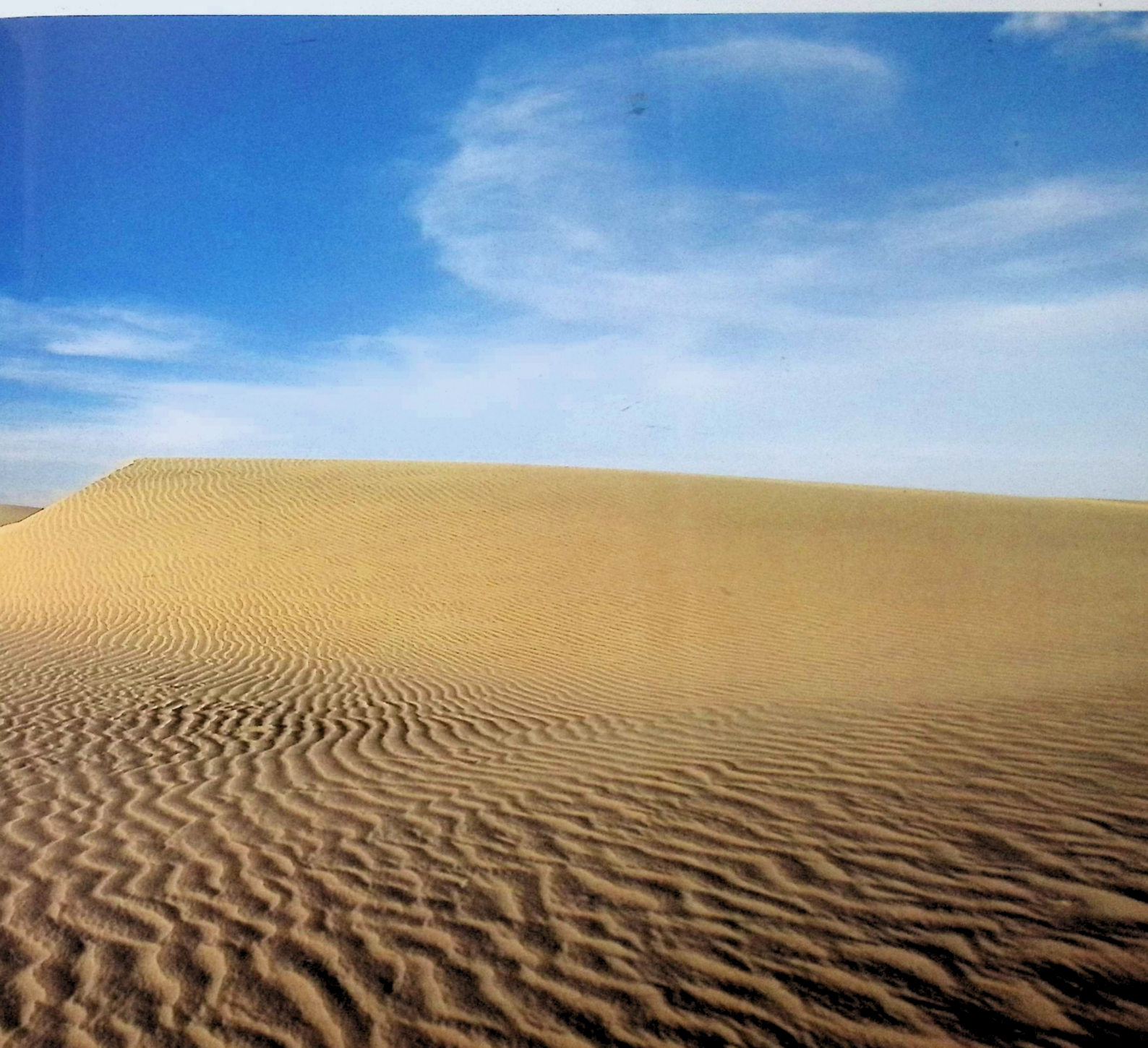
Fundada en 1527, Coro se asienta directamente frente al istmo del parque nacional Médanos de Coro, y carga una gloriosa lista de títulos: fue la primera capital de Venezuela, el primer obispado, la primera catedral, la ciudad-madre y patrimonio cultural de la huma-



Playa Mayorquina, parque nacional Morrocoy

Cayo Sombrero, parque nacional Morrocoy

Parque nacional Médanos de Coro



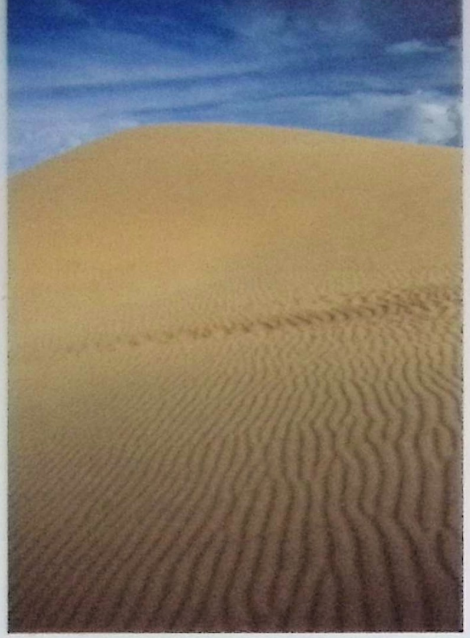


nidad; también fue asiento de la primera comunidad judía organizada que tuvo el país. Es la más bella y mejor conservada vitrina de arquitectura colonial en Venezuela, lo que le ha valido ser incluida por la Unesco en su lista de bienes que integran el Patrimonio Cultural de la Humanidad. De hecho, la zona central ha escapado de la voracidad de los constructores y conserva un perfil bajo, semioculto entre grandes árboles. Una serie de hermosas casas e iglesias dan fe del pasado esplendor de Coro: la célebre casa de las Ventanas de Hierro, con su elaborado portal plateresco y su hastial que remite a influencias holandesas de la cercana Curazao; la catedral, uno de los pocos monumentos religiosos que quedan en Venezuela del siglo XVI; la iglesia y convento de San Francisco (finales del siglo XIX); la iglesia de San Clemente (siglo XVII); la casa de los Arcaya, de hermosos balcones de madera que hacen esquina; las casas del Sol, de Nazharet, de los Soto, del Obispo, con hermosos detalles en sus portadas y ventanas voladas de estilo sevillano; la iglesia de San Nicolás (siglo XVIII); la casa de Santa Rosa. Un importante número de estas sencillas pero nobles construcciones antiguas han sido restauradas y hoy exhiben al sol de Falcón sus muros encalados o de colores pastel.

Refugio de fauna de Cuare

Península de Paraguaná
Iglesia de Jadacaquiva





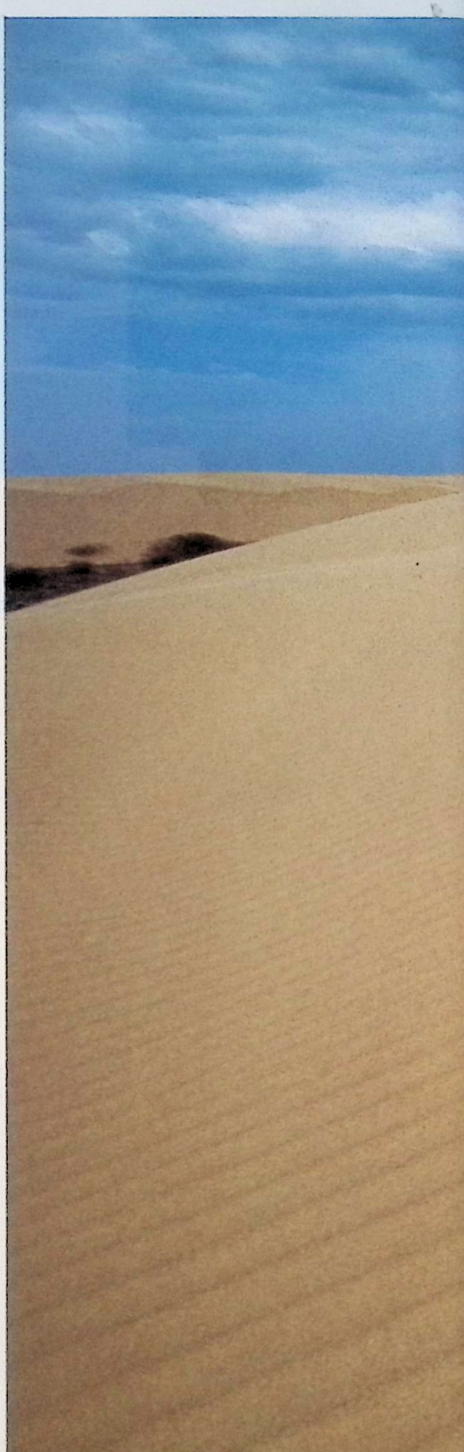
Una serie de instituciones respetables funcionan dentro del restaurado legado arquitectónico de Coro, como el Museo Diocesano, con piezas y obras maestras de la orfebrería para el culto religioso; también el Museo de la Cerámica, el Museo de la Tradición Familiar, la Casa del Tesoro, el Museo de Arte de Coro (extensión del Museo de Arte Contemporáneo de Caracas), el Museo Alberto Henríquez (situado en la casa Senior, donde se ha restaurado el antiguo oratorio judío, cuyo piso de arena evoca una usanza particular de las islas antillanas) y el Ateneo de Coro. También visibles hoy son la cruz de San Clemente, hecha con madera de cují y resguardada bajo una glorieta, que marca el sitio en el que, según la tradición, se efectuó la ceremonia de fundación de la ciudad y la primera misa en suelo venezolano; el cementerio judío, el más antiguo del continente y posiblemente el único en el mundo adornado con estatuas de ángeles; y el Jardín Xerófito Doctor León Croizat, el más importante en su clase en el continente.

La versatilidad paisajística de Falcón le permite incluir otros parques nacionales de excepcional belleza. Hacia oriente está el parque nacional Morrocoy, entre las poblaciones de Tucacas y Chichiriviche, conjunto de islotes y costas cubiertas de manglares que forman un regio tapiz que combina los verdes umbríos con los azules inimaginables del agua. Morrocoy linda con el refugio de fauna de Cuare, donde concurre un 71 por ciento de todas las especies de patos silvestres que se posan en el país durante las migraciones boreales, amén de otras especies de aves en peligro de extinción.

Morrocoy es un extendido rompecabezas de cayos con nombres pintorescos y jocosos: Borracho, Punta Gorda, Sal, Los Muertos, Peraza, Pelón, Sombrero, Pescadores, Boca Seca, Ánimas, Suanche y Punta Brava. Cayo Sombrero, con su doble frente playero protegido por formaciones coralinas, es uno de los favoritos de los temporadistas. Las aguas de este parque, con sus laberínticos bancos de coral, son ideales para practicar el buceo y el *snorkeling*. Este parque natural también atrae a los científicos, quienes pueden estudiar *in situ* los complejos ambientes creados por los manglares.

Tierra adentro, al sureste del estado, está el parque nacional Cueva de la Quebrada del Toro, un ecosistema de bosques deciduos y farallones de piedra caliza. A semejanza de la cueva del Guácharo en Monagas, guarda un sistema de cavernas, gargantas y simas selváticas, aunque sus profundidades son menores. Como aquélla, es refugio para los guácharos e imán para los espeleólogos y escaladores. Las aguas que salen de su interior abastecen a varias poblaciones.

Al sur de Coro, en la sierra de San Luis, se encuentra el parque nacional Juan Crisóstomo Falcón, que también posee un sistema de cavernas y ríos subterráneos en medio de una densa selva nublada que contrasta acentuadamente con las condiciones semidesérticas de la costa falconiana.





Parque nacional
Médanos de Coro







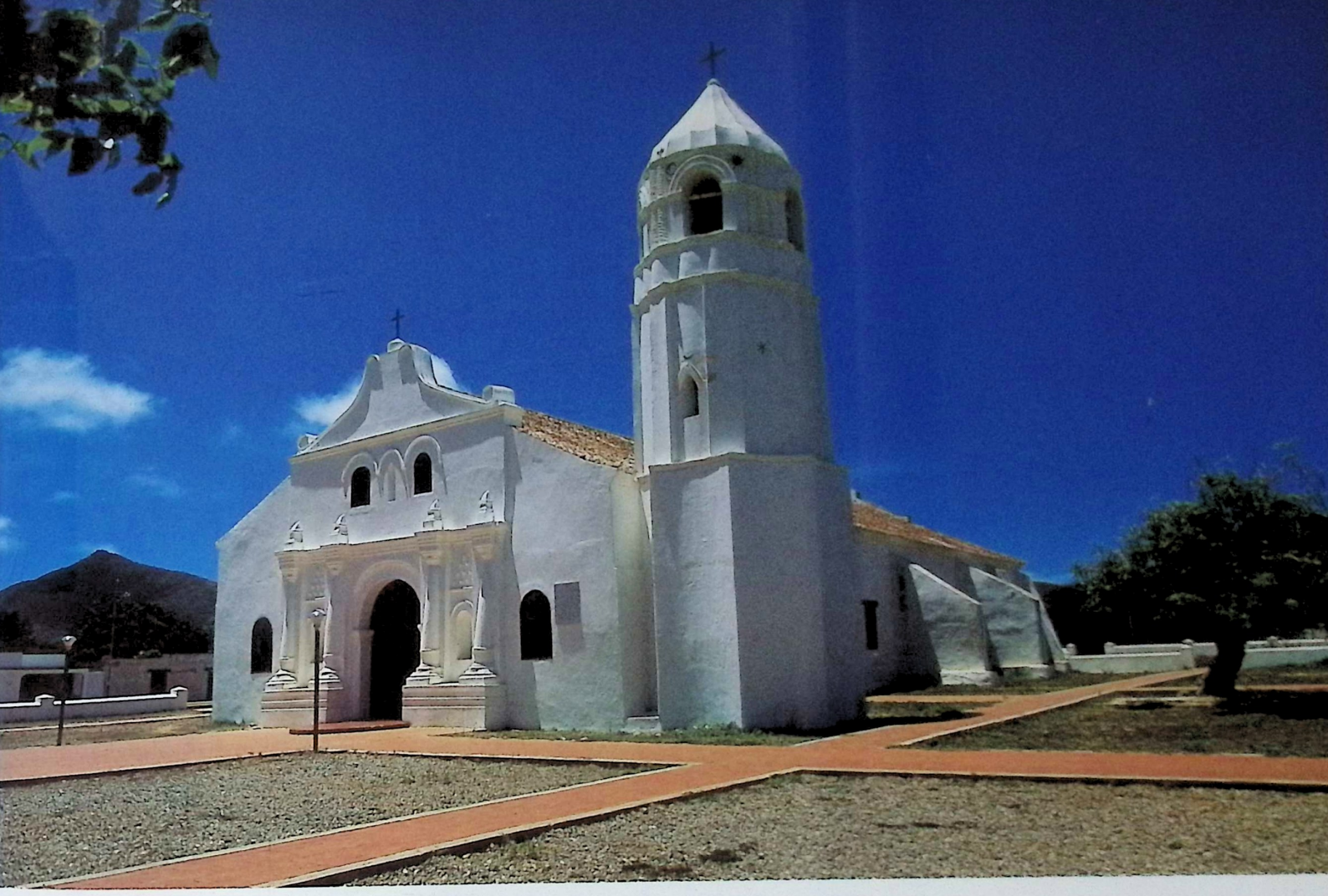


Ventana de la casa del Sol, centro histórico Coro

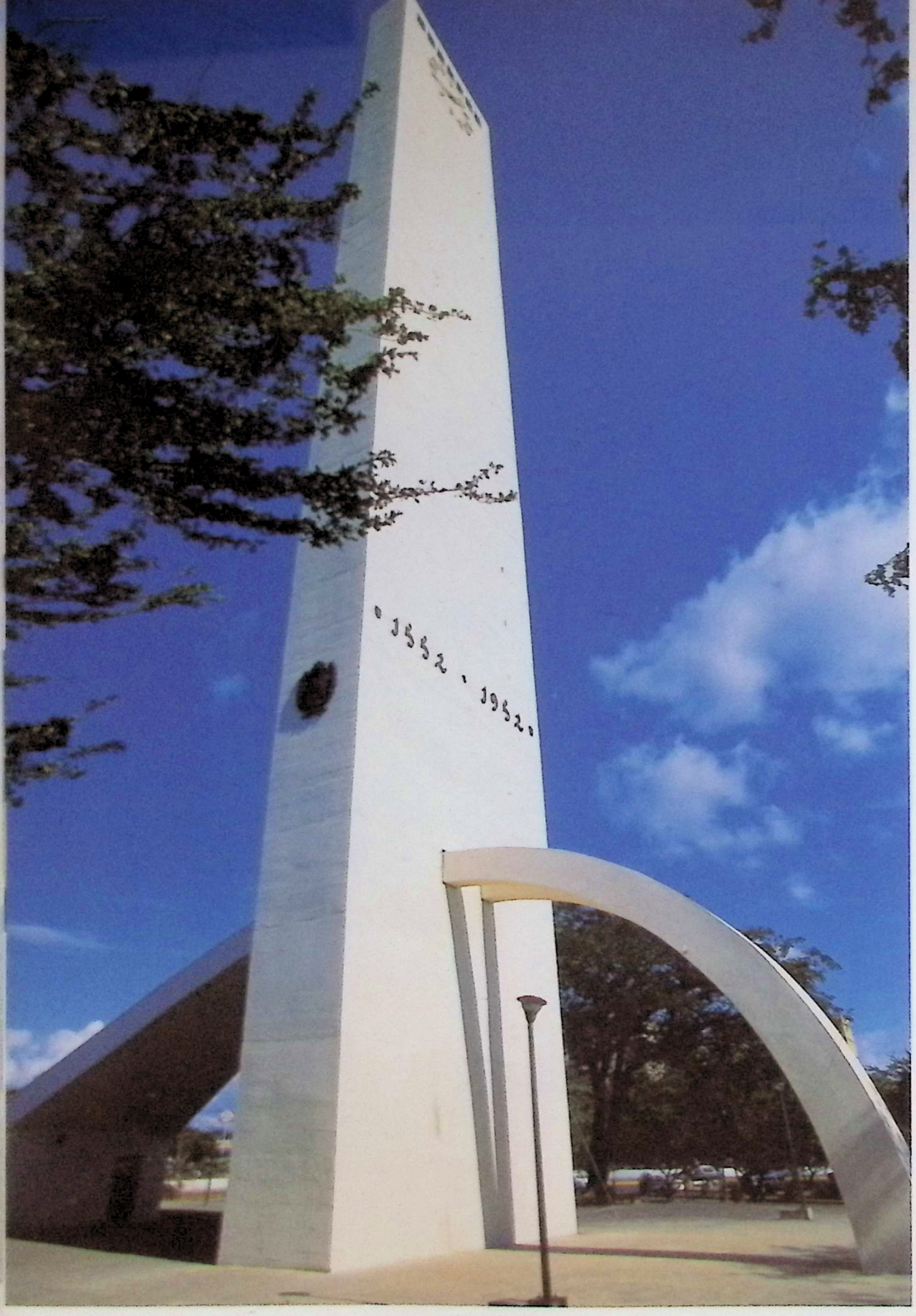
Antigua aduana, La Vela de Coro

Casa de la familia Senior, Coro

Iglesia y convento de San Francisco, Coro



Iglesia de Nuestra
Señora de Santa Ana
de Paraguaná



Obelisco de Barquisimeto, estado Lara

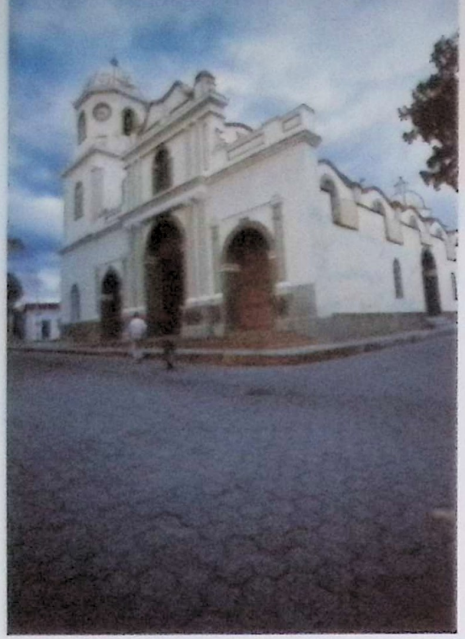


Casco colonial de Carora

Lara, donde el sol cambia de atuendos

Desde tiempos coloniales Lara ha sido la encrucijada natural de Venezuela. Barquisimeto, la capital larense, es llamada con justicia la ciudad de la música, por ser cuna de compositores e instrumentistas, y también de los crepúsculos, por la insólita paleta de sus atardeceres inundados de amarillos, naranjas y púrpuras. Fundada en 1552 con el nombre de Nueva Segovia de Buría y trasladada tres veces antes de reedificarla en su actual emplazamiento al norte del río Turbio, Barquisimeto supo mantener su ordenada retícula urbana en forma de damero, herencia del urbanismo colonial; hoy está considerada una de las ciudades mejor planificadas de Venezuela. El hito principal de esta villa quizás sea el obelisco de 70 metros de altura, situado en una rotonda donde confluyen algunas de sus principales avenidas.

No obstante, otros monumentos de valor histórico también merecen visita, como la modernísima catedral nueva, edificada en la década de los sesenta, una atrevida construcción de forma paraboloide con vitrales azules y un raro altar central hecho con una enorme piedra traída de Guayana. El templo de San Francisco (la antigua catedral) conserva elementos de su pasado decimonónico; fue completada en 1865, para resultar seriamente dañada en el terremoto de 1950. Inexcusable sería no visitar el Museo de Barquisimeto, ubicado en un antiguo convento que ocupó una cuadra completa en el flanco sur de la plaza Bolívar, que contiene la valiosa colección La Salle de arte precolombino. El centro histórico larense exhibe sus colecciones de armas, mobiliario de la Colonia, arte y numismática en una antigua casona colonial de dos plantas. La



plaza Bolívar, como es costumbre en las ciudades venezolanas, es amplia y sombreada. En su lado norte está la iglesia de la Concepción, primera catedral de la ciudad, que se estima debió terminarse de construir en 1605 y fue destruida por el terremoto de 1812. Unos 30 años más tarde fue reconstruida en un estilo diferente, pero sin modificar la planta, que corresponde a las descripciones del sacerdote Mariano Martí (obispo de la Diócesis de Venezuela entre 1770 y 1792).

Al este de la ciudad se halla Santa Rosa, el pueblo donde "habita" la Divina Pastora, patrona del pueblo y de Barquisimeto. Cada 14 de enero, día de la Divina Pastora, la virgen es llevada en procesión desde Santa Rosa hasta la catedral de Barquisimeto y cada iglesia parroquial y luego es devuelta a Santa Rosa. En esa fecha acuden a la ciudad miles de personas para rendirle culto, lo que la hace una de las manifestaciones religiosas multitudinarias más impresionantes de toda América Latina.

Barquisimeto tiene además hermosos parques, como el Bararida, que guarda una colección de especies botánicas y zoológicas; el Ayacucho, intersección de dos avenidas principales (que aquí se denominan "carreras"); y el que acaso sea el parque urbano más antiguo existente en el país: el Bosque de Macuto, creado en 1857, único en su tipo en Venezuela, dedicado específicamente al cultivo y exhibición de diversas especies de palmeras. El estado Lara es en buena parte árido, aunque Barquisimeto parece ser una zona de transición: el extremo oeste de la ciudad es semidesértico, mientras que el este está lleno de verdor. La paradoja es que Lara es uno de los estados más feraces desde el punto de vista agrícola, con cultivos de maíz, papas, sisal, cebolla, tomate, pimentones, caña de azúcar y granos; también es el gran centro vitivinícola de Venezuela, por la extraordinaria calidad de sus vinos, que se obtienen de las uvas cultivadas en los alrededores de El Tocuyo y Carora.



Al suroeste de Barquisimeto, en Santa Ana de Sanare, se celebra la Fiesta de los Inocentes el 27 y 28 de diciembre con Los Locos, Locainas o Zaragozas, una de las fiestas religiosas más coloridas y participativas del país, que incluso ha creado un ritmo llamado zaragoza.

El valle de Quíbor es uno de los emporios agropecuarios de Venezuela, un mosaico de

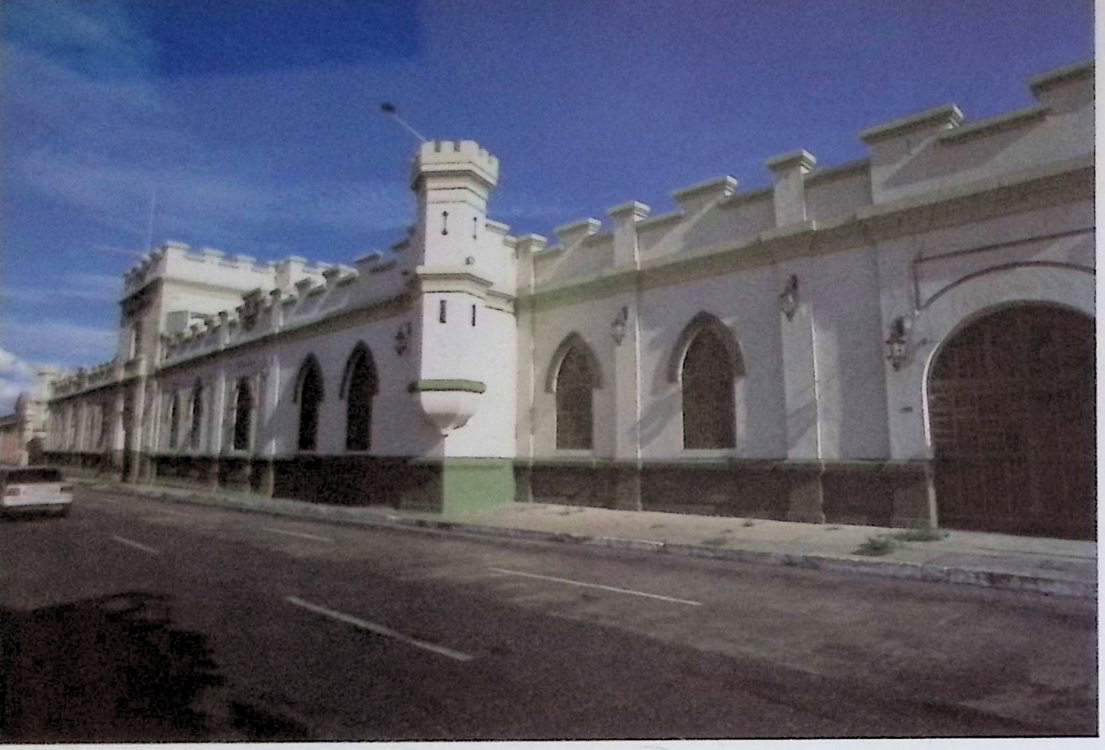


Iglesia de Santa Rosa

Parque Ayacucho, Barquisimeto

Selva nublada del parque nacional Yacambú





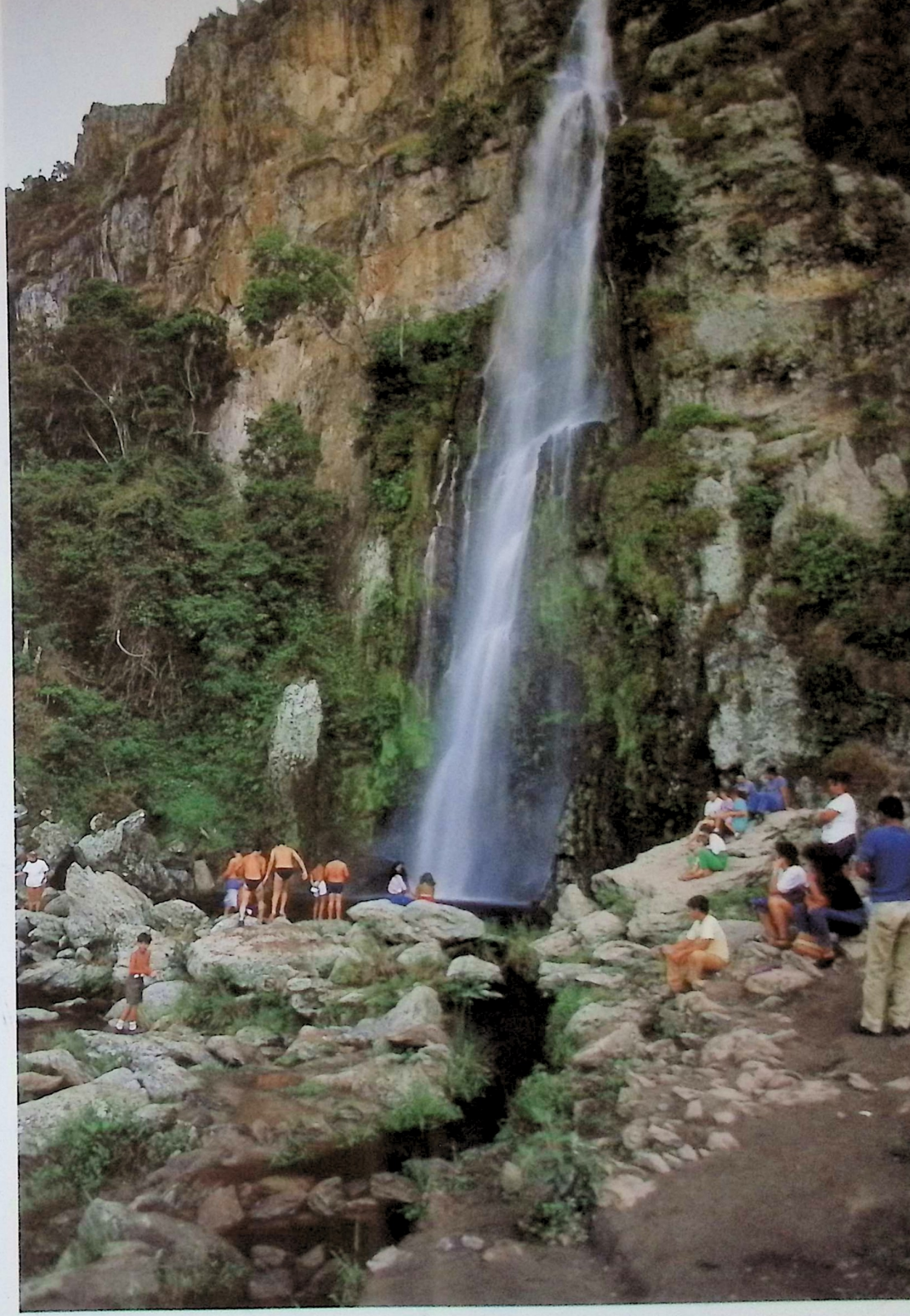
Cuartel Jacinto Lara

distintos verdes moteados aquí y allá por lagunas de regadío, donde los cultivadores obtienen una alta rentabilidad de cosechas aun habiendo pocas lluvias y escasos recursos hídricos.

En este amplio valle se encuentra Tintorero, famoso por la cantidad y calidad de sus tejidos de vivos colores, creados con procedimientos artesanales que han cambiado muy poco desde tiempos de la Colonia. Esta urdimbre multicolor nos hace recordar que también en otros rincones de Lara se producen piezas artesanales en madera, tan agraciadas como originales. Por ejemplo, está Guadalupe, con sus cotizadas frutas talladas en madera de diversos colores, como la vera (verde veteado), el quebracho (negro), el miguelito (amarillo), el cartán (anaranjado), la "sierra de iguana" (rojo), o el nazareno (morado); o las bateas, morteros, pilones o tinajeros de Carora; Buena Vista, con sus cucharas, peines y utensilios para trinchar; Quíbor con sus cofres, cajas y portarretratos, además de la reproducción de objetos arqueológicos. Cada año se realiza la Feria Internacional de Artesanía de Tintorero, espléndida feria artesanal que congrega los mejores artesanos de la región.

Por su parte, Quíbor tiene un excelente Museo Arqueológico dedicado a piezas de cerámica indígena prehispánica, instrumentos musicales y los restos de un antiguo cementerio indígena. También sobreviven la hermosa ermita de Nuestra Señora de Altagracia y un templo colonial que data del siglo XVII.

El Tocuyo, la tercera ciudad más antigua de Venezuela, fue fundada en 1545. Los terremotos han fustigado frecuentemente esta localidad: hoy quedan muy pocos vestigios de lo que en su época fue una bella ciudad colonial, con casas y edificios religiosos llenos de hermosos detalles artesanales. No obstante, permanecen en pie la restaurada iglesia de la Concepción y el antiguo convento de Santa María de los Ángeles (hoy sede del Museo Colonial Lisandro Alvarado), entre otros. Por suerte, en el sector oeste del estado, Carora conserva algunas hermosas calles adoquinadas, casas de abolengo con balcones, y la catedral de San Juan Bautista (siglo XVII), que guar-



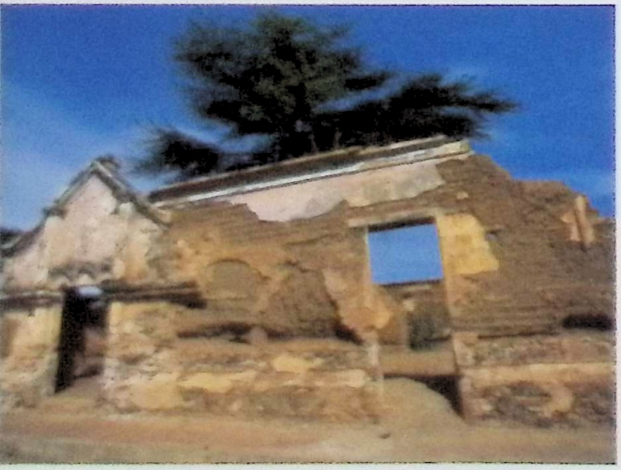
Quebrada del Vino,
parque nacional
Dinira

da una valiosa colección de mobiliario, imágenes y un retablo de gran valor artístico. La iglesia de San Dionisio y la capilla del Calvario datan del siglo XVIII. Esta última muestra uno de los frontispicios más originales de Venezuela, con sus sinuosas molduras y caprichosas "aletas" laterales. Carora también posee bajo su patrimonio un Centro de Bellas Artes, ubicado en la antigua cárcel, la hermosa casa del Balcón (siglo XVII) y el Museo Arqueológico, entre otros.

En tierras bajas, el parque nacional Cerro Saroche protege ecosistemas propios de regiones desérticas, donde habitan cunaguaros, mapurites y osos hormigueros. En las montañas del sur, los pequeños pueblos de Cubiro y Sanare, situados a mayor altura, hacen olvidar el calor y las arideces de las tierras bajas larenses. En pisos térmicos superiores, Lara ofrece tres parques nacionales: Yacambú, Terepaima y Dinira.

Desdibujada a menudo por jirones de niebla, la floresta de Yacambú da la impresión de algo irreal, que además no se parece a ningún otro bosque del país. Esta zona selvática, situada a corta distancia del valle de Quíbor y de las áridas montañas noroccidentales, posee una alta proporción de especies botánicas endémicas –un 14 por ciento de sus orquídeas son exclusivas de allí– que la convierten en una de las más bellas y misteriosas selvas venezolanas. También protege a un ave amenazada de extinción: la cotarita de costados castaños (*Laterallus levraudi*).

Terepaima, en el sureste, alberga una cantidad importante de especies animales, como el raro oso frontino y el cardenalito, en peligro de extinción. Lara comparte además el parque nacional Dinira con los estados Trujillo y Portuguesa, donde hay caídas de agua como la Cascada del Vino, cuyas aguas tornasoladas se despeñan desde una altura de 90 metros. Camino hacia los Andes por el suroeste, donde montan guardia las poblaciones gemelas de Humocaro Alto y Humocaro Bajo, Lara vuelve a cambiar de cara, sólo por demostrar que la diversidad paisajística es el mayor atractivo de esta entidad, junto con uno de los más fecundos acervos folclóricos, musicales y urbanísticos del país.

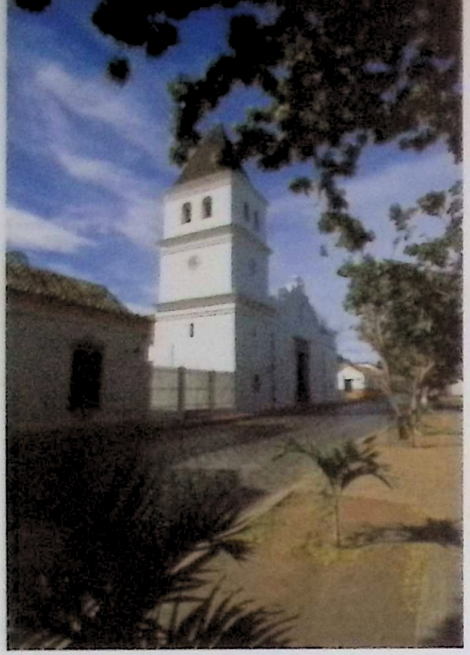


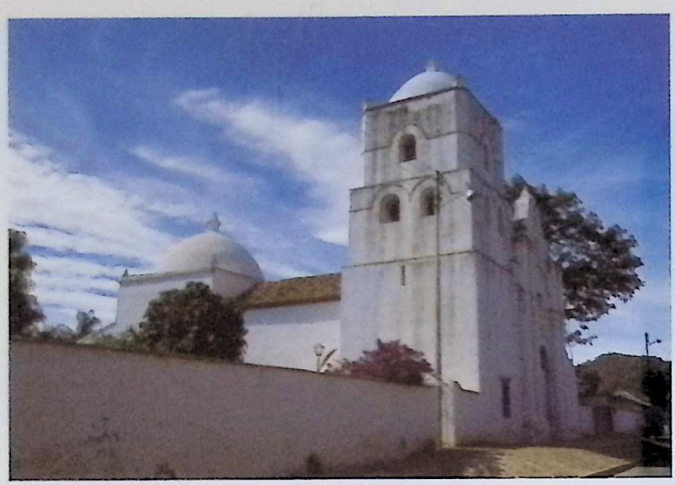


Ruinas en Carora

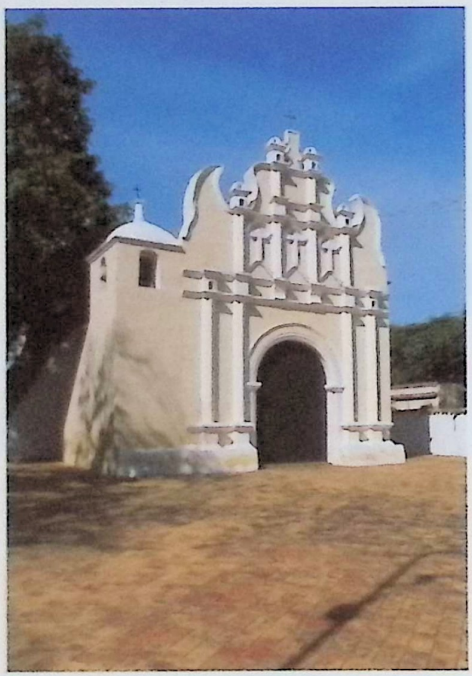
Museo de Barquisimeto











Iglesia de San Juan Bautista, Carora

Iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, Arenales

Iglesia de la Inmaculada Concepción, Barquisimeto

Capilla El Calvario, Carora



El Blanquito,
parque nacional
Yacambú



Palacio Municipal
de San Felipe,
estado Yaracuy



Palacio de Gobierno de San Felipe

Plaza Bolívar de San Felipe

Yaracuy, entre lo místico y lo fértil

Tradicionalmente ha sido una entidad de paso para los viajeros que se dirigen a Barquisimeto o a Valencia, pero los 7.100 kilómetros cuadrados del estado Yaracuy tienen sus encantos propios; por ejemplo, el parque nacional Yurubí dentro de su perímetro, es una espectacular selva pluviosa en las estribaciones de la sierra de Aroa. Yaracuy comparte otra área protegida con el estado Cojedes, el parque nacional General Manuel Manrique (Tirgua). Yurubí protege diversos bosques nublados y deciduos, que son en realidad el pulmón vegetal de San Felipe, la capital. Yaracuy tiene además bien ganada fama como uno de los estados más fértiles de Venezuela.

Allí se halla el monumento natural Cerro María Lionza –la montaña de Sorte, como es conocida popularmente–, 40 mil hectáreas de montaña cubierta de bosque virgen, que es además centro de uno de los cultos autóctonos más interesantes que existen en Venezuela e Hispanoamérica: el rito de María Lionza, una deidad de la mitología vernácula, producto del sincretismo de las culturas negra, indígena y católica, que en la creencia popular protege los ríos y los bosques de la región, que son sus dominios. El culto atrae a muchos venezolanos (y a no pocos turistas también), quienes participan o simplemente presencian boquiabiertos la insólita mezcla de magia, estados inducidos de trance y rituales de signifi-





Árbol de fuego
ejecutada por
Jorge Muhlman

cado esotérico en medio de la espesura selvática. La Caracas moderna le ha rendido homenaje a la diosa en la imponente estatua que se encuentra en la autopista Francisco Fajardo: el escultor Alejandro Colina la interpretó como una mujer de opulentas formas montada a horcajadas sobre una gigantesca danta o tapir. Desde Chivacoa o Yaritagua, en el camino hacia Sorte se alinean altares y pequeños templos improvisados en honor a quien, según la tradición, fuera la hija de una princesa india y un conquistador español. Hoy el culto a María Lionza ya no está circunscrito solamente a la montaña de Sorte, pero ésta sigue siendo "el hogar de la Reina", el más sagrado de los lugares para sus adoradores.

San Felipe recibió su nombre en honor al rey Felipe V, quien firmó el permiso para su fundación. Está asentada en el valle de Uadabacoa, denominado también el "Valle de las Damas" por Nicolás de Federman, deslumbrado por la belleza y la esbeltez de las indias de la localidad. Uadabacoa es lo bastante extenso para acoger asimismo otras poblaciones como Urachiche, Chivacoa, Cocorote, Guama y Yaritagua. Las célebres minas de cobre de Aroa fueron descubiertas en 1605 y su explotación se inicia en 1612, época en que recibían el nombre de minas de Cocorote. El lugar donde estuvieron son hoy una zona dedicada fundamentalmente a labores agrícolas, pero tiene también un interesante parque que exhibe los restos de insta-



Indio Yaracuy
de Alejandro Colina



Parque San Felipe el Fuerte

laciones y equipos usados antaño para extraer el mineral. Como recuerdo cosmopolita de aquella era de abundancia, queda el cementerio de los ingleses. Al sur, Nirgua conoció tiempos de bonanza cuando en la Colonia se descubrieron sus ricos yacimientos auríferos, las minas de Buría.

Un lado poco conocido de Yaracuy es su población de origen africano, que hoy habita en pueblos como Farriar y aún conserva una marcada influencia de la cultura de sus ancestros. De su pasado casi mítico se cuenta la historia del levantamiento del negro Miguel, esclavo en los fugaces yacimientos de Buría, que en 1553 se coronó rey y fundó un cumbe, reducido corto tiempo después. Testigo de estos tiempos, a unos diez kilómetros al suroeste de Nirgua aún perviven las ruinas del castillo de San Vicente, construido para la defensa del caserío Real de Minas de Buría.

Otro monumento de interés histórico es la antigua estación del ferrocarril Bolívar, en San Felipe, que data de 1877. En los alrededores de San Felipe pueden apreciarse las ruinas de San Felipe el Fuerte, primera fundación de la ciudad, destruida por el terremoto del 26 de marzo de 1812. En la carretera Cararapa-Caño Negro se encuentra el sitio arqueológico Caño Negro y en Yaritagua aún se conserva un interesante casco histórico.

Monumento natural
Morros de San Juan ,
estado Guárico

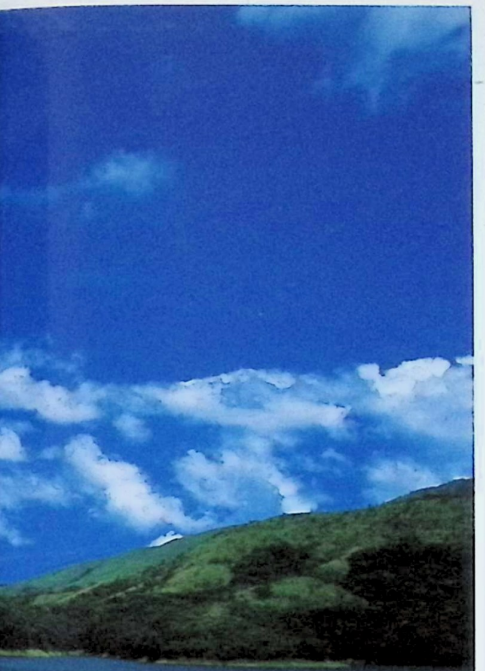


Represa de Guanapito, norte del estado Guárico

Garcero. Hato El Frío, estado Apure



Los llanos. Reino de la lluvia y el sol



Los llanos se extienden, infinitos, hasta donde alcanza la vista y más allá. Esa inmensa sabana, como también la llaman sus habitantes, ocupa alrededor de una tercera parte del territorio venezolano, y se explaya en un gigantesco arco de 300 mil kilómetros cuadrados que va desde el suroeste venezolano y abarca los estados Apure, Barinas, Portuguesa, Cojedes y Guárico.

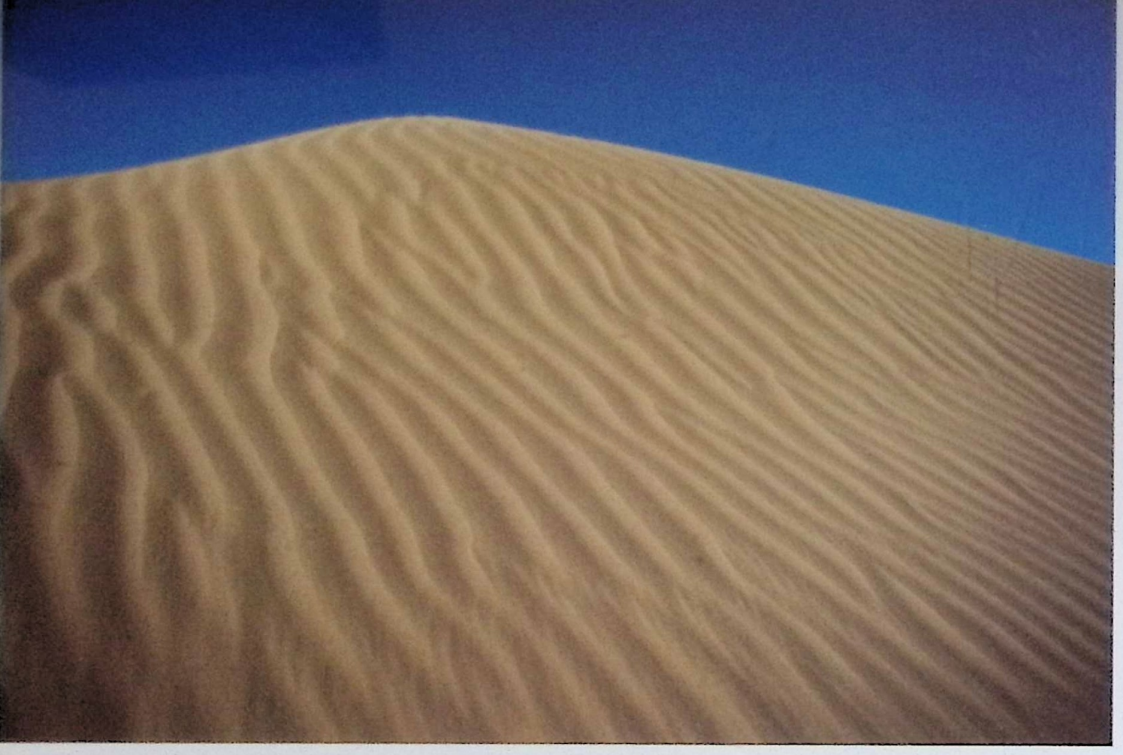
Hablar de los "estados llaneros" como un todo es aplanar sus particularidades, pero también es imposible hablar de ellos separadamente, porque comparten, mucho más que una geografía, un modo de vida signado por ésta.

Un mapa de los llanos venezolanos está surcado de ribetes azules, porque en esta región abunda el agua a pesar de las sequías inmisericordes: lo cruzan algunos de los grandes ríos tributarios del Orinoco, como el Meta, el Cinaruco, el Capanaparo, el Arauca (inmortalizado por el insigne novelista venezolano Rómulo Gallegos en su novela *Doña Bárbara*), el Apure, el Portuguesa, el Guanare, el Masparro, el Santo Domingo, el Pagüey, el Canaguá, entre tantos.

Apure es el estado más conocido de la región: decir llanos es casi sinónimo de Apure y viceversa. Hacia el oeste los llanos apureños se extienden más allá de la frontera colombiana, cruzando el Arauca. Guárico y Cojedes son los llamados llanos centrales, puerta de entrada a la inmensidad. Barinas y Portuguesa son llanos occidentales, igualmente ganaderos.

Geológicamente es la región más joven de Venezuela, pues se formó con las deposiciones sedimentarias de la era Cuaternaria, al haber estado ocupada anteriormente por las aguas del mar. De todas las regiones del país, es quizás la que cambia más dramáticamente con el paso del invierno y el verano.





Dunas del Cinaruco, estado Apure

Los días llaneros son calurosos, el viento sopla apenas, sin rumor. De noche se hace más fresco, en medio de la oscurana, iluminada de vez en cuando por un cocuyo. Los días despiertan vigorosos, antes de salir el sol, entre bramidos de ganado y el canto del llanero.

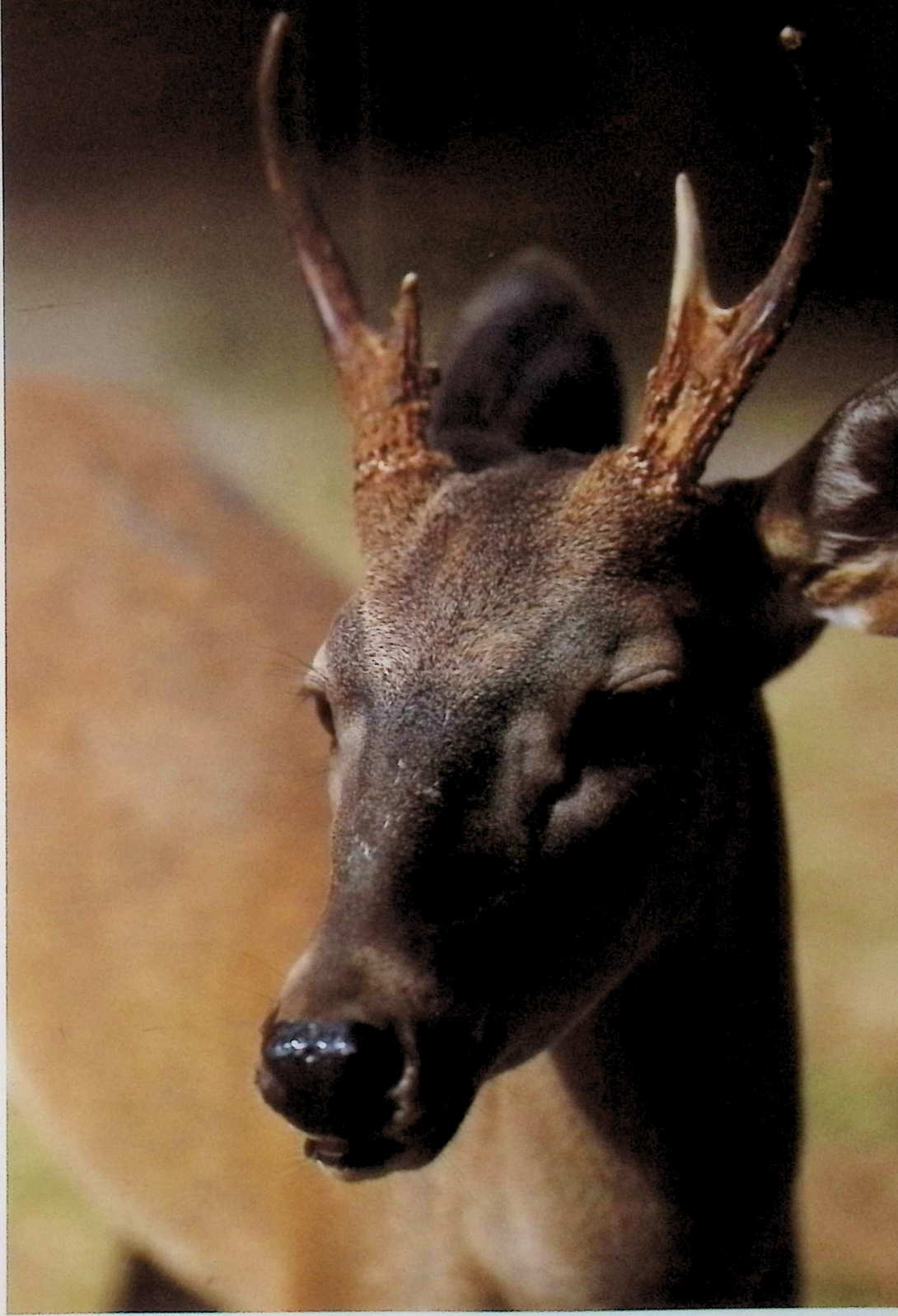
Durante la estación seca, se ven grandes extensiones de tierra calcinada por el sol, ríos fantasmas que desaparecen, vegetación reseca. Durante la estación de lluvias, la llanura no sólo reverdece increíblemente, sino que sus numerosos ríos se salen del cauce e inundan grandes extensiones. Son los dos extremos absolutos de una región de indómita y fantástica belleza, donde no es fácil sobrevivir: la anaconda tiene aquí su hábitat natural, y a menudo, sus ríos están infestados de caribes (como en Venezuela se conoce a las pirañas) y rayas.



Chenchena

Pero el llano es nada sin su recio habitante: el llanero, quien no conoce límites en la lucha por vivir en su tierra. "Acostumbrados desde su juventud a domar el potro, a luchar con el toro, a pasar a nado los ríos caudalosos y a vencer en singular combate al caimán y al tigre, los llaneros se acostumbran a despreciar los peligros". Así describe Agustín Codazzi al poblador de estos parajes, allá por 1841. ¿Cuánto ha cambiado hasta hoy? Todavía el caballo es su más fiel ayudante. Son los mismos jinetes que siguieron a Simón Bolívar en la gesta que selló la independencia de Vene-

Venado



zuela, y su legendaria habilidad para montar y domar caballos salvajes fue de crucial importancia para vencer a los ejércitos realistas.

Los llaneros son conocidos por su sentido poético. El llano es tierra de corridos, de contrapunteos, de seis por derecho o zumba que zumba, inspiración del *Alma Llanera*, nuestra canción nacional, que a pesar de haber sido compuesta por un guaireño se ha convertido en símbolo de la sabana. En la madrugada todavía se escucha uno que otro vaquero entonando un canto de ordeño, para hacer más llevadera su labor y ganar el afecto del ganado –el ordeño manual aún sigue siendo una práctica cotidiana, una de esas tradiciones que la tecnología no ha logrado sustituir.

La producción del llano acontece en la enormidad de los *hatos*, como se llaman aquí las haciendas. En las últimas décadas muchos de éstos se han dedicado a conservar los recursos de fauna y flora para el disfrute del ecoturismo, adonde concurren numerosos observadores de aves y naturalistas de todo el mundo que desean estudiar las especies animales en su ambiente natural.

La región llanera incluye tres parques nacionales –Río Viejo-San Camilo, Santos Luzardo (Cinaruco-Capanaparo) y Aguaro-Guariquito– y tres monumentos naturales: Arístides Rojas o morros de San Juan en Guárico, Morros de Macaira, también en Guárico, y Juan Germán Roscio o cerro Platillón (Guárico-Carabobo). El parque nacional Santos Luzardo, situado al sur del estado Apure, protege bosques ribereños y sabanas inundables, donde es posible encontrar las famosas galeras del Cinaruco y médanos arenosos modelados por el viento, ríos y caños y más ríos y caños. Hay al menos tres especies endémicas de aves y más de 20 migratorias; los garceros de Apure son famosos en el mundo, y en un tiempo las garzas fueron presa de los cazadores que comerciaban con las bellísimas plumas de estas aves. Estos son también los dominios del jaguar, el puma, el venado caramerudo y el roedor más grande del mundo: el chigüire o capibara y reptiles como la baba, el caimán del Orinoco y la tortuga arrau, estos dos últimos en peligro de extinción.

En Aguaro-Guariquito (estado Guárico) pueden verse los delfines o toninas de río, los tembladores, capaces de paralizar con una descarga eléctrica a aquel que tenga la desgracia de tropezarlos, y los caribes, de siniestra reputación, entre otras criaturas de río.



Cuenta también con varias reservas forestales de gran valor, como la de Ticoporo, en el estado Barinas, y la selva de San Camilo, en la parte más occidental de Apure.



Garzas en vuelo,
río y selva de galería

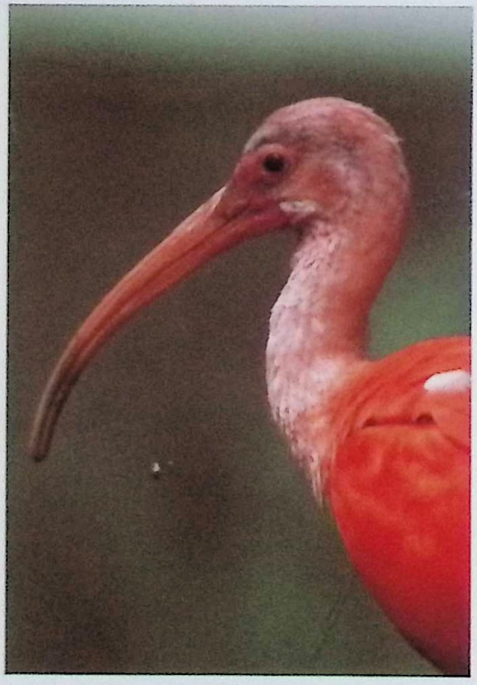
Baba en el caño
Caujarito, hato Piñero,
estado Cojedes









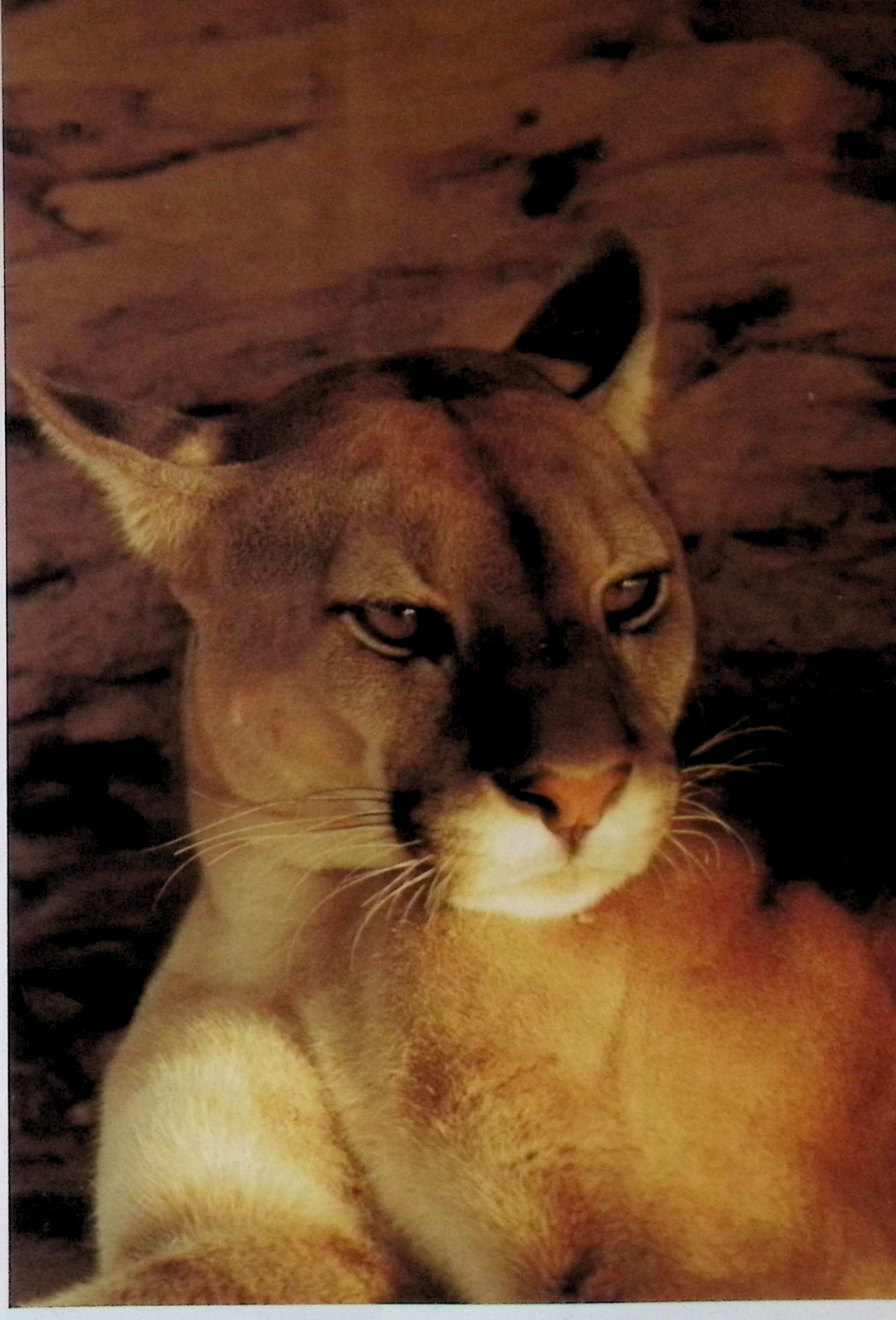


Mochuelo de hoyo

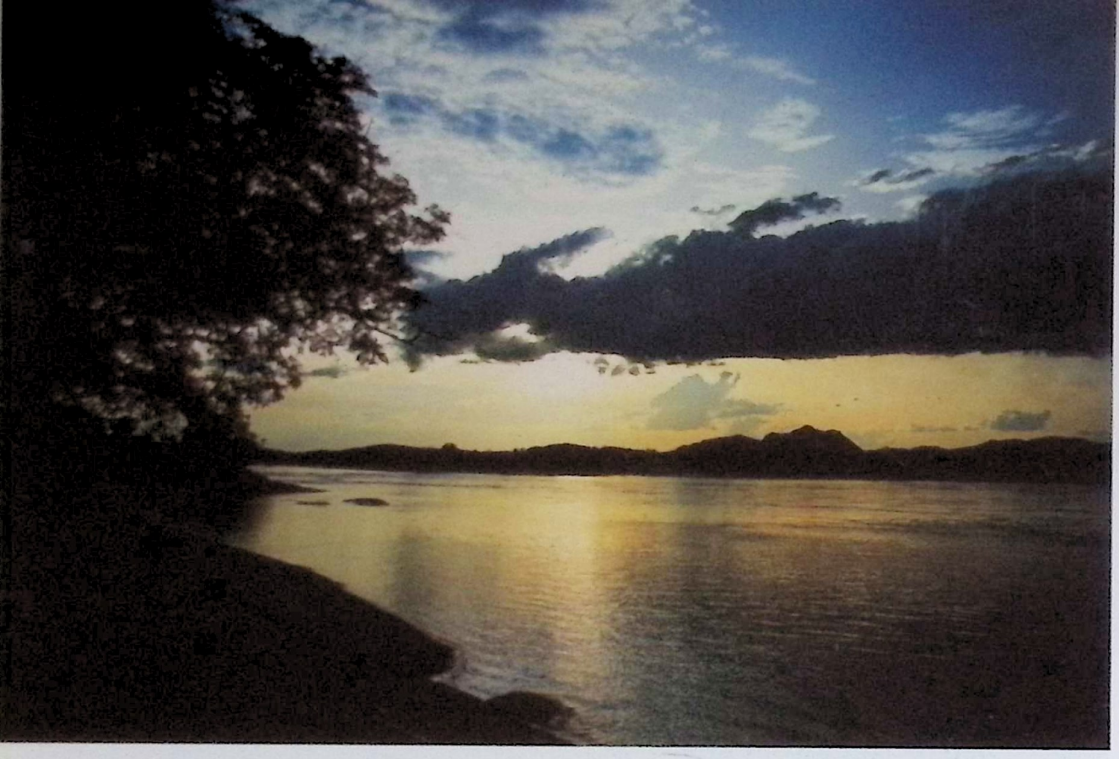
Chigüire o capibara

Vaco juvenil

Corocoro



Puma



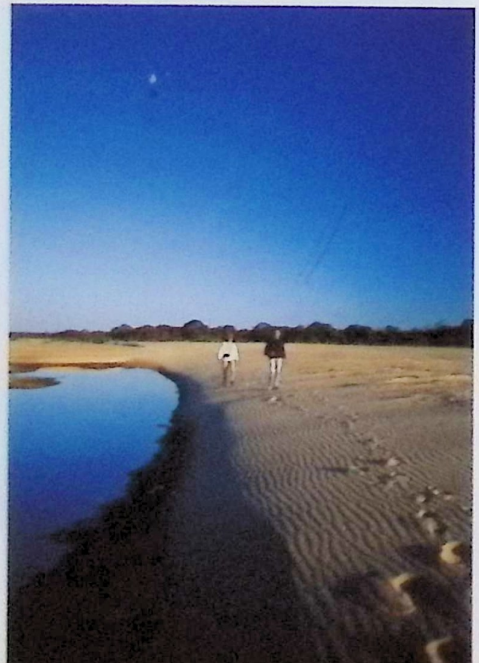
Río Apure

Apure, mundo anfibio

Apure es un estado delimitado casi exclusivamente por corrientes fluviales. Es también el que vive más dramáticamente el mundo de extremos que son los llanos. A excepción de los límites occidentales por donde penetran algunas estribaciones andinas, su geografía es una extensa planicie interrumpida de vez en cuando por bancos –diques naturales labrados por antiguos ríos. Pero el apureño encuentra diferencias en la aparente monotonía de su paisaje: distingue entre los llanos altos, los espacios más alejados del Orinoco, y los llanos bajos, más cercanos al río, que permanecen inundados durante las lluvias, convertidos en inmensos lagos navegables, reino de la legendaria canoa.

Apure debe su nombre al río que lo atraviesa de oeste a este, una larga corriente que nace torrentosa al pie de los Andes para adentrarse, ya más calmadamente, en la llanura hasta desembocar en el Orinoco, cerca de Caicara. A sus orillas nació San Fernando de Apure, su capital, en 1789, por decisión de Fernando Miyares Pérez y Bernal, comandante general de Barinas, a cuya provincia pertenecían entonces estas tierras. La villa sería un puente estratégico con Guayana y el centro para el comercio, la evangelización de indígenas y la explotación del abundante ganado cimarrón que habitaba la planicie.

A principios del siglo XVIII, cuando empiezan a formarse las primeras poblaciones criollas



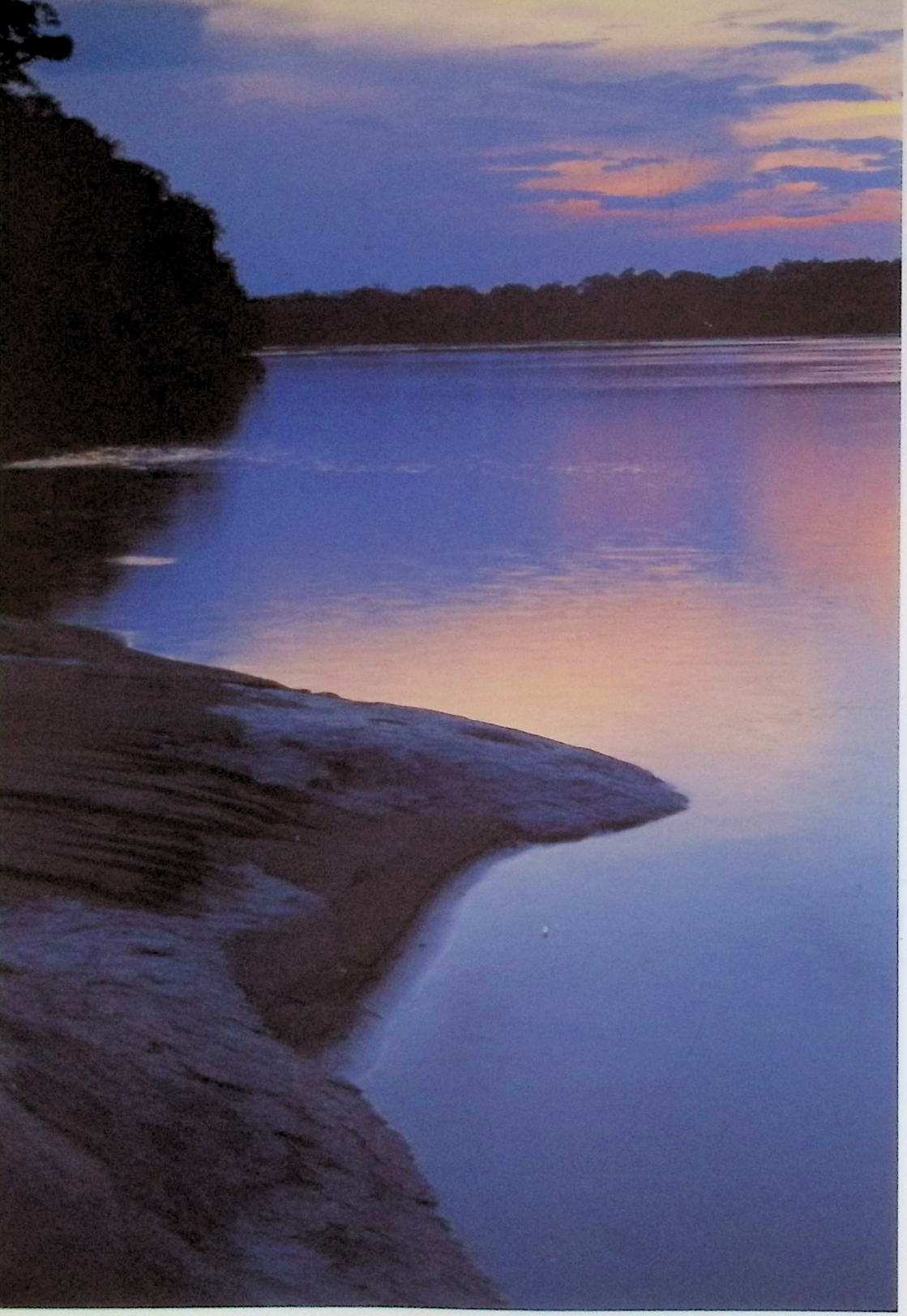
Río Capanaparo, estado Apure



Amanecer en el río Apure

de la región, ocupaban este territorio varios grupos indígenas, como los taparitas, los otomacos y los achaguas (de origen arahuaco), a quienes debe su nombre la población de Achaguas. Apenas un siglo más tarde, ya el proceso de mestizaje había creado el llamado "tipo llanero", los hombres que acompañaron al legendario general José Antonio Páez, el "catire Páez". Estas tierras fueron testigos de cruentas batallas, donde los fieros llaneros armados apenas de lanzas pusieron a prueba la tenacidad que los llevó a domar el llano. De esta historia quedan algunos campos de batallas, convertidos en monumentos, como el de Mucuritas y el de las Queseras del Medio (en Guasimal). Otro lugar histórico es la población de Achaguas, cuartel general de las tropas patriotas entre 1816 y 1821.

Un pueblo que conserva el halo misterioso de la lejanía del llano es Elorza, que compartió su casco urbano con otro país: hasta la presidencia de Eleazar López Contreras (1935-1941), la parte venezolana, al este, se llamaba Elorza en homenaje al prócer de la independencia Andrés Elorza y la colombiana, al oeste, se llamaba El Viento. Famoso por sus fiestas patronales, con *Fiesta en Elorza* el cantor llanero Eneas Perdomo convirtió en leyenda estas celebraciones.



Atardecer
en el río Guárico



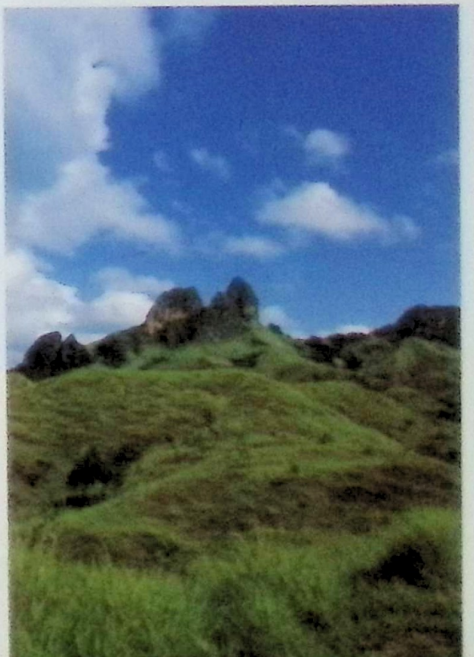
Antigua hacienda La Elvira, norte del estado Guárico

Monumento natural Morros de San Juan (Arístides Rojas), estado Guárico

Guárico, tierra de esteros

Todos los estados llaneros toman sus nombres de los ríos, señores de estos parajes. Guárico no es la excepción.

En este territorio de esteros, a ratos la inmensidad es interrumpida por formaciones de roca caliza: los morros. Al norte del estado, muy cerca de Maracay en la zona llamada La Puerta, está la capital San Juan de los Morros, vigilada por los cerros homónimos, una de las vistas más hermosas de la región central. El monumento nacional Arístides Rojas o morros de San Juan, como se le conoce más comúnmente, fue el segundo monumento nacional decretado en el país, en noviembre de 1948. San Juan de los Morros tiene además un excelente balneario de aguas termales que atrae a muchísimos visitantes, nacionales y extranjeros.



Al sureste del parque nacional Guatopo, por la carretera Altagracia de Orituco-San Francisco de Macaira, están los otros morros de Guárico, los de Macaira, decretados monumento natural en diciembre de 1978.

Otras poblaciones importantes de Guárico son Calabozo (capital del estado hasta 1934 y tierra del gran poeta Francisco Lazo Martí, autor de la *Silva criolla*), Valle de la Pascua, Altagracia de Orituco, Zaraza, Tucupido, Camaguán (lugar de los conocidos esteros, una hilera de palmas llaneras que se extiende hasta el horizonte), Chaguaramas (donde el culto al ánima de Pica-Pica alcanza niveles de realismo



mágico), Las Mercedes y Santa María de Ipire. A orillas del río Paya, afluente del Guárico, está Ortiz, tema central de *Casas muertas*, novela de Miguel Otero Silva.

Como en todo el Llano, en el Guárico cada fin de semana el joropo asegura su permanencia, sólo que aquí encontró otros aires en la marisela, único ritmo instrumental del joropo central, en el que el arpa aprovecha todos sus registros en un tiempo más rápido que el clásico. En esta tierra también ha perdurado un ritmo singular en Venezuela, hoy casi una curiosidad étnica puesto que los ejecutantes son llaneros que han guardado la memoria cultural: es la música indígena de los carriceros de Guaribe, quienes crean sus notas con instrumentos hechos de carrizo, un tipo de caña que crece a la orilla de los ríos.





Monumento natural
Morros de Macaira *Corocoro juvenil* *Río Guárico*





Baba entre plantas acuáticas

Cojedes, tierras de ganado y madera

Camino a los llanos centrales desde Valencia, nos encontramos con el estado Cojedes. Surcado de oeste a este por sabanas, es uno de los estados llaneros por antonomasia, cuyas máximas elevaciones –pertenecientes a la cordillera de la Costa– se encuentran al norte.

Su capital, San Carlos (originalmente San Carlos de Austria), fue fundada en 1678 por Fray Pedro de Berja como villa para resguardarse de los indios que poblaban la región. De estos orígenes dan testimonio sus calles de cara al pasado, donde se encuentran algunas edificaciones que han sido declaradas patrimonio histórico de la nación. Allí está la casa La Blanquera, de la que ya se tienen noticias en 1792 a través del testamento de la familia constructora, donde se alojaron Bolívar y su Estado Mayor durante la planificación de la Batalla de Carabobo. Actualmente es sede de un centro cultural.

Otros monumentos históricos son las iglesias coloniales de San Juan Bautista (iniciada, según algunos investigadores, en 1776 y concluida en 1810), Santo Domingo (iniciada en el siglo XVIII y concluida en el XIX) y la iglesia de la Concepción, hoy catedral, que a pesar de haber sufrido varias modificaciones, es una muestra de la importancia y bonanza de la región durante el siglo XVIII.

Unos kilómetros más allá está Tinaquillo, que a finales de la década de los setenta recibió los



Vaco adulto



Sabanas y selvas de galería, estado Cojedes



Arreo de ganado



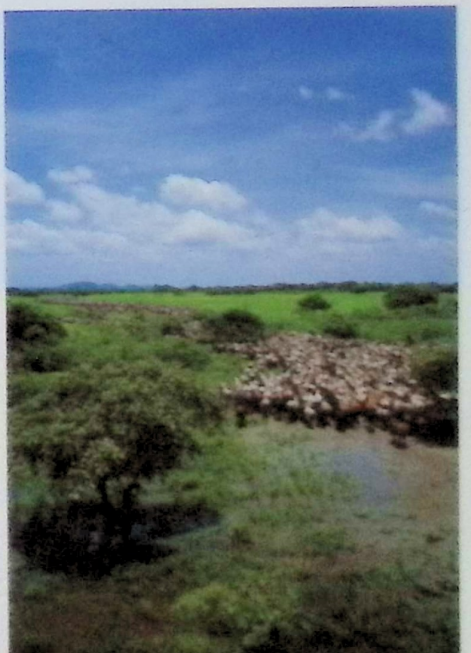
Caño Caujaral, hato Piñero

Arreo de ganado

beneficios de los programas de descentralización industrial, y hoy es un dinámico centro de actividades productivas, entre las que destaca la textil.

Emplazado en una intersección de vías, Tinaco es dueño de una edificación declarada patrimonio histórico: la iglesia Nuestra Señora del Rosario, que data de 1754. En sus calles aún señorean varias casonas coloniales, en muy buen estado de conservación. Este pueblo es escenario de una de las pocas elevaciones del estado: Tiramuto, una unidad de origen volcánico, que aflora en las estribaciones meridionales de la serranía del Interior.

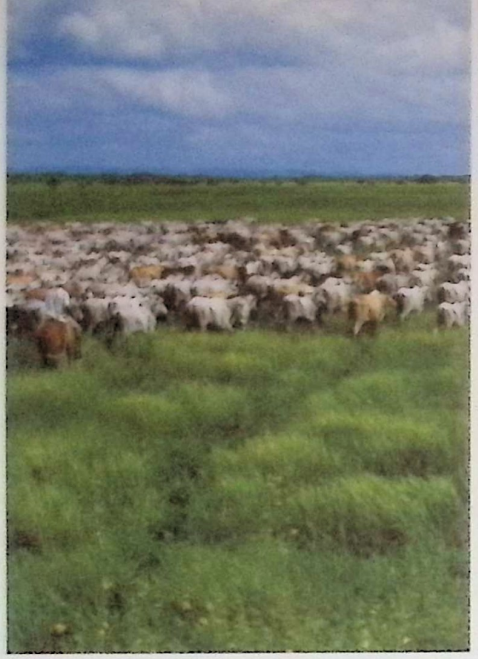
En esta misma franja emerge una sucesión de colinas, que no sobrepasan los 500 metros: son las galeras de El Pao. El pueblo de El Pao resguarda asimismo las ruinas de un convento y una iglesia colonial construida en 1782.



Atravesado por los ríos Cojedes, Portuguesa, Chirgua y Pao, en pleno corazón de Cojedes se encuentra el hato Piñero, quizás el más conocido de los hatos abiertos al ecoturismo.

Más hacia el sur, la población de El Baúl es asiento de un importante puerto fluvial de carga desde el centro del país hacia Ciudad Guayana.

Hoy Cojedes es casa de un vigoroso movimiento de creación artesanal, especialmente talla en madera y recreación de figuras populares, que ha sido objeto de diversas exposiciones tanto regionales como nacionales.



Barinas. Piedemonte andino

Hay quienes dicen que Barinas es un estado andino, pero sus habitantes no estarían de acuerdo con tal aseveración. Estado ganadero por excelencia, una escena común son los jinetes arreando el ganado sin aperos, "en pelo", como se dice comúnmente.

Sin duda Barinas es el estado geográficamente más heterogéneo de los llanos. Al oeste comparte con Mérida la Sierra Nevada para luego transformarse en sabana, en general ocupada por pastizales para el ganado. Por su territorio corren grandes ríos afluentes del Apure, como Suripá, Canaguá, Santo Domingo, Pagüei, Masparro, Portuguesa, Boconó y Guanare.

Los historiadores han precisado que la ciudad de Barinas, capital del estado, fue fundada por el capitán Juan Andrés Varela, el 30 de junio de 1577, por orden del capitán Francisco de Cáceres, gobernador de la Provincia del Espíritu Santo.

De ese pasado colonial quedan muy pocas edificaciones. La catedral de Nuestra Señora del Pilar de Santiago y de Zaragoza fue construida entre 1760 y 1780 y desde entonces ha guardado la imagen de la Virgen del Pilar, su patrona. Otra construcción histórica es la casa de los Pulido, de la que no se conoce año exacto de construcción, aunque se ha documentado que en 1800 ya estaba en pie. En 1981 pasa a ser sede del Museo Alberto Arvelo Torrealba, en homenaje al ilustre poeta, nacido en esta tierra.

Otras ciudades importantes son Santa Bárbara, Barinitas, Ciudad Bolivia, Barrancas, Ciudad de Nutrias (que también posee una valiosa iglesia del siglo XVIII) y Puerto Nutrias, todas próximas a cursos fluviales.

Pero Barinas no es sólo ganadería, el sector industrial incluye la refinería de petróleo extraído en esas tierras, el cual es transportado hasta Morón y El Palito a través de un oleoducto.

El estado es conocido por sus ferias ganaderas –una de proyección internacional, la Feria Binacional del Cebú– y sus festivales folclóricos, entre los que se cuentan el Festival Folclórico Florentino y el Diablo, el Festival de Música Campesina, el Festival Folclórico Gaván de Oro y el Festival Nacional de la Bandola, donde se pone de relieve una particularidad musical barinesa: ser el único estado llanero donde se usa la llamada bandola llanera para acompañar el joropo.



Barinas,
estado ganadero

Río en Barinas





Dormidero de gavanes

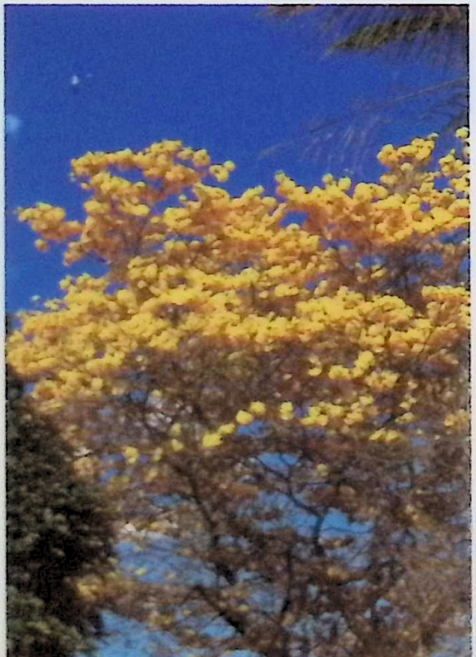
Portuguesa. El granero de Venezuela

En los llanos occidentales se encuentran las más fértiles tierras de la nación. Portuguesa ha sido llamada con justicia "el granero de Venezuela", pues de allí procede, por ejemplo, casi todo el arroz que se consume en el país.

El estado ocupa un sitial particular en el corazón de los católicos venezolanos: allí, en 1652, la Virgen de Coromoto, patrona de Venezuela, se apareció dos veces al cacique Coromoto. La primera vez a orillas de una quebrada de las fuentes del río Guanaguanare (término indígena traducido como "lugar de gaviotas", hoy Guanare), la segunda en el sitio donde en la actualidad se levanta el espléndido santuario de la Virgen de Coromoto, consagrado el 7 de enero de 1996 por el Papa Juan Pablo II.

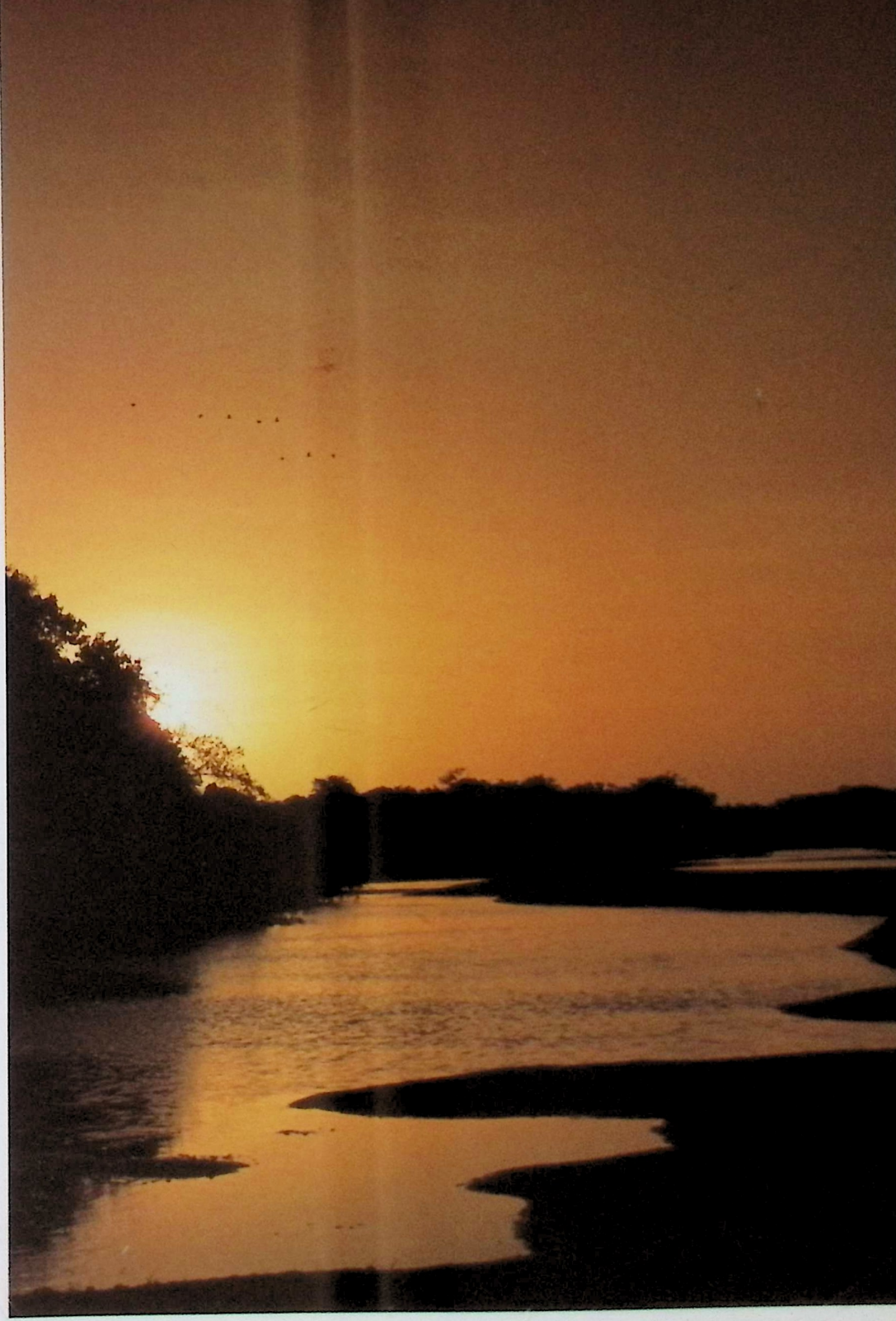
En las márgenes del río Guanaguanare se funda en 1591 Guanare, la capital del estado, llamada "la capital espiritual de Venezuela".

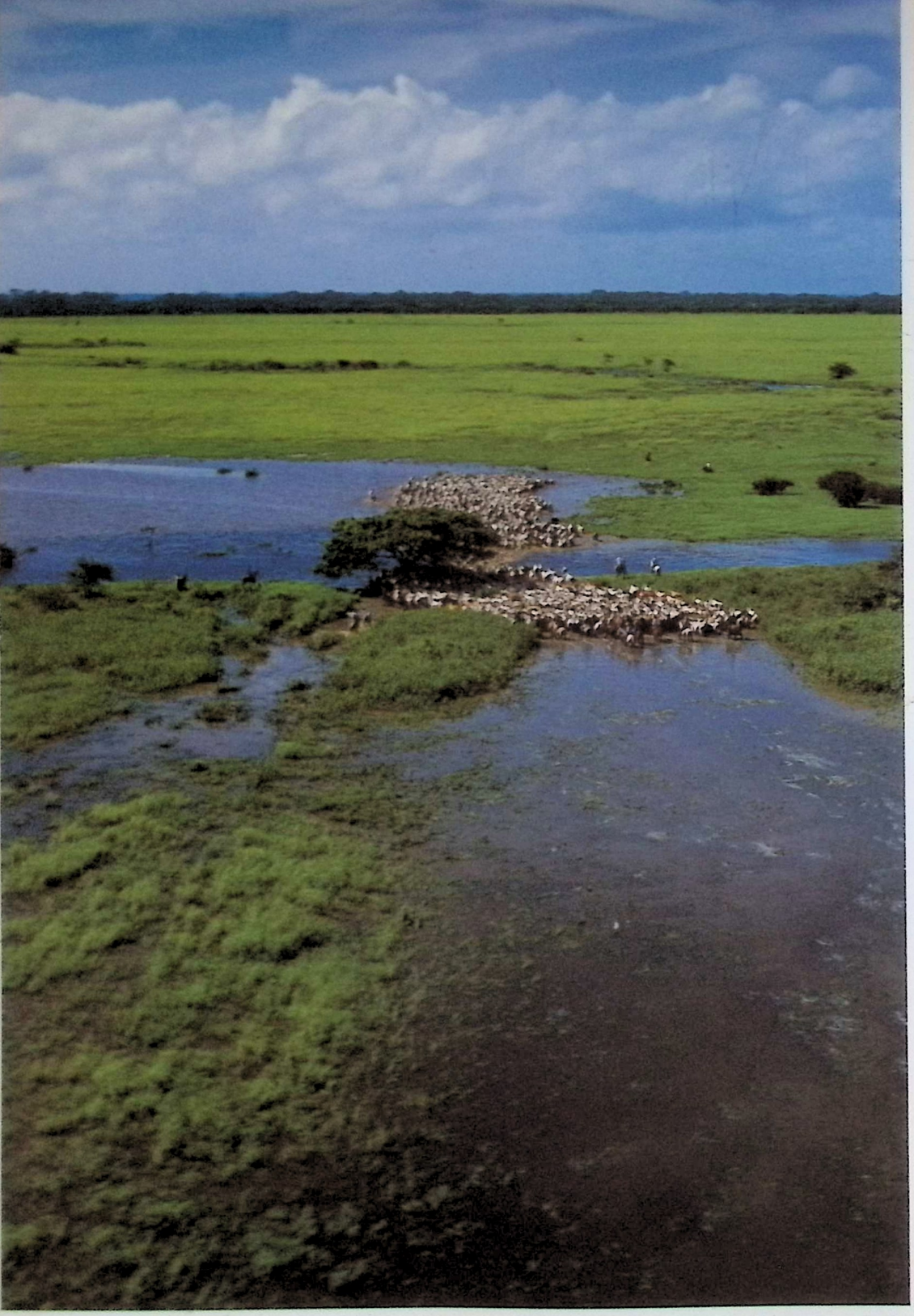
La privilegiada ubicación geográfica de Acarigua –paso obligado hacia los Andes– la ha convertido en un pujante centro económico, donde florecen industrias relacionadas con la producción agropecuaria: la azucarera, plantas beneficiadoras de arroz y un gran número de aserraderos. Una de las pocas vías ferroviarias que aún funcionan en el país provee la salida al mar de los productos regionales a través de Puerto Cabello.



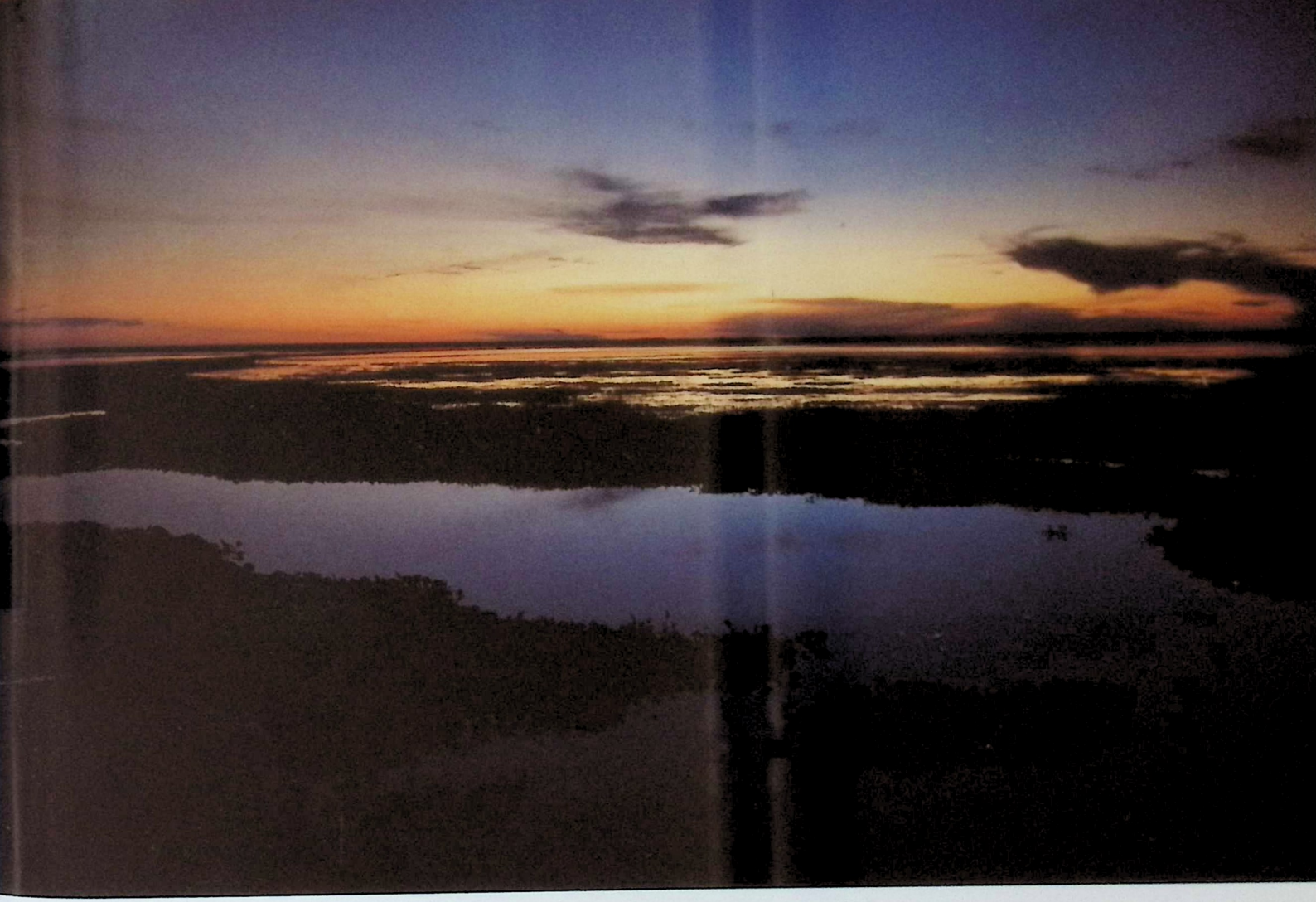
Araguaney

Río Portuguesa





Descanso a la sombra de un árbol, después de la faena de sabaneo del ganado



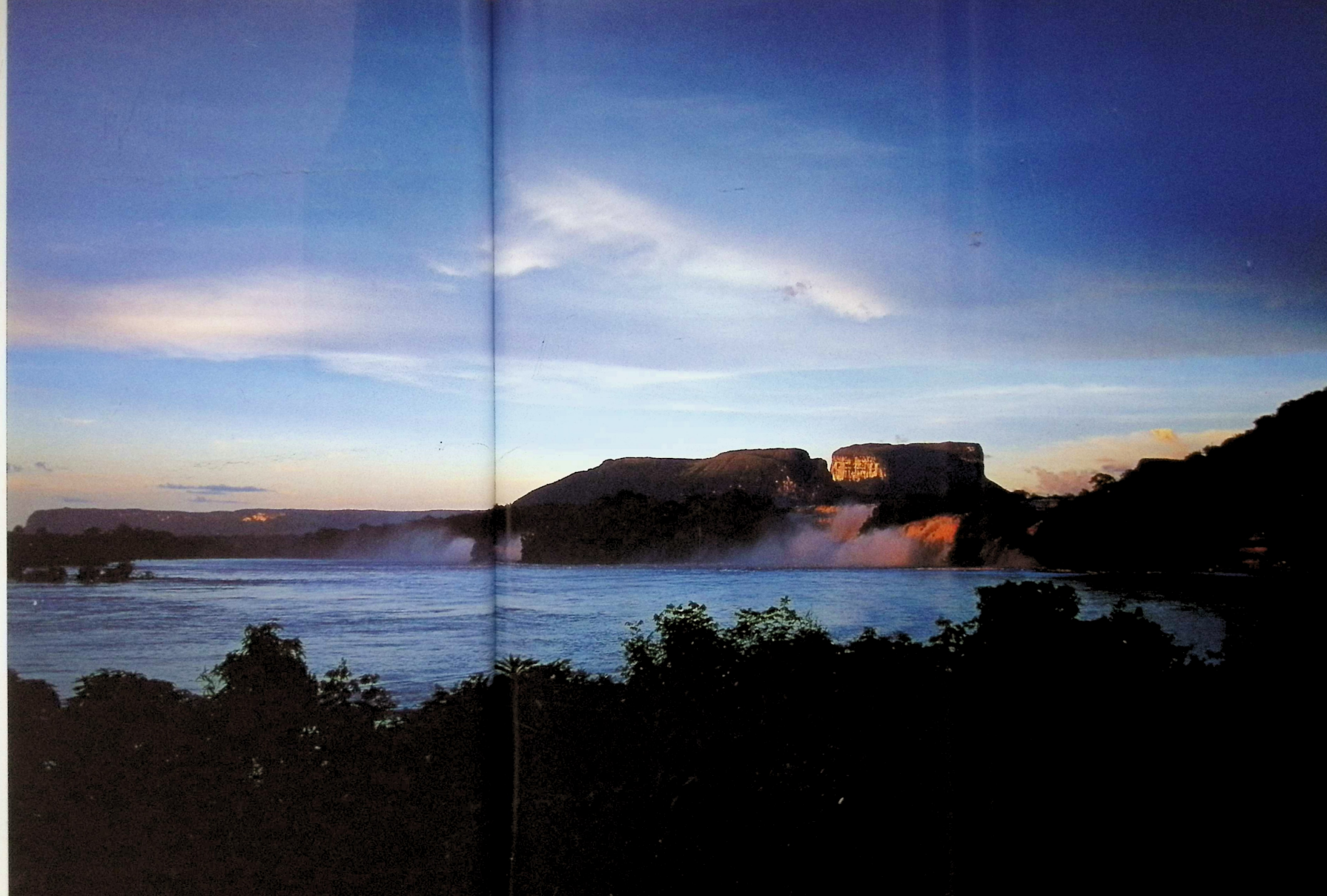
Portuguesa cuenta con dos templos coloniales de importancia: la iglesia Nuestra Señora del Pilar, en Araure, concluida en 1767, una de las edificaciones religiosas que mejor ha conservado su fisonomía original, y la iglesia de Ospino, que data de 1807.

La fecunda tradición oral llanera le ha legado al país numerosos mitos y leyendas. De aquí es "El Silbón", un espanto que lleva a cuestas un saco lleno de huesos y que "desanda los caminos de Portuguesa cuando llega el mes de mayo".

Definitivamente el Llano es uno y muchos. Cada milímetro, en su infinitud, es un regalo al ojo y al espíritu. Y uno entiende por qué, a pesar del paso del tiempo, el llanero no deja de cantarle a su tierra.

Amanecer en el río Portuguesa

Saltos Ucaima,
Hacha y Golondrina
y tepuyes Kurún,
Venado, Kuravaina,
laguna de Canaima

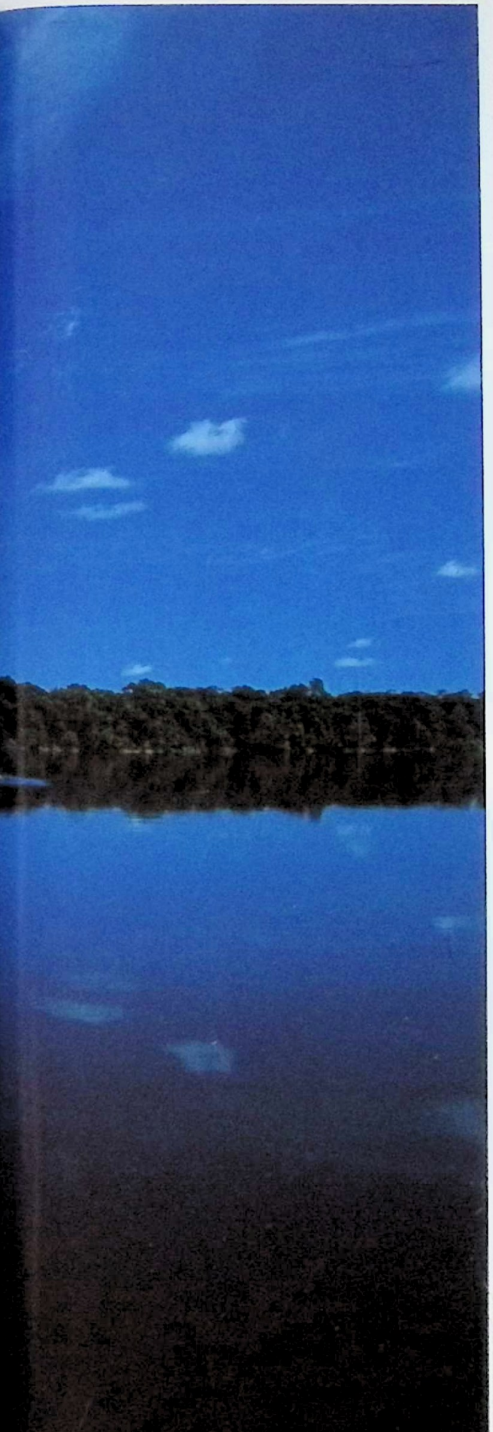


Río Casiquiare

Proa del
tepuy Roraima



Guayana, un verbo llamado Orinoco

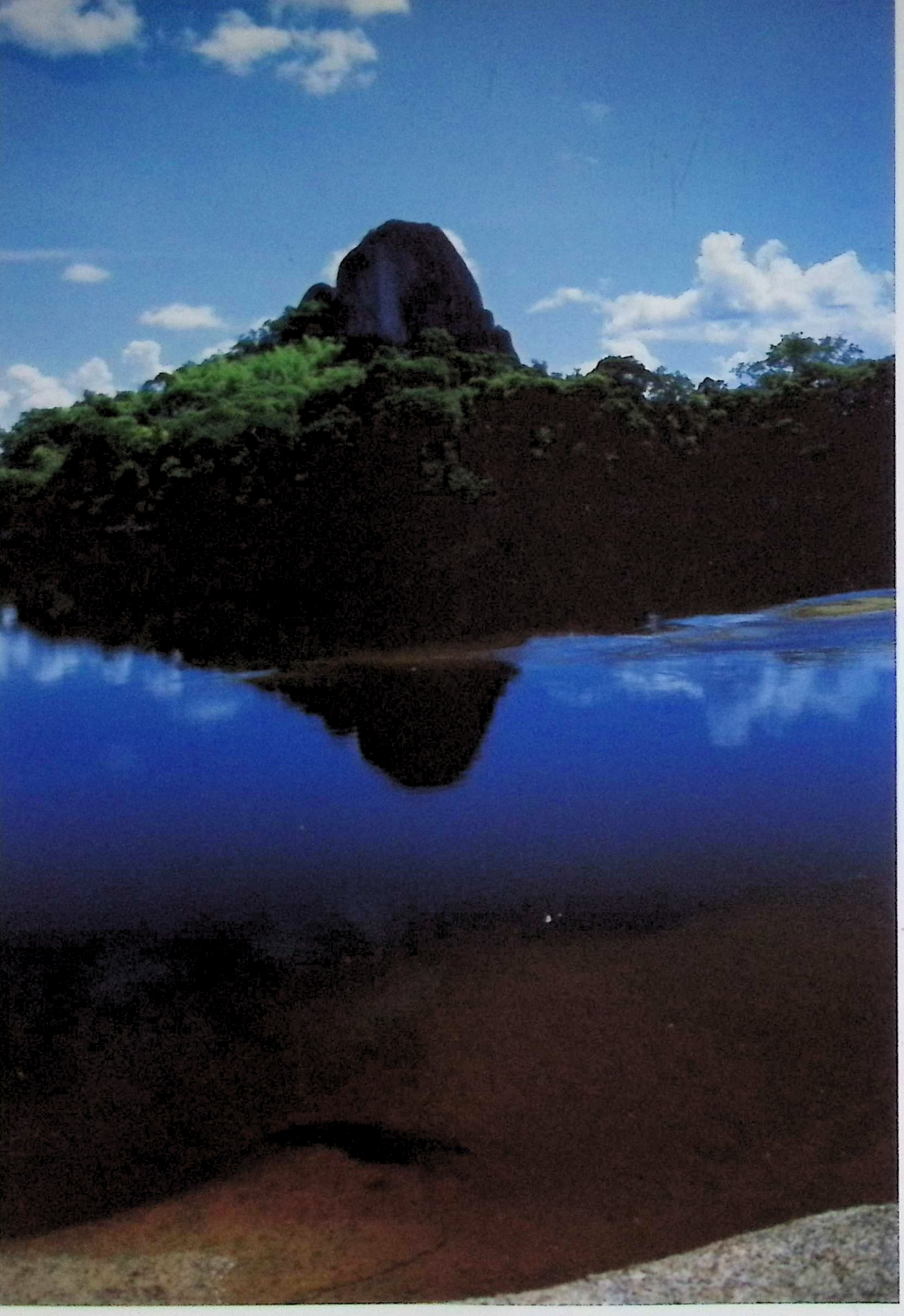


Los viajeros y cronistas de indias dejaron en sus diarios y epístolas, el registro de la mitología existente sobre uno de los sitios que más ha exaltado la imaginación sobre América: El Dorado. Según la leyenda, había un lugar donde el oro era tan abundante que cubría los caminos, y durante los rituales religiosos, el cacique se hacía cubrir de oro el cuerpo para ofrendar a los dioses. Ese mítico lugar se ubicó, según contaban, hacia Guayana. Con el pasar del tiempo y los grandes hallazgos mineros en esa región, hemos constatado que El Dorado sí estaba en Guayana, expresado en sus yacimientos de oro, diamantes, hierro, bauxita y cuantas maravillas puedan existir. Se suma a esta riqueza la magnificencia de la naturaleza, ríos de indomable fuerza, sabanas que nos describen el paraíso terrenal bíblico y montañas de formas limpidas y arbitrarias que nos ubican en los confines de la prehistoria.

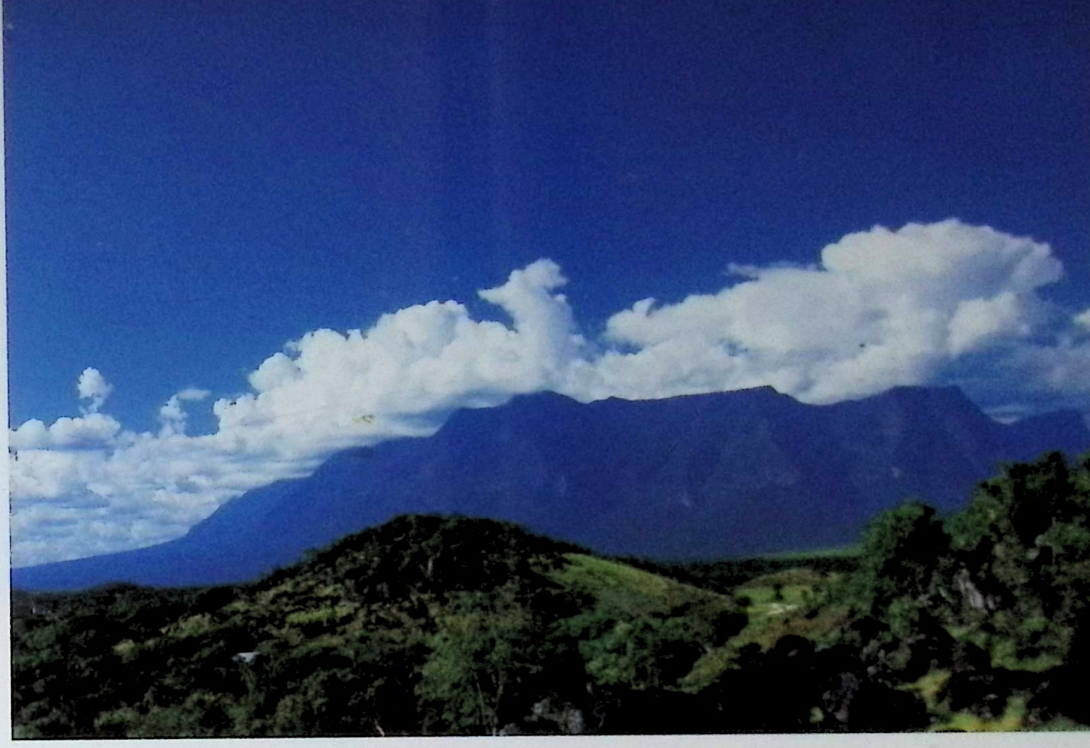
El Orinoco separa al Macizo Guayanés del resto de la tierra firme de Venezuela. Este Escudo o Macizo de Guayana es tierra firme desde la división de los continentes; nunca estuvo bajo las aguas, y por eso dice el poeta y ensayista guayanés Manuel Alfredo Rodríguez que "Guayana permanece en el tercero de los días del Génesis, es así una de las áreas más antiguas de la Tierra".

Esta vasta extensión abarca un poco más de la mitad del país, y además del Orinoco la surcan ríos de gran fuerza y belleza como el Caroní (925 kilómetros), el Cuyuní (750 kilómetros) y el Caura (570 kilómetros). Tiene selvas, sabanas, tepuyes y saltos de aguas asombrosos.





Piedra del Culimacare,
río Casiquiare.
Sur del estado
Amazonas

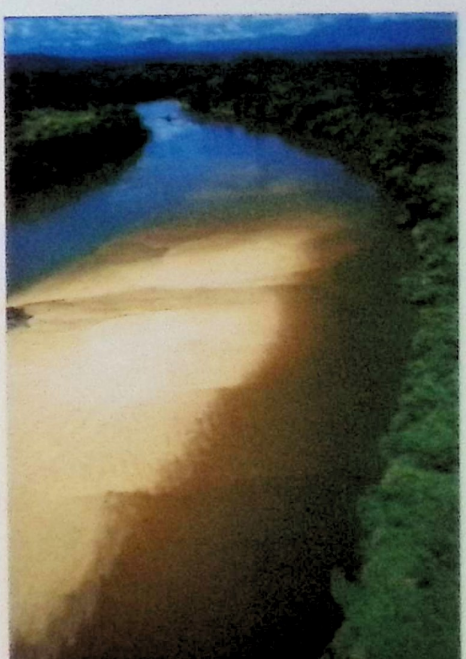


Cerro Duida
desde La Esmeralda

Río Ventuari

Amazonas, la selva

El estado Amazonas ocupa el extremo sur del territorio venezolano; es la avanzada venezolana en la impresionante Amazonia suramericana. Escasamente habitado, es quizás la entidad que más poblados indígenas tiene dispersos por la selva. El río Orinoco nace en un oculto rincón de la selva en el cerro Delgado Chalbaud, cerca de la frontera con Brasil. Desde allí, el modesto manantial de aguas rojizas va creciendo, alimentándose de riachuelos y ensanchándose con el caudal de los ríos tributarios, hasta convertirse en la monumental y polifacética corriente fluvial que atraviesa en arco la región suroriental de Venezuela. Hasta el inmenso Amazonas, muchos kilómetros al sur, recibe tributo de las aguas del Orinoco, a través del llamado brazo Casiquiare, documentado por Alejandro de Humboldt, y considerado hoy como el único canal natural existente en el globo.

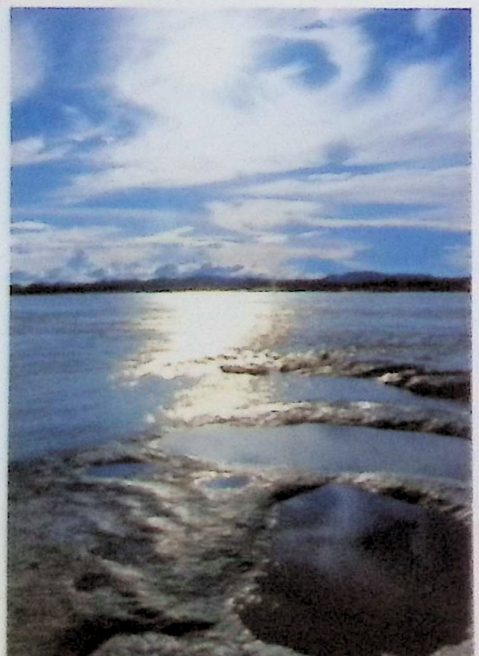


El Orinoco es navegable en casi su totalidad, pero tiene sus puntos críticos, como las grandes "escalinatas" de los raudales de Atures frente a Puerto Ayacucho y los de Maipures más al sur, que a comienzos del siglo XIX asombraran a Humboldt y su compañero de aventuras Aimé Bonpland. Aquí el Orinoco abandona la honda placidez de sus corrientes y remansos para transformarse en un torbellino superficial de rabiones traicioneros. Puerto Ayacucho, capital del estado Amazonas, se fundó en 1924 a orillas del río desde



Río Orinoco en las cercanías de Puerto Ayacucho

donde soporta tranquila y estoica el húmedo calor ecuatorial. La pequeña urbe tiene un interesante mercado indígena donde se venden coloridas artesanías y está dotada de miradores en lo alto de cerros de poca elevación, desde los que se percibe el extraño y bellísimo paisaje circundante: luego de la conmoción de Atures, el Orinoco se desparrama perezosamente en medio de islotes de grandes peñascos, de formas caprichosas, mezclados con los verdes de las masas vegetales y las suaves colinas lejanas. La "inventiva" del paisaje pudiera muy bien haber servido de inspiración a los pintores renacentistas, por la hermosura de los claroscuros, particularmente en el atardecer.



Sector Garcitas, río Orinoco, estado Amazonas

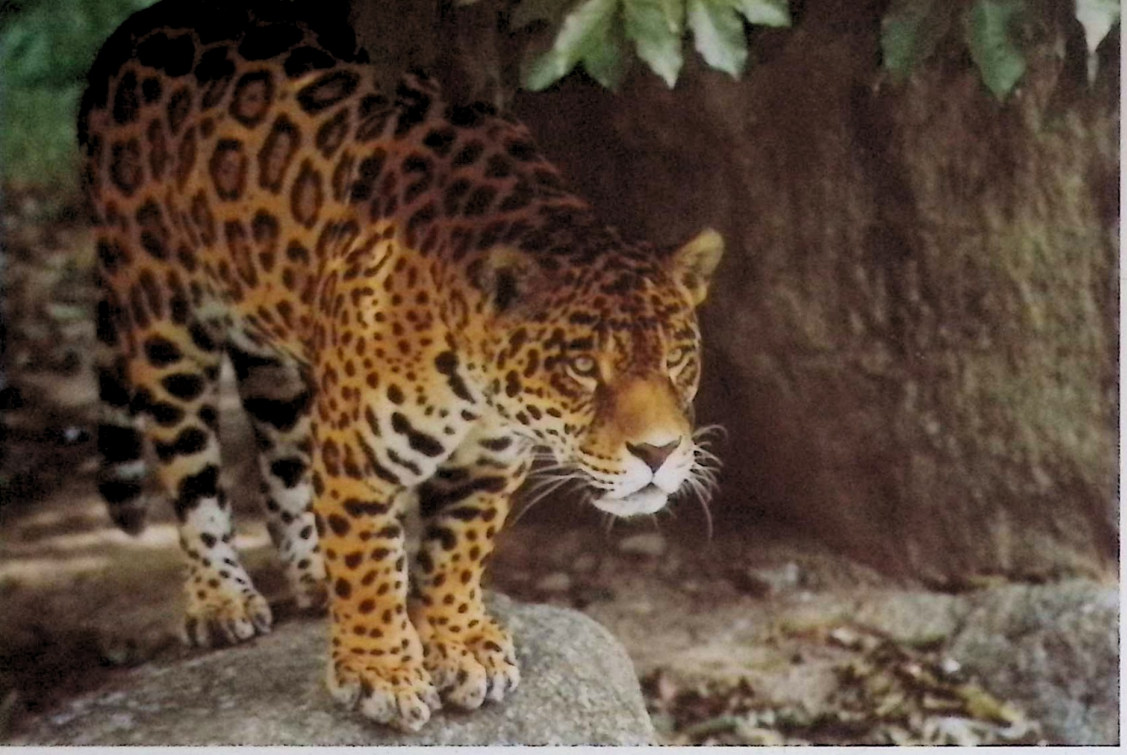
El estado Amazonas alberga nada menos que cuatro parques nacionales: La Neblina, Yacapana, Duida-Marahuaca y Parima-Tapirapecó, con cuantiosas reliquias geológicas e infinidad de recursos vegetales y minerales; también es hogar de un gran número de etnias autóctonas. Las cercanías de Puerto Ayacucho ofrecen varias curiosidades naturales, como el resbaladizo "Tobogán de la Selva": una inmensa laja pulida por la acción del agua, de varios metros de longitud, por donde se desliza la corriente para luego desembocar en una poza más profunda. Poza Azul es otro atractivo oasis de morichales, finas arenas, y deliciosos pozos, de aguas transparentes habitadas por peces policromos.



Población de Solano, a orillas del río Casiquiare

Un poco hacia el sur, la carretera pasa al lado del monumento natural Piedra La Tortuga, inmenso monolito que semeja un reptil dormido en medio de la sabana. En las cercanías del río Cataniapo, hay algo más raro todavía: Cerro Pintado, una inmensa laja en cuyo borde superior se despliega una sofisticada composición de petroglifos grabados a una escala realmente *enorme*, con dibujos de animales y criaturas fantásticas. Los antropólogos aún no han encontrado una explicación al descomunal tamaño de las figuras. A menor escala, los petroglifos grabados en las piedras a orillas de los ríos, son sólo visibles cuando baja el nivel de las aguas.

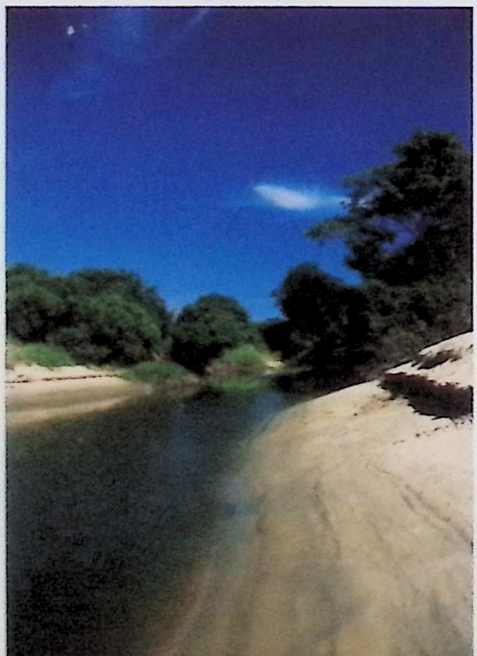
Por tierra y agua, desde Puerto Ayacucho hay acceso a varios poblados indígenas donde es posible apreciar sus hermosas artesanías en madera, fibras o cerámica. La arquitectura espontánea de las churuatas es un prodigio de técnica y conocimiento de materiales, y los ritos tradicionales que siguen practicando estas culturas tan diferentes llaman mucho la atención de los visitantes, entre ellos el *warime*, la danza con máscaras de la etnia piaroa.



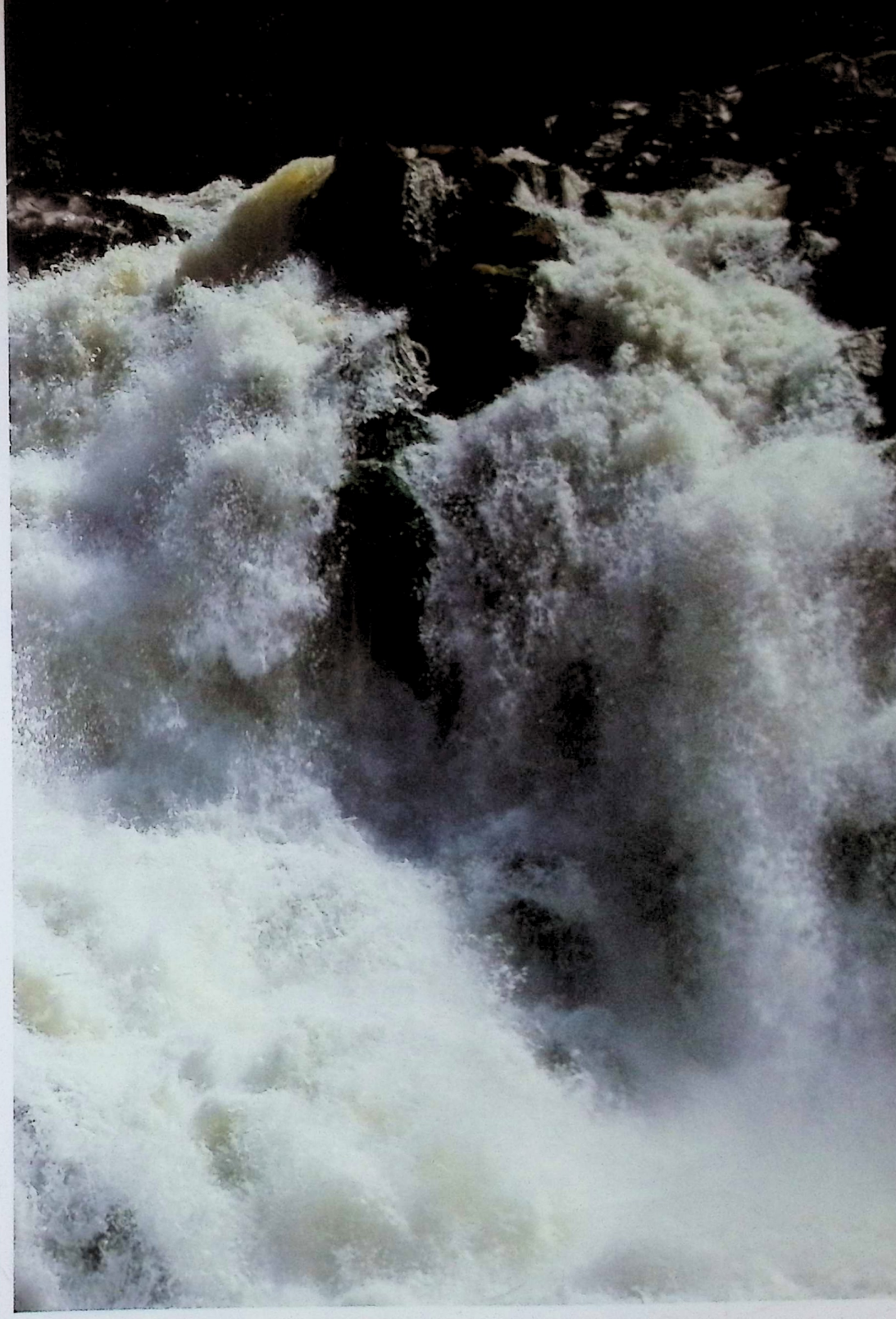
Jaguar o tigre americano

La selva en Amazonas conforma un denso tapiz de enormes árboles que filtran la luz y determinan las especies que sobreviven en el sotobosque. Bajo el intenso calor ecuatorial, la jungla es un hervidero de vida con una incalculable variedad de plantas, insectos, aves, reptiles y mamíferos. Un poco hacia el sur, el cerro Autana levanta abruptamente su rascacielos de piedra de 1.400 metros de altura, en medio de la alfombra selvática. Único resto de una inmensa montaña del Precámbrico, el fuste de este tepuy está horadado a media altura por orificios orientados en sentido este-oeste, que marcan el acceso a un sistema de cuevas y galerías. Dentro, la galería principal guarda un ejemplo perfecto de arquitectura rupestre: un gigantesco domo de piedra rosácea extiende su bóveda en círculos concéntricos, de más de 50 metros de diámetro y a 40 metros del suelo. En las estalactitas y estalagmitas de la caverna se han hallado minerales como ópalo, calcita y calcedonia, amén de un cristal blanco colectado por primera vez en 1975 y que resultó ser un mineral desconocido para la ciencia: el *svelta* (por las iniciales de la Sociedad Venezolana de Espeleología). Es en el cerro Autana donde se siente con mayor intensidad la energía de las fuerzas primigenias que dieron origen a este monumento natural y lo convirtieron en una montaña sagrada para la cosmogonía indígena: el *Árbol de la Vida*.

De las etnias autóctonas venezolanas, un buen número de ellas habitan en el estado



Brazo del río Orinoco a la altura de Puerto Ayacucho



Salto Tencua en el alto Ventuari





Amazonas. Cada una cuenta con su lengua propia, historia y conjunto de mitos cosmogónicos; cada una ha desarrollado un sistema de creencias, por su armoniosa relación con el medio ambiente. Culturas como los ye'kuanas, piaroas, sanemá-yanomamis, guahibos y piapokos viven perfectamente adaptadas a su entorno; como la flora de los tepuyes, han sabido sacar provecho de una dura lección de supervivencia, y tienen muchas cosas que enseñar al mundo "civilizado".



Río Negro

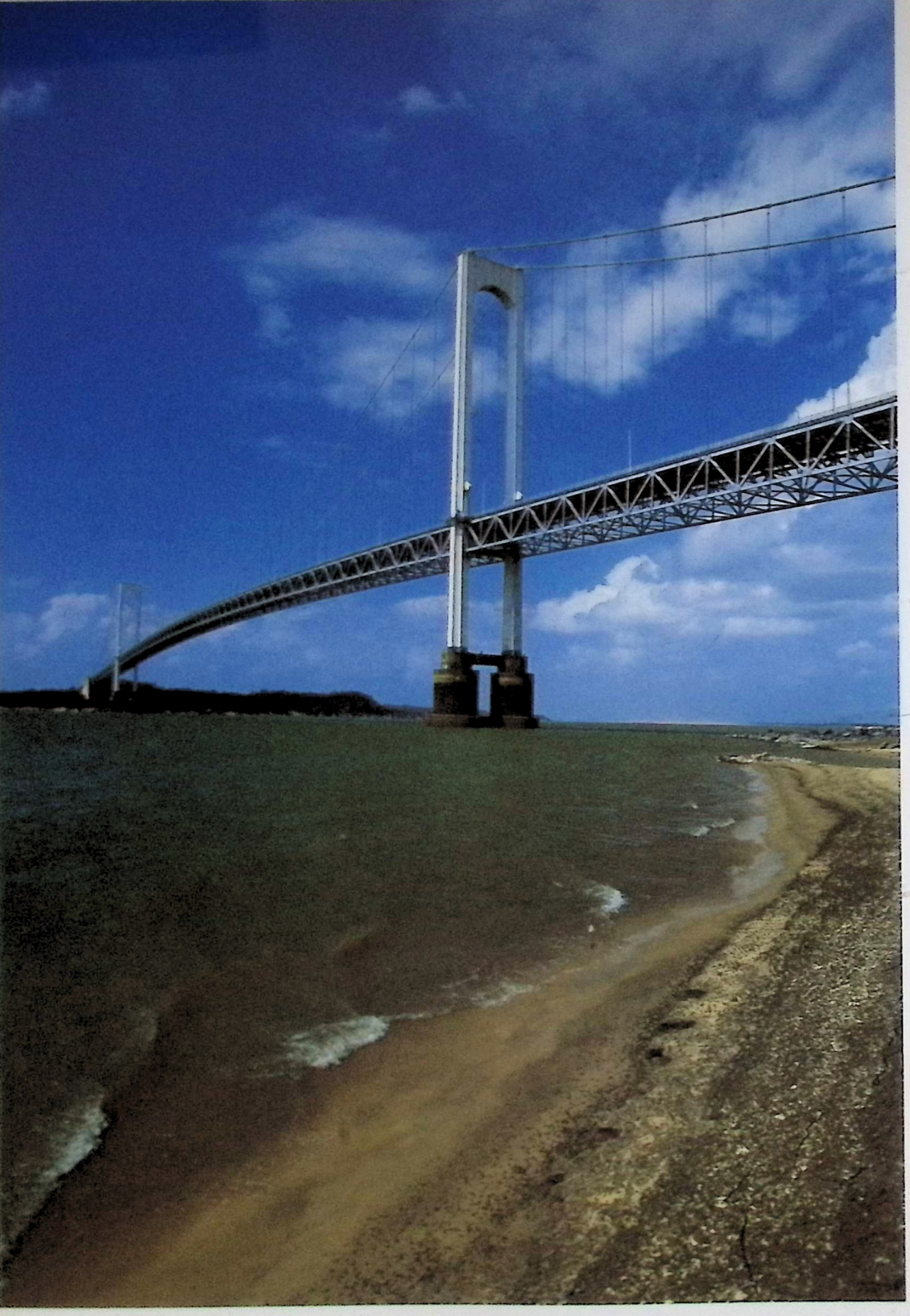
Cerro Autana

Amanecer
en el Orinoco,
sector Garcitas

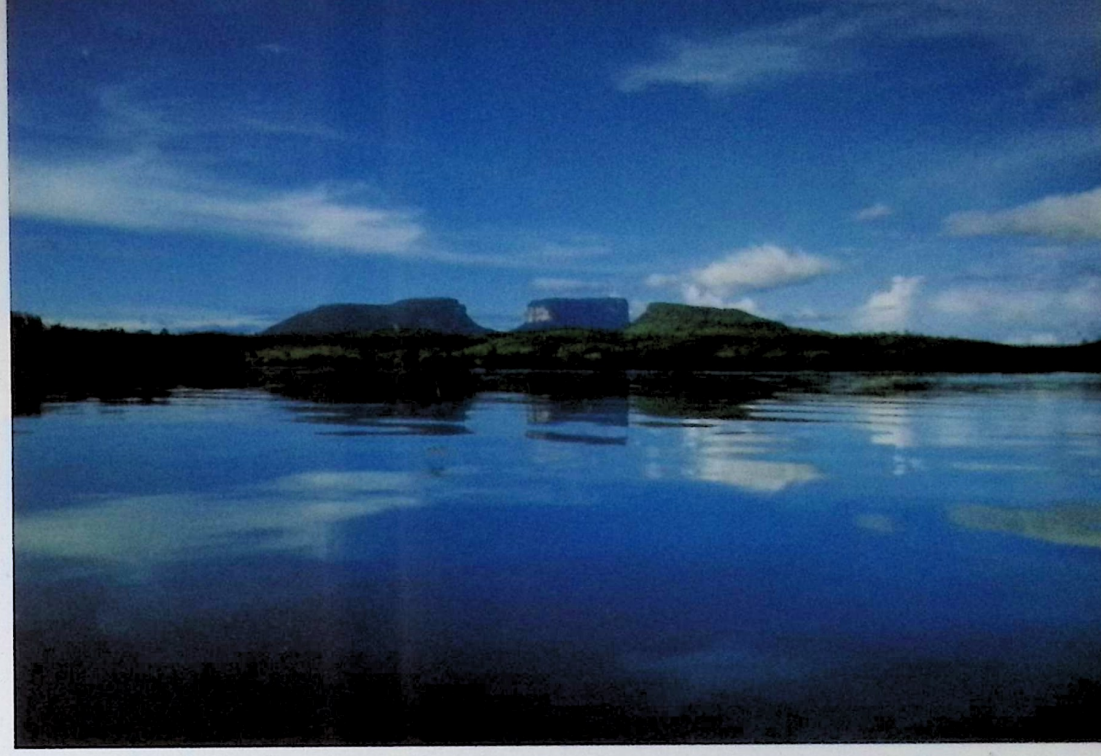


Atardecer en el río Orinoco, al norte de Puerto Ayacucho





Puente de Angostura
sobre el río Orinoco



Río Carrao y tepuyes Kurún, Venado, Kuravaina

Casa del Congreso de Angostura, casco histórico de Ciudad Bolívar

Bolívar: tierra de leyendas y tepuyes

El estado Bolívar tiene por capital a Ciudad Bolívar, fundada inicialmente en 1595 por Antonio de Berrío en las cercanías de la desembocadura del Caroní; luego, en 1764, fue asentada definitivamente en el punto más angosto del río –de donde le viene su anterior nombre, Angostura. En 1846 se la bautizó definitivamente con el nombre de Ciudad Bolívar, en honor al Libertador.

En esta ciudad histórica, Bolívar realizó obras fundamentales para su gloria: organizó la III República, instaló el Congreso de Angostura y pronunció el célebre discurso y promulgó la Ley de la Gran Colombia. La urbe conserva los espacios relacionados con tales hitos históricos.

El paseo Orinoco es el punto obligatorio para admirar el potente caudal del río Orinoco. En mitad de la angostura, la célebre Piedra del Medio conserva las marcas de los niveles de las crecidas en época de lluvia. También se divisa, bastante a lo lejos, el perfil alado del puente de Angostura, cuyos 1.678 metros de longitud, suspendidos 57 metros por encima de las aguas, son hasta los momentos el único lazo que une Bolívar con el resto del país por vía terrestre. Fue construido en 1967 y es una obra maestra de la ingeniería.

A lo largo del paseo y especialmente en La Alameda, en la zona de la parte central de la ciudad, se disfruta de la sombra protectora de hermosos árboles y un mirador construido so-

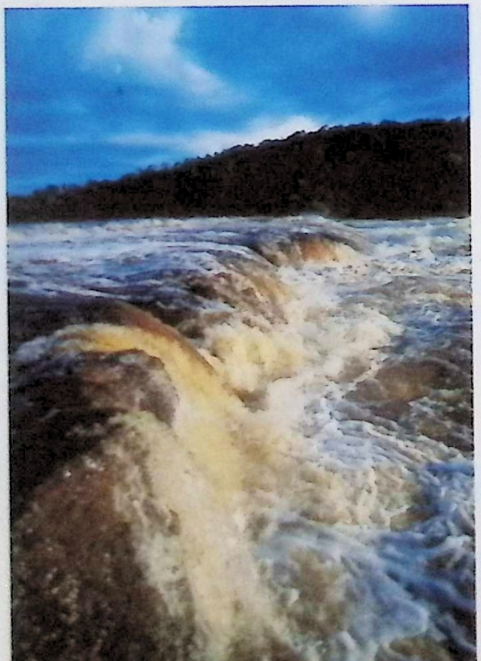




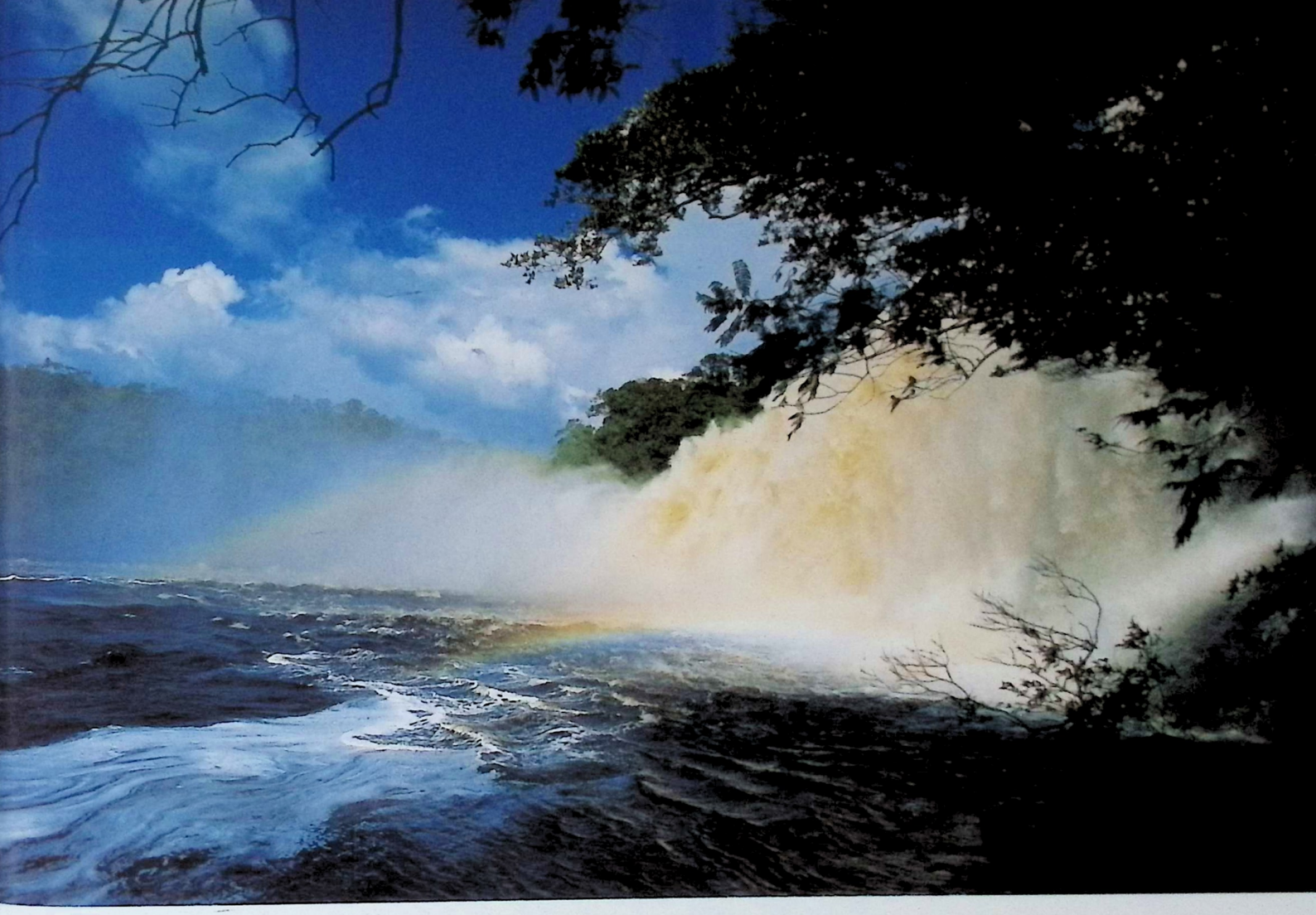
Laguna de Canaima

bre las ruinas de un fuerte colonial. Los reflejos de la luz y las tonalidades del agua, el cielo y la vegetación invitan a la contemplación. Frente al paseo, edificios de gráciles arcadas, balcones y celosías, hablan de un pasado muy ligado a la isla de Trinidad, e invitan a descubrir una ciudad ecuatorial de reminiscencias antillanas. Se puede iniciar el recorrido por el Museo de Ciudad Bolívar, el cual funciona en la casona donde se editaba uno de los primeros periódicos impresos en Venezuela: *El Correo del Orinoco*; este museo tiene una colección de arte contemporáneo, objetos de diversas épocas de la ciudad y una sala de cerámica precolombina.

Una serie de calles empinadas parten del paseo Orinoco hacia el centro del cuadrilátero histórico de Ciudad Bolívar, y desde cualquier punto de ellas es posible divisar el río omnipresente, conforme se va ascendiendo. La restaurada plaza Bolívar, cercada en parte por los muros de la catedral, rinde homenaje al Libertador, pero recuerda el fusilamiento del patriota Manuel Piar. Hacia el sitio de ese triste suceso miran la Casa de los Gobernadores de la Colonia, la antigua Real Intendencia –sede actual del gobierno del estado– y la casa del Congreso de Angostura, que funciona como centro cultural de la ciudad. La catedral, iniciada en 1771, está dedicada a Nuestra Señora de las Nieves y fue concluida en la década de los setenta del siglo XX según los planos originales, hallados en el Archivo de Indias de Sevilla. La antigua cárcel,



Rápidos del Yuri, parque nacional Canaima



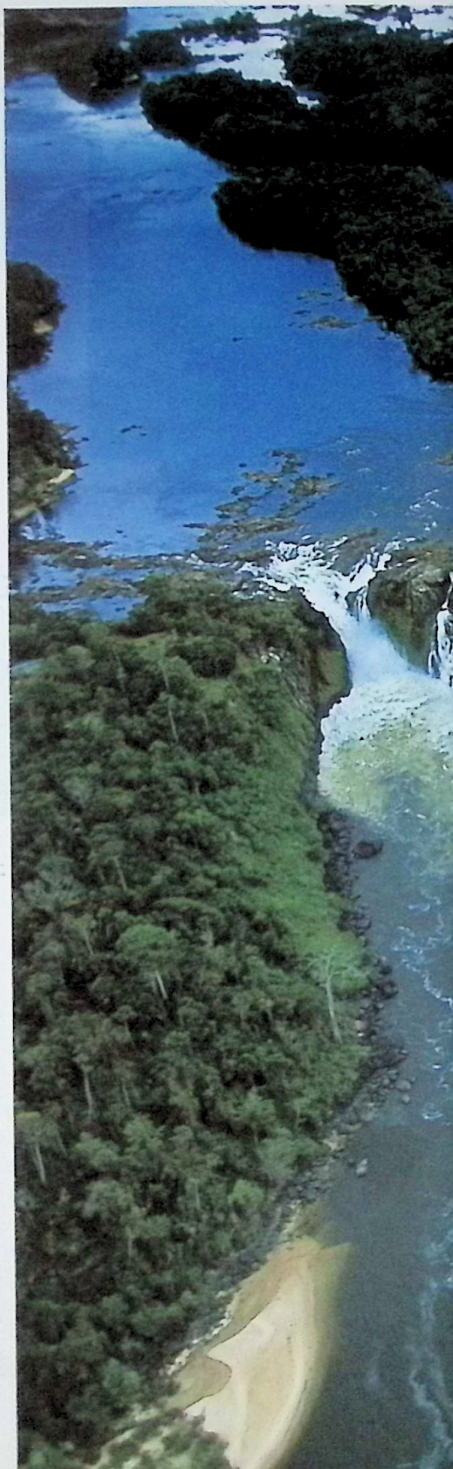
Salto Ucaima, laguna de Canaima

otro edificio de valor histórico, fue restaurada y hoy alberga el Archivo General de Guayana y el Instituto de Historia. Otro hito histórico de la villa es la casa de San Isidro, donde frecuentemente se alojó el Libertador (se dice que allí terminó de escribir su famoso *Discurso de Angostura*). Aquí y allá, algunas de las rocas inmensas e inamovibles que han dado forma al paisaje original de Ciudad Bolívar sirven hoy de cimientos para algunas viviendas.

Ciudad Bolívar todavía tiene un secreto bien guardado: un museo de arte moderno de estatura internacional. El Museo de Arte Jesús Soto rinde homenaje a este gran artista venezolano, nacido en la región, maestro de la abstracción e iniciador del movimiento cinético en el mundo. Además del trabajo del maestro Soto, sus salas exhiben obras de otros artistas de renombre mundial, algunas de las cuales fueron originalmente parte de la colección privada de Soto, quien las cedió al museo para el disfrute de la colectividad. La edificación es diseño del arquitecto Carlos Raúl Villanueva.

Si Ciudad Bolívar es la ventana al pasado histórico, su no tan cercana vecina, Ciudad Guayana, es el balcón al futuro. Situada en la confluencia del Orinoco con el Caroní, la urbe, fundada en 1961 a partir de un campamento minero, es la administradora de la energía surgida del torrente del





Caroní, que abastece de energía eléctrica a Venezuela. El desarrollo de la zona mediante las empresas del aluminio y el hierro, hizo surgir Ciudad Guayana, una extensa, moderna y bien trazada ciudad que resultó de la fusión de Puerto Ordaz y San Félix.

Con una historia tan corta, el atractivo turístico de Ciudad Guayana se centra en sus bellísimos parques y la monumentalidad de sus represas y fundiciones. El parque urbano Caroní encierra una isla de lujuriante vegetación, en medio de la poderosa corriente del río. En realidad es un complejo sistema de parques, los más famosos de los cuales son La Llovizna y Cachamay, con fascinantes vistas de las poderosas cataratas y raudales. Puentes y miradores permiten apreciar el desfile atropellado e intimidador de las aguas imponentes, cuyo negro misterio hace temblar la tierra con su voluptuosa fuerza.



Hacia el sur de la urbe, en Guri, está la represa Raúl Leoni. Con una producción de 10.000 megavatios –la segunda del mundo en tamaño y capacidad–, es una asombrosa obra de alta tecnología que trastoca todos los conceptos de escala del visitante. Monumentales obras de arte cinético de los artistas venezolanos Alejandro Otero y Carlos Cruz Diez complementan soberbiamente la arquitectura ciclópea de los muros de contención. Cuando los aliviaderos de la represa dejan escapar las inmensas plumas de agua, se conjugan naturaleza, tecnología y arte en un espectáculo imponente.

Río Carrao y tepuyes Kurún, Venado, Kuravaina

Puente sobre el río Cuyuní

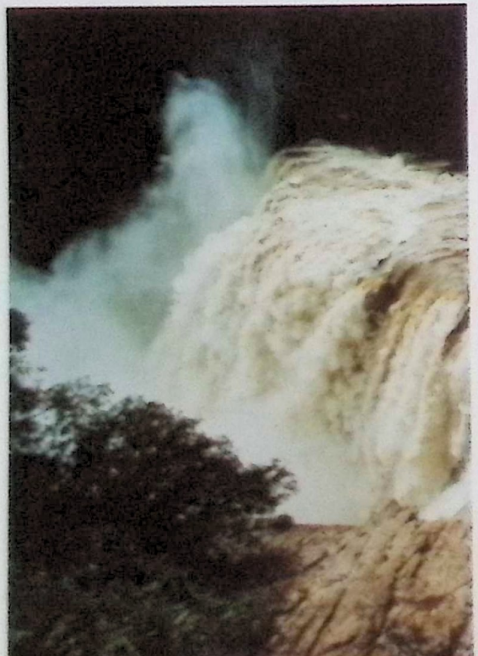
Salto Parú, río Caura





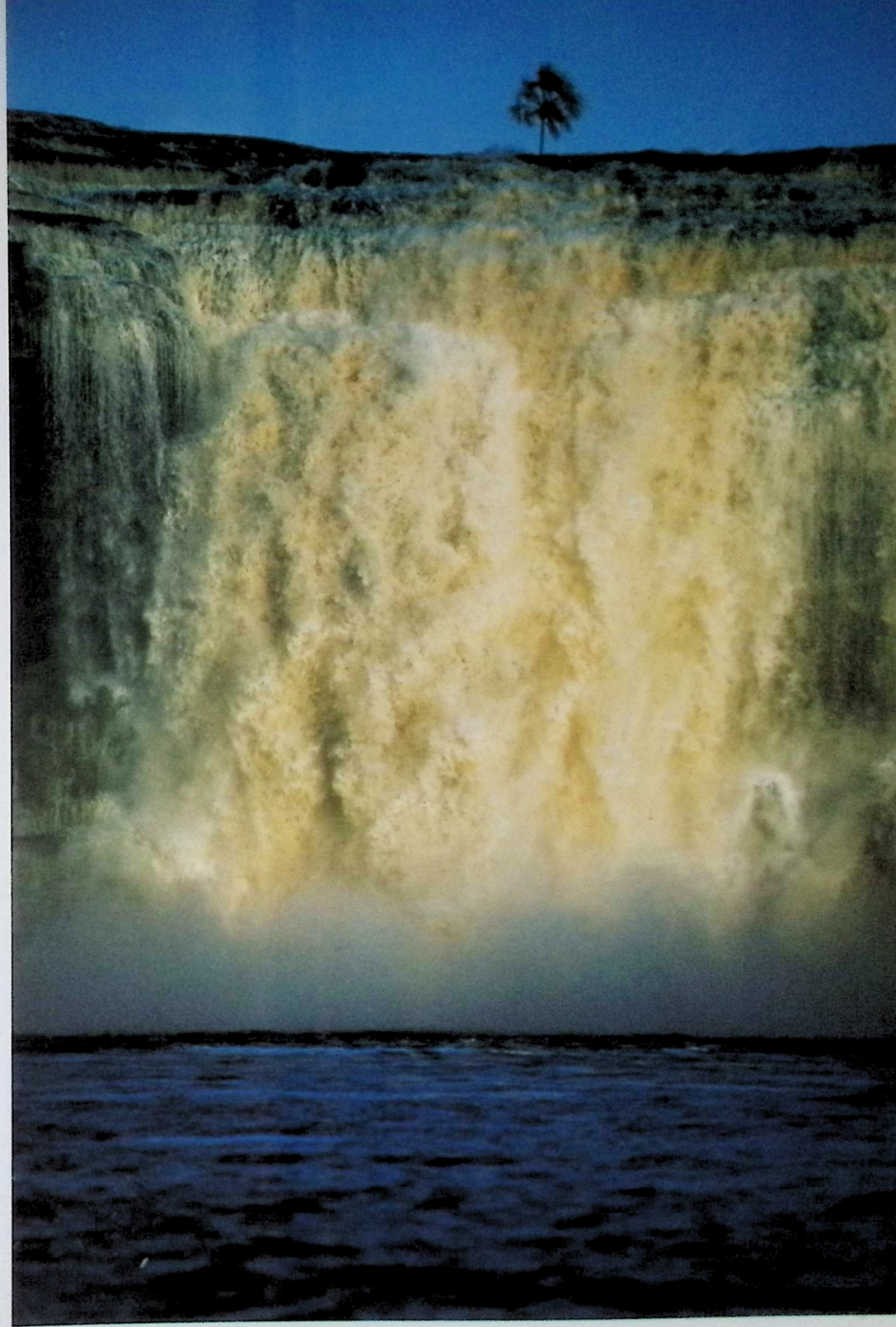
Salto Aponwao

La represa misma es un canto al poder transformador del hombre: el lago de Guri es uno de los cuerpos de agua más extenso que han salido de la mano humana en el planeta.
Camino al sur del estado, Upata, Guasipati y Tumeremo fueron originalmente misiones que se convirtieron en activos centros mineros de hierro, oro y diamantes. Hoy pueden hablar de riquezas agropecuarias y de grandes reservas forestales. Allí comienza la ruta del oro y el diamante. El Callao, con su iglesia anglicana, su fisonomía urbana y su folclore de evidente raigambre antillana, fue un activo centro de extracción de oro; hoy es un emporio de orfebrería y una localidad muy visitada en época de carnaval por la vistosidad y la alegría de sus comparsas.



Salto Eutobarima, río Caroní

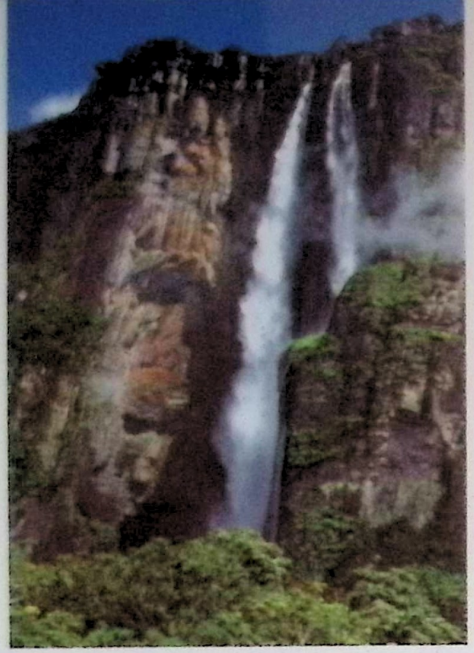
Llegar a los dominios de la Gran Sabana es encontrarse con lo sagrado. Aquí, el parque nacional Canaima ofrece a los ojos más incrédulos tres millones de hectáreas de pura magnificencia paisajística.
Es el reino de los famosos tepuyes, abruptas montañas truncas, mesetas inclinadas, formadas de arenisca y cuarcita, con paredes verticales y cimas planas que se remontan al Precámbrico. Su peculiar vegetación, que los convierte en verdaderos monumentos de la biodiversidad, y sus saltos de agua –*merú*– conforman un paisaje de resonancias prehistóricas, donde parece que el tiempo se hubiera detenido. Por supuesto no ha sido así: por millones de años los elementos se han mantenido

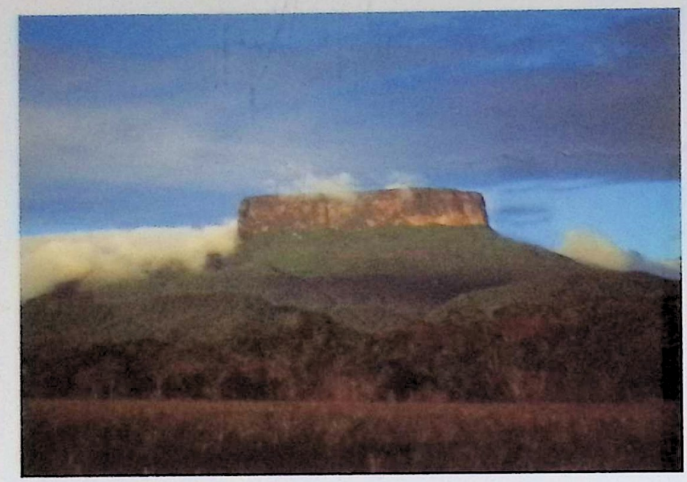


Salto Golondrina,
laguna de Canaima

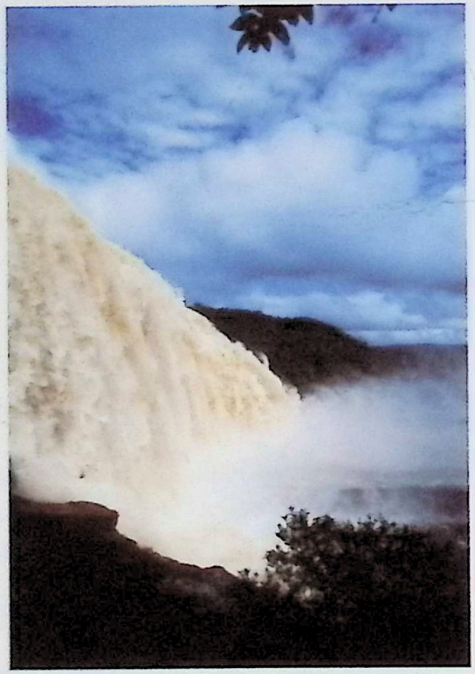


Atardecer
en el río Carrao









Salto Ángel

Ptari-tepuy

Salto Golondrina

Salto El Sapo

Salto Ángel



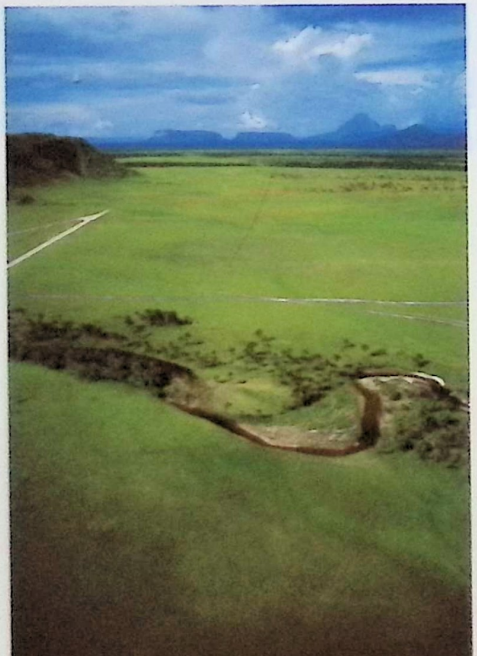
Río Carrao
y el Auyantepui

ocupados esculpiendo montañas de diáfana geometría; rocas de formas y colores nunca vistos; cascadas de ensueño que parecen brotar de la nada; salvajes raudales de espuma blanca y dorada; junglas cuya alfombra arbórea se pierde en el horizonte; y terrazas cimeras con durísimas condiciones de vida, donde la flora de belleza pragmática e inquietante es obra del capricho selectivo de la naturaleza.

La laguna de Canaima abre sus playas de arenas rosadas rodeadas de morichales, al pie de cinco espléndidas cataratas por donde se despeñan las aguas del río Carrao. Desde el campamento turístico, la laguna de Canaima es como un gran anfiteatro fluvial alimentado por los saltos Ucaima, Hacha, El Sapo, El Sapito y Golondrina. En dirección hacia Kavanayén, tres soberbias cascadas –Toron-merú, Karuai-merú, Chinak-merú– se despeñan desde abruptas cornisas; en todas ellas hay piedras de colores insospechados bañadas por las aguas cristalinas y arenas muy finas. El tanino, esa sustancia que destilan los desechos orgánicos, orla de rojo y amarillo los negros espejos de agua limpísima en los afluentes del Caroní.

La misión religiosa de Kanavayén, curioso conjunto arquitectónico en piedra de la zona, está indisolublemente asociada con la comunidad de padres franciscanos.

Las comunidades pemón se encuentran dispersas en buena parte de la Gran Sabana. Su



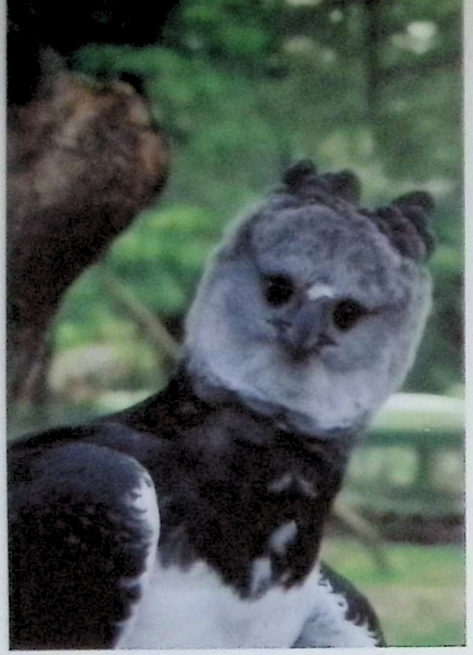
Valle de Kamarata



Río Carrao y Auyantepui

variada artesanía cautiva: artísticas bandejas circulares hechas de fibra vegetal y teñidas con intrincados diseños abstractos, collares y cestería utilitaria de las más insólitas formas. Sus viviendas de techo de palma y paredes de bahareque son una lección de arquitectura adaptada al medio.

Los tepuyes de esta región incomparable ofrecen vistas únicas en el mundo. Navegar por el Carrao que discurre en medio de la selva, permite extasiarse con el espectáculo grandioso de los flancos de la meseta del Auyantepui, cuyas paredes verticales se adornan de un sinnúmero de "velos de novia" en época de lluvias. La más espectacular y conocida de esas caídas de agua es el Salto Ángel (Kerepacupai-merú), el más alto del planeta; tan elevado es, que las aguas que se despeñan de las hendiduras superiores del tepuy se convierten a mitad de caída en niebla finísima, que inunda de rocío el paisaje circundante. En el costado sureste del Auyantepui, el río Kavac ha socavado un largo cañón entre las paredes escarpadas que se puede remontar, para llegar a la gruta de la cascada sembrada de helechos; las rocas tienen una apariencia "bruñida" que sólo dan miles de años de erosión.



Hacia el sureste, el macizo de Chimantá es una fantástica aglomeración de mesetas con sonoros nombres indígenas: Upuigmá-tepui, Amurí-tepui, Acopán-tepui, Apakará-tepui, Agparamán-tepui, Toronó-tepui.

Hacia el este, la meseta de 2.800 metros de altura del Roraima hiende con su proa de piedra el cerco de nubes; vista desde el aire, su cima rugosa exhuma un laberinto infinito de rocas fracturadas por quién sabe qué avatares geológicos. Un fantástico "museo" a cielo abierto exhibe una profusión de esculturas modeladas por el agua y el viento, cuyas formas parecen imitar las fantasías arquitectónicas de Antonio Gaudí. Cerca, el altivo Kukenán eleva su historial de piedra estratificada con cascadas casi tan altas como el Salto Ángel –una de ellas alimenta lo que será el río Caroní– y jardines pétreos en su cima que esconden prístinos cenotes de agua color esmeralda. En esos mundos perdidos, las plantas se han adaptado a las condiciones de un medio muy difícil desarrollando adaptaciones especiales: especies carnívoras sobreviven capturando insectos.

En el sector oriental de Canaima está quebrada Jaspe (Kakó-parú), una corriente de aguas cristalinas que se deslizan a lo largo de varios kilómetros por un lecho de piedra de jaspe. Herida por la caricia constante del agua, la piedra pulida y semipreciosa destella con fulgores de rojo intenso, naranja y amarillo, de manera que se tiene la impresión de estar frente a un río de lava incandescente.

Hacia el suroeste de Canaima, está el parque nacional Jaua-Sarisariñama, una meseta de 1.350 metros de altitud que contiene dos abismos (simas) naturales, que con 350 metros de profundidad, están considerados los más profundos del planeta.

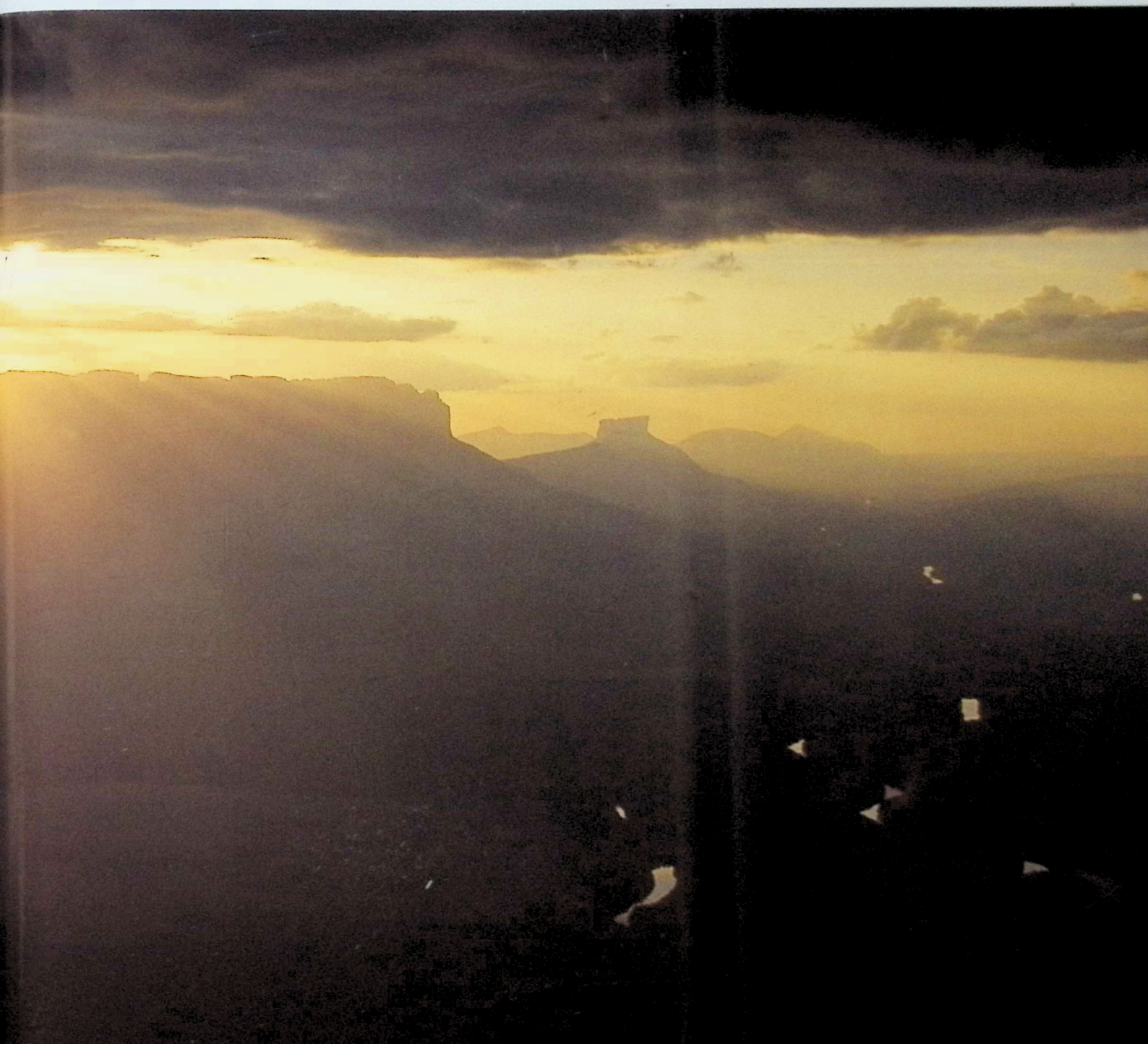




Águila arpía

Cima del tepuy Roraima

Atardecer en el Auyantepui

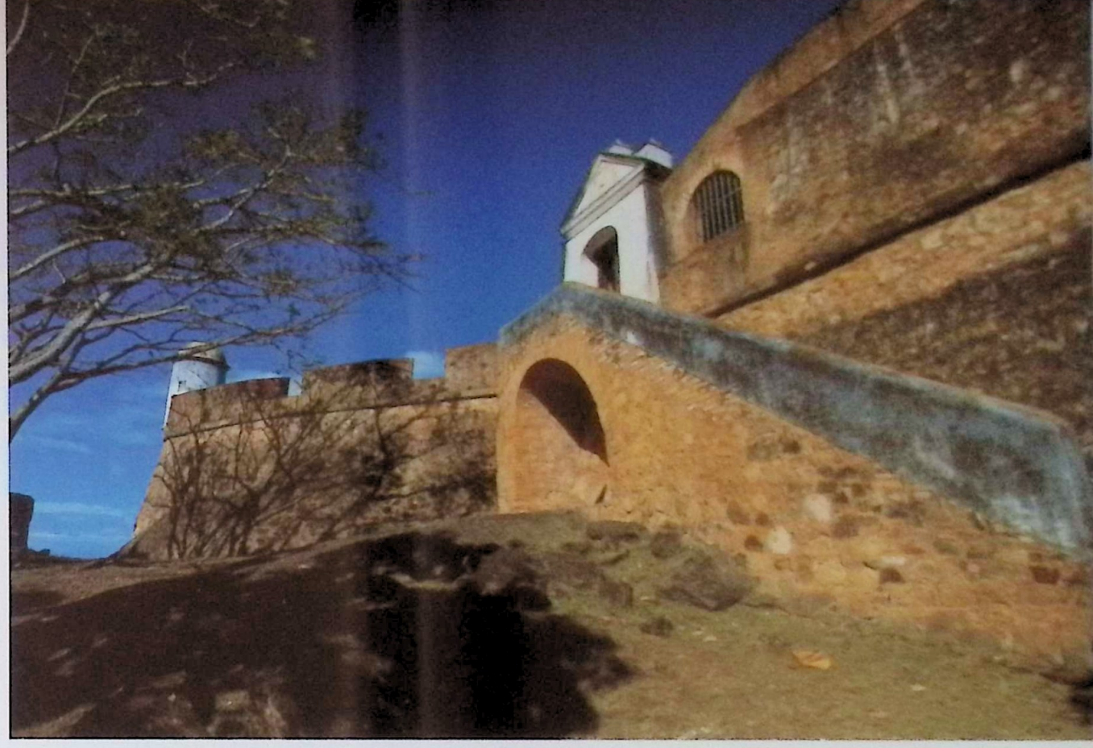




Cadena oriental
de tepuyes



Delta del Orinoco
y océano Atlántico



Castillo San Francisco de Asís, Delta Amacuro

Paují de copete

Delta Amacuro, donde se funden las aguas

Los castillos de Guayana La Vieja, el fuerte San Francisco de 1678 y el fortín de San Diego Alcalá de 1747, custodiaron la entrada a la Angostura del Orinoco. Hoy son bien restaurados museos que marcan la antesala a los prodigios del estuario del Río Padre.

El estado Delta Amacuro es quizás la única entidad federal venezolana que acrecienta regularmente su territorio: el Orinoco indetenible vierte sus aguas terrosas en el océano Atlántico después de un viaje de 2.150 kilómetros, y el arrastre de sedimentos de su poderosa corriente siguen depositándose en la boca después de millones de años para formar un alucinante dédalo de brazos, caños, remansos y lagunas en medio de inmensas extensiones de manglares, acaso los más vastos del mundo. Entre la Boca Grande o de Navíos y la Boca Guanipa, la tierra regada por los caños se fragmenta en miles de islas mecidas por la música de las mareas del Atlántico, de manera que este arco prodigioso del delta se caracteriza por ser una enorme zona de pantanos y canales, drenados por aproximadamente 70 bocas por las cuales el Orinoco desagua en el mar.



El parque nacional Mariusa protege un complejo y delicado ecosistema que cambia y está regido por el vaivén de las mareas. En la inmensidad inabarcable de agua y manglares, el paisaje se mimetiza a veces, y lo que visto desde el aire se antojan verdes praderas de hierba



Viviendas warao en el delta del Orinoco

recortada son en realidad mantos de plantas acuáticas, como la bora. En la laguna de Capure en el bajo delta, cerca del golfo de Paria, resplandece bajo el sol el verde de los lirios de agua, y el paisaje se asemeja a un tranquilo parque urbano; islas de densa vegetación, limpiamente recortadas, parecen flotar a la deriva en la corriente. En las áreas de tierra firme, la extrema fertilidad de los suelos ha dotado a Delta Amacuro con extensas reservas forestales.

Un sinnúmero de aves anidan y se alimentan del rico sustrato deltaico, como los patos, el gavilán tijereta, el garzón soldado, la chenchena, el sangre de toro, los tucanes o el atrapamoscas real. Ya sea que las aguas estén estancadas en rutilantes lagunas bajo el sol o se muevan en lenta corriente, los espacios se colorean con el plumaje de las garzas blancas o negras, las garzas paleta rosadas, las corocoras de rojo violento o las multicolores guacamayas bandera, la cotorra cabeciazul y el perico siete-colores.

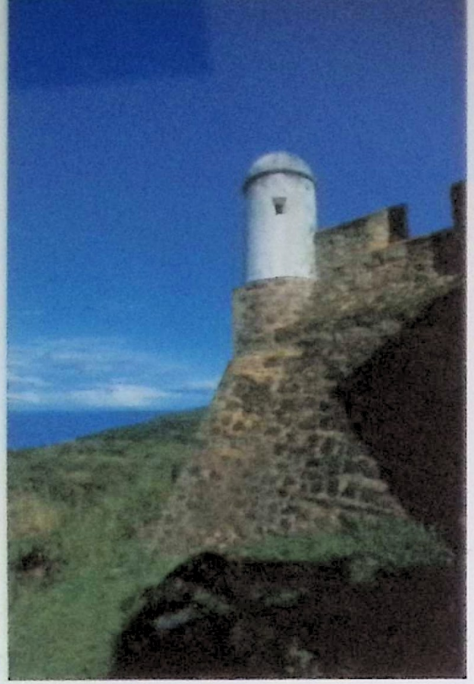


Delta del Orinco, al fondo el océano Atlántico

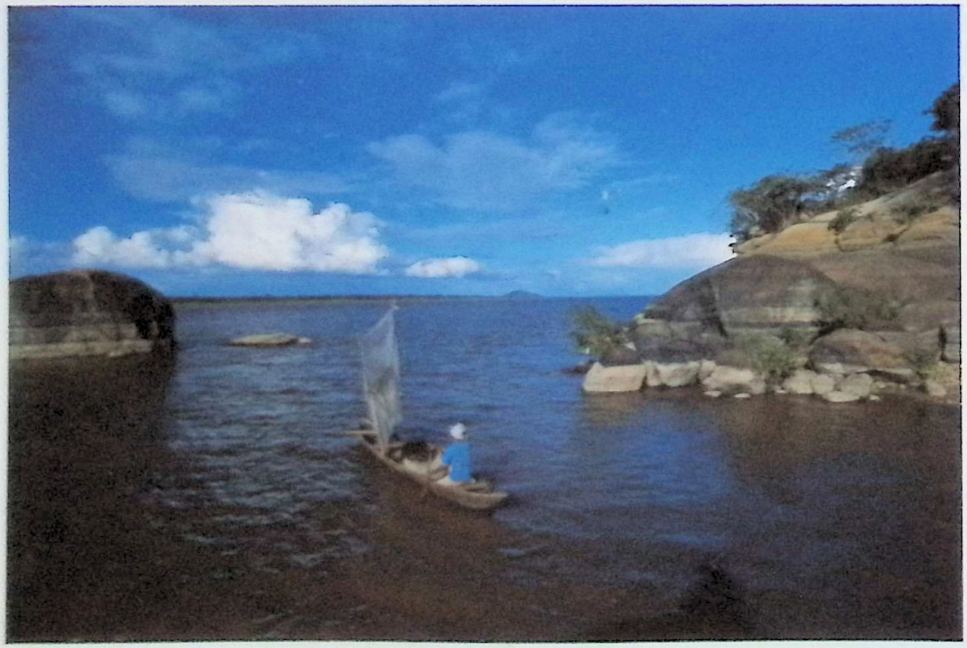
La etnia warao –cuyo nombre significa "hombres de canoa"– ha vivido en el delta del Orinoco desde tiempo inmemorial. Su cultura se ha desarrollado sobre la base del conocimiento, observación y relación con su medio acuático. Habitan en chozas de moriche y manaca sostenidas por estacas en el agua. Son además sumamente diestros en el manejo de la curiara, a bordo de la cual llevan los productos de cestería de elegante diseño y otros ornamentos para vender.



Atardecer en el río Orinoco



La capital de Delta Amacuro es Tucupita, erigida en 1888. Sin embargo hoy se sabe que antes allí hubo un poblado indígena, según reportó el explorador inglés Walter Raleigh entre los siglos XVI y XVII. El medio ambiente terrestre-marino ha determinado una interesante culinaria que se manifiesta en sus restaurantes, donde es posible probar deliciosos platos a base de pescado y cangrejos de río, o de ensaladas de retoños de palma de manaca. En la actualidad es una apacible ciudad en las orillas del caño Mánamo, llena de árboles benevolentes que brindan sombra y frescas estancias.





Castillo San Diego de Alcalá, Delta Amacuro

Navegando a vela en el río Orinoco frente a los castillos de Guayana

Río Orinoco en el sitio denominado Estrechura, Delta Amacuro



Páramo de Piedras Blancas, parque nacional Sierra La Culata, estado Mérida



Pico Bolívar,
Sierra Nevada,
estado Mérida

Carretera
vía Piñango,
estado Mérida

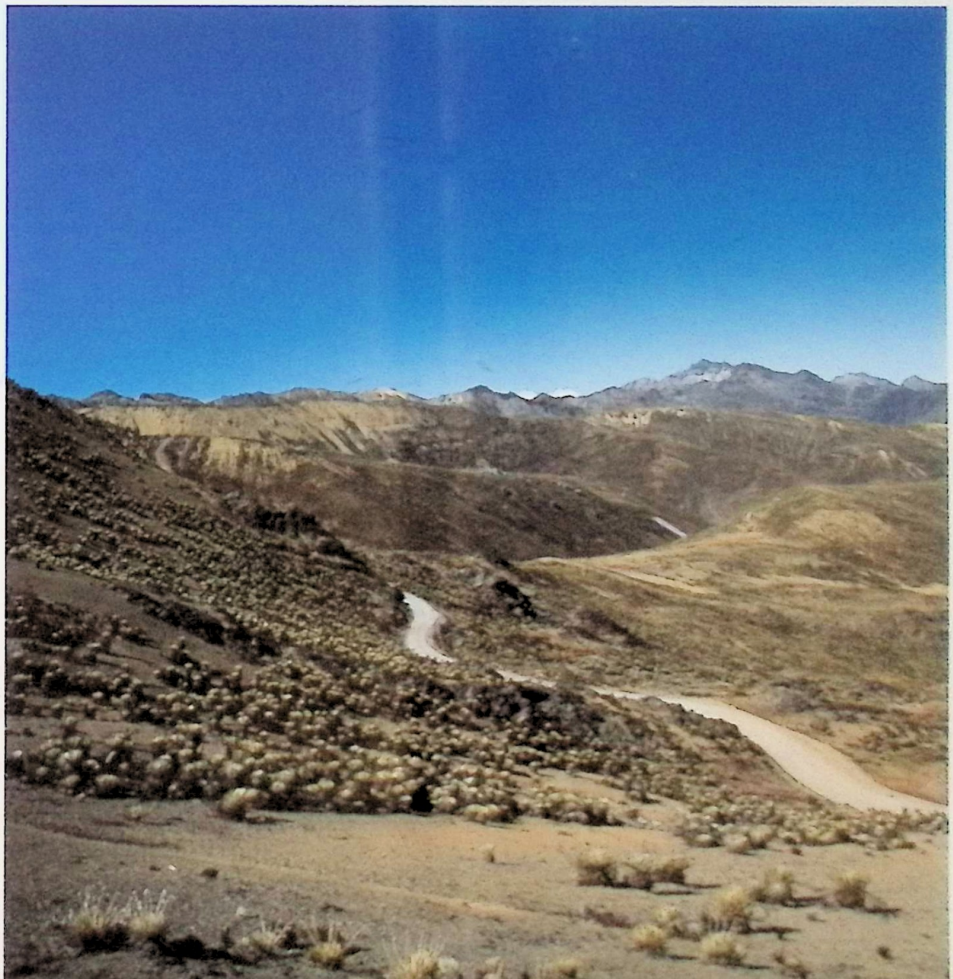


Los Andes, las nieves del trópico



Desde las nieves perpetuas de sus grandes alturas hasta los valles de sus picachos menores, la cordillera de los Andes se muestra espléndida y multifacética, bajo los incomparables cielos azules de las alturas.

Uno de los fenómenos orogénicos más notables del mundo, esta serranía nace en uno de sus ramales en Venezuela y termina en los confines de Chile y Argentina. Las estribaciones andinas venezolanas se inician en el estado Trujillo y pasan por Mérida y Táchira. Pero es en Mérida donde alcanzan las cumbres más altas, y es aquí el único sitio en Venezuela donde en pleno trópico pueden verse glaciares y nieves perpetuas. En estas alturas andinas "duermen las águilas blancas que cuando despiertan y agitan sus alas, hacen descender la nieve", tradición oral de la región, recogida y embellecida por el escritor merideño Tulio Febres Cordero.





Monumento a la Paz,
Peña de la Virgen,
estado Trujillo



Alto del Arenal

Trujillo, la puerta de los Andes

Provincia de Cuicas se le llamó durante la Colonia al territorio que desde 1863 se conoce como estado Trujillo. Ocupaban estos parajes los indios cuicas, nación dividida en cuatro grupos: cuicas propiamente dichos, tostoses, escuques y timotes, quienes legaron sus nombres a las ciudades trujillanas de nuestros días. A diferencia de Mérida, Trujillo no posee grandes cimas, pero sus montañas conforman una impresionante topografía coronada de vegetación montañosa y de una variada flora. Sus maravillosos pueblos están rodeados de tierras cultivables y cultivadas: el historiador Mariano Picón Salas afirma que Trujillo es la zona de mayor tradición agrícola del país, la cual se remonta a su herencia timoto-cuica.

En la capital, Trujillo, fundada en 1558 por el capitán Diego García de Paredes, se conjugan el pasado y el presente. Una larga historia de mudanzas marca las primeras décadas de la ciudad, hasta 1570, cuando se asienta en el valle de los Mucas, lugar que ocupa hasta nuestros días. Por eso se le conoció como la "ciudad portátil". En las afueras de la ciudad, el cerro Peña de la Virgen abriga el Monumento a la Paz, una monumental escultura penetrable de la Virgen María de 46 metros de alto, obra del arquitecto y artista Manuel de la Fuente, que se inauguró en 1983.

La ciudad comercial más grande del estado es Valera, usada por los viajeros como punto de escala para llegar hasta bucólicos pueblos de montaña. Entre ellos, La Puerta, que corona el valle del Momboy a una altitud de 1.830 metros, un paraíso de verdor donde se cultivan flores y hortalizas, al que cada tarde envuelve la neblina.

En ruta hacia la quebrada de Cuevas es posible llegar a la mesa de Esnujaque, otro pueblecito lleno de encanto provinciano dedicado al cultivo de flores y con excelentes hospedajes. También en esta zona se encuentra Jajó, pueblo fundado en 1611, hoy restaurado y bien conservado, con luz singular y fresco clima, que pueden inducir cierta nota introspectiva en el visitante. El ascenso por el camino de pinos y eucaliptos que sigue de Jajó hacia la montaña, conduce al páramo de



Mesa de Esnujaque

Tuñame, donde asentamientos de campesinos cultivan una tierra negra y fértil que produce hortalizas y claveles, los cuales imprimen al paisaje tonalidades azules, grises y rojas.

Boconó, en la parte oriental del estado, recibió del Libertador el hermoso título de "el jardín de Venezuela". La ciudad es pródiga en maravillosas vistas y sus artesanías textiles y alfareras están captando la atención de los coleccionistas. No lejos de allí está San Miguel de Burbusay, con su sorprendente iglesia de gruesos muros encalados que datan de mediados del siglo XIX, y planta en cruz que guarda una serie de capillas con retablos en mampostería policromada. El principal muestra un serie de arcángeles en altorrelieve separados por columnas también policromadas.

Trujillo comparte dos parques nacionales con otros estados: con Portuguesa, el parque nacional General Cruz Carrillo, 21.000 hectáreas de bosques siempreverdes y páramos andinos, donde habita la única especie de musaraña de Venezuela (*Cryptotis thomasi*); con Mérida, el parque nacional Sierra La Culata.

Al sur, los monumentos naturales de la Teta de Niquitao y el Páramo de Guirigay protegen 18 mil hectáreas de páramos, subpáramos y bosques nublados, donde amén de sus ingentes recursos ecológicos y geológicos, también se han encontrado objetos arqueológicos de la época precolombina.

Betijoque, al oeste, es un pueblo edificado al borde de una terraza desde la que se domina



Iglesia San Juan Bautista, Valera



Páramo de las Siete Lagunas, Sierra de la Culata

la orilla oriental del lago de Maracaibo. Cada 25 de diciembre, los lugareños celebran la fiesta en honor a San Benito de Palermo, el santo negro, cuyo ejército de personajes con caras embadurnadas de negro bailan al son de ritmos africanos, plenando la usualmente callada atmósfera del pueblo.

Cerca de allí, en Isnotú, nació el doctor José Gregorio Hernández, bondadoso médico a quien se le atribuyen numerosos milagros, objeto de veneración en todo el país. El pueblo se ha convertido en lugar de peregrinaje de los devotos que vienen a depositar sus agradecimientos en las dos únicas paredes que quedan de la casa natal.

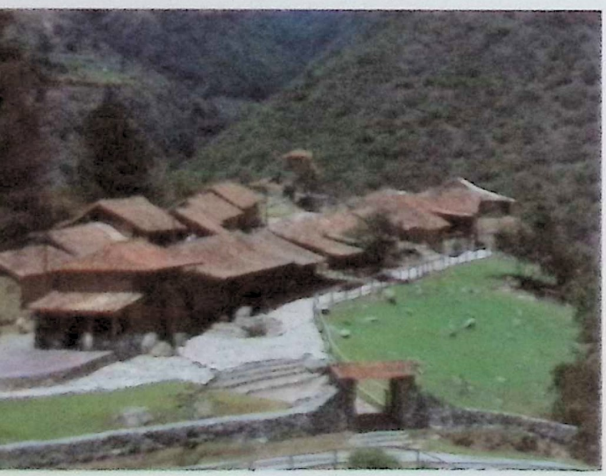
Trujillo ha sido la cuna de algunos de los más destacados intelectuales y escritores venezolanos, entre ellos el ilustre historiador Mario Briceño Iragorry. El siglo XX hizo público el arte popular sin par de Antonio José Fernández, apodado el "hombre del anillo" (Premio Nacional de Arte Popular y quizás el más conocido de los llamados "pintores ingenuos" venezolanos), y Rafaela Baroni. Los tallistas de Trujillo brindan su imaginería en estupendas esculturas de gran colorido.



Picos Humboldt y Bonpland, Sierra Nevada

Mérida, capital de altura

Santiago de los Caballeros de Mérida fue fundada por Juan Rodríguez Suárez en 1558 en el sitio donde aún se encuentra hoy en día. La ciudad se expande sobre una meseta encerrada entre dos ríos paralelos, el Albarregas por el noroeste y el Chama por el sureste. Por el nordeste la abraza el páramo de La Culata, mientras que por el sur la urbe se acoge a la sombra de la más formidable muralla orográfica de Venezuela: la Sierra Nevada, en la cordillera andina. En esas alturas se ubican los picos más elevados del país: el Bolívar (5.007 metros), las cimas hermanas Humboldt (4.932 metros) y Bonpland (4.883 metros) y el Espejo (4.765 metros), donde blanquean las únicas nieves eternas del trópico venezolano. Así pues, Mérida está enclavada en un paraje escenográfico sin parangón en todo el país. Ninguna otra ciudad de Venezuela ofrece el privilegio a propios y extraños –sin desmerecer otros hermosos paisajes–, de poder divisar los glaciares de la cordillera desde sus calles y plazas. Los parques de Mérida, que son numerosos, están a menudo sembrados del árbol emblemático del estado, el bucare, que en esas alturas se ve festoneado por las barbas de palo, epífita que pende grácilmente de sus ramas. Además, el aire de Mérida es transparente y liviano, lo cual imprime una luminosidad especial en el paisaje. Ciudad tradicional y moderna, universitaria y turística, Mérida ha sabido imponer un ritmo muy particular y sosegado a la vida citadina.



Parque temático Los Aleros

Laguna de los Anteojos,
Sierra Nevada





Altos del Tucani,
Sierra La Culata

En sus espacios urbanos convergen los más variados caracteres humanos, los cuales transmiten vitalidad y energía a la ciudad: el campesino de la sierra que viene a vender sus productos; el joven estudiante de diferentes zonas del país que se forma a la sombra augusta de la Universidad de Los Andes; el profesor, frecuentemente venido de otros rincones de la geografía para enseñar. La atmósfera académica de la capital merideña es casi tangible, y de su claustro han salido muchos de los más insignes intelectuales, políticos, científicos y hombres y mujeres de letras que le han dado lustre al pensamiento venezolano.

El gentilicio merideño se enorgullece en abrir y mostrar la casa, y de acoger al extraño. La cortesía y el carácter gentil todavía son características palpables en los merideños. En la ciudad aún conviven e interactúan lo urbano y lo rural, lo regional y lo internacional.

Ciudad arzobispal por excelencia, en su casco central destacan airosas edificaciones, como la catedral metropolitana de Mérida, levantada a mediados del siglo XX sobre las ruinas de un templo anterior con los nuevos planos del arquitecto Manuel Mujica Millán, que le confirieron una solemnidad neobarroca. Al lado se halla el Palacio Arzobispal, que alberga el Museo Arquidiocesano, el Palacio de Gobierno y la sede del Rectorado de la Universidad de Los Andes (fundada en 1785), los cuales hacen de la plaza Bolívar de Mérida uno de los espacios urbanísticos más coherentes y monumentales de todo el país.

Por obra de la fuerza de los movimientos telúricos, ha quedado muy poco de las viejas casonas coloniales merideñas. Pero aún existen algunas de las casas de empaque del siglo XIX, como la edificación donde funciona el Centro Cultural Juan Félix Sánchez, en la cual se pueden contemplar y valorar interesantes obras de arte popular; también las casas del General Juan Antonio Paredes (hoy Museo de Arte Colonial) y del Obispo Bosset, sede de eventos culturales, que ofrecen aspectos de la acogedora ciudad de antaño. El Centro Cultural Tulio Febres Cordero, una edificación contemporánea, ofrece una variada y actualizada programación cultural. Entre las curiosi-



Páramo de Piedras Blancas

dades turísticas de la ciudad hay que mencionar un hito registrado por el famoso Libro de Récords de Guinness: la heladería Coromoto, cuya oferta de sabores de helados –que van de los dulces a los salados– se acerca al número mil, y está considerada la más amplia del mundo. Mérida es además una ciudad estrechamente ligada a la belleza escenográfica de sus parques, como Los Chorros de Milla, el Albarregas –museo al aire libre Mariano Picón Salas–, Tibisay, La Isla, entre otros muchos de menor extensión.

Otro gran hito registrado por el Guinness es el teleférico de Mérida, que con su recorrido de 12,5 kilómetros es el más alto y largo del mundo. Desde la plaza de Las Heroínas donde se halla la estación de arranque, Barinitas (1.600 metros sobre el nivel del mar), el funicular va ascendiendo por las estaciones de escala de La Montaña (2.442 m s.n.m.), La Aguada (3.452 m s.n.m.), Loma Redonda (4.045 m s.n.m.) y finalmente Pico Espejo (4.765 m s.n.m.). Hay que otear el horizonte y el valle de Mérida desde la cabina ascendente del teleférico para comprender el significado del término "grandioso". El tramo final entre las últimas dos estaciones es un recorrido escalofriante, ya que el funicular queda suspendido en el vacío de una inmensa hondonada cordillerana, sin



Laguna de Mucubají



Antiguo convento franciscano en la vía a Apartaderos

Los Nevados

torres intermedias de soporte. La Virgen de las Nieves recibe a los excursionistas en el tope del pico Espejo; en ciertas épocas del año, las laderas se cubren con un manto de nieve. En esas alturas transparentes, el aire enrarecido puede atacar al visitante inquieto y desprevenido con el temido "mal de páramo". El mirador sin igual del pico Espejo depara vistas incomparables: hacia el nordeste, la pirámide nevada y majestuosa del pico Bolívar, y más hacia el fondo, la corona triunfal de los picos gemelos Humboldt y Bonpland. Hacia el sureste, mientras el organismo soporta el azote del viento gélido y cortante, la vista se recrea con la cálida planicie de Barinas y sus selvas de Ticoporo. En dirección suroeste se encrespan sobre el horizonte los picos de La Concha, Toro, el León, que con el Espejo forman las cuatro Águilas Blancas, todos superiores a los 4.700 metros sobre el nivel del mar.



El parque Sierra Nevada encierra unas cuatrocientas lagunas de origen glaciar, entre las que destacan la Laguna Negra, la de Mucubají, la de los Anteojos, la Verde, de los Patos, la Coromoto y la del Santo Cristo. Al otro lado, hacia el norte, están los páramos de La Culata, Santo Domingo y Piedras Blancas; este último se denomina así por el notable color blanco ceniciento de piedras amontonadas, que le dan al paisaje un aspecto casi lunar de belleza austera, salpicada por la muchedumbre algodonosa de los frailejones. En realidad, en época de floración la paleta de colores del páramo andino puede ser curiosamente rica en tonos: el

omnipresente amarillo del frailejón armoniza con otras plantas, como la bandera española, de flores rojas y amarillas, o el azul violeta del chocho. Todas agregan una nota de color en el paisaje severo.

Vía Tabay al este, un maravilloso recorrido ascendente va acompañado de un paisaje sugerente de altos árboles adornados por la parásita llamada barbas de San Pedro. Los sembradíos dibujan en policromía cuadros extraordinarios en composición de verdes y tierras matizadas de amarillos y violetas. Pueblos de humeantes y provocadores fogones con sus posadas y comederos invitan a probar las especialidades andinas. Tabay ofrece en sus alrededores la posibilidad de conocer artesanos y artistas populares, los tallistas, que desarrollan una imaginería de franca originalidad y belleza. La carretera Transandina brinda la visión de poblados de gran encanto por la belleza del paisaje, entre ellos Cacute y Moconoque. Más allá de Tabay, la carretera conduce a San Rafael de Mucuchíes, donde se halla una réplica de la famosa capilla construida con sus propias manos por el artista merideño Juan Félix Sánchez en la localidad paramera de El Tisure. Pero los excursionistas a menudo prefieren visitar el sitio original a lomo de mula o a pie, y constatar con sus propios ojos cómo la niebla cerrada va dejando entrever las esculturas de este creador sin par, que reproducen la Pasión de Cristo delante de la humilde pero exquisita capilla levantada toda en piedra por un hombre especial. Juan Félix Sánchez no tuvo en vida conocimientos ni de arquitectura ni de ingeniería, pero se las arregló con la fuerza de sus manos y su creatividad espontánea para convertir un rincón del páramo desolado en una especie de gólgota andino, cuyas imágenes de gran fuerza expresiva y sencillez parece que estuvieran vivas en medio de la neblina. El Tisure es la obra mística de un soñador.

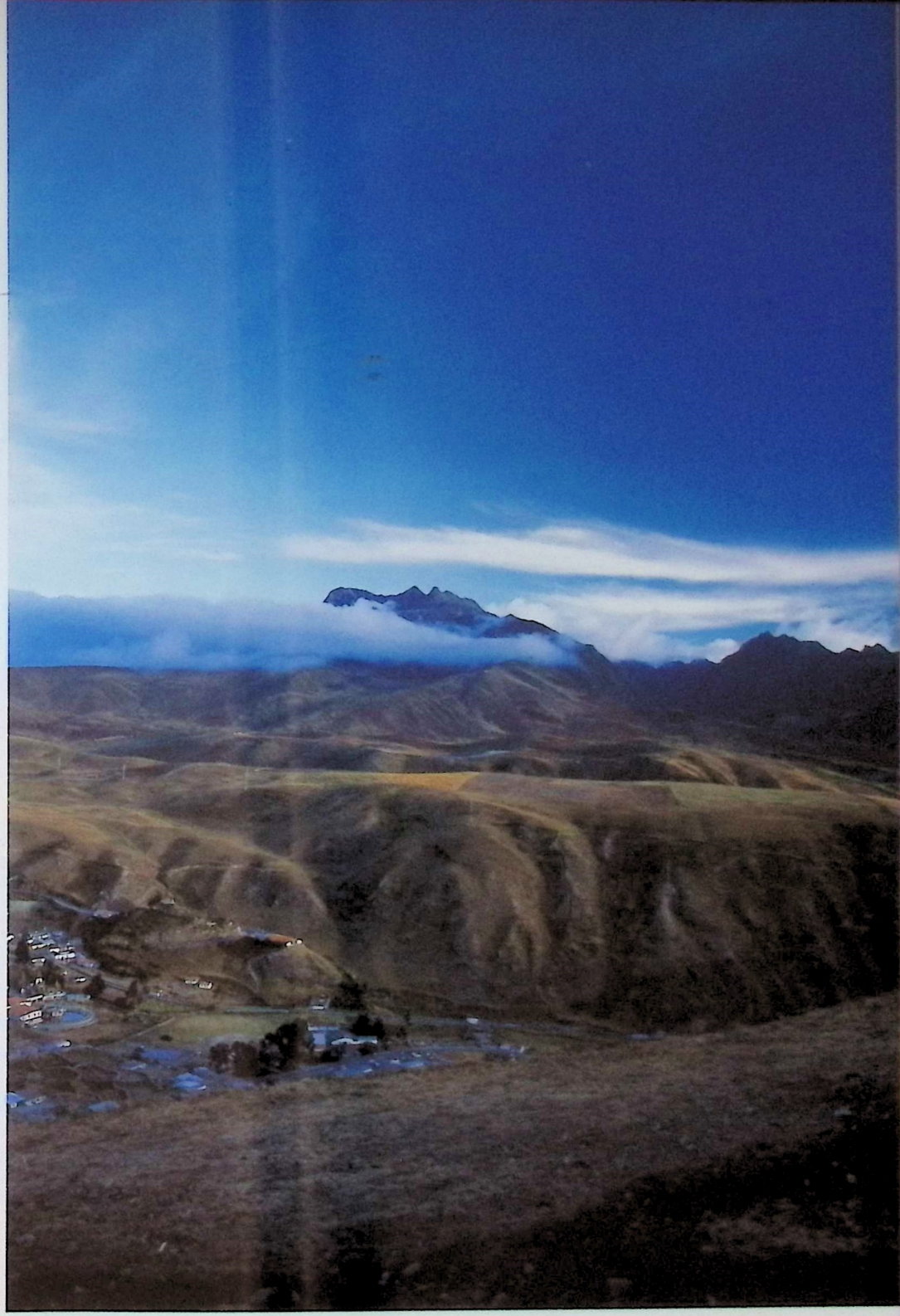
Mocao, pueblo frente a Mucuchíes, es la antesala al páramo de Gavidia, donde todavía hay una arquitectura mimetizada al paisaje como la que se utilizaba en la época precolombina: casas hechas de piedra y sumergidas en la superficie del terreno, que sólo se evidencian por los hilos de humo de sus chimeneas. Estas construcciones, al igual que los cultivos en terrazas, son herencia de los antepasados timoto-cuicas, quienes conocían muy bien su medio ambiente, y utilizaban de esa forma las tierras de las laderas para el cultivo de los alimentos. Sus casas socavadas en el terreno los protegían de las inclemencias del frío, el aire, la lluvia y las heladas.



Catedral metropolitana de Mérida

En Apartaderos la carretera Transandina escala el páramo para llegar hasta el paso El Águila, el punto de carretera más alto del país, a 4.047 metros sobre el nivel del mar. Un desvío conduce a Llano del Hato, el pueblo venezolano a mayor altura, donde se halla el Observatorio

Apartaderos y
sierra del Mucuñuque



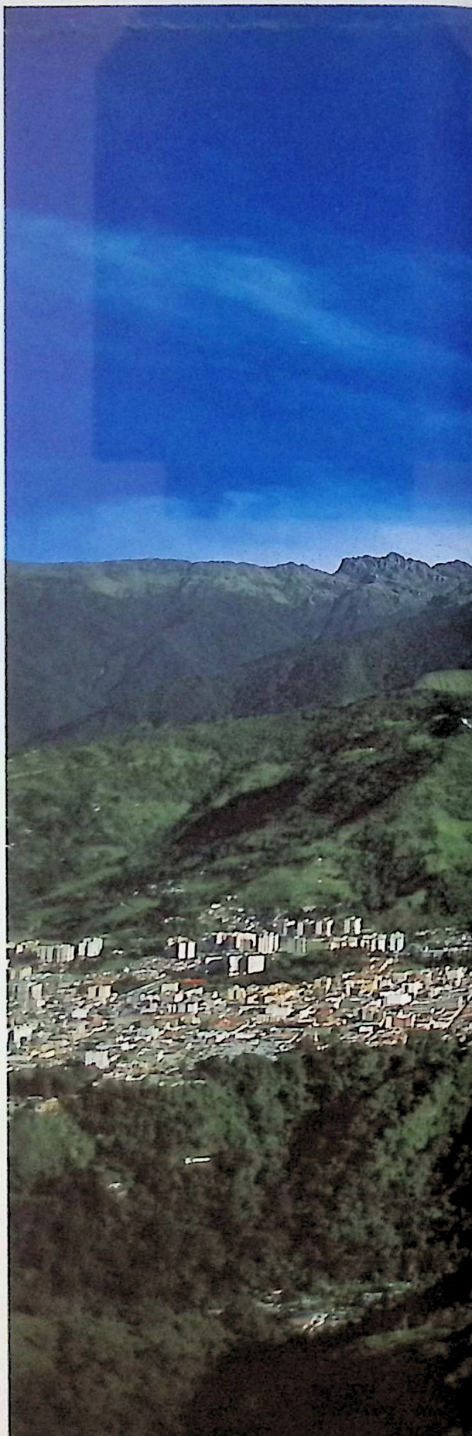


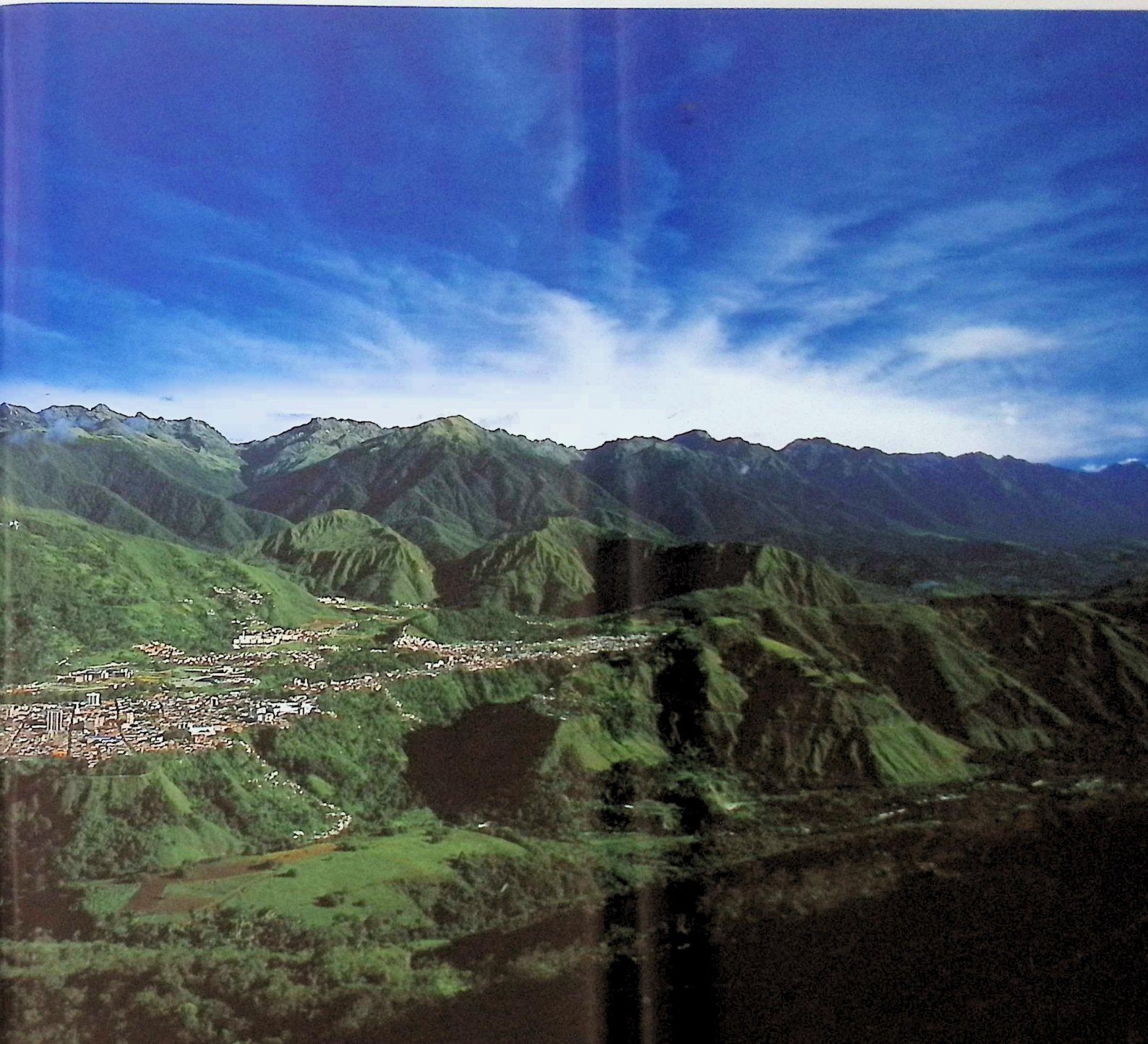
Astronómico Nacional; sus blancas cúpulas que guardan los telescopios ponen una nota curiosa y disonante en el paisaje pastoril. En las cercanías se encuentran los pueblecitos de Chachopo, Timotes y Piñango, acurrucados en medio del páramo.

La región de Santo Domingo se ha beneficiado de la introducción de un pez de río como la trucha, que se ha adaptado admirablemente a las glaciales aguas de las quebradas merideñas. En Santo Domingo hay tanques de cultivo de la trucha donde los visitantes pueden pescar su ejemplar y prepararlo en los restaurantes adyacentes; para quienes prefieren la emoción de la lucha contra la naturaleza, la pesca se puede efectuar directamente en los torrentes que bajan de la montaña.

La ruta hacia el suroeste desde la capital merideña depara no pocas sorpresas agradables, con el rosario de pueblos encantadores, que gracias a siglos de relativo aislamiento, han conservado la fisonomía, las tradiciones y un estilo de vida simple y calmado, herencia de la Colonia. Lagunillas, primera capital de la provincia de Mérida, es vecina al monumento natural Laguna de Urao. Un desvío lleva hacia Chiguará, delicioso villorrio de casas de arquitectura típicamente colonial, pero más hacia el sur, otros pueblos como Jají conservan orgullosamente su patrimonio restaurado de casas de teja de arcilla y blancas paredes encaladas en medio de sembradíos de trigo. En un bosque de grandes árboles se encuentra la hacienda La Victoria, antigua hacienda cafetalera que aún conserva sus patios de secado al lado de cuidados jardines. Sus hermosos muros blanqueados, balcones y corredores tradicionales albergan los museos del Café y del Inmigrante. La zona fue orgullo de los lugareños durante la época de apogeo del cultivo del café, y también cuenta con dos parques nacionales, el General Juan Pablo Peñaloza y Tapo-Caparo, con interesantes ecosistemas. Rodeadas de huertos de flores y hortalizas, Tovar y Bailadores saludan a los visitantes con la amabilidad proverbial de sus moradores; en los alrededores de Bailadores se encuentra la hermosa e imponente cascada del parque India Carú.

Hacia el noroeste, el poblado La Azulita ha sido en las últimas décadas una meca para jóvenes con estilos de vida alternativos, y ha ganado fama por la belleza y sofisticación de sus artesanías, particularmente las piezas de orfebrería. Siguiendo hacia el nordeste por la carretera y pasando, cada vez a menor altura, por poblaciones como Guayabones, Caño Zancudo y Tucaní, se llega a otros parajes tan increíbles como escasamente conocidos, como las playas de Mérida –sí, Mérida tiene playas– en las orillas del lago de Maracaibo. La otra faz de Mérida es un paisaje llano, hogar de especies como garzas, loros y gavilanes, y se dice que desde el puerto de Palmarito, en los días claros, es posible divisar el relámpago del Catatumbo.





Parque nacional
Chorro del Indio,
estado Táchira



San Pedro del Río

Táchira: tierras, ríos y frontera

Táchira, tierra del café, la papa, la caña de azúcar y el ganado, es el balcón hacia la cercana Colombia, con la que mantiene intensas relaciones comerciales. Su geografía de tierras altas y bajas alberga diversos ecosistemas y ofrece paisajes de gran encanto con variados tonos de verdes, tierras rojas, amarillas y ríos de gran belleza.

Hospitalaria y de amable trato, la capital San Cristóbal fue fundada por Juan de Maldonado en 1561 como punto de escala y descanso entre la ciudad colombiana de Pamplona y Mérida, pero la villa se convirtió con los siglos en un indiscutible emporio comercial. En la actualidad es una ciudad moderna que conserva en buena parte el trazado original en forma de damero de los españoles, y hoy está empeñada en recuperar sus atractivos del pasado y conciliarlos con el presente.

La capital tachirense conoció sus primeras épocas de bonanza con el cultivo del café y la llegada de los inmigrantes europeos que tanto contribuyeron a mejorar su infraestructura y el flujo de comercio. A orillas del río Torbes, la ciudad está surcada de quebradas y su casco antiguo tiene una fisonomía muy particular pues está rodeado de farallones que bordean las quebradas de La Parada y La Bermeja. La antigua Plaza Mayor tiene una imponente iglesia catedral de tres amplias naves. A un costado del templo, el Palacio Episcopal acoge una exhibición de reliquias y objetos sagrados de delicada factura, que datan de los tiempos coloniales. San Cristóbal, la "ciudad de la cordialidad", como se la conoce, acoge numerosos visitantes durante sus fiestas del mes de enero en honor a su patrono San Sebastián, que se congregan para ver las corridas de toros en su amplio recinto ferial. La villa tiene también su Museo del Táchira, con sede en la hermosa casa de la hacienda de café Paramillo, donde es posible ver los antiguos patios de trilla, las acequias, el molino y en sus salas internas, una bien documentada colección de objetos históricos, arqueológicos y etnográficos provenientes de la región.

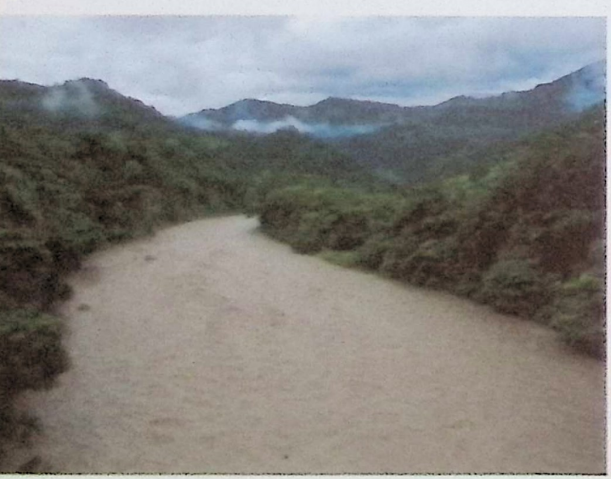
En las afueras de San Cristóbal se encuentra la población de San Pedro del Río, con sus casas al viejo estilo, de alero y ventanas enrejadas, sus calles empedradas, su iglesia colonial y su plaza Bolívar, bajo la sombra de un samán añoso e imponente. El pueblo es muy frecuentado por los sancristobalenses, quienes van a disfrutar de la tranquilidad de sus calles antiguas y buenos restaurantes. Cada 30 de diciembre, San Pedro del Río se anima con la fantasía de sus fuegos artificiales, retretas al aire libre y juegos como la "vaca candela" y el baile de la burriquita.

Muy cerca está el parque nacional Chorro del Indio, una hermosa caída que baja de la montaña en numerosos chorros, adornados perennemente por un arco iris. Entre los otros parques nacionales de la región podemos mencionar El Tamá (que comparte con Apure), Tapo-Caparo y el General Juan Pablo Peñalosa (páramos El Batallón y La Negra), estos últimos compartidos con su vecina Mérida.

Desde la ciudad de La Grita, al nordeste del estado, parte la vía hacia Mérida atravesando el páramo de La Negra, bellas tierras de montañas cultivadas y un limpio cielo sereno. De hecho, el páramo de La Negra no se parece en nada a los espacios montañosos de Mérida, a pesar de elevarse hasta los 4.270 metros sobre el nivel del mar: la vegetación consiste en extensos pinares y selva nublada.

Aparte de San Antonio del Táchira, cuya condición fronteriza le imprime un inevitable ritmo frenético, el estado tiene pueblos íntimos y llenos de historia: Peribeca, Táriba, Palmira, Capacho, Lobatera, Cordero, Michelena, Pregonero, Queniquea.

Hacia la zona de mesa de Aura se encuentra el páramo Zumbador, a 2.600 metros sobre el nivel del mar. El recorrido hasta allí está acompañado de un paisaje particular de pinos, acacias y eucaliptos y frecuentes mantos de neblina montañera. El viento suele arrancar una música extraña y sedante al follaje de los árboles, de ahí el nombre muy bien escogido de este paraje seductor. Camino hacia Ureña se encuentra la localidad de Aguas Calientes, famosa por sus aguas termales, con su hotel homónimo rodeado de plácidos jardines para permitir el disfrute de las aguas.



La artesanía tachirense es muy apreciada, especialmente el trabajo de alfarería. En la parte central del estado destaca Lomas Bajas, cuya cerámica resulta de gran atractivo.

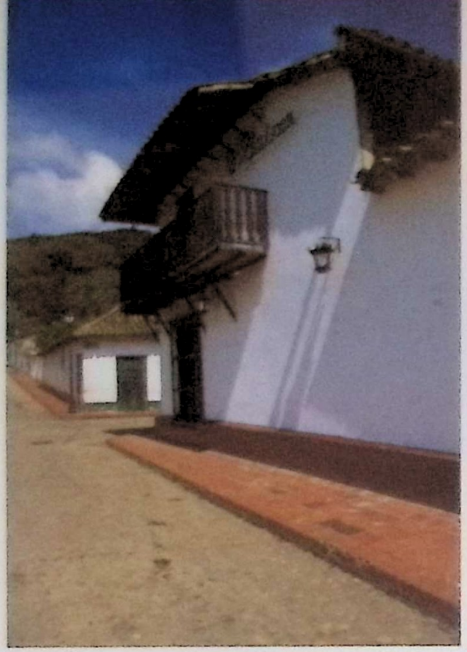
En la zona de piedemonte que se extiende hacia el llano barinés se encuentra el enorme complejo hidroeléctrico Uribante-Caparo, con su lago artificial que incorpora numerosas lagunas de origen glaciar. En enero de 1993 se creó el parque nacional Tapo-Caparo con el fin de proteger las aguas que alimentan este complejo. Los matices de verdes y los tonos rosados de las arenas del río Uribante otorgan una singular belleza a este paisaje.



Río Escalante

Parque nacional
El Tamá











San Pedro del Río

Rubio

San Pedro del Río

Iglesia de
Santa Bárbara,
Rubio



Iglesia de Nuestra Señora de La Chiquinquirá, Lobatera



Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Editorial Arte
el 29 de noviembre de 2002.
En su composición tipográfica
se utilizaron caracteres Leawood
sobre papel UPM Finesse 700 gloss 150 gr



Román Rangel

"No se cuida lo que no se conoce", es la premisa que sustenta el respeto por la naturaleza que Román Rangel ha cultivado a través de su vida. Químico de profesión, se inició en la fotografía seguro de que había encontrado la vía más adecuada para dar a conocer las bellezas naturales y promover su conservación. El parque nacional El Ávila marcó la senda, que luego se hizo camino en la exuberante e inagotable naturaleza venezolana. En 1989 comienza a trabajar como coordinador de proyectos ecológicos. Desde allí promueve la publicación de folletos relacionados con el ambiente y coordina varias exposiciones fotográficas nacionales e internacionales sobre parques nacionales de Venezuela, las cuales tienen por objetivo dar a conocer la variada naturaleza venezolana y servir de contexto para el establecimiento de alianzas estratégicas en pro de la conservación. A partir de 1992 funge como director de Relaciones Institucionales de la Fundación Canaima, donde continúa promoviendo la educación ambiental, esta vez orientada al parque nacional Canaima. En 1996 funda Ecograph, Proyectos y Ediciones. Fotógrafo autodidacta, su banco de imágenes es fruto de 15 años recorriendo los cuatro puntos cardinales de nuestro país. Este archivo fotográfico reúne una visión caleidoscópica de Venezuela: paisajes, fauna, flora, arquitectura, expresiones culturales, etc. Sus fotografías han sido expuestas en Venezuela y en las principales ciudades del viejo y nuevo continente, también han sido publicadas en innumerables afiches, revistas, folletos, postales, mapaguías y libros, así como en diferentes publicaciones de organizaciones tanto nacionales como internacionales: PDVSA, Ministerio del Ambiente, Inparques, Fundación La Salle, Sincor, Chevron, Edelca, Presidencia de la República, Biblioteca Nacional, Fundación Polar, OEA, Unesco, Wild Life Conservation Society, The Nature Conservancy, Provita, entre otros.


Ecograph